OBRAS
DEL MARQUÉS
DE
MOLINS

1

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
1032

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria
0500773429

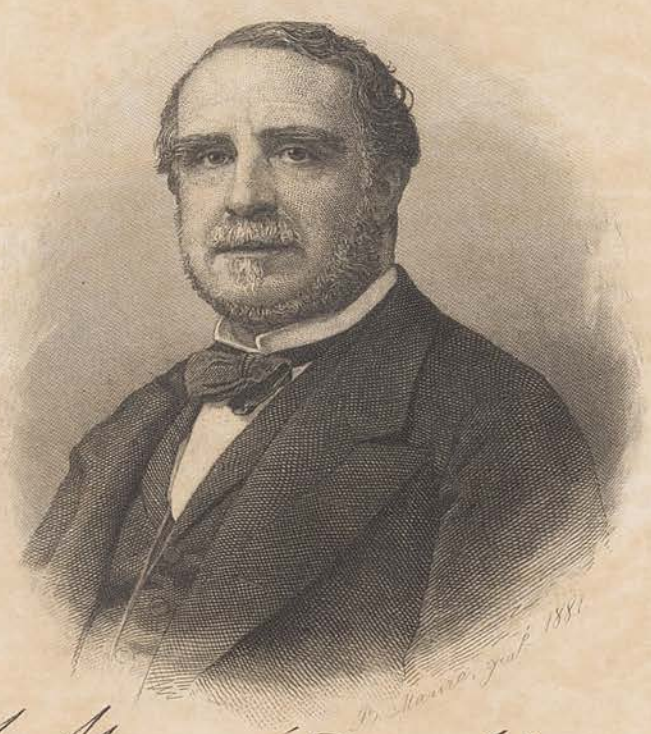
OBRAS
DEL MARQUÉS
DE
MOLINS

1

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

FL DRPS/1032 0.1
0500773429

A. I. A. R. el Serenísimo Sr.
Infante Duque de Montpensier.
testimonio de profundo respeto
y sincera gratitud de
Mariano Roca de Tos
OBRAS
DEL
MARQUÉS DE MOLINS



El Marqués de Molins

OBRAS

DE

MARIANO JOSÉ DE LARRA

(FIGARO)

MARQUÉS DE MOLINS

TOMO I

POESÍAS

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica 23
1881

OBRAS

DE

D. MARIANO ROCA DE TOGORES

MARQUÉS DE MOLINS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I

POESÍAS

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1881

PRÓLOGO

ESCRITO PARA LA PRIMERA EDICIÓN.

No es raro que una persona cuya desahogada posición le permita emplear el tiempo á su gusto, se dedique celosamente á un ramo de ciencia, lo estudie con provecho, escriba sobre él, y guarde el manuscrito donde nadie lo vea. No falta quien dibuje, quien pinte, quien use diestro el palillo de modelar, quien se sirva con maña de la garlopa y del torno al aire, sin que haga ruidosa ostentación de la aguada, el retrato, el busto, la caja angular ó redonda que le trajo largos dias atareado: trabajaba para sí, vió cumplido su objeto al acabar la obra, y de pocos ha de ser conocida: labor doméstica, prenda para uso privado, no da el público su voto acerca de ella. Pero hay entre

las artes (y es precisamente la que tiene en su gremio número mayor de alistados) una que apenas vive como le falte publicidad: ama el retiro, y corre las calles; expresa íntimos afectos del alma, singulares ocurrencias de la imaginación; y nada puede tener callado: tal es la poesía. El erudito, el curioso, el aficionado á las artes, pueden estudiar y escribir en secreto; el poeta siente, imagina y canta para ser oido. No destruyen lo general de esta regla excepciones que forman, ya el que, descontento de sí, rasga ó cancela cuanto fia al papel; ya el orgulloso que descontento de los demás, conceptuándose muy superior á todos, recela sin embargo que si da á luz los peregrinos partos de su melindros ingenio, les lloverán encima las burlas con que escarneció los escritos ajenos; por lo cual reserva aquellas joyas como en un sagrario, que no se ha de abrir sino al que tenga hecho voto de adorar lo que se le mostrare: la mayor parte de los que hacen versos los leen á propios y extraños, los imprimen ó dejan que se los impriman.

A este efecto concurren diferentes causas: en primer lugar, el poeta suele escribir inspirado de afectos que no son propia y

exclusivamente suyos, sino que los sienten de igual manera muchos individuos de la sociedad en que vive, tal vez la mayoría, tal vez toda la sociedad en conjunto; la cual se sirve del poeta como de un órgano de manifestación, como de un intérprete necesario, que, á sabiendas ó sin saberlo, obra en virtud de una ley natural. Es el mar un profundo lago adonde concurren todas las aguas que vienen de nivel superior: la sociedad puede, por el contrario, considerarse como un estanque profundizado en una eminencia, de la cual descienden rios, arroyos ó hilos de agua que sangran el vastísimo receptáculo: varía su caudal; pero salen todos del mismo depósito, y obedecen al propio impulso. Querer que en ciertas circunstancias enmudezca el poeta, sería pretender que las aguas no rebosaran, lleno ya el recipiente. Canta pues el poeta porque lo es: puédesele hacer cargo si canta mal; no por haber cantado, porque en esto apenas es libre.

Ni áun disfruta de libertad completa para elegir ó preferir asuntos de canto, si atendemos bien á la historia de la poesía en todos los tiempos. ¡Cuántos hechos no-

tables, cuántos graves acontecimientos no han ocurrido, y ocurren á cada paso en el mundo, que no han resonado aún en las cuerdas de lira alguna, ó que han sido cantados tan sólo entre dientes! ¿Por qué esa indiferencia, ese raro desvío? Porque el poeta, órgano, instrumento, voz de su país, de su pueblo, del círculo en que se mueve, no da ó no puede fácilmente dar más importancia á tales sucesos, que la que tienen para la porción de humanidad que habla, que grita ó enmudece en torno de él. ¿Acierta á vivir entre hombres capaces de reunirse, nación por nación y pueblo por pueblo, á fin de vengar la injuria hecha á un solo individuo, capaces de combatir diez años hasta arrasar la ciudad enemiga? El poeta allí puede ser Homero. ¿Vive entre hombres que, unidos por un vivo y nobilísimo sentimiento religioso, no pueden sufrir que posean y profanen infieles la cuna y la tumba de su Dios y su Redentor? Allí debe nacer un Torquato Tasso. Pero, ¿habita entre hombres que, siendo grandes, necesitan un gigante que les dirija, y no le tienen, por lo cual toma cada uno camino diverso? ¿hombres que, abrigando corazones

de fuego, carecen de un agente avivador, poderoso y durable que mantenga ardiendo la llama? Entonces, gracias que asome allí un Alonso de Ercilla. Dividida y subdividida y vuelta á dividir en nuestros dias la nación española por intereses que fueron grandes, y no son ó no parecen ya lo que fueron; pensando cada cual en sí con respecto á las necesidades presentes, y olvidando lo demás por completo, la inspiración del poeta español no puede menos de ser vaga, insegura, contradictoria, pequeña: han de aparecer en ella nuestras discordias, la agitación que nos hace olvidar lo grande y lo bello, por lo que más inmediatamente nos toca y no lo es. El poeta hijo de España que en circunstancias semejantes haya conseguido permanecer español, no ha hecho poco: el señor Marqués de Molins, que á fuer de poeta compuso y publicó diferentes obras, las cuales, ordenadas en colección, reproduce ahora, se distingue entre los genios verdaderamente españoles de nuestra época, entre aquellos que sin dejar de ceder á las circunstancias del lugar y del tiempo, han sabido combinar con ellas de tal modo el elemento ar-

tístico, necesario á toda composición poética para ser apreciable, que sirviendo de monumentos por una parte, son modelos por otra.

El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, Vizconde de Rocamora, tercer hijo del Conde de Pinohermoso y de la Condesa de Villa-Leal, Grandes de España de primera clase, nació en Albacete, fué educado en Madrid en el colegio de la calle de San Mateo, en que profesaban Hermosilla y Lista, y de que fueron alumnos D. Ventura de la Vega, D. José de Espronceda, el señor Marqués de la Pezuela y otros individuos ilustres de la república de las letras; estudió más tarde en otro colegio sito en la calle Ancha de San Bernardo, de donde salieron igualmente D. Aureliano y D. Luis Fernández Guerra y Orbe, D. Carlos Doncel y algunos más de no inferior nombradía; regentó una clase de matemáticas en Alicante á la edad de diez y siete años, y tenía veinte cuando, al morir el Rey D. Fernando VII, se encendió en España la guerra civil. Fué de los muchos individuos de la Grandeza de nuestro país á quienes pareció sencillo, claro, indudable,

justísimamente legítimo en fin, que la primogénita del Rey difunto heredara la corona del padre; fué de los que, desde muy jovenes, creyeron también justa y necesaria la reforma de nuestra ley política, la esperaron con ansia, la saludaron con gozo, separándose despues en partidos opuestos. El moderado ó conservador contó al señor D. Mariano Roca en su seno: publicista, diputado en varias legislaturas, y tres veces ministro, puede alguna de estas noticias últimas aprovechar al lector para entender tal ó cual especie en las composiciones que más adelante ha de ver; pero de seguro no hallará poesía de partido en ellas: dos hay, escritas ambas durante una expatriación dolorosa, en las cuales el autor se queja como hombre y perdona como cristiano; mas en esas mismas, y en todas las restantes, el señor Marqués de Molins aparece siempre con el propio carácter: buen poeta, buen español, buen caballero.

Con estas tres calificaciones quedaba hecho el juicio de las obras poéticas, antes y ahora publicadas por el señor Marqués de Molins; con remitir la prueba al lector, fiándola de su buena fe y discernimiento,

podía concluir aquí este prólogo; pero como el Sr. D. Mariano Roca de Togores ha sido ministro, sus versos necesitan apología. En España, donde no hallan carrera que seguir millares de personas de mediana y áun de superior instrucción, hay siempre un ejército de pretendientes para los empleos del Estado; quien logra una plaza, entra en ella con tantos enemigos como aspirantes la solicitaron; cuanto más elevada es, mayor guerra se hace al favorecido de la suerte; constituyendo la silla ministerial el destino más alto, la censura que se hace de un ministro, dentro y fuera de sus funciones gubernativas, corresponde á la alteza del puesto, y áun á veces la aventaja con mucho. Los que vituperaban la administración del Marqués de Molins, diciendo que una Secretaría del Despacho no podía ser bien servida por un poeta, no tendrán hoy derecho para sostener que las obras poéticas del Marqués valen poco porque el autor ha sido ministro. Realmente la malignidad no suele expresarse tan á las claras: teme dejarse ver, se disfraza con apariencias de rectitud ó sinceridad plausible; pero en el fallo se la conoce: la que parecía paloma,

enseña al cabo el diente de víbora: con la piel de león postiza, suelta por fin el asno la ruda coz. ¿Por qué me matas? decia la luciérnaga al sapo? El vil agresor le replicaba: ¿para qué brillas?

Pero apartemos la vista de las sabandijas literarias, y fijémosla en objetos más agradables.

Las poesías comprendidas en este volumen pertenecen al género lírico y al dramático: permítaseme tratar con preferencia de las dos composiciones teatrales que ocupan el tomo segundo.

La primera es un ensayo, de mucha novedad en su tiempo; ensayo escrito en solos ocho dias, y destinado á representarse privadamente. Cumplía el autor diez y nueve años; había leido las obras del teatro francés, pertenecientes á la escuela nueva, llamada *romántica*; había tratado con amistosa franqueza á sus autores; y prendado vivamente de ellas y de ellos, propúsose introducir el romanticismo en la escena española: empresa que se quedó en proyecto, porque el drama no se representó hasta mucho después; aunque no se puede negar á nuestro autor la gloria de haberla intentado el pri-

mero. Compuso su drama romántico, que tituló de primera intención *El Duque de Alba,* incluyendo en él variedad de metros, cuestión que trató de resolver, á la par que la de aclimatación del género; cuestión que, sin embargo de estar casi resuelta de hecho, se debatía entre los literatos de la época, verdaderamente con más calor que en sí merecía. ¿Deben ó pueden escribirse en verso las composiciones dramáticas? Unos sostenían que debían escribirse; que pudiesen escribirse en verso no lo disputaba ninguno. ¿Conviene que los versos del poema dramático sean buenos? Indudablemente conviene. Pues más fácil es componer 2.500 versos buenos en una comedia, repartidos en seis romances, interpolados de redondillas, quintillas y décimas, que escribirlos en solos tres, como pretendían y practicaban algunos. Un acto de 800 ó quizá de 1.000 versos con un solo asonante llegaba á cansar el oido, que al fin no percibía ya la asonancia; 200 ó 300 redondillas seguidas fatigaban por el contrario con el martilleo de los consonantes, que en el metro de ocho sílabas, como es corto, se repite demasiado, porque las rimas van muy cerca unas

de otras: mezclando el romance con las redondillas, el poema adquiría variedad hermosa, y hallaba el oido agradable recreo: las obras dramáticas escritas con variedad de metros, podían pues, respecto á la forma, ser mejores en general que las escritas en una sola especie de versificación. Así lo practicaron en el siglo XVII nuestros grandes poetas, guiados por su felicísimo instinto; y así lo habían practicado también hasta el año 1831, en que el Sr. Roca de Togores compuso su drama, varios escritores de nota. D. Ignacio de Luzán, autor de la primera poética española acomodada á las reglas de los preceptistas franceses, tradujo en metros varios la comedia sentimental de Lachaussée, titulada *La preocupación de moda*. D. Tomás de Iriarte, en su primer ensayo dramático, la comedia que tituló *Hacer que hacemos*, introdujo también unas redondillas. Huerta, al poner en verso la tragedia de Fernán Pérez de Oliva, *Agamenón vengado*, interpoló el romance endecasílabo con silvas, liras y octavas reales. D. Félix Enciso Castrillón engalanó con redondillas y otras combinaciones métricas aconsonantadas, *La Dorotea*, *El Dis-*

traido y *El Reconciliador*: lo mismo hizo D. José María de Carnerero en *La Huerfanita*, D. Manuel Eduardo Gorostiza en *Don Dieguito, Indulgencia para todos, El Jugador* y *Las costumbres de antaño;* y en fin, D. Francisco Javier de Burgos en *Los tres iguales*. El mismo D. Leandro Fernández de Moratín, que no se atrevió á poner ni una redondilla en sus tres comedias en verso, había no obstante dicho en la de *El Café* que «los versos buenos eran muy estimables.» Por consiguiente, lo que importaba era versificar bien el poema dramático, fuera cual fuese la clase de versificación en él adoptada.

La obra romántica de que vamos tratando, *El Duque de Alba*, refundida años adelante con el título de *La Espada de un caballero*, se representó con muy buen éxito en el teatro del Príncipe á 21 de Mayo de 1846, y el que firma este prólogo dijo lo siguiente de ella en el número 587 del periódico titulado *El Español:*

«Preso en el castillo de Uceda el célebre Duque de Alba D. Fernando en el año de 1580, le acompañaba en su prisión su hija doña Leonor, pretendida entonces por don

Tello de Córdoba, caballero más aficionado á la caza que á obsequios de amores. Habíase tratado anteriormente el casamiento de Leonor con D. Alfonso de Guzmán, que había obtenido el amor de la dama; pero ofendido vivamente D. Alfonso con los de Alba, porque un hermano de Doña Leonor había quebrantado la palabra de esposo dada á una hermana del mismo D. Alfonso, las amorosas y honestas relaciones mantenidas antes entre éste y Doña Leonor, habían cesado por parte del vengativo caballero, con grave angustia de la enamorada doncella: hija obediente, admitía la mano del esposo que le presentaba su padre; su corazón era de Alfonso. Dolíase amargamente el Duque de su prisión, de la pérdida de su espada y de la enemistad que le tenía D. Alfonso: era tanto el valor que daba el Duque al recobro de aquella espada, terror de Flandes, que si el mismo D. Alfonso de Guzmán se la hubiese devuelto, se hubiera reconciliado con él, á pesar de los rencores antiguos. En buen hora para Leonor, esto es lo que puntualmente sucede: cuando la dócil hija va á dar la mano á Don Tello, no obstante que le era imposible te-

nerle cariño, D. Alfonso, de orden del Rey, viene á poner en libertad al de Alba, y le trae su famoso y tan suspirado acero. Don Tello de Córboba, que no puede dudar entonces de que Leonor y D. Alfonso se aman; D. Tello, que por otra parte gustaba más de una Doña Elvira, dama principal también, amiga de Leonor y compañera suya, no tiene inconveniente en ceder la mano de la atribulada novia, que se une á su amante con el beneplácito del Duque, el cual sale de su prisión para unir por medio de las armas la corona de Portugal con la de Castilla.

«Visto así el argumento, promete, á nuestro modo de juzgar, mayor interés que en ciertos momentos tiene la obra del señor Roca de Togores, en la cual, excitada poderosamente la curiosidad con la hábil exposición del drama, se echan de menos algunos lances que lleven adelante la animación que reina en el hermoso diálogo del Duque y su hija, con que se da principio. Parécenos que esto consiste en que los amantes no se ven hasta el desenlace del drama, por lo cual su situación no varía; y no caminando la acción vía recta, se sos-

tiene difícilmente el interés con giros á un lado y otro. Leonor ha dicho desde la primera escena que ama á D. Alfonso; pero que se casará con D. Tello; D. Alfonso se ha presentado en el castillo, creyendo equivocadamente que Doña Leonor es infiel; pero quiere verla; el espectador lo desea; y mientras no se verifica la anhelada entrevista, se oye con impaciencia lo demás. Por eso sin duda, en el instante en que los amantes se vieron, el interés antes represado, corrió por su cauce natural; la pieza concluyó bien y fué justamente aplaudida. Justamente, decimos, porque fuera del defecto ya señalado, la obra del Sr. Roca merece grandes elogios por la hidalguía de los afectos, por la limpieza del lenguaje y de la versificación. El Duque de Alba es siempre magnánimo, prudente y fiel á su palabra; Leonor apasionada y virtuosa; Don Alfonso impetuoso y galán; D. Tello desamorado y maniático por la caza. No hay en la acción la travesura de las comedias francesas (1); tampoco adolece de sus impropiedades y falta de decoro: de *La espada de*

(1) Se alude á *El Diablo Nocturno* y otras piezas traducidas del francés que se habian estrenado poco antes.

un caballero no pueden sacarse sino lecciones de honor y virtud: allí, menos un criado bufón, gracioso de comedia antigua, todos son caballeros y obran como tales. En fin, este drama, de no grande efecto para el público, en razón de que fué compuesto para un auditorio escogido, se ve sin embargo con complacencia y se lee con deleite, porque está escrito como corresponde á un individuo de la Real Academia Española. En la primera representación fué llamado el autor á las tablas; no salió por haberse retirado en aquellos momentos: salió en la representación siguiente, en la cual fueron los aplausos mayores y más unánimes que en la primera.»

Tal fué el éxito de la primera obra dramática del Sr. D. Mariano Roca de Togores, compuesta en 1831, y estrenada 15 años después. Si se hubiera representado en teatro público inmediatamente que el autor la escribió, de seguro su estreno hubiera sido un acontecimiento literario notabilísimo: Madrid, que padecía entonces hambre y sed de novedades escénicas, hubiera hallado una muy grande en el género de esta obra, cuya armónica y gallarda versificación, nueva para los españoles del siglo presente, hubiera halagado nuestros oidos á la par de una música desconocida y encantadora. ¡Qué espectáculo ofrecían entonces los teatros de la Cruz y del Príncipe! Desde 1.° de Enero de 1829, á 29 de Abril de 1831, en que se representó por primera vez la comedia titulada *No más mostrador,* imitación feliz de dos obras francesas, las composiciones originales nuevas que vió nuestra corte fueron siete no más: tres loas, una tragedia, una comedia, un drama patibulario y un comedión de cristianos y moros. La comedia y el comedión tuvieron igual suerte, fueron silbados; la tragedia duró cinco dias, gracias á las recomendaciones oficiales que llevó consigo; el drama, que se titulaba *El asesino descubierto,* aunque obtuvo tres representaciones no más, fué quiza lo que mejor se oyó: veinte versos de *La espada de un caballero* valían más que la tragedia, la comedia, el drama aljamiado y el asesino, y dos de las tres loas: la otra era de nuestro gran escritor dramático D. Manuel Bretón de los Herreros.

La segunda y última obra escénica del

Sr. Roca de Togores fué *Doña María de Molina*, representada por primera vez en el teatro del Príncipe á 11 de Julio de 1837. La revolución literaria, la invasión del gusto romántico, que hubiera podido principiar con *La espada de un caballero*, había sido realizada por *El Trovador*, estrenado en 1.° de Marzo de 1836. El nuevo género, bueno ó malo, bastardo ó legítimo, propenso al error, pero siempre favorable al ingenio, dominaba sin oposición en la escena española: *Doña María de Molina*, drama rico en acción, abundante en episodios, con grandes y muchos caracteres, con magníficos pensamientos políticos, expresados, ya en brillantes versos, ya en prosa castiza, respirando por todas partes patrio amor, que se extiende indistinto del trono al pueblo, recibió la más lisonjera acogida, y se ha repetido varias veces con los mismos aplausos. Harto más acreedor que *La espada de un caballero* sería este hermoso drama á ser examinado en un largo artículo; pero llevando al frente el que el Sr. D. Juan Donoso Cortés publicó en un periódico de esta córte, en él verá el lector mucho mejor pensado y escrito cuanto yo pudiera advertirle. Solo notaré que al censurar al señor Donoso en el drama del Sr. Roca las palabras *libertad* y *tiranía* como voces sin significación en los siglos medios, me parece que no anduvo muy acertado. «Yo no encuentro (dice el Sr. Donoso Cortés) sino villas que, cuando son débiles, doblan la cerviz ante sus orgullosos señores; y cuando son fuertes piden y conquistan franquicias y privilegios locales. En cuanto á los reyes, concibo muy bien que se entregasen á bárbaras violencias; pero no concibo cómo, siendo efímero su poder, y contrastado su imperio por insolentes vasallos, pudieron ni áun concebir el pensamiento de sistematizar sus violencias, para que se transformasen en tiranía.»—Yo concibo por el contrario ser muy fácil que á un rey, cuyo poder cercenaban sus súbditos, se le ocurriese ensancharlo; y cabalmente veo un ejemplar de ello en el esposo de Doña María de Molina; concibo que las villas conquistadoras de franquicias y privilegios debían tenerse por libres á su modo, porque en efecto se libraban de pesados gravámenes: comprendo que el señor ó el rey orgulloso, que en vez de ceder á las peticiones

de sus vasallos les apretaban más el yugo, sistemáticamente ó sin sistema, ejercía una opresión que podía muy bien parecer tiránica á los que la padecían. Desde Sancho el Bravo á D. Pedro el Cruel el estado político de España apenas varió; y sin examinar si fué ó no tirano D. Pedro, sus enemigos así le llamaban. Esas palabras, y otras que usa en su drama el autor de *Doña María de Molina*, aunque no expresaban en el siglo XIII lo mismo que ahora, no están fuera de su lugar.

El primer tomo de estos dos se compone de poesías líricas; pero da principio con un canto épico de 86 octavas, cuyo asunto es el sitio que en el año 1565 puso el Rey D. Pedro de Castilla á la ciudad de Orihuela, sitio en que peleó esforzadamente Don Julián Togores, ilustre ascendiente del autor. Este canto, que forma por sí un poemita casi completo, es parte de otro poema de mayores dimensiones, aún no concluido: aviso que hacemos á los lectores rigoristas en punto á cánones poéticos, para que no echen menos la proposición y la invocación. El hecho celebrado en este fragmento es muy sencillo, pero de mucho interés.

y Juan de Eslava, padre de la hermosa Inés, defiende el alcázar de Orihuela, militando á sus órdenes el valiente Julián Togores, amante rendido de aquella dama, cuyo corazón, aunque belicoso y esquivo, se inclinaba en secreto á D. Alfonso de Guzmán, adalid principal del campo enemigo. En una embestida, rechazada victoriosamente por los de Orihuela, Guzmán y Togores, rivales en valor y en amor, se encuentran en el adarve de una torre, pelean denodados, y es muerto el galán preferido. Rueda al foso el cadáver de Guzmán, revuelto con su vencida bandera; y llegando Inés recorriendo los puntos, encuentra el cadáver, levanta el pendón que le cubre, conoce á su amante y cae sin sentido á su lado. Lágrimas, primero de dolor y de ira después, ahogan á la infeliz doncella, cuyo despecho, expresado en terribles imprecaciones, cumple más tarde el fatal destino de Eslava, de Togores y el Rey D. Pedro.

El estilo del poema, noble generalmente y bello, sembrado por do quier de imágenes valientes y propias, varía de lo grave á lo afectuoso, de lo dulce á lo enérgico. Nótese el símil descrito en la octava siguiente.

No de otro modo al súbito estampido
El alud en los Alpes se desgaja,
Y con tremendo aterrador zumbido
De cresta en cresta rebotando baja,
Y arrastrando en su tumbo el cedro erguido,
Los robles troncha y las encinas raja,
Hasta que pára en el peñasco ingente
Donde retumba el bramador torrente.

Véase por el contrario este ligero esbozo de Inés armada.

Se escapa de su dura capellina,
Como de niebla el sol, áurea guedeja:
En el gorjal y gola diamantina
El albo rostro su candor refleja;
La malla y luenga veste purpurina
Ver la hermosura de las formas deja,
Cual luce de la hiedra revestido,
La palmera gentil su talle erguido.

Fugitivas las huestes del sitiador, entran los de Orihuela en el real enemigo.

¿Quién en tanto resiste al violento
Ímpetu audaz del rayo de la guerra?
¿De Inés, que entrando el regio campamento,
Los fuertes escuadrones corta y cierra,
Como suele arrollar el recio viento

Seco follaje en la agostada tierra,
Teniendo los ingenios en tan poco
Cual las líbicas tiendas el siroco?
Surge de entre las cañas y los sauces
Con bélico furor, la turba agreste,
Como arrojan del báratro las fauces
Aves nocturnas á la luz celeste.
Los que no mueren en los hondos cauces,
Cuentan que han visto en la oriolana hueste,
Cual rayos de la cólera divina,
A las Santas de Dios, Justa y Rufina.

Las octavas en que se describe el combate singular de Guzmán y Togores aún valen más: forman el mejor trozo del poema.

Poesías líricas de varios géneros llenan casi todo el tomo primero: hay odas, leyendas, romances descriptivos, madrigales, sonetos, letrillas, una epístola y algunas composiciones que el autor llama *Fantasías*, las cuales participan de la oda, la elegía y la canción: en esta última cabe todo. Preceden en fecha dos odas: una á la Reina Doña María Cristina, cuando por su mano dió las banderas al ejército el dia 10 de Octubre de 1831, y otra del mismo año, dirigida al Exmo. Sr. Conde-Duque de Luna. En la primera aprovechó hábilmente

el autor, así las circunstancias del acto como las del día, que era el cumpleaños de la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa, hoy nuestra Reina: la serenidad, la especie de contento conque la Augusta Niña oyó el estruendo de las descargas que hicieron las tropas, inspiró al Señor Roca la más linda estancia de su poemita; su amor patrio le llevó, como á otros muchos poetas españoles, antes y después de aquel tiempo, á vaticinar á España un porvenir de paz que le rehusó pronto el destino. En la segunda oda hubo de llamar la atención la novedad de un símil, poco usado hasta allí en los géneros graves. La oda principiaba con la estrofa siguiente:

¿Qué es, Marcelio, tu noble descendencia
Sin la luz del saber? Como la nave
De gallardetes mil empavesada,
De oro y plata cargada,
Con asiático lujo y opulencia,
Que, falta de timón, poner no sabe
Á do conviene su tajante prora.
Si no le ilustra ciencia bienhechora,
¿De qué sirve tu claro nacimiento?
Lo que presta al hinchado
Globo subir al trono de la Aurora,

Si luego, no guiado,
Con ímpetu violento
Errante vaga á la merced del viento.

Un preceptista rigoroso, de los que en aquella época hormigueaban, hubiera aceptado la comparación de la nave, poniendo alguna dificultad á los *mil gallardetes;* pero de seguro el *hinchado globo* no hubiera obtenido indulgencia. El nuevo colorido poético que supo más adelante dar á sus versos el autor, asomaba ya allí. Excede, sin embargo, con mucho á estas dos odas la breve canción *Á Concha en sus dias,* y aventaja á la canción infinito la fantasía de *Los ensueños*, una de las obras mejor ideadas y escritas de nuestro autor, en la cual sorprende la adusta energía del trozo en que se describe el sueño congojoso de la cortesana opulenta.

Cuando al rayar el dia, *abandonada*
Del comprado galan, vuelve á su lecho,
Ronca la voz y desceñido el pecho,
Rendida del deleite y no saciada,
Justo será que vengador esgrima
Homicida puñal fantasma airado,

Y sobre su garganta reclinado,
Con férrea mano el corazón la oprima.
«¿Qué hiciste, dice, de la antigua gloria?
¿Qué del nombre inmortal de tus abuelos?
.....
.....
«En brazos de quien finge que te adora,
En bano buscarás tiernas delicias;
Que *el precio has de contar de sus caricias*,
Comprada al mismo tiempo y compradora.»

En esta fantasía, en la titulada *El Córpus*, y en la epístola escrita en tercetos, creo encontrar los versos más valientes y más sentidos del señor Marqués de Molins.

Otra cosa son los romances: gracia, sencillez y soltura los recomiendan en general á todos: entre los que el señor Marqués llama *históricos*, equivalentes á lo que otros autores han llamado *leyendas*, merece en mi concepto la preferencia el de *Ambas á dos*; pero de todas las obras líricas del señor Marqués de Molins, compuestas en verso octosílabo, la que más me agrada es el primer romance de los dos que llevan por título *Recuerdos de Salamanca*. A mi ver pocos hay en idioma español que rayen más alto: D. Francisco de Rojas, que tan al vivo pintó en su *García del Castañar* una casa de labrador limpia, alegre y rebosando abundancia, hubiera podido envidiar muchos trozos de este romance. Conforme fija el lector los ojos en el libro, y el pensamiento en los versos que lee, van apareciendo rápida y corpóreamente á su vista en aquella rústica habitación los dos cuadros de la Virgen y de la Reina, las sillas de ordinaria labor, los cofres, las tarimas con reenchido de lana, el escritorio de dos siglos há y las velas para la triste hora de la agonía. Asistimos sin ser convidados á aquella comida, sazonada por la castellana honradez; oimos el grave, reverente y sentido razonamiento del sesudo aldeano; y tras aquella pura lágrima que vierte al besar la mano de su señora, aplaudimos con entusiasmo al poeta cuando nos dice:

Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así, del héroe famoso
Enmohecido el estoque,
Yace montaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.

¿En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albogues,
Olvidó el son de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
A sus propios labradores.
Su heróico ardor les infunde,
Y en su admiracion recoge
Para servir á su patria
Brio nuevo y fuerzas dobles.
. . . . . .
Hoy los Grandes, de extranjeras
Costumbres imitadores,
A su vez desconocidos
Del pueblo que desconocen,

Atados al viejo yugo
Que los reyes les imponen,
Sufren de envidiosa plebe
El nivelador azote.
¡Sus! despertad: que ya es hora.
Venid, y quizás entonces
Los que en palacio os desprecian,
En las cabañas os honren.
Sí, que estos viejos castillos
No son infames padrones,
Ni los hicieron esclavos,
Ni los vendieron traidores.
Ganados son por valientes,
Que aclamaron en sus torres
Religión santa en sus cruces,
Libertad en sus pendones.

El romance de la *Cabalgata* y el del *Racimo de dátiles,* llegán quizás á la misma línea que éste, muy galán el uno, muy dulce y tierno el otro.

En los romances jocosos y letrillas, el desenfado y la oportunidad exceden al chiste: las gracias de estos poemitas menores agradan, no escuecen: recomendamos al lector el romance á *D. Manuel Bretón*, la letrilla *A la flor del granado* y la del *Velonero*.

Hay además entre las poesías del señor Marqués de Molins unas cuantas de esas que todo poeta, más ó menos espontáneamente, compone en circunstancias particulares, fuera de las cuales el mérito de la obra desciende mucho. Áun así ofrecen rasgos notables de poesía varias obritas de este género. A él pertenece el madrigal dedicado á D. Horiberto García de Quevedo, y titulado *El 31 de Diciembre de 1851*, en cuya madrugada cayó una nevada espesísima, de las mayores que se habían visto en Madrid en largos inviernos: sobrevino inmediatamente un cambio de temperatura de muchos grados, y derritiéndose la nieve, apenas quedaba rastro de ella por la noche cuando se reunió la tertulia en casa del señor Marqués de Molins. La excesiva humedad del ambiente, aquel aire grueso y pesado, tenía flojos y desmalazados los cuerpos, y el espíritu abatido y triste. En ese estado en que las personas que se visitan, como aisladas entre sí, apenas se hablan ó no aciertan á discurrir, porque predomina en todos cierta melancolía que mueve más á la meditación solitaria que al mútuo comercio, fué mágico el efecto que produjeron estas cinco redondillas compuestas poco antes:

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada,
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna;
El viejo hacia nuestra cuna,
Y el niño hacia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos,
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace!

Buena es la composición para todo tiempo y lugar en que sea leida; pero era mejor para allí, para aquel momento, para la noche de aquel día que tan melancólicamente

daba fin al año. Lo mismo sucede con otros versos del señor Marqués.

Al dar una mirada general sobre los escritos que hemos ido recorriendo, bien que de paso, preséntasenos á la imaginación la índole poética de las obras del señor Marqués bajo la figura de una elegante dama de córte, vestida quizá con menos magnificencia que gusto, de bello y noble rostro, dulce sonrisa, voz grata y discreto lenguaje: que vive algunos dias en su palacio con los suyos, viaja á menudo, y se hospeda con generosa complacencia en la posada donde entran todos. Recuerda el señor Marqués tal y cual vez su cuna; pero honra siempre á su patria; celebra el valor de un Togores; pero sublima y glorifica el patriotismo del segoviano mercader Alfonso Martínez, y retrata con los más halagüeños colores al Charro viejo de Salamanca. No ha escogido para asunto de sus composiciones grandes acontecimientos humanos, ni arduas cuestiones de vivo interés para la sociedad en conjunto; ha pintado, sí, ó descrito, cuadros de varios géneros, pertenecientes también á distintas épocas, animados, brillantes, agradables todos ó de provechosa enseñanza para cada español en particular, porque en todas se ve al buen español y al buen caballero, hablando, buscando, atrayendo á sí con la nobleza del pensamiento, con la oportunidad de la expresión, con el brioso ó dulce son del ritmo y la rima al buen español, sea ó no caballero: caballeros son todos los españoles, y nuestra poesía, para ser verdaderamente nacional, ha de ser hidalga, necesita ser noble. Nuestro romancero y nuestro teatro antiguo, los dos grandes tesoros de la poesía castellana, por ese carácter de nobleza se distinguen: para engrandecer, no para infamar á los moros, los sacaron en sus romances nuestros poetas líricos: Lope y Calderón, y en general todos nuestros buenos autores dramáticos, no enseñaron escarneciendo, sino recomendando; no presentaron por lo común caricaturas deformes, sino hermosos modelos, á quienes todos querrían parecerse. La poesía sin moralidad bastardea su ilustre origen; la musa mordaz, sátira acre, literaria ó política, por más que proclame principios de virtud y razón, pervierte con su ponzoñosa hiel toda buena doctrina. Goza de gran renombre aún Aris-

tófanes, el poeta satírico de ninguno igualado; pero desaparece toda su celebridad al momento que se leen sin supersticiosa prevención sus comedias, donde á vueltas de mucho ingenio, salta por todas partes una intención inícua, una desvergüenza sin freno; donde quizá lo menos repugnante son obscenidades que vuelcan: los lectores de las obras aquí reunidas no podrán negar que hay ingenios que deleitan sin ofender al prójimo, y predican la moral moralmente. Lícito es desear que el señor Marqués de Molins hubiese templado su lira más veces en los tonos mayores; no se le puede sin embargo achacar á culpa el efecto natural del tiempo y lugar en que vive. Descontentos de ayer, más descontentos de hoy, y sin confianza ninguna para mañana, nuestro horizonte se extiende muy poco: pequeñeces, que se nos acercan demasiado á los ojos, nos quitan la vista de lo demás; el mezquino globo de la luna eclipsa el inmenso disco del sol. Ni es nueva en España esta calamidad de nuestros ingenios: tenemos de Rioja la epístola á Fabio: ¿qué otras obras principales le quedan después? Cancioncitas á flores. Tampoco los Argensolas ni Quevedo aparecen más grandes poetas cuando manejan más altos asuntos: separando entre los antiguos á Herrera, y á Quintana entre los modernos, parece que los líricos españoles, sujetos á no sé qué ley del destino, que les obliga á dejar lo grande, se pasan de unos á otros la palabra diciéndose, al revés de Virgilio: *Minora canamus*. Harta gloria le queda al Marqués de Molins, á pesar de todo, puesto que ya en la idea, ya en la manera de expresarla, sus versos recuerdan con frecuencia, aquí la gravedad de los Argensolas, allí la encantadora dicción y dulce melancolía de Rioja, más allá los enérgicos arranques del gran Quevedo; sin perjuicio de que la obra en que se halle alguna de estas semejanzas deje de ser propia del autor y propia de su época, buscando y hallando nuevas fuentes de poesía donde quiera que brotan.

Es necesario dar fin á este prólogo con una advertencia.

El señor Marqués de Molins formó el proyecto de imprimir estas poesías, hallándose en la capital del vecino imperio, donde no quiso darlas á luz, prefiriendo, como era justo, que se hiciese la edición en Es-

paña. Alguna que otra falta de orden en la clasificación, alguno que otro leve descuido tipográfico nacen de que el autor no estaba en Madrid cuando se imprimía el tomo primero: la dificultad de arreglar una plana dió margen al serio conflicto de haber de suprimir una octava en *El cerco de Orihuela*, ó de añadirle otra: pareció más venial este segundo pecado, y por respeto á los fueros del arte tipográfico, le cometió, á su pesar, uno de los amigos del señor Marqués, sin contar con su beneplácito hasta después de tirado el pliego. Si yo hubiera escrito este prólogo entonces, no hubiera debido, ni me hubiera sido posible, disimular mi afecto al ilustre proscrito; cambiado ya todo, he llevado con tiento la pluma, para no aparecer lisonjero. Aunque dije al principio que las obras poéticas del señor Marqués de Molins necesitaban apología, no he tratado luego de hacérsela: bellas y buenas, ellas se recomiendan por sí. Ni entonces ni después hubiera considerado al señor Marqués de Molins como hombre político; pero hubiera podido hacer mención del tiempo en que fué Vicepresidente del Liceo artístico y literario de Madrid, donde introdujo una

felíz imitación de los juegos que instituyó en Tolosa Clemencia Isaura; hubiera podido recordar las reuniones semanales de su casa, especie de academias de poesía y música, treguas dulces de afanosas tareas, de acalorados debates políticos, y áun de pesadumbres domésticas... Hay quien necesitaría una reunión de aquellas todos los dias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LEYENDAS.

CERCO DE ORIHUELA,

POR DON PEDRO EL CRUEL.

AÑO 1365 [1].

Á MI QUERIDO HERMANO EL CONDE DE PINOHERMOSO.

CANTO ÉPICO.

Ya entre celajes cándidos asoma
De la aurora la fúlgida hermosura,
Y vuela á embriagarse con su aroma
Del lucentano mar la brisa pura;
Y el blanco olivo y la dorada poma
De la oriolana margen del Segura
Pinta apacible con su tibio rayo
El sol postrero [2] del florido Mayo;

Cuando los congregados campeones
Con fratricida pecho y mano injusta,
Aparejan bastidas y buzones [3]
Que rindan la ciudad bella y robusta.
Descuella entre sus gruesos torreones

El leve mirador de Santa Justa [4],
Que, el címbalo agitando de la vela,
Llama á los defensores de Orihuela.

¡Noble ciudad! [5] Cual virgen que ofendida
Busca el amparo en la materna falda,
Y suelto el pelo y la color perdida,
Reclina en ella la desnuda espalda,
Y en tanto el forzador con fementida
Risa le ofrece espléndida guirnalda,
Ó ya fingiendo apasionado lloro,
Rinde á sus plantas corruptor tesoro;

Así te amparas de la roca ingente
De negro marmol que nacer te viera,
Y leve adorna tu atezada frente
La undosa de cien palmas cabellera;
Y el turbio rio por la débil puente
Te ofrece el rico dón de tu ribera,
Y el ancha presa que su cauce abruma
Baña tu planta de albicante espuma.

No empero ya tus altos alminares
Coronan medias lunas agarenas,
Ni el pendón bendecido en los altares
Viene á cercar tus góticas almenas.
Menos santa razón tus patrios lares
Amenaza con sangre y con cadenas;
Que barras de Aragón guardan la villa,
Y la asedian leones de Castilla [6].

¿Cuándo será, mi España idolatrada,
Que pueda yo cantar más dulce gloria?
¡Ay! muéstrame siquiera inmaculada
Una página al menos de tu historia.
¿Qué importa que en dos mundos tremolada
Fuese tu cruz emblema de victoria,
Si rasgando tú propia el propio seno,
Pasto le ofreces al rencor ajeno?

Sí; que astuto adelanta el paso tardo,
Trasponiendo los montes de Galicia,
Sediento de oro el ánglico leopardo,
Que disfraza en halagos su codicia:
Sí; que ya llama el pérfido bastardo
Al francés Duguesclin con su milicia,
Y la rosa y la lis, ¡ay triste! baña
En Nájera y Montiel sangre de España.

¿Qué más? Visten Zegríes y Gomeles
Por el Rey de Castilla la marlota;
En pro del de Aragón arma bajeles
El tirano del Africa remota.
En vano manda el Padre de los fieles [7]
Paz á los Reyes; que á su furia rota
No hay ya patria, no hay Dios; tan fiera mengua
Llore mi corazón, cante mi lengua.

Tú que de tantos ínclitos varones [8]
Conservas, caro hermano, la memoria;

Tú que estudias nobleza en sus acciones
Muy más que en su caduca ejecutoria;
Tú encontrarás siquiera en mis canciones
El embeleso de la propia historia,
Y del suelo nativo el dulce encanto
Suplirá la rudeza de mi canto.

El mismo Rey Don Pedro de Castilla
Cerca á Orihuela, y con furor provoca
Desde los arrabales de la villa
A los que guardan la almenada roca;
Y como ya tornar quiere á Sevilla,
Antes de su velada, en furia loca
Jura henchir de cadáveres la cava,
Si no se rinde pronto Juan de Eslava.

Juan de Eslava, el perínclito rico-hombre [9],
Que el oriolano alcazar asegura
Muy más con la defensa de su nombre,
Que de ancho foso ó de indomable altura:
Juan de Eslava, que extiende su renombre
Desde el turbio Mijares al Segura,
Que otro tiempo en las playas de Murviedro [10]
La cólera burló del Rey Don Pedro.

Menos dado al placer que á la pelea,
Severo el ademán, el rostro enjuto,
Nunca sirvió á la torpe Citerea,
Aunque pagó al amor doble tributo:

Su noble austera frente ya blanquea
Como el árbol de Palas, cuyo fruto,
Pasados los ardores del verano,
Se muestra opimo en el follaje cano.

Vino á Castilla un tiempo mensajero,
Y unió su suerte á principal señora,
A la bizarra Ines Portocarrero [11],
Que le siguió en Segorbe y en Ayora;
Mas no imprimiera el ósculo primero
En otra bella Inés, cuando á deshora
Muere la madre, flor que se deshace
Apena el fruto en su corola nace.

¡Fruto infeliz de amor, que con ayuda
De belígera yegua fué nutrido!
¡Cuántas veces mezcló la trompa ruda
Su son tremendo al infantil vagido!
¡Cuántas, la linda Inés, casi desnuda,
A su padre al combate apercibido
Leda sonríe, y en la cuna abraza
Con tierno pecho la glacial coraza!

Y apenas su dorada cabellera
Al albo seno virginal desciende,
No la purpúrea rosa lisongera
En los cendales de la toca prende;
Almete gasta y varonil cimera,
Y en el bridón la polvareda hiende,

Como se ostenta el celestial querube
De acero armado entre la blanca nube.

Es dócil y es hermosa; mas le afrenta
La servidumbre y vana compostura;
Mil veces se ciñó daga cruenta
Con fiero orgullo á la gentil cintura;
Ánsia el peligro, indómita y sedienta
Áun más de admiración que de ternura:
Ó no siente el amor, ó no lo paga,
Ó no se cura de la ajena llaga.

Amar es combatir para la hermosa:
Quien le brinda su fe, guerra la ofrece;
Huye y rechaza al que de amor la acosa,
Y sigue á aquel que fiero la aborrece:
De su vida y sus gracias generosa,
Ni amor la rinde, ni temor la empece;
Que criada en el campo y la pelea,
Combates busca y libertad desea.

Libre como nació, morir aspira:
Roto en la cuna el yugo cariñoso
Del amor maternal, oye con ira
Dar á su padre título de esposo;
Que ya don Juan con la inocente Elvira
Sube al altar de nuevo, codicioso
De dejar á su nombre un heredero,
Que blandir pueda su indomable acero.

Ardió en guerra su hogar; mas le consuela
Un tierno infante con sonrisa pura:
Cuando desde Valencia hasta Orihuela
El castellano campo se apresura,
Del cercano peligro que recela
Sus tiernas prendas alejar procura;
Mas por quedarse doña Inés porfía;
Que ama á su padre, y el peligro ansía.

Yace vecina al campo de Rojales,
Do la vega feraz se torna inculta,
Y el Segura perdido entre arenales
En el mar de *Lucentum* [12] se sepulta,
La antigua Daya [13], selva de jarales
Donde la esposa de don Juan se oculta,
Y con ardid de amor próvida alcanza
Á nutrir su cariño y su esperanza.

Que apenas pinta la naciente aurora
Las rojas cumbres de fulgor temprano,
Cuando rauda paloma voladora [14]
Del alto alcazar se desprende al llano:
En pobre albergue su gentil señora
Le brinda en blanca diestra el rubio grano,
Y con negro cordón de su cabello
Un ligero papel le anuda al cuello.

«Vuela al noble,» le dice, «á quien te envío,
»Portadora feliz del dulce peso:

»Díle que has arrullado al hijo mio,
»Y en prendas de su amor dale este beso;
»Díle que verle tras la lid confio
»Cual tú constante, enamorado, ileso.
»Ve en paz, y cuando el sol deje la playa,
»Vuelve á los campos de la antigua Daya.»

Hoy al sentar sus plantas carmesíes
En la torre angular del homenaje,
Mostró el ave con gotas de rubíes
Manchado el tornasol de su plumaje,
Cual si fiera caterva de neblíes [15]
En medio la asaltaran del viaje.
Mas, ¡ay! aún lleva en el herido cuello
Mal doblado un papel, roto el cabello.

Al ver la fiera Inés el avecilla
(Fiereza de mujer), se turba y llora,
Y luégo al acercarla á su mejilla,
Leyó esta letra, cuyo autor ignora:
«Hoy darán el asalto á vuestra villa
»Por el Real de Molins [16] de Rocamora.
»Yo, bella Inés, por tu existencia velo:
»Cual yo guardo tu amor, guárdete el cielo.»

El alcazar con la áspera montaña
Alto reparo á la ciudad procura,
Y el santo muro del Patrón de España
La ciñe por la falda hasta el Segura:

Este, su curso retorciendo, baña
La parte de Molins, y la asegura;
No empero tanto que su fácil vado
Pueda olvidar el velador soldado.

Víctima fiel de doña Inés altiva,
Relucha entre desdenes y favores,
Como en la red el águila cautiva
El mísero amador Julián Togores [17].
¡Mísero! ¿Quién lo es más que quien aviva
El fuego de su amor con los rigores,
Cual ténue llama que encendió el aliento,
Y que levanta el huracán violento?

Por Doña Inés le vió casi espirante
El irritado golfo de Marsella,
Y á don Fernando, de Aragón Infante,
Siguió en Albarracín, Caspe y Morella:
Por ella fué desesperado errante,
Y bravo y vencedor también por ella,
Por ella vuelve en fin; y ¡cuánto, cuánto
Por ella verterá de sangre y llanto!

Del temor combatido y la esperanza,
Pasa las noches en el muro alerta,
Y áun por eso, camino de Bonanza [18],
Sale á dar la temprana descubierta.
Hoy al volver, con la flexible lanza
Dulcemente pulsó la férrea puerta

Del alcázar, temiendo que su empeño
Pueda turbar á su querida el sueño.

Luégo se apea en el umbral, en donde
Tantas veces lloraba á su enemiga:
En el blindaje su bridón esconde,
Limpiándole el sudor con la loriga.
Llama, vuelve á llamar; nadie responde,
Y crece en el silencio su fatiga,
Y en fin, es fuerza que el reposo rompa;
Que al par del aldabón suena la trompa.

«Alzad, Eslava,» grita, «que el tirano
»Aproxima á los muros sus manteles [19].
»Ved que adelanta el campo castellano
»Camino de Beniel sus manganeles [20].
»Yo mismo he visto hacia la diestra mano
»Á Alfonso de Guzmán [21] con sus donceles;
»Viene de Alquibla [22] el escuadrón alarbe;
»Que yo corté la puente de su azarbe.»

Oye entonces girar recia ventana
En la gótica excelsa galería,
Y allí la bella Inés, cual flor temprana
Abierta al soplo de zagala impía,
Su busto virginal de nieve y grana
Entre el áureo cabello descubría.
«Tarde venís,» le dice, «caballero,
»Siempre de malas nuevas mensajero.

»No empero duerme el que obstinado calla,
»Ni es el que vela más más prevenido.
»Volveos, y hallaréis en la muralla
»Al mismo Eslava que juzgáis dormido.
»Más de una hora que aguarda la batalla,
»Quizá por la lealtad apercibido
»De ese Guzmán que vió la audacia vuestra
»Con sus donceles á la mano diestra.

»Mucho,» dijo Togores, «desde el día
»En que yo le guié por el postigo,
»Alabáis á Guzmán. ¡Ay del que fía
»Incauto en la lealtad de su enemigo!
»Y pues vos lo mandáis, no ya la mía,
»Mas vuestra voluntad rápido sigo.
»Voy al muro, y quien tanto se adelanta
»La mía besará, no vuestra planta.

»Así los dos recibiréis el pago,»
Dijo; y celando el rostro el caballero,
«Quedad con Dios,» añade: «en el estrago
»Pronto veréis el rumbo de mi acero.»
Luégo al vecino cubo de Santiago
Desciende por los riscos tan ligero,
Que donde el férreo pié sienta la huella,
Despide el monte fúlgida centella.

No de otro modo al súbito estampido
El alud en los Alpes se desgaja,

Y con tremendo aterrador zumbido
De cresta en cresta rebotando baja,
Y arrastrando en su tumbo el cedro erguido,
Los robles troncha y las encinas raja,
Hasta que pára en el peñasco ingente
Donde retumba el bramador torrente.

Bien llega don Julián; que el falso aviso
En mal hora creyendo Juan de Eslava,
Dejó mal guarnecido del preciso
Resguardo el murallón de la alcazaba;
Y el mismo Rey don Pedro de improviso
Guia su tercio oculto por la cava,
Y fijan ya las altas escaleras
En las mal defendidas aspilleras.

«¡Traición!» grita iracundo el de Togores,
¡Traición! el monte cóncavo retumba,
¡Traición! repite el valle y los alcores,
Luégo la escala altísima derrumba;
Y los que se juzgaban vencedores,
En el foso caudal encuentran tumba,
Siendo su propia mísera caida
De sus propios amigos homicida.

Una nube de flechas y azagayas [23]
A la voz del garzón desciende al suelo,
Como al silbo del cárabo en las playas
La caterva de alondras alza el vuelo.

En tanto en las moriscas atalayas
La densa ahumada se remonta al cielo,
Y responde en la Huerta no remoto
El grave són del caracol innoto [24].

Cunde la alarma en una y otra parte.
Los que el foso cubrió, cautos guerreros,
Alzan ya sin rebozo el estandarte,
Y vienen en su pro los lombarderos,
Mientras que del vecino baluarte
Acorren á Togores cien paleros [25],
Y á su impulso cayeron despeñados
Piedras, escalas, armas y soldados.

Tanto dura la lid, que al que defiende
Faltan las piedras ya que previniera;
Cuando se ve que rápido desciende
Refrenado alazán por la ladera:
Los fuertes brazos tan seguros tiende
Cual si excelsa deidad lo condujera,
Y con los piés que arrastra, manda al llano
Armas á don Julián, miedo al tirano.

En tanto en el cuartel de los Hostales [26]
Entre Eslava y Guzmán cunde la liza;
En fuerza no, pero en valor iguales,
Cuando se estrecha más, más se encarniza:
Ya reducen los góticos portales
Novísimas lombardas [27] á ceniza,

Mientras allende el rio gruesas moles
Disparan los antiguos foneboles [28].

El súbito estampido violento
Un breve punto al defensor espanta,
Cuando en raudo bridón que corta el viento,
Inés por los escombros se adelanta:
Inés, que arrebató con noble intento
De entre las manos de la Virgen Santa
El ramo de jazmín y de azucena
Que el viento calma y que la mar enfrena [29].

Se escapa de su dura capellina,
Como de niebla el sol, áurea guedeja:
En el gorjal y gola diamantina
El albo rostro su candor refleja;
La malla y luenga veste purpurina
Ver la hermosura de las formas deja,
Cual luce, de la hiedra revestido,
La palmera gentil su tronco erguido.

«Y ¿preferís,» les dice, «ciudadanos,
»El humo vil y el polvo á la pelea!
»Inútil es el hierro en vuestras manos
»Contra el arma infernal que el Rey emplea.
»Allende el rio están nuestros hermanos:
»Venid, que fácilmente se vadea;
»Y cuando no, veremos frente á frente
»Si vence el más astuto al más valiente.

»Quien esta flor, que nunca se marchita,
»Intente merecer, venga al combate.»
Luégo el divino talismán agita
De la sacra deidad de Monserrate,
Y del fuego al través se precipita,
Desgarrando el hijar con su acicate,
Y tienta por las piedras derribadas
El paso de las ondas alteradas.

Corren tras ella al punto los Roseles,
Rocamora, Pagán, Ruiz y Mendiela:
Otros, que tardan por buscar corceles,
Entran, ya con el agua á la escarcela.
Aun los infantes, que se arrojan fieles,
Y de la bella Inés siguen la estela,
Cortan apena en blancos torbellinos
El cárcavo raudal de los molinos.

Guzmán y el tercio que la brecha embiste,
Viendo cortar la hueste sitiadora,
De la estéril empresa en fin desiste,
(Ni le duele el salvar á la que adora).
«Amigos,» dice, «donde el Rey asiste
»Cumple llevar la nueva sin demora:
»Corramos todos por el foso arriba,
»Y vaya en paz la turba fugitiva.»

«¡Nosotros,» dicen, «ir so la muralla
»Indefensos al tiro de las hondas!

»No, puesto que te piden la batalla,
»De este modo queremos que respondas.»
Y entran al vado, y sin dejar la malla,
Tientan de nuevo el paso de las ondas;
Mas ya crecido el opulento rio
Tumbas prepara al escuadrón impío.

Tú, Señor, que contienes y dilatas
Cual nubes los imperios, y los mudas;
Tú, que en el Mar Bermejo desbaratas
Al fiero egipcio, y á tu pueblo ayudas:
Tú inundaste con recias cataratas
Presas, azarbes, márgenes y azudas,
Que antes quebró el piadoso orcelitano
En honra tuya y mengua del tirano.

Pocos por tanto abordan á la orilla;
Que el duro almete, cual pesado lastre,
Abruma á los guerreros de Castilla
Y á los fuertes maceros de Lancastre [30].
La lluvia y los disparos de la villa
La confusión aumentan y el desastre,
Y los que arroja el húmedo elemento
Contagian de terror el campamento.

«Perdidos somos,» dicen, «compañeros!
»Nosotros vimos, sí, con estos ojos
»Por la brecha salir á los guerreros,
»Sin que el incendio les causara enojos.

»Dióles el rio fáciles senderos;
»Seguimos en su pos, y los despojos
»De las invictas haces españolas
»Son estas mal enjutas banderolas.

»Y no gigante capitán los guía,
»La diestra armada en hierro toledano,
»Mas gentil criatura, hermosa y pía,
»Que una cándida flor lleva en la mano.
»Dios mismo, Dios sus pasos conducía,
»Si ya no es ella arcángel soberano,
»Pues que á su voz las llamas obedecen,
»Y las tranquilas ondas se embravecen.

»Y ese nublo que el ábrego difunde,
»A nosotros no más la luz oculta;
»Dios los protege y nuestra grey confunde,
»Y en ondas y en tinieblas nos sepulta.»
Así el milagro por los tercios cunde,
Y cuanto cunde más tanto se abulta;
Ni oye á Guzmán el Rey, que sin sentido
Yace en los brazos de Sanabria [31] herido.

Al mirar la sorpresa malograda,
El Tigre de Castilla se embravece,
Y manda dar calor á la escalada,
Y á las delibras [32] que su juego empiece.
Una nube de piedras disparada
La luz del cielo entonces oscurece,

Con tan mala fortuna, que un peñasco
Hundió en la régia sien el férreo casco.

Aún dura de don Pedro la congoja,
Cuando llega veloz Fernán de Castro [33],
Que guardó con el tercio de Rioja
El paso de la puente de Bigastro [34].
Ante las plantas de su Rey se arroja,
Y dejando tras sí cruento rastro,
«Nos cortan,» dice, «vienen de la Daya,
»Salvad al Rey...;» y exangüe se desmaya.

En tanto que al Monarca de Castilla
Curan los suyos la reciente llaga,
Como insólita y nueva maravilla
Voz de terror al campo se propaga.
Dicen que vieron en la opuesta orilla
En albo palafrén rápida maga
Acorrer con las turbas de la Huerta
A la que vió Guzmán forzar la puerta.

En un bosque de palmas y azahares
Las mesnadas amigas se juntaron.
Allí las dos bellezas militares
El santo ramo y el pendón trocaron.
Las acequias y gárrulos cañares
Hombres al eco de su voz brotaron,
Y cuando el escuadrón al campo sube,
Cubre su marcha cenicienta nube.

Dios, creando estas bellas, desde el cielo
Puso tan en su justo la balanza,
Que en uno y otro divinal modelo
Ni hubo desigualdad ni semejanza.
Linda Elvira cual numen de consuelo,
Y bella Inés cual angel de venganza,
Ni se humillan entrambas, ni se exceden;
Ni confundirse ni juntarse pueden.

Con talle varonil y faz serena,
Sublime y rauda cual de Dios la ira,
Inés, al par que su corcel refrena,
Con el pendón entre las huestes gira.
El ramo portentoso de azucena
Fácil concede á la inocente Elvira,
Que aplica allí su influjo soberano
Adonde lleva Inés hierro inhumano.

Su dulce voz, como el rumor del aura,
Consuela pía al mísero doliente;
Como el rocío que la flor restaura,
Tal vez derrama lágrima ferviente.
Nunca soñara el trovador de Laura
Tan bella Dea, que á la adversa gente
La llaga enjuga del acero crudo,
Soltando á su cabello el terso nudo.

Entonces, ¡ay! su labio de rubíes
El beso del dolor tiñe en jacinto,

Y mil purpúreas tintas carmesíes
Vierte en su tez el ruboroso instinto:
Así entre blancos nardos y alelíes
En los cármenes gratos de Corinto,
El pecho al labrador adorna esquiva
La púdica y modesta sensitiva.

¿Quién en tanto resiste al vïolento
Ímpetu audaz del rayo de la guerra?
¿De Inés, que entrando el regio campamento,
Los fuertes escuadrones corta y cierra,
Como suele arrollar el recio viento
Seco follaje en la agostada tierra,
Teniendo los ingenios en tan poco
Cual las líbicas tiendas el siroco?

Surge de entre las cañas y los sauces,
Con bélico furor, la turba agreste,
Como arrojan del báratro las fauces
Aves nocturnas á la luz celeste.
Los que no mueren en los hondos cauces,
Cuentan que han visto en la oriolana hueste,
Cual rayos de la cólera divina.
A las santas de Dios, Justa y Rufina.

«No hay tiempo que perder; que los leones
»Ganen al punto de Beniel la barca,»
Dice Guzmán: «en medio á los reveses
»Sólo este rumbo la prudencia marca.

»Y vosotros haced con los paveses
»Portátil lecho al infeliz monarca.
»Llevadle vos, Fernando de Toledo [35],
»Y decidle al volver que yo me quedo.»

Cual toro vencedor que en sangre tinto
Se apoya fatigado en la barrera,
Y, desierto de picas el recinto,
Nueva y suprema lid bramando espera,
El suelo escarba y con feroz instinto
En los muertos bridones se atrinchera,
Hasta que al matador vuelve los ojos
En medio de los bárbaros despojos;

Así, mientras Guzmán el estandarte
Alza, y Toledo al vado se encamina,
Y la triunfante Inés por otra parte
Acorre con la gente campesina;
Togores, en el alto balüarte,
Breve trecho en la lanza se reclina,
De ajena sangre y de sudor bañado
Y de yertos cadáveres cercado.

Mas viendo á su rival, que la bandera,
Dando ya signo de marchar, tremola,
«¡Oh nieto de Guzmán!,» le grita [36], espera,
»Si áun corre por tu sér sangre española.
»¿Has engañado á Doña Inés sincera,
»Quizás por combatir con ella sola?

»Ven, y no temas acercar la escala;
»Haz de valor, como de astucia, gala.»

Mira airado Guzmán de donde viene
La osada voz, cuya venganza tarda;
Y en prueba del castigo que previene,
Alza el pendón, blandiendo su alabarda.
Toledo, mal su grado, le detiene;
Que habiendo de cubrir la retaguarda,
No es justo, por vengar la propia ofensa,
Dejar á su monarca sin defensa.

«Señor,» grita frenético el mancebo,
Y el tronco de su Rey mueve convulso,
«Volved en vos, y que el blasón que llevo
»Pueda vengar con merecido impulso.»
Y como viera al movimiento nuevo
Que late más veloz el regio pulso,
Apartó de las sienes la guedeja,
Y acercó el labio á la sangrienta oreja.

«Tú,» dice, «á Doña Inés por quien deliro,
»Me mandaste escribir traidor consejo;
»Tuya es la infamia, ¡oh Rey! en que me miro;
»Pues mándame lidiar, y no me quejo.»
Lanzó Don Pedro entonces un suspiro;
Fijó en el adalid torvo entrecejo,
Y áun pudo pronunciar en tono blando:
«Alfonso de Guzmán, yo te lo mando.»

Cual rompiendo las redes, al desnudo
Peñasco trepa la veloz pantera,
Así Guzmán, soltando el regio escudo,
Corre, llega y asalta la escalera.
Aferra con los dientes el agudo
Acero, y en la diestra la bandera,
Y gana el matacán, y allá derriba
La escala con el pié, y al muro arriba.

El morado pendón clava en el alto,
Que ya no su victoria simboliza;
Y á todos veda que le den asalto,
Por quedar solo en la tremenda liza.
Prueba al adarve descender de un salto,
Y en un charco de sangre se desliza;
La mano empero Don Julián le ofrece
Y del temprano golpe le guarece.

Y ya mostrando en el común idioma
De nobles almas gratitud galante,
Uno y otro adalid distancia toma
Cuanto á cruzar el hierro fué bastante.
La sonrisa feroz al labio asoma,
Viendo uno y otro á su rival delante.
Lidian, y el odio sus aceros miden
En las fulmíneas chispas que despiden.

Uno y otro también por largo trecho
Con modo desigual la espada esgrime:

El de Guzmán rebosa de despecho,
Y el de Togores su furor reprime;
Y bien que siente que el hidalgo pecho
Primero su contrario le lastime,
Aguarda con serena confianza
Ocasión que complete su venganza.

Y no se hace esperar el triste plazo:
Que al partir el guerrero de Castilla,
Por la juntura del tendido brazo
Penetra de Togores la cuchilla.
Quita veloz Guzmán y á su rechazo,
El hierro salta como seca astilla,
Dejando en él la punta ensangrentada,
Y en don Julián la diestra desarmada.

Viéndose ya indefenso el oriolano,
Del campo de la lid salta ligero,
Se inclina y busca con incierta mano
Aquellas armas que venció primero;
Pero no le da tregua el castellano,
Que el gorjal y el almete y el plumero,
Cual tallo seco de torcido roble,
Derriba al suelo del primer mandoble.

¡Guay! no te pares en la ajena suerte,
Que de Guzmán la rabia moribunda
Quiere comprar la tuya con su muerte.
Guay si otro golpe nuevo te asegunda!

Mas corre don Julián, y de tan fuerte
Nudo mortal á su ofensor circunda,
Que vomita cual odre comprimido
Bullente sangre del costado herido.

Mas dice al propio tiempo. «Caballero,
»No es de hidalgos luchar, mas de jayanes:
»Dejadme al menos recobrar mi acero,
»Y lidiemos cual cumple á capitanes.
»Ya no mi gloria, mas tu muerte quiero,»
Le contesta Guzmán; y en sus afanes
Tiende convulsa mano á la cintura,
Y el contrario puñal ganar procura.

Togores cierra y cierra el ferreo nudo;
Que al castellano en fuerza se adelanta;
Mas cuando el frío acero en el desnudo
Cuello sintió, buscando su garganta,
Despide á su rival con el nervudo
Pecho, y hasta los hombros lo levanta.
«Baja, pues que lo quieres, á la tumba.»
Le dice, y hasta el foso lo derrumba.

Al próximo rastrillo el cuerpo baja:
Estalla la armadura, y el cruento
Busto aparece allí, cual se desgaja
Dulce granada en duro pavimento.
Le arroja, en fin, Togores por mortaja
El morado pendón que extiende el viento,

Y que no ven caer de esotra orilla
Las fugitivas huestes de Castilla.

Inés, que en tanto en su bridón recorre
Los vencidos despojos que atropella,
Se acerca al pié de la nefanda torre,
Y casi el bulto sanguinoso huella.
Elvira empero al infelíz acorre,
Más compasiva cuando no más bella,
Y al alzar del pendón el triste velo,
«¡Es él!» prorrumpe Inés, cayendo al suelo.

Y pálida y convulsa corre, llega,
La yerta mano con sus labios toca,
Y el caro rostro que la sangre riega
Prueba á enjugar con balbuciente boca.
Llama, impreca, suspira, grita, ruega,
Quiere morir desesperada y loca,
Y no pudiendo resistir á tanto,
Prorrumpe al fin en miserable llanto.

«¡Es este el premio, Alfonso, que esperaba
»Cuando en secreto el corazón ardía?
»Cuando en medio al estrago te buscaba,
»Y de amor y de gloria contendía?
»Tú quisiste vender á quien te amaba,
»Ay! en vano olvide tu alevosía,
»Porque el cielo protege á tu enemigo,
»Que lo es mio también. Yo lo maldigo.

»Sí, perezcan de infame y alevosa
»Muerte los que atentaron á tu vida:
»La que les cubra, funeraria losa,
»Sea en mercado público vendida,
»Y la Daya, en tu muerte tan celosa,
»Caiga de terremotos sacudida,
»Sí, sí, yo los maldigo...» Y enmudece,
Y en los brazos de Elvira desfallece.

En tanto los egregios vencedores
Se abrazan en el árabe alcazaba.
Libre ya el sol de pálidos vapores,
En sus triunfantes yelmos reflejaba.
«¡Honor á vos, Don Juan!» grita Togores,
«¡Honor á Dios,» responde el noble Eslava,
»Que protege al piadoso orcelitano
»En honra suya y mengua del tirano!»

ADVERTENCIA.

Cumpliéronse las maldiciones de Inés. Don Pedro pereció en Montiel á manos de su hermano: Eslava fué muerto á traición con una saeta envenenada: Togores, entrada la ciudad, fué degollado en la plaza pública. El convento de la Merced, antiguo panteón de los Roca de Togores, fué en nuestros dias vendido como finca del erario, y el terremoto de 21 de Marzo de 1829 destruyó á Benejuzar y esterilizó con erupciones volcánicas la Daya.

Madrid 28 de Marzo de 1846.

ISABEL LA CATÓLICA

EN ORIHUELA.

LEYENDA SACADA DE UN CÓDICE DE FAMILIA.

ROMANCE PRIMERO [37].

LAS CORTES DE 1488 [38].

Ya es tiempo que un solo yugo
Abarque en robustos lazos
Desde el frígido Sobrarbe
Hasta el aurífero Darro:
Y la cruz, que en Covadonga
Alzó el infante Pelayo,
Fulgure enhiesta en la Alhambra,
Por Isabel y Fernando.
Y es divina Providencia,
Que los muros que miraron
Del artero Teodomiro
El irrisorio reinado,

Resto efímero y caduco
Del godo poder y el fasto,
Que en el fatal Guadalete
Con Rodrigo naufragaron,
Miren también la saeta
Postrera, que bella mano
Contra el poder agareno
Tiende certera en el arco.
Dios la aguzó. ¿Quién resiste?
¡Ay del infiel! Tú, mi patrio
Solar, alégrate y presta
Acento digno á mi labio;
Que nunca más bellos dias
Lucieron para los campos
Que fecunda entre azahares
El Segura orcelitano.
Ni ¿quién reseñar pudiera
Los próceres esforzados
Que tus arábigos techos,
Noble Orihuela, hospedaron?
Allí está el Marqués de Cádiz,
El conquistador preclaro
De Málaga, el de Ledesma,
Y don Pedro de Velasco;
Allí brilla por sus galas
El Duque del Infantado,
Y el de Alburquerque, y los Condes
De Monteagudo y de Castro,
Y Pedro López Padilla,

De Castilla adelantado,
Y Chacón, que lo es de Murcia,
Yerno de Alonso Fajardo;
Allí Gutiérre de Cárdenas
El Comendador, criado
De la Reina, y señor de Elche
De su dulce oficio en pago;
Y el gran Cardenal de España,
Y el Cura de los Palacios,
Cronista, y el padre Deza,
Del príncipe don Juan ayo.
Y allí las Cortes del reino [39],
En sus tres potentes brazos,
Procuradores de villas,
Ricos-hombres y prelados.
Vinieron desde Valencia;
Fueros y leyes juraron
En el templo venerable
Del Santo Apóstol Santiago;
Y en premio á la paz que obtienen
Por sus reyes, les dan cautos
Fuerza ó plata *(tanto monta)*,
Y hombres, y armas, y caballos,
Con que terminen la guerra,
Y lancen al africano
Allende el mar, y rematen
La promesa de Pelayo,
Y venguen á Teodomiro
Con el valor de Fernando,

Ó con la virtud sublime
De Isabel, que *(monta tanto)*.

ROMANCE II.

EL CONCEJO.

Resueltas están las Cortes,
Soberanos son sus votos:
Así reune Orihuela
Un popular consistorio
Para aprestar los servicios
Y acudir con el socorro
Que los Católicos Reyes
Han de lanzar contra el moro.
Mover guerra al agareno
Lo quieren, lo aplauden todos,
Y dar, por tanto, el tributo
Bien cumplido y pronto, pronto,
Cada cual al noble peso
Intenta poner el hombro;
Pero al computar el tanto
Son los denuestos y ahogos.
Guardamar pretende alivio,
Porque dice que es notorio
Que tiene, por las crecidas,
Azarbes y puentes rotos.
—Tanto mejor; á más riego
Más cosecha, dicen otros.

—Alíviese á Cox, que tiene
Sin simientes los rastrojos.
—Rojales y Benejúzar
Pagan mucho, grita ronco
Su síndico, y le responden:
—Callosa y Catral no poco.—
—Todo eso menos valiera,
Dijo el viejo Gil de Sotos,
Si por cada heredamiento
Se partiera igual el cobro;
Que en impuestos y en arados,
Por experiencia conozco,
Cargar el yugo es muy facil,
Saberlo igualar es todo.
Ya veréis en éste cuántos
Se escapan, zagueros y horros.
Por lo menos, los Soleres
No pagarán, dicen otros.
—Y es razón, dice un tercero;
Váyase por cuando solos
Pagaron, mientras mandaban
Los de don Juan y de Osorio [40].
—Los de don Juan no se niegan
Nunca á los lances honrosos,
Dice aquél. Y éste responde:
—Cierto, á los lances devotos [41].
—Haya paz dijo el ladino
Gil Sotos. ¿No véis, cachorros,
Que siendo de una camada

No se han de morder los lobos?
Los de don Juan y Soler
Son unos, como yo y Sotos,
Desque don Jaime y Leonor
Se unieron en matrimonio.
—¿Quién nombra al *Sol de Orihuela?*
Dijo entrándose en el corro
Un labrador de la Daya,
Terciada la manta al hombro.
—Nadie que no la respete,
Contestó el viejo.—Seo zorro,
No cace palomas,—dijo
El dayés con aire torvo.
—No cazo, repuso Gil,
Que me faltan piernas y ojos,
Y áun por eso no columbro
Aquí á los pájaros gordos.
—Es verdad, no está don Jaime,
No ha venido, observa un mozo,
Y eso que paga tributos,
Que pasó el año de novio [42].
—Es cierto, ni el señor tio,
Don Juan, el que anda tan fosco
Desque perdió la bailía
Y la mujer este Agosto.
—¿Por qué no viene al Concejo?
¿No quiere pagar tampoco?
—Harto, dijo el de la Daya,
Paga don Juan, yo le abono;

Que para hospedar al Rey
Y á la Reina es un asombro
Lo que ha gastado en su casa
Y en muebles y en seda y oro.
—Ese fuera, dicen muchos,
Juez partidor recto y probo,
Que es imparcial, pues ya paga.
—Nombrémosle, dicen otros.
—No está aquí, replica el viejo,
Encubriendo mal su enojo,
—Vaya con Dios: partidores
No faltan entre nosotros.
—A votar, llama entre tanto
El Gobernador, y en torno
Agita la muchedumbre
Pechos, brazos, mantas, gorros.—
Así las hojosas vides
En las tormentas de otoño
Se arremolinan y enzarzan
Al ágrio silbar del Noto.—
Y en esto, cual combustible
Se amontonan nombres propios,
La discordia acerca el fuego
Y la envidia arrecia el soplo.—
Y á poco si de los bandos [43]
De Roca y Soler al ódio
Vuelve á levantarse llama
Del no apagado rescoldo.—
Que de Ponces y Guzmanes

El ciego feudal encono
Encontraba imitadores
Hasta en humildes villorros.—
El Gobernador suspende
La elección, cauto y celoso;
Y el pueblo sale á la plaza
Casi alzado en alboroto.
Allí pasaba don Juan,
No ya macilento y solo,
Mas con Leonor su sobrina,
Lucero de estos contornos;
Con Leonor, Sol de Orihuela,
La de los cabellos blondos,
La que hace brotar virtudes
En donde pone los ojos.
El pueblo les dejó calle,
Abriéndose á un lado y otro,
Y camino de Palacio
Siguió sus pasos absorto.

ROMANCE III.

EL HOSPEDAJE REAL.

En un alcázar que estriba
Sobre el puente de Bigastro,
A quien da el Táder fecundo
Espejo, defensa y baño;
Donde Berenguer el noble [44]

Hospedó en tiempos pasados
Contra dos Pedros crueles
Al Infante D. Fernando [45];
En donde al presente lucen
Aspe su purpúreo mármol,
Callosa su negro jaspe,
Benejúzar su alabastro;
Cuya trepada azotea,
Con lises interpolados,
Roques de ajedrez coronan
Por divisa y por ornato;
Cuyo escudo gentilicio
Y cuyo viejo retablo
Publican, como la alcurnia,
La devoción de sus amos;
Y en estancias que embellecen
Guirnaldas de rosa y lauro,
Paños de Flandes y alfombras,
Terciopelos y damascos,
Brilla como en su apogeo
El más pasmoso milagro
Que diera asunto á la historia
Y pábulo al entusiasmo.
Guerras trata, y es piadosa
Más que los Dezas y Hernandos;
Es mujer, y más bizarra
Que los Ponces y Gonzalos.
Arrostra cualquier peligro,
La vence cualquiera llanto,

Ningún Rey es su maestro,
Cualquier infeliz su hermano.
Sus hijos son los de España;
Porque en su amor ha juntado
Los que en el Ebro nacieron
Con los que beben del Tajo.
No en riquezas con el rico,
No en poder con el tirano
Compite, ni mueve guerras
Por agrandar sus Estados.
Crucificada en su trono,
Vuelta la vista al Calvario,
Recibe del Rey de reyes
Fuerza, corona y dechado.
¿Su nombre? ¿Quién no lo aclama
Desde el Oriente al Ocaso?
No tú, mi linda señora,
Ignoras ya de quién hablo.
Tú, que crecida en los valles
Del imperio mejicano,
Tierna flor, te abriste al cielo
Al influjo de aquel astro.
Tú, que *Isabel* balbucías
Con puro inocente labio,
Como símbolo de gloria,
Emblema sublime y santo.
Coyunda de amor tendida
Desde Calpe al Chimborazo,
Que bajo la cruz del Gólgota

Hace á dos mundos hermanos.
¡Isabel! Por ti, Occidente
Conoce ya el increado
Sol, y no mancha sus aras
Con sacrificios humanos.
Y si hoy parricidas tornan
Á más fieros holocaustos,
Isabel, desde los cielos,
Hará que se den las manos.
Madre fué suya; sus joyas
Del error los rescataron;
Náufragos de la barbarie,
Los arrancó al Océano.
Así el suelo que algún dia
Colón, Cortés y Pizarro
Fecundaran, no se torne
De los logreros mercado.
Y la que en lecho de muerte
Hizo á *sus indios* legados,
Tambien mandará del cielo
Para *sus indios* amparo.

ROMANCE IV.

LA OFRENDA.

En un estrado que forma
Doble elevada tarima,

Bajo un dosel recamado
Con lazos, yugos y cifras.
Sentados están los Reyes
En sendas talladas sillas,
Merced otorgando á muchos,
Haciendo á todos justicia.
Sirve detrás de la Reina,
Doña Beatriz Bobadilla,
Y al Rey, Jorge de Alarcón,
El señor de Fuentecillas.
Ya de delante los pajes
El luengo escaño retiran,
En que las Cortes han dado
Su postrera despedida.
Y por la anchurosa escala
Baja ya la clerecía,
Muy ufana con su arenga
En buen latín de Lebrija.
Hay, con todo, quien recele
De una apacible sonrisa,
Que ha sorprendido en la Reina;
Que es la Reina gran latina.
Empero escena más grata
Á otra parte la convida,
Que va en la cámara entrando
Turba de zagalas lindas.
Las flores que todas llevan
Deslucen con sus mejillas;
Otras de sus negros ojos

Lanzan fulgurantes chispas.
De brocatel y cetí [46]
Ostentan la falda rica,
De fino cendal las tocas,
Las negras trenzas por cima.
Negras sí, que por respeto
Y urbana contesanía,
No hay una con aureos rizos
Que con Isabel compita.
Y á la Reina, en homenaje
De amor y agüero de dicha,
Nativos frutos presentan
En labradas canastillas.
Orihuela dá en presente,
Con rubio trigo en gran copia,
Las hebras que diligente
Labra en su morada propia
La crisálida de Oriente.
Trajo escritos y de aroma
Sus melones Guardamar;
Y con el propio azahar
Molins la dorada poma,
Que el Asia puede envidiar.
Humildes frutos dá Urchillo
De picante carmesí;
Y destilando rubí,
En bien curtido odrecillo,
Trajo vino Almoradí;
Cox le presenta nopal,

Y aloes de tierra esquiva;
El áureo jugo Rafal
De la lucífera oliva;
Y sus cáñamos Catral;
Y otros esquilmos había,
Y ramos de nardo y rosa,
Y por más galantería,
Por donde quiera lucía,
La granada misteriosa.
Callosa, en fin, con membrillo
En pasta copió la almena
De su moruno castillo,
Y con dátil amarillo
Labró la roca y la arena.
Y en una palma curada
En los pensiles del moro,
Puso una letra labrada,
Que dice «Mayor tesoro,
Reina, te espera en Granada.»

ROMANCE V.

DON JUAN.

Cuán afable el rey Fernando,
La Reina cuán expresiva
Avaloran los quilates
De aquella ofrenda sencilla.
Ora llegan á los labios

Las frutas, ora examinan
Las agrícolas labores,
Que su rendir multiplican.
Ni de Isabel para en esto
El afan: luégo festiva
Al trigo llama *su aljófar*
Y á la granada *su envidia*.
Y solícita se informa
De los pueblos y familias;
Su jardín, llama á la huerta,
Y á las zagalas *sus hijas*.
Por eso las que á la entrada
Iban trémulas y tibias,
Arden de puro entusiasmo
Y de amor á la salida.
Y luégo hablando á los nobles,
Que en la cámara se apiñan,
Tiene Isabel para todos
Dulces palabras y dignas.
A Rocafull de Albatera[47],
Y al señor de Jacarilla[48]
Distingue, y al de Rafal,
Y al de Arneva y al de Alquibla.
Y como en una ventana
Tras las agolpadas filas
Viese al anciano don Juan
Casi oculto en la cortina;
—¿Cómo así el amo de casa?
Dijo Isabel. Y él replica:

—Porque yo soy el criado
Do quiera que el Rey habita.
—Siempre tuvo, dijo el Rey,
Don Juan las respuestas vivas:
Así le dejára agora
Su añeja melancolía.
—Me duele ver, dijo el noble,
Pasada mi edad florida
En inútiles querellas
Y en sangrientas banderías,
Cual los Ponces y Guzmanes
Afligieron á Sevilla,
Carvajal y Benavides
Las extremeñas campiñas,
Los de Manuel y Fajardo
La noble ciudad vecina,
Otros bandos parecidos
Ensangrentaron la mia.
Lucha que postró mi casa
Como Aragón y Castilla,
Y nada que dar me deja
Para la santa conquista.
—Sí tal, repuso la Reina,
Con voz casi compasiva,
Dios, que los dones bendice,
Da qué dar como le pidan.
También de viejos agravios
La tenaz memoria antigua
Es á Dios y es á los Reyes

Noble dádiva y opima.
—¿Y qué sirve á Vuestra Alteza,
Permitidme que lo diga,
Que perdone ó que se vengue
Un pobre hidalgo en su villa?—
El Rey, no bien conociendo
Al viejo Baile, imagina
Que áun resentido recuerda
Que él le quitó la bailía,
Y dice:—Don Juan, los Reyes
Á Dios mismo simbolizan:
Por él rugen los leones,
Por él las aves anidan.
Los nobles son en la hueste
Los ministros de sus iras,
Y han de ser en sus estados
Reflejo de su justicia.
El Rey es todo de todos,
Y así no es mucho que exija
Gratitud si recompensa,
Y humildad cuando castiga.
—Yo que don Juan, mi Fernando,
Humilde respondería:
(Dijo Isabel, que miraba
De entrambos arder la vista)
Yo dijera que es más bien
Como el agua la hidalguía,
Que á la majestad del sol
Docil se presta y benigna:

Su claridad y hermosura
Retrata, si es pura y limpia,
Y mortífera la tornan
Sus rayos, si es corrompida.
Á veces en vanas nieblas
Se levanta y se disipa,
Á veces en gratas nubes
Los sembrados fertiliza.
Su luz en lagos refleja,
Su ardor en fuentes mitiga,
Y sol y agua son del pobre
La Providencia divina.
—¡Ah! Señora sea en vos
Reverenciada y bendita,
Dijo don Juan, y una lágrima
Humedeció sus mejillas.
—¿Qué os daré yo como prenda
Del amor que ya me anima,
Y hace hervir mi helada sangre
Como en juveniles dias?
¡Ay! Ya mis hombros se niegan
Á la militar loriga,
Y no me quedan caudales
Con que pagar quién os sirva.
—Dadme el amor de estos pueblos;
Que á vuestro ejemplo revivan
La fraternidad, la fuerza,
La fe, la constancia antigua.
Viéndoos perdonar agravios,

¿Quién hay tan vil que no os siga?
Que no es grande el que más tiene,
Sino el que más edifica.
—Será así, dijo don Juan:
Desde hoy mi lealtad os brinda,
Si no el hierro de mi espada,
Los yerros ¡ay! de mi vida;
Y mi fe al Rey y á la patria
Vincularé en mi familia.
Dijo, y besando la mano
Calló y dobló la rodilla.

ROMANCE VI.

DOÑA LEONOR SOLER.

Entre todas las bellezas
Que en las plazas y paseos
Tributan á sus monarcas
Curiosidad ó respeto;
Y entre las damas ilustres
Que en los regios aposentos
De visitar á los Reyes
Gozaron el privilegio;
Una las eclipsa á todas
Por la gracia y el talento,
Que cual en pomo dorado
Encierra en su débil cuerpo.
Ancha su frente, da plaza

Á elevados pensamientos,
Mesurado el continente,
Noble ademán y resuelto.
Perlas da el mar á su boca,
Si el coral las guarda dentro;
Son de rosas sus mejillas
Y áun á menudo de fuego;
De alabastro su garganta,
De oro agramado el cabello,
Garzos los ojos y puros
Semejan al mar y al cielo.
Pero lo que más sorprende,
Lo que en el estrado regio
Le merece los encomios
De aquel tropel palaciego,
Es la viva semejanza
Que tiene en su porte y gesto
Con la reina que al notarlo
Nubló el semblante risueño.
No es envidia, no, que nunca
La conoció y un secreto
Gozo femenil le dice
Que es de tal copia modelo.—
Goza en ella viendo al vivo
Su retrato sin el sello
Que ya en su frente sagrada
Imprime profano el tiempo.
Y al mirar tanto donaire,
Tan juvenil embeleso,

Recuerda triste los años
De Madrigal y de Arévalo.—
Y áun por eso no curiosa,
Mas solícita en extremo,
Se informa de sus costumbres,
De su estado y de sus deudos.
No pregunta su linaje,
Sabe que es noble, y á un necio,
Que prolijo se lo cuenta,
Dice:—Basta de abolengo.
Aquel juzgo por más noble
Que menos presume serlo,
Y que imita y no relata
La virtud de sus abuelos.—
Leonor Soler es el nombre
De la dama; bien que el pueblo
La llama el *Sol de Orihuela*
Y de su *huerta lucero.*
Ha tiempo fué pretendida
De un joven hidalgo y bueno,
Don Jaime, el que ya dijimos
Que es al presente su dueño.
Don Juan que era á la sazón
Baile general y deudo
Del amante hombre iracundo,
Bien que probo y justiciero,
Por no sé cuáles demandas
Que los Soleres pusieron
Al patrimonio del Rey,

Que él guarda, parte derecho,
Y viene á los cintarazos,
Dejados atras los pleitos.
Turbáronse los amantes,
Las familias y los pueblos,
Y alzáronse banderías,
Y hubo carteles y duelos,
Refriegas y escaramuzas
Y rebatos y saqueos,
Y áun durára tal desorden
Si por auto de Toledo
El propio Rey don Fernando
No le pusiera remedio.—
El irascible don Juan
Fué por su Alteza depuesto,
Don Jaime partió á Sicilia,
Doña Leonor á un convento.
Hasta que dadas las treguas
Por soberano precepto,
Se realizó el matrimonio
Há tres años, poco menos.
Es doña Leonor de entonces
Sol de amor para su dueño,
Íris de paz en su casa,
Ángel de Dios en el pueblo.
De las solteras dechado,
De las casadas espejo,
Ornato de los ilustres,
Tesoro de los pecheros;

Acoge á los desvalidos
Y conforta á los enfermos,
Y da más brillo á las fiestas
Y mayor culto á los templos.
Es, en fin, porque se diga
De una vez tanto portento,
En todas estas riberas
Lo que Isabel en sus reinos.

ROMANCE VII.

UNA CARTA.

A vos, la noble Señora
De Cornera y de Ceutí,
Doña Leonor de Soler,
Mi prima por lo Belvís;
La que, segun dicen todos,
Es reina y señora aquí,
Ya que no por su realeza,
Por sus virtudes sin fin;
Sabed que la de Castilla,
Que es mi señora otrosí,
Os manda sus encomiendas
Y ésta me ordena escribir.
Trabajo os da la de Moya
Con esta su letra ruín:
Si os da gozo, es de la reina;
Si os da molestia, es de mí.

Su Alteza diz que prendada
De vuestro aire señoril,
Y sabiendo las virtudes
Que en vos adora el país,
Y admirada de la gracia
Con que, humano querubín,
Disteis paz al iracundo
Y consuelo al infeliz,
Quiere con vos de estas cosas
Y otras muchas departir,
Y una merced otorgaros,
Bien que vos no la pedís.
Por esta breve noticia
Y su mandato, venid
Mañana en siendo las doce
A su regio camarín.
Bien lo conocéis, señora,
El de raso queremí,
Donde bálsamos labrábais
Con las flores del jardín.
Si en esto rompo un secreto,
Perdonadme tal desliz,
Que vos no perdéis en nada,
Y Dios gana. Conque así,
Él en su gracia mil años
Os guarde buena y feliz...
Y á... la marquesa de Moya.
Firmado, treinta de Abril.
Y luego añade en postdata,

En letra áun más baladí:
Así firmo mientras firma
Su compañera, Beatriz.

ROMANCE VIII.

EL TOCADOR Y EL REGALO.

Junto á una mesa de jaspe,
Sentada en mullido escaño,
Entre pebetes y flores,
Ante un cristal veneciano;
Leonor, el sol de Orihuela,
Está esparciendo sus rayos,
Y, aunque es bella y es bizarra,
Está confusa y temblando.
Un fino lienzo la cubre
Las espaldas de alabastro,
Y sobre él hasta la alfombra
Pende el cabello sin lazo.
En torno de ella acontece
El más peregrino paso
Que viera Juan de la Encina
En su naciente teatro [49].
Su cabello mansamente
La de Moya está peinando,
Y la Reina le derrama
Perfume de fresco nardo.
Discreta así lo ha dispuesto,

Ó por pasatiempo grato,
Ó por util enseñanza
Á aquellos fieros hidalgos,
Ó por cimentar las paces
De los contrapuestos bandos
Con tal favor, ó por befa
De los linajudos vanos.
Y con sus dedos, que á torno
El marfil deslucen blanco,
Las rubias sedosas crenchas
Divide por ambos lados.
Y á doña Leonor pregunta:
—¿Tengo pesada la mano?
—No tal, aunque lleva el cetro,—
Dijo Leonor de contado.
—Beatriz, añadió la Reina,
¿No vendrían de milagro
Unas perlas de marquesa
Y sendas hojas de acanto
Sobre este oro?—Y Leonor dijo:
—Por mí prefiero los ramos
Que me ragala mi Jaime
De la Alquibla y el Barranco 50.—
Y la de Moya:—Este pueblo
Para vuestro sol no es campo.
—Dios me da tanta cosecha,
Marquesa, que apenas basto.
—Discreta sois como hermosa,
Dijo la Reina.—El tocado.—

Y Beatriz de Bobadilla
En un baulillo lo trajo.
Entonces la misma Reina
Le acomodó con sus manos
Un gracioso tocadillo
Bien compuesto de briscado,
Que á manera de azahares
Lleva pinzantes colgando,
Y rosetas esmaltadas
De rosicler y de blanco.
Y le muestra en azafates
De plata filigranados
Un brial de terciopelo
Azul y un rico tabardo.
—Con él podrás, hija mia,
Acompañar el tocado,
Le dice, y agora escucha,
Que cual tu madre te hablo.—
La joven alzó la vista,
Se vió al espejo, y no osando
Verse á sí propia tan bella.
Oyó con los ojos bajos.

ROMANCE IX.

LAGUNA EN EL CÓDICE.

En este punto, señora,
Tiene el códice una cruz

De aquella forma que vido
Pelayo en el monte Astur.
Ya sabes que en otro tiempo
Era la usanza común
Comenzar hechos y escritos
Con tal signo de salud.
Con él sucedió en Oriente
Roger de Flor á Raul [51].
Y dió á Berenguer de Entenza
Título de Magadux [52].
Y con él Roger de Lauria
Desde un velero laud
Órdenes dió, que cumplieron
El galo, el trace, el ligur.
¿Qué más? Librando á Sicilia
De los delfines de Anjú,
Aspiró á cruzar con barras
El libre argentado atún.
Con él entrambos Fernandos
Dieron al pueblo andaluz
Leyes que le libertaran
De Boabdil y de Aben-Hud.
Con aquel signo en Lepanto
Don Juan de Austria y Santa Cruz
Anunciaron la derrota
De Alí, Siroco y Uluch;
Y ya empezado el menguante
De la luna de Estambul,
Con sus triunfantes galeras

Viraron hacia Corfú.
Con cruz principian sus cartas,
De Canarias, Betancur,
Hernán Cortés, desde Otumba,
Pizarro desde el Perú,
Pescara, desde Pavía,
Balboa, del mar del Sur,
Desde San Quintín, Felipe,
Magallanes, de Cebú,
Un Córdoba, en Garellano,
Otro Córdoba, en Flerús,
Colón, en el Nuevo Mundo,
San Javier, en Maliapur,
Y con él nos acataban
Clemente como Dragut,
Y llegaban provisiones
Desde los Andes á Ormuz.
No es mucho si un pendolista,
Conjurando á Belcebú,
Con cruz principió la copia
Que no ha terminado aún.
Él la exornó de arabescos
Y franjas de oro y azul,
Y puso á un lado columnas,
Borrado el *non*, claro el *plus*,
Y al otro, bajo una palma
Sobre ajado almoraduj,
Triunfante el campeón de Cristo,
Exangüe el moro Gazul.

Eso sí; mas del discurso
De la Reina, ni una Q:
Quedósele en el tintero,
Menos la fecha y la cruz.
Yo en su busca he consultado
Las obras de Bofarrull,
Los archivos de Simancas,
Monzón y Calatayud.
Todo en vano, mi señora,
Y ya presumo que algún
Robo erudito se esconde
Como el diablo tras la cruz.
Ó más bien que compendiaron
En este signo común
La autoridad y el cariño
Y la ciencia y la virtud
Del discurso de la Reina,
Que fué elocuente, según
Corre en la familia y marca
Aquel signo de Jesús.
Así tal vez quien dibuja
Un sobrehumano querub
Sus inefables facciones
Vela con rayos de luz:
Y la actriz que representa
Ante reciente ataud
Del hijo el dolor materno
Cubre su rostro con tul.
Ello es que de tal escrito

No queda rastro ningún:
Acaso por la repuesta
Puedas inferirlo tú.

ROMANCE X.

EL BESO.

...Dijo Leonor:—Vuestra Alteza
No me hable de marquesados;
Que yo no he de hacer por ellos
Lo que niego á su mandato.
Demás que allá en la clausura,
Desde mis primeros años
Aprendí á odiar el bullicio
Y á no codiciar el fasto.
—Yo también, dijo la Reina,
Juntando más los escaños,
Eso mismo he deprendido
En la soledad del claustro.
—Fundado por un su deudo,
Siguió Leonor, el Santuario
Donde me crié, ofrecía
Los blasones de mi amado
Por donde quiera; en el coro,
En la tumba, en el retablo:
Como si allí se educase
Mi amor con fines más altos.
Salí; di paz á dos casas,

Dando á mi Jaime la mano.
—Con Aragón y Castilla
Yo también hice otro tanto.—
—Así gota de rocío
Refleja del sol los rayos,
Y Dios da luz á la aurora
Y al mezquinillo gusano.
Dijo Leonor:—Él os unge
Con su fuerza, como al brazo
Dió el cetro de Recaredo
Y la espada de Pelayo.
Él dicta filial ternura
Al labriego, al artesano,
Y es España una familia,
Vos la madre, y Dios el amo.
Yo, señora, aunque criada
En más reducido estadio,
También coloco mi trono
En el pecho de quien amo.
También reino con mi Jaime,
Tengo deudos, y él criados,
Con mi ejemplo los gobierno,
Con mi cariño les pago.
Y aunque el asistir me honrara,
Como queréis, en el cuarto
De vuestros hijos, los mios
Me negarán sus halagos.
Y no que cuando los veo
Dormidos en mi regazo,

¡Hijos mios! que algún dia
Serán del vuestro soldados,
Me doy á soñar tesoros,
Y muy más ricos hallazgos
Que los que diz os promete
Ese genovés tan sabio.
Y si ambición, por ventura,
Mueve en mi pecho rebatos,
Y en sed de ganar conquistas,
Por reinos extensos ardo,
En el corazón del pobre
Hago entradas, doy asaltos;
Asiento allí mis reales,
Donde él cuenta sus trabajos.
Y Dios, que os concede triunfos
Y que fecunda estos campos,
Multiplica mis limosnas
Y hace invencible mi llanto;
Su Madre viene conmigo,
Y, de su amor al amparo,
Le torno muchos rebeldes
Por gratitud tributarios;
Y cuando vuelvo á mi casa,
El rico botin que traigo,
De amor y de bendiciones
Entre mis hijos reparto.—
...Iba á seguir, pero viendo
Segunda vez por acaso,
En el cristal su semblante

Como la grana encarnado,
La toalla por el suelo,
Desnudo el pecho de mármol,
La Reina y Beatriz absortas,
Y el sol hiriendo el tocado;
Corrida consigo misma,
Paró... balbució... y temblando
Cayó de hinojos, y dijo:
—Perdonadme el desacato.
—¿Perdón? exclamó la Reina,
¿Lo has tú menester acaso?
La verdad es el tributo
Que da el noble soberano.
Demás, que somos hermanas
En el reinar; aunque alcanzo
Que el reino en que tú gobiernas
Te causa menos trabajos.
Es la virtud un imperio,
Y la belleza un reinazgo;
Quien es buena y es hermosa,
Do quiera encuentra vasallos.
Sí, del hogar, de los mares,
Desde el trono, desde el claustro
Arrancan ásperas sendas,
Que van á eternos palacios:
Allí nos guarda coronas
Quien reina sobre los astros,
Y eterno dura el imperio
Que con la virtud logramos.

Allí reinarémos juntas,
Mi Leonor, ven á mis brazos,
Dijo Isabel, y en su frente
Un beso estampó su labio.

ROMANCE XI.

PRÉSTAMO SOBRE FIANZA.

Las Cortes se han apartado,
Y aquel augusto lugar
Que dejan apareJado,
Doblemente consagrado
Al Apóstol tutelar,
Hoy á concurso mayor
Y más vário abre la puerta,
Y aunque con menos primor,
De la ciudad y la huerta
Encierra la nata y flor.
Ello es que, el poder contrario
Vencido y rebelde afán
De Gil Sotos su adversario,
Fué proclamado don Juan
Partidor compromisario.
Y uno y otro heredamiento
De la feraz Orihuela
Vienen en aquel momento
Por ver cómo les revela
El arduo repartimiento.

Pueblan los verdes escaños
Síndicos y labradores,
Y con mantas de colores
Y tornasolados paños
Remedan verjel de flores.
Llegó el último puntual
Don Juan con pajes de azul,
Trayendo un descomunal
Y muy ferrado baul,
Que dejó junto al umbral.
Mucho dá que discurrir
El tal cofre á quien lo nota,
Y al fin se vino á inferir
Que nadie podrá salir
Sin dejar en él su cuota.
Don Juan al solio en prolijo
Afán y mucho saludo
Llegó, y al concurso fijo,
Ya en sus asientos y mudo,
Con voz imperiosa dijo:
—Honrados vecinos de...
Paró y dijo:—Mis hermanos,
Con voz más dulce, pesé
El tributo, chico á fe,
Que os piden los soberanos.—
Mostróse en torno estrañeza,
Y él continuó:—A lo que veo,
Yo he medido su grandeza
Al compás de mi deseo,

Y no de nuestra pobreza.
Mucho buscó mi razón
Cuál fuese repartición
Justa para dar ofrenda
Que, sin dañar vuestra hacienda,
Se grabe en el corazón.
Y un arbitrio discurrí...
Soy de Orihuela buen hijo...
Pensad si os fiais de mí
Y si daréis lo que exijo;
Y todos dijeron:—Sí.
—Justo el cielo, y no clemente,
Continuó, plagas envía
Por manera diferente,
A muchos con la creciente,
A los más con la sequía.
Cada cual siente su daño,
Mas puesto que en varios modos
Todos padecen hogaño,
Fuera arbitrio bien extraño
El afligirlos á todos.
Búsquese quien su caudal
Por el de todos ofrezca,
Y así en lance sin igual
Más su virtud esclarezca,
Que es la nobleza rëal.—
Gil de Sotos, que esto oyó,
Luégo empezó á rebullir;
Alguno se le allegó:

—¡Bravo modo de partir!
Dicen, y don Juan siguió:
—Mas tal ventura conviene,
Aunque á muchos cause enojos,
A quien la suerte previene,
Y ni mujer ni hijos tiene
Que hayan de cerrar sus ojos.—
Los suyos luégo enjugó
El anciano, y prosiguó:
—Busquemos todos un hombre
Que pueda agrandar su nombre,
Ya que su familia no.
Y porque al cabo se entienda
Por todos la razón mia,
Fallo que pague la ofrenda
Aquel que adquirió una prenda
De más precio esotro dia.
—¡Qué bizarro desatino!
Murmuró Sotos artero.
—¿Qué va que este caballero
Alude en esto al molino
Que compré con mi dinero?—
Larga pausa. En ella habló
Con sus parciales el viejo,
Y hecha la intriga, exclamó:
—¿Quién libra, en fin, al concejo?—
Y don Juan repuso:—Yo.
Con esto de envidia ó pasmo,
Calló Sotos, y al momento

Diéronse vivas al viento,
Y rebosaba entusiasmo
La sala de Ayuntamiento;
Porque, valga la verdad,
Aunque agente de alborotos,
Y logrero en la ciudad,
No gozaba Gil de Sotos
Mucha popularidad.
Y por eso extremos hizo
La turba por causa doble,
Que, por odio á lo postizo,
Aunque estime poco al noble,
Desprecia al advenedizo.
En tanto la multitud
Se apiña en torno á la mesa,
Por dar á don Juan salud;
Y él con bizarra actitud
Por sus filas atraviesa.
Ya por la puerta salía,
Cuando con voz importuna
Gil Sotos, que le seguía,
Preguntó:—¿Y cuál garantía?...
Y don Juan gritó:—Ninguna.
Pajes, dad el cofre de oro [53];
Que en hipoteca mejor
Puso la reina que adoro,
Con sus labios un tesoro
En la frente de Leonor.
Leonor, hermana y trasunto

De la esposa que adoré,
Angel de paz y de fe,
De gloria y de amor conjunto,
La que por hija adopté [54];
Leonor me guarda el recibo
Regio, y á todos se alcanza
Que no es mi dón excesivo,
Y es más bien que donativo,
Préstamo sobre fianza.

XII.

CONCLUSIÓN.

Basta; que al recordar tiempos mejores,
Casi brota en mis párpados el lloro.
¡Oh tú, cuyos purísimos favores
Alzaron una hueste y un tesoro,
Y acallaron envidias y rencores,
Y echaron de Granada al torpe moro!
Dime, reina Isabel, ¿con cuál hazaña
Una patria formaste y una España?
España, donde luchan con demencia
Raza con raza, hermano contra hermano;
Y en feroz, bien que pobre, independencia
Aspira cada pueblo á soberano;
Y cada cual apela sin conciencia
Ántes que á su vecino al africano...
Fué preciso, á calmar tamaño encono,

Subir la fuerza y la virtud al trono.
Y más aún; de su divina alteza
Fué menester que á tu dosel bajara
La santa religión, cuya pureza
El imperio español purificara
De envidia vil y sórdida pereza,
Y una familia con la fe creara
De Calpe altivo hasta el confín navarro,
Y del frio Nervión al áureo Darro.
Y Dios, al delegar en tu persona
El poder de su brazo omnipotente,
Á tu pueblo bendijo, á tu corona
Dió los remotos climas de Occidente;
Para extender su fe de zona á zona,
Valor, ingenio prodigó á tu gente;
Y la extendió, mientras armarse pudo
Con la ley del Señor, que era su escudo.

EPÍSTOLAS.

RECUERDOS DEL EXPATRIADO.

EPÍSTOLA.

Á MIS AMIGOS BRETON, HARTZENBUSCH, GUERRA, ROSELL, CERVINO Y VEGA.

¿Con que no es el saber, como el profano
Pretende, una servil mercadería,
Ni la santa amistad un nombre vano?
¿Con que no es la canora poesía
Cortesana venal, que el áurea falda
Desgarra entre los brindis de la orgía,
Y ceñida de impúdica guirnalda,
Se rinde á la ambición, canta la gula,
Y al infortunio al fin vuelve la espalda?
No; cuando el numen al cantor adula
Levanta al Bien su corazón robusto
En alas de los cantos que modula.
Y en cambio, el que los muros de lo justo
Rompe por interés nunca se humilla
Ante la fragil valla del Buen Gusto.
¿Ni cómo, quién, por cálculo, amancilla
La honradéz castellana, es bien que guarde
Pura y sin tacha el habla de Castilla?
Vuestra epístola así, que la cobarde

Calumniadora grey desprecia sola,
Es de virtud como de ingenio alarde.
Es luz que vuestras almas acrisola,
Y alumbrará mi nombre do se extienda
La lengua de Celenio y de Argensola.
Ni he menester jurarlo: vuestra ofrenda
Es galardón más dulce al alma mia
Que el aura popular, que pingüe hacienda.
El aura popular!.... [55] Yo ví algún dia
Á mi encuentro correr las poblaciones
En espontánea y grata vocería;
Saltar llanto de puros corazones
Á mi voz, cual rocío en pobre malva,
Al festivo tronar de los cañones,
Mientras, pintando el rosicler del alba
El apacible puerto, en los collados
Vuelve la turba á mi bajel la salva.
Y bogan á abordar á sus costados,
Sin que el férreo bauprés sus masas trunque,
Bateles mil con lauro empavesados;
Y allá en la grada el descarnado enjunque
De naves que formé puebla el obrero,
Cantando al son del percutido yunque;
Y alza el mojado remo el marinero
Con vítores fogosos: y me aclama
Su padre y protector un pueblo entero.
Todo despareció... La instable fama
Á la calumnia vil cede su trompa,
Y odio do quier y rebelión derrama.

Sufrid, amigos, que el silencio rompa,
Para decir aquí la noche fiera [56],
Lúgubre más que funeraria pompa;
Cuando el golpe de gente vocinglera,
Que en densa oscuridad crece y se agita,
Enciende impune la voraz hoguera;
Cuando, al son de blasfemias que vomita,
Cuadros, estátuas rompe, el santo y caro
Menaje en el incendio precipita...
Tente, pueblo infeliz!... Deja que, avaro
Yo de tu gloria, con el sabio dude
Si con ese fulgor verás más claro...
Inútil razonar! Mi umbral sacude
La turba, y la alta puerta se desquicia...
Si Dios clemente en mi favor no acude.
Y acudiste, Señor...; y su malicia
Á mi mérito humilde en la balanza
Hizo merced, y á mi honradéz justicia.
Por eso alienta el pecho la esperanza
De que un tiempo mejor nos guarde el cielo,
Y venga tras el nublo la bonanza.
Entonces os diré con cuánto anhelo
Esa que celebráis bella matrona
Á salvo puso entre el horrible duelo,
No las galas de adorno á su persona,
Mas con las prendas de su amor mezclados
Los sazonados frutos de Helicona.
Recuerdos, ¡ay! de tiempos ya pasados,
Que á Dios plegue volver, cuando en amena

Plática, de otras lides olvidados,
Nos juntó la amistad, y al par serena,
Brotaba al son del armonioso clave
Facil corriente la fecunda vena.
Sabedlo: el canto improvisado cabe
El pacífico hogar, luégo en la orilla
Del Tíber [57] resonó dulce y süave;
Allí donde inefable, eterno brilla
El humano escarmiento, á cuyo solio
Dobla el mortal la trémula rodilla.
¡Oyérais cuál denuncian ímpio espolio
El Quirinal, el Celio, el Palatino,
El Foro Augusto, el alto Capitolio!
Cómo dóciles ceden al destino
En su masa gigante el Coloseo,
Y los arcos de Tito y Constantino.
Mole triunfal, donde esculpidos veo
Despojos de Sion, ¡quién te diría
Que no es el *candelabro* [58] tu trofeo,
Mas testimonio de alta profecía
Padrón eterno de venganza santa,
Que el César ignoraba y que cumplía?
Y hoy huella tu dintel con libre planta
La inerme y pura grey del Nazareno,
Y en tu clave triunfal su Cruz levanta.
Todo es eterno allí. Fresco y ameno
Áun está el valle do legisla Numa,
Y verde el monte do se acampa Breno:
Aún baña el Tíber de albicante espuma

De Tarquino la bóveda, y la puente
De Horacio y Milvio su cristal abruma:
Allí con ademán digno y valiente,
La clámide en el hombro, el rostro enjuto,
La estátua de Pompeyo [59] alza la frente:
Ante su pié implacable el absoluto
Dictador espiró, cuando le inmola
El héroe parricida Marco Bruto...
Antigua es la ambición; no plaga sola
De nuestra edad; la ingratitud bastarda
Es humana dolencia y no española.
¿Por qué, pues, á sus tiros se acobarda
Mi pobre corazón, cuando anhelante
En ver los patrios alminares tarda?
Mas ¿qué nuevo prodigio está delante,
Y la ciudad y el mundo enseñorea
Con mole insigne y cúpula gigante [60],
Donde alumbrado por la luz febea,
Cual si mostrara el celestial camino,
El suplicio del Gólgota campea?
Él es ¿y quién lo ignora? aquel divino
Portento del saber, donde agotaron
Su genio Miguel Ángel y el de Urbino,
En su umbral las rodillas inclinaron
Los fuertes de este mundo, y en su piedra
Las puertas del infierno se estrellaron.
Un simple pescador, á quien arredra,
La tormenta de un lago, con fe sólo
Tanto en denuedo y en doctrina medra,

Que con rayo mejor que el délfio Apolo
El trono de los Césares derrumba,
Y hace la luz hasta el confín del polo.
No empero siempre su sagrada tumba
El pórfido cubrió; que en su recinto
La guardó soterránea catacumba [61].
Venid; que el suelo, de la sangre tinto
De mártires, en calles funerales
Nos muestra el arenario laberinto.
Sus entreabiertas urnas sepulcrales,
La mal pintada cripta, el ara augusta,
Todo nos dice: «Confiad, mortales.»
Huyendo aquí de proscripcion injusta,
Por siglos nuestros padres ejercieron
Sacros misterios, con piedad robusta.
Más clara luz entre las tumbas vieron
Que el mundo que de víctimas las llena,
Y paz en cambio y libertad le dieron.
Aflojóse más tarde la cadena,
Y en su repuesto hogar pía matrona
Á la Iglesia acogió, pobre y serena.
Y cuando el triunfo su verdad abona,
La Basílica, al tráfico erigida [62]
El culto admite y el altar corona.
En vano la barbarie desprendida
Del alto Septentrion desciende al llano;
Que Dios le opone impenetrable egida,
Y so la mole sepulcral de Adriano
El sucesor de Pedro á ver alcanza

El Ángel tutelar del Vaticano.
Reviva pues la muerta confianza;
Que no hay aquí infortunio sin ejemplo,
Ni hay aflicción aquí sin esperanza.
Mas ¡ay, cuán rezagado me contemplo
Del rumbo que lleváis, cual si en la vía
Orando me durmiese en sacro templo!
Despierto al fin; las huellas que seguía
Quiero tomar; mas ya por la montaña
Traspone vuestra alegre romería;
Y tanto allí la ruta áspera, extraña
Se torna, que no llegan al Parnaso
Más que los genios ínclitos de España:
Si lo huella Bretón con facil paso,
Es porque en el cenit no adora á Febo,
Ni la espalda le vuelve en el ocaso.
Luz sin eclipse á colegir me atrevo
Que le guía á hostigar en su camino
Al vicio, antiguo siempre y siempre nuevo.
Ni obedecéis vosotros al destino
Cuando en el Pindo afianzáis la huella,
Vega, Hartzenbusch, Rosell, Guerra y Cervino;
Que el estro inspirador es cual la estrella
Cierta pero fugáz, que al Mago guía
Á adorar otra luz eterna y bella.
La luz del Sumo Bien, del sol que ardía
Antes que el sol, y que en Belen colora
El Alba inmaculada de María.
Ay! vuelva el tiempo, celestial Señora,

En que resuene en métricos loores
Mi patrio hogar á tu divina aurora.
Y elevaré, postrado á tus favores,
El incienso del canto, y por ofrenda
La mirra te daré de mis dolores.
Y en vez del oro de heredada hacienda,
Mermada en el poder, lealtad sin liga,
Acrisolada en la civil contienda.
Don grato al Hijo tuyo que investiga
De la humana conciencia el hondo abismo,
Y sabe que en mi pecho no se abriga
El sórdido interés del egoismo.

París 10 de Marzo 1856.

Para la completa inteligencia de la composición titulada RECUERDOS DEL EXPATRIADO, que antecede, me ha parecido necesario insertar á continuación la EPÍSTOLA á que alude. Los ilustres escritores que la firman, y otros muchos que se reunian semanalmente en mi casa, honraban con su presencia y con sus versos todos los años mi colación de Noche Buena. Estas reuniones, que llegaron á adquirir fama y encanto de verdaderas justas literarias, interrumpidas por las vicisitudes políticas de 1854, son las que noblemente recuerdan los adjuntos tercetos, en términos tan honrosos para mí como para los hidalgos varones que los suscriben.

Yo, que no sé aborrecer ni áun á mis perseguidores, no puedo dar á mis amigos otra recompensa que la sinceridad de mis sentimientos y la publicidad de sus obras.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

MARQUÉS DE MOLINS.

EPÍSTOLA.

Yo, el redactor del memorial de marras,
Que turrón te pidió para el Parnaso
Al compás de zambombas y chicharras,
No imitaré al político payaso
Que adora en el cenit al astro nuevo,
Y la espalda le vuelve en el ocaso.
Nunca sé yo olvidar, aunque un relevo
Brusco le bote desde el Tajo al Istro,
Al caro amigo con quien cómo y bebo.
Aunque hogaño le falte el suministro,
¿Cómo al amigo negará *memorias*
El que hizo *memoriales* al Ministro?
Si otros te dan crueles dimisorias,
Aún te quedan amigos verdaderos,
Y más en los reveses que en las glorias;
Y aunque hoy su colación reduzca á peros,
De amarte, como siempre, á todo trance
Da fe MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Es, amigo y señor, crítico lance
Que tenga que escribiros en tercetos
Quien suda, como yo, con un romance.
Por el prójimo torpe nada inquietos
El travieso Bretón y el pulcro Guerra,
Forma tal adoptaron indiscretos.
Fórmula epistolar ingrata y perra,
Que embarazando á la amistad la pluma,
Su expresión franca del papel destierra.
Tercetice en buen hora quien presuma
Llevar el metro, de su ingenio al soplo,
Cual ábrego en el mar lleva la espuma.
La rima tiple con trabajo acoplo:
Más facil instrumento necesita
Diestra que manejó mazo y escoplo [63].
Á vos pues y á la amable Marquesita
Quisiera yo decir que por entrambos
La gratitud el corazón me agita.
Pero esto no en ruidosos ditirambos,
Que pudieran salir con desiguales
Piés, quizá paralíticos ó zambos,
Sino en prosa común, ó ya en triviales,
No sin embargo viles, redondillas,
De la verdad intérpretes leales.
Con frases tan caseras y sencillas
No va el terceto bien, ni yo á mi gusto
Recorro sus incómodas casillas.
Mas pues en tono ya dulce y robusto
Queda por otro amigo consignado

De nuestro afecto igual el voto justo,
Remítome á Bretón, Marqués amado,
Con el deseo que tenaz me aqueja
De veros en Madrid, Cármen al lado.
Y el lugar á Rosell con esto deja
Vuestro invariable JUAN BAUTISTA EUGENIO
HARTZENBUSCH Y MARTINEZ DE CALLEJA.

¡Quién Argensola fuera, ó quién Celenio,
Para entrar alentado y expedito
En esta lid de gratitud é ingenio!
Yo, Marqués, ni me pongo, ni me quito:
En estimar favores soy muy grande;
En saberlos cantar, un pobre pito.
Acaso en breve su rigor ablande
La suerte, á vuestro bien hoy tan esquiva,
Y á los tuyos y á ti consuelo os mande.
Tú hiciste ya que inolvidable viva
En generosos pechos, de tus dones
El recuerdo feliz que los cautiva;
Y porque á su amistad más te aficiones,
Hoy exhalan, dolidas de tu ausencia,
Sus cítaras por ti flébiles sones.
Y en vítores rompieron de consuno,
Ya de Champaña al líquido ferviente,
Ya al pece raro y al pavón de Juno.
¡Y hoy proscrito ha de ver extraña gente,
Y de la amada patria desterrado
Á quien rigió con gloria su tridente!

Mas ni la envidia ni el rencor del hado,
Aunque la vil calumnia el dardo vibre,
Inflamará tu nombre respetado.
Goza en paz de las márgenes del Tibre,
Donde aún el plectro de Maron resuena,
Donde aún la humanidad respira libre;
Donde asunto será de tu alta vena
La tribu, del imperio vencedora,
Que las sagradas catacumbas llena.
Deme el cielo gozar la feliz hora
En que, de nuevo, al estrechar tu mano,
Salude á la beldad que tu alma adora.
Punto hagamos aquí. Siga Aureliano.
No hay consonancia que á Rosell le cuadre;
Y así firma tan sólo CAYETANO.

Si en la eterna ciudad, de cisnes madre,
Al son atiendes de mi plectro rudo,
Plegue á Dios que tu oido no taladre!
Pero ¿cómo parar el labio mudo,
Cuando mi corazón al tuyo liga,
Desde la infancia, de amistad el nudo?
Bien recuerdo que, armados con loriga
De pintado cartón, vencimos lides
Juntos en el colegio de Garriga.
Allí de Horacio y del divino Euclides,
Docto luchando en clásica palestra,
La fama ilustras y el ingenio mides.
Un año, ¡ay! fué que, sin mermar tu herencia,

En gozoso festín, uno por uno,
De tus cavas gozaron la excelencia;
Allí tu numen con tesón se adiestra
En domar la ardua cumbre del Parnaso,
Y fruto opimo entre las flores muestra.
Émulo ya de Tirso y Garcilaso,
Ambicionas los ínclitos laureles
Que el mérito y virtud ciñen acaso.
Y triunfador en todo como sueles,
Las auras costas en la patria mia
Amparas con indómitos bajeles.
Mas, ¡ay! cansóse la fortuna impía,
Y en huracán arrebatada, trunca
Paz, riqueza y poder en solo un día.
Nunca más fiero desatóse, nunca,
Rayo que hiere á la inocencia y dolo,
Al sacro templo y fétida espelunca.
Arde en siniestra lumbre y tiembla el polo,
Brilla el rayo otra vez, y en tí respeta
Triunfos de la virtud, lauros de Apolo.
¡Quiera Dios que al repúblico y poeta
De nuevo admire el regio Manzanares,
Suspensa al verlo su corriente inquieta!
Y venga la que endulza tus pesares
Y tu alma toda y pensamiento absorbe,
Y en sí junta las gracias á millares.
¡Oh! que tal llegue á ver, sin que lo estorbe
De su estrella fatal el recio influjo,
AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Y aunque tarde, allá voy; como el que trujo
(Pasado ya el Domingo de los Ramos)
Las palmas que tu Ílici produjo.
No es olvido; que bien te recordamos
Caro Marqués, un dia y otro dia,
Y en noche de yantar meros y gamos.
¡Gamos y meros cuando Dios quería,
Y hogaño un besuguillo en pobre salsa;
Que no da más honrosa cesantía!
¡Oh cuán mudado este año se rebalsa
De aquel cincuenta y tres, que en tus salones
Nos brindó la fortuna carifalsa!
Privados de tu lira y tus canciones,
Lejanos de alegría y de sosiego,
Mudas las arpas de inspirados sones,
Callan los vates; pero canta un ciego
Del niño Dios el nacimiento augusto,
Mezclando á su compás himnos de Riego.
Do quier rotas las vallas de lo justo,
Do quier alzada la pasión mezquina,
Do quier acero engendrador de susto.
No vuelvas aún, Marqués; que tanta ruina
No debes presenciar, ni es digno empleo
Del cantor de *María de Molina*.
Pulsa en el Lacio tu laud febeo,
Y libre de terríficos escollos,
Mándanos tu canción por el correo.
Daráme que yo olvide estos embrollos,
Y más si de ella á colegir atino

Que es feliz tu Marquesa y tus pimpollos.
Será dia en que próspero destino
Á tu patria te vuelva; y entre tanto
Guárdete Dios. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

Oportuno en verdad viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente
Pues me convida á principiar con llanto!
Llanto vierten mis ojos hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo día,
En mi memoria sin cesar presente.
Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna el casto seno,
Todo es verdad! mi esposa me decía.
Todo es verdad!... Oh Dios! si en ronco trueno
Sonó un dia tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno;
Oh milagro de amor no merecido!
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó en mi corazón estremecido.
Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé lejos del mundo...
Á regiones más puras me subieron;
¡Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron!
¿Cuándo será!... Me oprime la tristeza,
El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir y al despertar empieza.

Pídele á Dios Omnipotente y Sumo
Que te guarde á tu Carmen... Ay, amigo!...
Y no le pidas más: el resto es humo.
De tu casta mitad al dulce abrigo
Donde quiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo.
¡Ay! para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el dia,
Ni calor el hogar, ni olor las flores.
Hoy viene á acrecentar la pena mia
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé...; y ella vivia!
Cuán distinto de aquel! Destino vario
Á ti te arroja cabe el turbio Sena;
Á mí en Madrid me amarra solitario!
Mas ¡ay! el bronce místico resuena.
Media noche sonó... Luz desusada
Brota en Belén, y el universo llena.
Triste prole de Adán, ya estás salvada!
El niño Dios que los pecados quita
Nos abre ya la celestial morada.
Oh placer! Allí está! De Dios bendita,
Mi Manuela vestida de hermosura
Entre los puros ángeles habita.
Alma inmortal! De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!
Sí, Mariano, tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado

Que mi cautivo espíritu encarcela;
Y por tanto dolor purificado,
Á mi esposa en la gloria unirme presto...
Y ver que allí también á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto.

VENTURA DE LA VEGA.

Madrid, Diciembre de 1854.

EPÍSTOLA

Á LAS DAMAS DE HONOR Y MÉRITO,

REMITIÉNDOLES EL LIBRO TITULADO

LAS CUATRO NAVIDADES,

EN OFRENDA Á LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

> *Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno Cœlorum.*
>
> Cualquiera pues que se humillare como este Niño, este es el mayor en el reino de los cielos.
>
> SAN MATEO, Cap. XVIII.

¿Quién pudo allá admitido en los eternos
Consejos de Jehová dar á su extirpe
Esplendor y poder? ¿Quién abarcando
El ámbito del mundo, en el principio
Pudo decir: «Un dia venidero
»Aquí mi cuna fijaré; en la nada
»En que me he de crear las formas bellas
»Imprimiré, que Fidias y Canova
»Supieran esculpir; y con las tintas

»Esmaltaré de Apeles y Murillo
»Este vaso mortal; y así labrado
»Lo henchiré con espíritu que logre
»De Homero, y César y Colón la gloria?
Si nada de esto alcanza, y ni siquiera
En el nativo suelo el pié menudo
Fija el hombre al nacer, ¿de qué se engrie?
¿De qué su vanidad? ¿Quién será tanto
Estólido y procáz que así se jacte
Del sol vivificante que le alumbra,
Del aura salutífera que aspira?
Pues bien, Señoras, vuestra cuna, el vivo
Carmín de vuestros labios, el donaire
Del talle señoril, el fuego puro
Que en vuestros vivos ojos centellea,
No es obra vuestra más que la hermosura
De la luz y el ambiente; ni es la obra
El baldón y orfandad de ese, que obtiene,
Expósito infeliz, vuestros desvelos.
Estos sí; más preciosos que ducales
Carbunclos son el fruto, que espontáneo
Produce el corazón, al dulce influjo
Del Sol de caridad, süave incienso
Del arbol de la Cruz, cuya fragancia
Al trono eterno del Eterno sube.
Míseros desvalidos, algun dia
Revolveréis los afligidos ojos
Al origen del sér, donde es la fuente
Sagrada á todos de inocencia pura

Y maternal amor, y es á vosotros
Pantano cenagoso de miseria
Y de crimen quizá. «¿Mas cuál naciendo
»Pudimos cometer, que hasta el abrigo,»
Diréis, «nos privan del materno abrazo?»
«Allá en los tiempos, antes que sonase
»Nuestro primer vagido se escuchaban,
»Cual arrullos de tórtolas, deliquios
»De insensata pasión; y juramentos
»De perdurable fe, y ora crüeles
»Con orfandad y oprobio galardonan
»Al fruto de su amor. Mas ¿cuál prodigio,
»Cuál celestial impulso, cuando aquella,
»Que en sus entrañas nos llevó nos priva
»Del licor de sus pechos, y desnudos
»Al invernal rigor nos abandona,
»Hace que el áureo techo, el perfumado
»Salón dejando por nosotros, tomen
»Otras oficio mercantil, y expongan
»En pobre tendecilla [64] su decoro
»Al hervor de la plebe? Allí los paños
»Dó recamó tal vez la régia diestra
»Múrice y oro, las pintadas flores,
»Que al mágico poder de alguna hermosa
»Recibieran el sér (quizá guardadas
»Á dar noble realce á su cabello
»Y á su turgente pecho) se tornaron
»Mercancía venal: y los que imita
»Del remoto Japón vasos gigantes

»De Sevres el artífice; y las ténues
»Randas, que teje en su brumoso clima
»El Belga laborioso, fueron premio
»Dado por suerte á pequeñuela ofrenda.
»Todo homenaje, que á porfía ofrecen
»Á nuestra pobre cuna, ya la Augusta
»Heredera del trono de Fernando;
»Ya la inocente que en sus brazos rie
»Guardada á tanto imperio; ya las damas
»Que de beldad y de grandeza ostentan
»Doble diadema; y ya las que el preclaro
»Vicente de Paul guia, y aguardan
»Á santa caridad mejor corona:
»¿Por qué tanta crueldad y tal ternura,
»Tal cúmulo de honor y de ignominia?»
Misterio es este que reserva al llanto
De vuestra edad madura la inefable
Y Sacrosanta Fe. Dormid ahora;
Que ni os guardan el sueño los pagados
Aceros, ni os aduerme entre caricias
Temprana adulación: mas los acentos
Que veces mil la popular tribuna
Hicieron retemblar, y los que facil
La escena repitiera, y los que invictos
En el foro y la brecha resonaron
De arrullo os sirven: y les hacen coro
Los Cisnes, que del régio Manzanares
Vieron el tardo curso los nacidos
Cabe el Argenteo rio y los que inspira

El árabe Genil, ó vió en la cuna
El humilde Cidacos: los que oyera
Ceñido de azahar y verdes palmas
El desangrado Turia: y los que el Betis
Miró nacer en la ciudad insigne
De los Califas, y escuchó risueño
Al saludar la aguja refulgente
De la Giralda, y cuando da tributo
Al mar cerúleo en la fenicia Gades.
Vates de Iberia, honor, quizá consuelo
De mi patria infelíz, las pobres cunas,
Pobres como ella, permitid que adorne
Con las que al aura de mi hogar criasteis
Rosas del Pindo: que á mayor alteza
Nunca se alzó su aroma. Los que yacen
Semi-vivos allí; que sentenciara
Inverecundo amor á doble muerte,
Y que un honor hipócrita reserva
Á ignominia precoz, son herederos
Del Santo de Israel, de Aquél que solo
Pudo en la eternidad fijar su cuna
Sobre los tronos del pasmado mundo.
¿Cuál otro sino Dios? Y Dios no elige
Nacer á dominar; ni orna su alcázar
Pórfido egipcio; mas en pobre gruta,
En pueblo sojuzgado, en vil pesebre
Dió su primer sollozo, ennobleciendo
La pobreza al nacer; con vida humilde
Exaltó la humildad; y en el suplicio

Del Gólgota eligió muerte afrentosa.
Allí á la vez, sintiendo el abandono
Del Padre celestial, vió el desamparo
De esos pequeños, y á la Madre suya,
Que no le abandonó, que sufre y ama,
Confió su orfandad. Ella los tiene
Bajo su manto, y cuanto más opresos
Y míseros los vé, más le recuerdan
Al hijo que perdió, Rey de dolores,
Y los protege más. Oh noble! oh santa
Progenie de dolor! Sí, de aquel punto
Es hidalguía la orfandad, es timbre
De gloria el padecer, el dolor marca
Á los hijos de Dios, lágrimas riegan
El camino del Cielo, y en la tierra
Es *mérito* y *honor* el enjugarlas.

Madrid 1.º de Marzo de 1857.

ODAS.

Á LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA

EN OCASIÓN DE LA SOLEMNE ENTREGA DE BANDERAS Y ESTANDARTES CON QUE HONRÓ SU REAL MANO AL EJÉRCITO ESPAÑOL, EN EL FAUSTO CUMPLEAÑOS DE SU AMADA HIJA LA SERMA. SEÑORA INFANTA

DOÑA MARÍA ISABEL LUISA.

Tornó, tornó la aurora bienhadada
En que, á gozar la prepotente silla,
Vió nacer de su Reina idolatrada
Progenie bella el pueblo de Castilla.
Ya tornó, y nacarada,
Pinta zafir y púrpura su manto,
Como despunta el luminar del día,
Teñido el cielo en nieve y amaranto,
En la mañana del Abril frondoso...

Musas de Iberia, celebradla en tanto
Que al son humilde de la lira mia
Repito vuestro acento jubiloso.
Mas no; que ya en mi seno
Siento del patrio amor hervir la llama.

Callad; que el pecho lleno
De entusiasmo se inflama;
Y el ardiente volcán que dentro cunde,
Derramado en mi canto enardecido
Lo robará al olvido;
Que basta el nombre de Cristina solo
Á que envidie mis cánticos Apolo.

Cristina, la que el cielo en grato dia
Uniera con Fernando,
Por ella mil venturas prodigando
Á la fiel española monarquía,
La dulce poesía [65],
Repitiendo festiva sus cantares,
Entona con placer tus alabanzas;
Que, en vergonzoso olvido
El ingenio español en pobres lares
Yacía, y protegido
Por ti, bella Cristina, cobra aliento,
Por ti recibe el premio merecido;
Por ti suben felices al Parnaso
Los hijos de Leon y Garcilaso;
Por ti la escena hispana
Un digno templo [66] levantarse mira
Donde se rinda culto á Melpomene,
Que partirá las palmas con su hermana,
Cuando su voz resuene
Al eco grato de armoniosa lira;
Por ti fecunda gira

Corriente blanda en el desierto llano,
Y con su riego bienhechor y puro
El rubicundo grano
Esparcirá seguro
El labrador honrado castellano;
Y por ti sentirán la ferrea quilla
Los páramos inmensos de Castilla.

Ni olvidas al guerrero,
Si bien tranquilo guarda descansando
El vengador acero,
Y solo, el trono excelso rodeando,
En la defensa vela
Del amado Fernando,
Ó á reseña marcial ansiosa vuela,
Aguijando al bridón con ruda espuela.
No le olvidas, ¡oh Reina!;
Que apénas desde el alto Pirineo
Viste á tus piés las blancas banderolas
Ondear entre las filas españolas,
El ferviente deseo
Sintió tu pecho, entonces dilatado
Á vista de tu imperio ilimitado,
De eternizar con bélica bandera
El dia venturoso
En que el cielo propicio concediera
Á tu adorado Esposo
Dulce fruto de plácido himeneo...
Y alzaste al fin tan próspero trofeo.

Le alzaste, sí; que miro
En los regios salones rodearte
Cien caudillos valientes,
Émulos dignos del bistonio Marte,
Que reciben gozosos de tu mano
Los augustos pendones,
Y al escuchar tu acento soberano,
Juran regir los fuertes escuadrones
Con la noble arrogancia
Que al soberbio tirano
Logró abatir de la agresora Francia.

Mas ¿qué nuevo murmullo estrepitoso,
Qué nuevo grito de placer resuena?
Confusa vocería
Se escucha, y corre ansioso
Alegre pueblo á la espaciosa arena:
Con marcial armonía
Conciertan los sonoros instrumentos;
El bronce mugidor festivo truena,
Y del mantuano alcázar ostentoso
Retiemblan los fortísimos cimientos.

No á ti, tierna Isabel, el estampido
Del tronante cañón [67] imprime susto;
Que naciendo heredastes el robusto
Valor de tu linaje esclarecido.
Tu varonil oido,
Nieta de tantos héroes, se gozaba

Con el fiero ruido.
Y sin temblar miraba
Tu párpado inocente
Cual blando halago el ademán valiente.

¡Prenda de bendición! tu gracia pura
¡Cuán gratos, ay! ¡recuerda los afanes
Que costaste al nacer! Esa hermosura
Que el sér te dió, partiendo sus amores
Con Fernando y su pueblo, hoy eterniza
En bordado pendón tantos favores;
Y desde el alto mirador infunde
Su aspecto lisonjero
Esfuerzo noble al español guerrero.

No de otro modo en ademán ardiente
La Reina vencedora de Granada
Se mostraba al ejército valiente;
Y á su vista la hueste denodada
Corre á vencer á la morisca gente
En sus muros altísimos fiada;
Que tanto puede el bravo castellano
Si una augusta beldad arma su mano.

Esa que tremoláis, regia bandera,
Os conduzca, campeones, á la gloria,
Y el Dios de las batallas poderoso
Con ella os dé victoria,
Y si Belona fiera

Prueba á turbar el plácido reposo
Que el cielo á nuestra España concediera,
Corred, volad, y el pérfido enemigo
Tiemble, sintiendo en ella su castigo.

Sí; volarán, y vencerán, señora;
Y humilladas las bélicas legiones
Á vista de tu enseña triunfadora,
Rendirán destrozados sus pendones,
Así como á tu vista encantadora
Rinde el pueblo leal sus corazones.

Mas nunca, nunca la discordia impía
Ose manchar con sangre de españoles
La bandera de unión y de alegría;
No cruentas victorias
Llore al mirarla el vencedor cansado.
Sólo materno amor dulces memorias
Al joven esforzado
Recuerde, y paz divina
Ostente al par que el nombre de Cristina.

«Mirad,» dirán las madres afanadas
En su apacible hogar á los hijuelos,
Las banderas pacíficas mostrando:
«Esas fueron al viento desplegadas
»Por la feliz esposa de Fernando,
»En honra de aquel día
»En que plugo á la eterna Providencia

»Con bella descendencia
»Bendecir de Borbón la dinastía.
»La paz de entonces dura,
»No son signo de muerte ni de horrores;
»Sus variados colores
«Recuerdan sólo amor, sólo ternura...,
»Como el iris del ancho firmamento,
»Símbolo de esperanza y de contento.»

Madrid 15 de Octubre de 1831.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MARCELINO ARAGÓN AZLOR

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

CONDE-DUQUE DE LUNA.

¿Qué es, Marcelio, tu noble descendencia
Sin la luz del saber? Como la nave
De gallardetes mil empavesada,
De oro y plata cargada,
Con asiático lujo y opulencia,
Que falta de timón, poner no sabe
A do conviene su tajante prora.
Si no le ilustra ciencia bienhechora,
¿De qué sirve tu claro nacimiento?
Lo que presta al hinchado
Globo subir al trono de la Aurora,
Si luego, no guiado,
Con ímpetu violento
Errante vaga á la merced del viento.

Si entre la noble juventud dichosa,
De los vicios mundanos libertada,
Que sigue la escabrosa,

Difícil y elevada
Senda del templo excelso de Sofía,
Otros ciñen la rama de Minerva,
Y Apolo el lauro que Parnaso cria
Á ti solo reserva;
Acéptalo contento, y tu corona
Y tus barras de oro
Enlaza con el ramo de Helicona;
Que no desdeña puestos encumbrados
El apolíneo coro,
Ni esquiva sinsabores afanados
Con que á ti la fortuna
Gravó, meciendo tu dorada cuna.

Así pulsaba de Marón la lira
Por climas diferentes
El fecundo Balbuena, y las cabañas
Celebraba, y la ira
Y empresas eminentes
Y del fuerte Bernardo las hazañas:
Solaz precioso que á su genio daba
Mientras la grey de Cristo apacentaba.

Entre el estruendo de las armas bronco,
Despreciando de Marte los horrores
Y del fiero arcabuz el trueno ronco,
Garcilaso cantaba los pastores;
Y en tanto que de flores
Sus sienes blandamente coronaba,

Digno alumno de Erato y de Belona,
Con valor peleando, entreligaba
El bélico laurel á su corona.
Muere, y le venga Carlos el Primero
Flébil poeta, impávido guerrero.

De Temis recta la balanza grave
No el canto de Meléndez reprimía;
Que en cítara süave
Sus amores decía,
Mientras la espada de la ley blandía.

Así tú, cuando el pueblo venturoso
Al pié te admire del dosel hispano
Regir en paz el extendido imperio
De uno y otro hemisferio,
Y te digan Mecenas generoso
Las artes elevadas por tu mano
Y torne al suelo la llorada Astrea,
Y abundancia y unión do quier se vea;
Ora sobre el bridón enjaezado,
Con barras y castillos y leones
El arnés primoroso tachonado,
Conduzcas los guerreros escuadrones,
Y en el campo de muertos hacinado
Tremoles de Castilla los pendones,
Dando á tu Soberano la victoria,
Timbre á tu casa y á tu nombre gloria;
Ora seas, cien pueblos visitando,

En el clima frondoso
Do brama el cráter del volcán tronando,
Ó entre la astuta cautelosa gente
Que cubre el cielo de Albïon nubloso;
Ó la que ve del Tíber la corriente;
Como tu padre, cabe el Tajo erguido,
Y en la ciudad del Sena caudaloso
Fué de su Rey prudente delegado [68]
De Príncipes augustos distinguido
Y de gentes extrañas venerado;
Canta, gozando fraternal ventura,
Á tus caros hermanos mil loores
Y la amistad en que vivais dichosos,
Pensíl ameno de odorantes flores,
En donde luce próvida natura
Matices mil y aromas deliciosos.

Las proezas y esfuerzos valerosos
Tal vez osado celebrar intentes.
Registra por do quiera las historias:
Llenas están de glorias
Ganadas por tus nobles ascendientes.
Pregunta de Genil á los verjeles
Regados por la sangre mauritana,
Que los fieros vencidos derramaron.
Ellos vencer intrépidos miraron
Al noble anciano de la cruz de grana,
Y al Alcaide sin par de los Donceles,
Y sobre los moriscos chapiteles

Fijar la enseña de la Cruz vibrando,
El brazo del católico Fernando [69].

Pulsa también la lira consagrada
Al Dios de Sabaot, y en el asiento
Del alto firmamento
Tu voz será atendida,
Y de coros angélicos cantada
Y de innúmeros Santos repetida.

El Querub insolente
¿Quién lanzó á las cavernas infernales?
¿Qué brazo omnipotente
Detuvo los raudales
Del Rojo mar, los suyos libertando?
¿Cuál diestra poderosa
Exaltó á Gedeón? ¿Quién el nefando
Pueblo ardió de Sodoma escandalosa?
¿Quién al furor de carnicero bando,
Muere clavado en bárbaro suplicio
Por redimir los hijos de la culpa?
¿Qué víctima disculpa
En medio del cruento sacrificio
Al verdugo cruel? ¿Quién permanece
En el ingrato mundo, que tormento
Cada dia le ofrece,
Y una muerte le da cada momento?
Fué, Marcelio, ese Dios que atormentamos
Quien con su voz tan sólo

Crió cuanto miramos
Desde el Oriente al abrasado polo.

Ay amigo! Encendido
En el divino amor, cuando tu vuelo
Levantares erguido
Al estrellado cielo
Desde este abismo de maldad profundo;
Ni respires el aire pestilente
Del infestado mundo,
Y modelo á los vates excelente
Seas, y ornato del parnaso hispano,
Tu gloria será mia;
Que á todos diré ufano:
«Yo le animaba un dia
»Á que en el puesto donde brilla agora
»Pulsara blanda cítara canora.

Madrid, 1831.

Á CONCHA EN SUS DIAS.

CANCIÓN.

¿Oyes, Concha, ese bronce que retumba,
Mal apagado aún, de guerra impía?
Pues de Pirene hasta el confín de España
Lleva el anuncio de tu fausto día.

Si acaso se engalana la campaña
Al despuntar la aurora,
Cual con velo nupcial con pura nieve,
Es por guardar, señora,
La leve huella de tu planta leve.
Esas fragantes flores,
Por mi mano cortadas
De escarcha recamadas,
Arrostran los rigores
Del invierno y el ábrego violento,
Por brindarte su aroma
Y recibir el aura de tu aliento.

Mas todo ha de acabar. El sol que asoma
Derretirá la nieve en lluvia fria;
Y apenas á la plácida ribera

Que te miró nacer dirija el dia
La rápida carrera,
Esas flores agora tan preciadas,
¡Ay! se verán marchitas, deshojadas.

Á su postrer albor nuevo estampido
Con ímpetu violento
Volverá á fulminar bronce sonoro;
Y en el aire, perdido
Se apagará su acento,
Y el de mi lira de oro.

Canción, dile á la hermosa
Que tus versos inspira,
Que cuanta vana pompa la rodea,
Como esa pobre rosa
La habrá de marchitar la luz febea.

Oculta á nuestros ojos ó patente,
Sola esa luz en el empíreo dura;
Ella sola en sublime movimiento
Se agita mansamente.
Camina, y ni retarda ni apresura
Las horas del pesar y del contento,
Cual la dulce amistad que á mí me encanta,
Eterna, inmensa, bienhechora, santa.

FANTASÍAS.

EL INSOMNIO.

FANTASÍA NOCTURNA.

Á MARÍA TERESA.

Siempre fué mi parecer
Que el que es discreto, Don Juan,
Nunca ha de ser más galán
Que con su propia mujer.
LOPE DE VEGA.

I.

Es ya la noche: fatigado el ánimo
Del viaje del vivir descanso toma,
Mientras retumba con fragor horrísono
La lluvia que del cielo se desploma
Y ruge el aquilón.
Ábrense apenas mis dormidos párpados,
Y al querer penetrar el velo denso
Que el orbe oculta y su silencio lúgubre,
Parece el globo en el vacío inmenso
Un ancho panteón;
Tumba convexa donde ya cadáveres,
¡Ay! se hacinan los míseros humanos;
Vil pudridero, cuya masa fétida
Corroen implacables los gusanos
De una y otra pasión.

Mas luégo puse los ojos,
Desencajados de espanto,
Sobre tí,
Y ya no vieron enojos,
Y se arrasaron del llanto
Que vertí.
Dulce llanto de tristura,
Lágrimas que el pecho anhela
Cuando en medio de la oscura
Larga noche le desvela
Congojoso frenesí.

Sobre mi pecho convulso
Tu bello rostro imprimia
Su calor,
Y así calmaba el impulso
Del corazón que latía
Con horror.
Ay! tu semblante sereno,
Tus no alteradas facciones
¡Cuál me dicen que tu seno
No atormentan las pasiones
Maldecidas del Señor!

¡Si pudieran los amados
Ver á su bella un momento
Al dormir,
Y con mil besos callados
El aroma de su aliento
Recibir!

¡Si pudieran aplicar
Blanda mano al corazón,
Y sentirlo palpitar,
Y el vigor de su pasión
Por sus vaivenes medir!

¡Si pudieran un instante
Aquellos rasgos en calma
Contemplar;
Que es el dormido semblante
Mudo trasunto, y el alma
Su ejemplar!
Y la idea que medita
Está grabada en la frente,
Y la que el sueño nos quita
Y que luégo bruscamente
Nos sacude al madrugar.

Por eso duerme el guerrero,
Desnudo el brazo y erguida
La cerviz,
Y el cobarde y traicionero
Con la frente guarecida
Del tapiz;
Y por eso se recuesta
En su cama perfumada,
Desceñida, descompuesta,
Y pálida y desgreñada
La impudente meretriz.

Duerme el avaro encogido,
Cual si abarcara su mano
Gran caudal;
Y durmiendo el desprendido
Las palmas tiende á su hermano
Liberal;
Y aquellos ojos que aterran
Inmobles con torvo ceño,
Jamás los déspotas cierran,
Cual si amagara su sueño
El regicida puñal.

II.

Por eso cuando resuella,
Entre mis brazos dormida,
Mi esposa tranquila y bella,
En su frente no fruncida
La pura virtud descuella.
Tus ojos, mi caro bien,
No pierden, no, su candor
Porque cerrados estén;
Que so las nubes también
El sol guarda su fulgor.
Oscurece tu mejilla
La sombra de tus pestañas,
Así como las montañas
De añeja nieve mancilla
El humo de las cabañas.

Si sonríe lisonjero,
Por colmo de mi fortuna,
Tu rostro, lo considero
Muy más puro que la luna
En clara noche de Enero.
¡Oh cuánto engañado amante
Arrostra quizás ahora
Esa lluvia aterradora,
Por ver tan sólo un instante
La falsa beldad que adora;
Y en premio al lecho, que deja,
Húmedo, agitado el seno,
Halla entre la dura reja,
Al breve fulgor del trueno,
Mentido amor, vana queja!
Y por ti ¡cuánto amador
En frio desierto lecho
Se revuelve con furor,
Y con inútil despecho
Envidia, infeliz, mi amor!
Y yo aquí, sin más barrera
Que la del propio deseo,
Cierta mi esperanza veo,
Y la que fué mi primera
Ilusión dulce poseo.
Que áun estaban de placer
Y grata risa entreabiertos
Tus labios de rosicler;
Áun ensayaban inciertos

El postrer beso de ayer.
Beso mágico, hechicero,
Que de amor puro me inflama,
Fuego, cuya santa llama
Vale muy más que el dinero
Y que el poder y la fama.

III.

¿Qué me importa, al espirar,
Que dé mi nombre á los vientos
Trompa de oro,
Si más precio el escuchar
De tus labios soñolientos:
«Yo te adoro?»
Bajo mi yugo tener
Mil naciones prosternadas
Y mil reyes,
Qué me importa? Obedecer
Quiero más á tus miradas
Como leyes.
El remoto Chimborazo
¿Qué me importa, ni el tesoro
Del Perú,
Si yo alcanzo con mi brazo
Todo, todo cuanto adoro,
Que eres tú?

Madrid, 1837.

LOS ENSUEÑOS.

FANTASÍA NOCTURNA.

Á LA MARQUESA DE SANTA CRUZ.

Mas ¡ay! á una alma del dolor guarida
Desciende ya propicio.
Cuanto me quites de mi amarga vida
Me quitarás de mi inmortal suplicio.
LISTA.

I.

No vengas á ceñir, sueño inclemente,
Mi fatigada sien de nardo y rosas.
¿Qué me sirven tus flores deliciosas,
Que habrá de marchitar el sol de Oriente?
¡Cuánto un dia sus hojas purpurinas
Me prometieron de placer y calma!
Y sólo al despertar clavó en el alma
El duro desengaño sus espinas.
Hoy compasivo en mis pupilas vierte
El grave jugo de letal beleño;
Que no me agrada tu falaz ensueño,
Sino el sopor de la tranquila muerte.
Vuela entre tanto do se agita inquieta

Dama gentil entre cendal y pluma,
Y el velador delirio que la abruma
En tu vuelo fugáz cambia y sujeta.
Dale á probar del encantado aroma
Que embrïaga la ardiente fantasía,
Y el porvenir que gozará algún día
En sus dormidos párpados asoma.
Y si en memoria de reciente pena
Una lágrima surca su mejilla,
Como al rayo del sol púdica brilla
La gota del rocío en la azucena,
Bate las alas, y á su ambiente leve
Pueda beberla ternezuelo infante,
Como en el campo mariposa errante
Liba el capullo que Favonio mueve.
Deja que inesperado hondo sollozo,
Fiera tormenta de llanura inculta,
Labre la seca tez de quien oculta
Bajo heredada pompa el torpe gozo.
Cuando al rayar el dia abandonada,
Del comprado galán vuelve á su lecho,
Ronca la voz y desceñido el pecho,
Rendida del deleite y no saciada,
Justo será que vengador esgrima
Homicida puñal fantasma airado,
Y sobre su garganta reclinado
Con férrea mano el corazón la oprima.
«¿Qué hiciste, dice, de la antigua gloria?
»¿Qué del nombre inmortal de tus abuelos?

»¿Qué del favor de los piadosos cielos?
»¿Qué del ejemplo de la patria historia?
»Nuestra antigua virtud, nuestra bravura,
»Á Dios, al Rey, á España consagradas,
»¿Son con besos impúdicos pagadas,
»Con torpe abrazo, con sonrisa impura?
»¿Cultiva tu colono el rubio trigo
»Para mercar la infame tercería?
»¿Fué la sangre, que dimos á porfía,
»Para comprar los gustos de tu amigo?
»Ni esperes que el amor te dé consuelo,
»No; que en el mundo sus divinas rosas
»Solamente en las almas generosas
»Pueden brotar con el favor del cielo.
»Tú, en brazos de quien finge que te adora,
»En vano buscarás tiernas delicias;
»Que el precio has de contar de sus caricias;
»Comprada al mismo tiempo y compradora.
»Dios llenará de nauseabunda hartura
»El corazón del vil á quien prefieres,
»Y áun antes que tu vida, tus placeres
»En el lecho tendrán la sepultura...»
Á quien así en la bóveda sombría
Persigue un eco acusador, constante,
No es mucho que la encuentre vigilante
El rayo abrasador del Mediodía.
Mas tú, señora, que á la par de bella
Eres de santa perfección modelo,
Delicia de tu esposo y su consuelo,

En proceloso mar fúlgida estrella,
¿Qué tienes que temer? Duerme segura;
Que no te amagan pérfidos enojos
Cuando se ausenta de tus negros ojos
La viva llama de su lumbre pura.
Duerme; para hacer bien descanso toma,
Mientras que dura la tiniebla fria,
Y el porvenir que gozarás un dia
A tus dormidos párpados asoma.

II.

Mira entre sueños crecidos
En virtudes y experiencia
Y en valor,
Esos vástagos queridos,
Sin que olviden su inocencia
Ni tu amor.
No; que por tierno tributo
Sus labios en tu semblante
Han de posar,
Cual perfuma el áureo fruto
La flor cándida y fragante
Del azahar.

Tierna flor! Niña hechicera,
Tu mirada encantadora,
Tu sonrisa
Son de bella primavera,

Al despuntar de la aurora,
Fresca brisa:
Mas guarte; que la hermosura,
El talento, y la nobleza
Y juventud
No valen, si el alma pura
No conserva la riqueza
De la virtud.

¿Qué son mundanos favores
Más que niebla, que del suelo
Se alza y crece,
Y en mil sombras y vapores,
Sin poder llegar al cielo
Desparece?
Y es la virtud el rocío
Que de la bóveda santa
Se desliza,
Y el cedro antiguo y sombrío
Y la ternezuela planta
Fecundiza.

Por virtud noble y severa
Muy más que por tu donoso
Talle y cara,
¡Oh cuánta dicha te espera!
¡Cuánto amor un caro esposo
Te prepara!
Por ella logra ventura

La tierna madre á quien amas,
Y más brilla
Su gracejo y hermosura
Entre las proceres damas
De Castilla.

Por ella el que en leve juego
Te acompaña entre jarales
Á triscar,
Entre los obenques luego
Burlará los vendabales
De la mar.
Su pura voz, que argentina
Calma, señora, el tormento
De tu alma,
Dará á la gente marina
Entre las hondas y el viento
Noble calma.

Él á las aguas remotas
Llevará de hispana quilla
La opresión,
Y á izar tornarán las flotas
Las grímpolas de Castilla
Y de Aragón.
Y en los sueltos pabellones
Que en sus veleros bajeles
Penderán,
Á castillos y leones

Se habrán de unir los jaqueles
De Bazán.

Si al hijo del alma mía
Encuentras en tu carrera,
Noble doncel,
Esta pobre poesía
Y esta mi amistad sincera
Premia en él.
Arda en vosotros unido
De puro afecto y de gloria
Fuego santo
Y el ancho globo medido
Recordad, y la victoria
De Lepanto 70.

Y si intenta la herejía
La fe de nuestros mayores
Corromper,
Nuestros hijos á porfía
Del *Salvador salvadores* 71
Logren ser.
Áun por eso el tierno niño
En sus primeros conceptos
Junta ya
Las muestras de su cariño
Y los sublimes preceptos
De Jehová.

III.

¡Gloria al Señor, que al niño balbuciente
Sus arcanos revela y su verdad,
Como al lirio del campo floreciente
Reviste de inefable majestad!
¡Gloria al Señor, que en la afligida tierra
Concede al hombre el maternal amor,
Y las dulzuras que en su seno encierra
Deja entre el llanto disfrutar mejor!
¡Gloria al Señor, que cumple la promesa
Hecha á los buenos hijos de Judá,
Y larga vida y venerable huesa
Y amor en premio de su amor les da!
¡Gloria al Señor, que en la tiniebla fria
Manda el présago sueño y la quietud,
En donde al justo el porvenir sonría,
Donde aterre al malvado su ataud!
Imagen de la muerte, las cadenas
Quebranta y las coronas del mortal,
Y disipa sus glorias y sus penas,
Y hace el cuitado al venturoso igual.
En sueños las auríferas montañas
Abruman del avaro el corazón,
Y mil sierpes devoran las entrañas
Del que nutre la envidia y la ambición.
En sueños del volcán la horrenda llama
Persigue al torpe con ardor sin fin,

Y en tu púdica frente se derrama
El soplo del celeste querubín.
Tú pues, señora, de mi voz no dudes:
Duerme y el premio encontrarás del bien:
Quien vela en la virtud, sueña virtudes,
En sueños torna el angel á su Edén.
Los ojos cierra, angélica señora;
Que les da sombra el árbol de la Cruz:
Duerme, que raya la naciente aurora,
Y tiene envidia de mirar su luz.
En tanto, sueño, imagen elocuente
Del letargo final, plácido ven;
Mas no quieras ceñir ciego, inclemente,
De nardo y rosas mi agitada sien.

1847.

EL CÓRPUS

EN EL HOSPICIO DE LA SALPÉTRIÉRE.

Á MI AMADÍSIMA MADRE LA CONDESA DE VILLALEAL.

Homo quidam fecit cænam magnam
. . . . . .
Tunc iratus pater familias dixit servo suo: Exi cito in plateas et vicos civitatis, et pauperes ac debiles, et cæcos et claudos introduc huc.

SAN LUCAS, CAP. XIV.

I.

En la vasta morada
Que junto al Sena, de placeres rico,
Dió el Magno Ludovico 72
Al sexo debil, á la edad cansada
Y á la razón perdida,
Isla infeliz, que el piélago circunda
Del mundano placer, playa infecunda
Donde yacen sin vida
Corazones, que arroja el fausto Sena
Como el alga del mar sobre la arena;
En aquel, pues, misérrimo recinto
Curioso penetré, que no guiado
De santo amor ó sobrehumano instinto.
Misteriosa ciudad de cuyas puertas

Huye toda alegría,
De par en par á la desgracia abiertas,
Donde es el padecer ciudadanía;
Su idioma es el quejido
Que el uso ni adultera ni embellece:
Allí es más denodado el más sufrido,
Y se distingue más quien más padece.
Por la virtud repuesta fortaleza,
Donde se guarda el único tesoro
Que nos lega al nacer naturaleza,
Locura y horfandad, miseria y lloro.
Allí alienta y palpita la memoria,
Y corre amargo llanto
De heridos corazones,
Y está muerto el placer, muerta la gloria,
Sepultado el encanto
De dulces ilusiones:
Bóveda sepulcral son sus salones,
Si el aura vivifica sus jardines.
Mi planta allí perdida
Sintió que hollaba incógnitos confines,
Cual si campo neutral, árido, inerte,
Cruzara entre el dominio de la vida
Y el insondable imperio de la muerte.

Mas ¿qué nuevo espectáculo sacude
Mi arrobado sentido y mi razón,
Y ávida el alma por gozarlo acude
Y enajenado salta el corazón?

Las anchas puertas de espacioso templo,
Cuando el címbalo manda la señal,
Ábrense, y luégo descender contemplo
De represadas gentes el raudal.
No llevan estandarte que en el oro
Puedan del cielo reflejar la luz;
Allí, do impera la viudez y el lloro,
Fulgura sólo el astro de la Cruz.
Mil ancianas tras él en larga hilera
Gozosas mueven el cansado pié;
Que fiel las guía en su mortal carrera
La inextinguible antorcha de la fé.
Por eso bajo el velo trasparente
No sé cuál brilla místico arrebol;
Y es que refleja en su rugosa frente
La eterna aurora del eterno sol.
En tanto marchan, mesurado y lento
Cántico elevan, del incienso al par,
Que á otra región levanta el pensamiento,
Como el arrullo del tranquilo mar.

Néctar de vida que sublimas tanto,
Pan que los cielos da,
Dígate el orbe de los orbes: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!
Él es solo quien *es*. Vedlo mortales:
En muda reverencia,
Tierra y cielo y abismos infernales
De *Él* reciben la esencia.

De la nada los mundos ha sacado;
¡Inmensa maravilla!
Y á su imagen por Rey de lo creado
Hizo al hombre de arcilla.
Al hombre, que gusano envanecido
Contra Dios se levanta;
Y no á la nada en que era producido
Lo destronó su planta.
Ántes forma de siervo revistiendo
Quien los cielos gobierna,
Aplaca, eterna víctima, muriendo,
Á la justicia eterna.
Y á precaver la ingratitud infanda
De una y otra caida,
Su propio cuerpo que inmolar nos manda
En el pan de la vida.
Pan ante quien el sol cubre sus galas
De fulgurantes nubes,
Y postrados y envueltos en sus alas
Le adoran los querubes.
Pan de los fuertes que destierra el llanto,
Vino que gloria da,
Dígate el cielo de los cielos: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!

II.

Per me reges regnant... Regnum meum non est de hoc mundo.
La Biblia.

Mientras que así por el palacio inmenso
El séquito de fieles discurría,
Allá el tejido de las nubes denso
Con penetrante rayo
Desgarraba el fulgor del Mediodía.
Sus célicos albores
La luz de las antorchas descoloran
De improvisado altar: las gayas flores
En cambio brinda Mayo 73,
Que al Criador con su perfume adoran.
Al par de sus matices
El religioso júbilo atestigua
Larga série de mágicos tapices,
Que á la pintura afrentan:
Resto son de la antigua
Mundana vanidad, en donde alientan,
De lises coronados,
Reyes áun en las telas adulados.
Allí con giro nuevo
Ví al Monarca orgulloso de Versalles
El áureo carro gobernar de Febo:
Con desceñidos talles,
Casi perdido el virginal decoro,

Ensaya lisonjero las livianas
Danzas el bello coro,
No de musas, de viles cortesanas.
Postréme yo de hinojos
Por contener el raudo pensamiento,
Y á la torpe visión cerré los ojos;
En vano empero, el apacible viento,
Que las pintadas telas conmovía,
El aroma, el calor, mi fantasía
Á la vez exaltaban,
Y las nobles figuras animaban.

«Yo soy quien da por leyes su deseo,»
Dijo el Rey, «desde el Etna al Potosí.
»Desparece á mi voz el Pirineo.
»¿Quién me resiste á mí?
»Nantes, París, el Tiber y el Danubio
»Temen mi brazo, acatarán mi fé,
»Y en las ardientes lavas del Vesubio
»Mis lises plantaré.
»Los genios todos del nativo Sena
»Afianzan mi gloria y mi quietud,
»Molière y Fenelón, Colbert, Turena
»Alaban mi virtud.
»Y el águila de Meaux, que se remonta
»Sobre las altas cumbres de Judá,
»Cerniéndose por mí docil y pronta
»La paz de Dios me da.
»Vengo á adorar al Dios de mis estados,

»Al Rey de Reyes que mi frente ungió;
»Haga salva el cañón. ¡Paso, menguados!
»El Estado soy yo.»

En medio entonces de la humilde gente,
Que susurraba tímida plegaria,
Ví una matrona levantar la frente,
Insegura á la vez y temeraria.
Desdice á su ademán joven y ardiente
Su faz helada y más que centenaria.
»Y ¿quién (dijo) en su loco frenesí
»Turba el imperio que me toca á mí?
»Tu cetro de oro, tu apolíneo carro;
»Mísero Rey, y tu alta dinastía
»Se quebrarán, como el cocido barro
»Que al alfarero iluso envanecía.
»Yo las leyes escribo y las desgarro,
Y dura eterna la que á mí me guía:
»Andar, andar, mientras el bien consigo;
»Y el séquito de males va conmigo.
»Yo en el hombre primero condenada
»Y en el Verbo divino redimida,
»Veo la eternidad desde la nada,
»Y voy desde la muerte hacia la vida.
»Pero, en tanto que dura la jornada
»De miserias sin número afligida,
»Delirio es el poder, sueño la ciencia.
»El luto y el error, tal es mi herencia.
»Ando y combato en lucha desigual,

»Y en mi largo camino nunca hallé
»Sino con la esperanza alivio al mal,
»Ni otro sendero al bien sino la fe.
»Estos, pues, su misión providencial
»Cumplen besando el lacerado pié
»Del Dios que por salvarnos se humanó.
»Seguid, seguid: la Humanidad soy yo.»
No más dijo la voz; por la ancha lonja
Las ancianas prosiguen su camino,
Cantando al sumo Dios, que allí previno
Manco el poder y muda la lisonja.
¿Qué son abigarradas colgaduras
De tapizadas calles,
Á quien viste de nieve las alturas
Y de flores los valles?
¿Qué halaga el estallar de huecos bronces,
Que á las aves aterra,
Al que rige el volcán y hace en sus gonces
Estremecer la tierra?
El marcial aparato y continente
De huestes militares,
¿Qué son al Dios que con fruncir la frente
Mueve los hondos mares?
Si cual grano de incienso polo á polo
El orbe se abrasara,
¿Qué diera al Sér que con su acento sólo
Otros orbes creara?
El caduco universo, que perece
Como la flor mezquina,

No es holocausto al Dios que permanece
En su esencia divina.
El espíritu eterno, que es el fruto
De Dios y su figura,
Puede sólo ofrecer digno tributo
De amor y de amargura.
De amor, que lleva á la eternal morada
Que el sacro pan encierra;
De amargura, por Dios santificada
Al dejarlo en la tierra.
¡Pan de delicias, que destierra el llanto,
Pan que consuelo da!
Dígate el hijo de miserias: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!

III.

Que el mundo todo es locura.
COMEDIA ANTIGUA.

Llegando á una férrea puerta,
El cortejo sus canciones
Suspendió:
Entrada triste y desierta,
La sola que á sus guiones
No se abrió.
Y suena dentro el rüido
De voces desconcertadas
Y de llanto;

Y mucho más que el gemido
Las horribles carcajadas
Dan espanto.
De un pueblo rico en dolores
Es sin duda aquel recinto
De más luto.
Sí; que en él los moradores
Ni áun alcanzan el instinto,
Dócil bruto.
¡Pobre razón, que armas guerra
Al cielo, y árbitra suma
Te proclamas!
Roto el vaso que te encierra,
¿Por qué al lodo en vil espuma
Te derramas?
La madre en afán prolijo
Allí do quiera demanda
Si alguien vió
Aquel su adorado hijo
Que el furor de guerra infanda
Le robó.
«Ven, grita, mi amor, mi cielo,
»Y en mi pecho te reclina,
»Tierno y fiel;
«Ó dime ¿en cuál otro suelo
»Ornas tu frente divina
»De laurel?»
Áun brinda allí su ternura
Y su volcánico amor

Y su vida
La malograda hermosura
Al villano seductor
Que la olvida;
Y con sus ojos ferales
Ve los impuros placeres,
Las querellas,
Que de su dicha rivales,
Le ofrecen otras mujeres
Muy más bellas.
Allí la burlada esposa,
La hermana prostituida
Á la ambición,
Lloran la joya preciosa,
Con la libertad perdida
La razón.
Y áun la fe celeste y pura
Que Dios al mortal ha dado
Por clemencia,
Viene á ser, ¡ay desventura!
Del espíritu menguado
La dolencia.
Decidme, Dios que yo adoro,
Juez infalible y testigo
De verdad,
Si al que roba un grano de oro
Guarda infinito castigo
La eternidad;
¿Cuál pena será bastante

Al sacrílego asesino
Que apagó
La llama pura y brillante
Que el soplo tuyo divino
En mí creó?

Pero ya el astro luminar del día
Del ardiente cenit se va apartando,
Y al par la augusta ceremonia y pía
Hacia el templo desierto va tornando:
Y el címbalo que clama
En compasado son,
Ya místico los llama
Al célico remedio, la oración.

Convite que destierras al espanto
Del reino de Judá,
Dígante allí los corazones: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!
Ni ¿qué te ofrecerán de su tesoro
Los opulentos reyes,
Comparable al que goza con el lloro
Porque teme tus leyes?
Que si á un rey solamente obedeciera
El admirado mundo,
Y tu mano la fuerza le cediera
Desde el alto al profundo;
Aunque á solo su antojo hiciera el día,
La tempestad, la calma,

¿Quién la luz de la fe difundiría
En el reino del alma?
¿Quién con riquezas pagará á la viuda
El hijo que ha perdido?
¿Quién suplirá con su poder la ayuda
Del brazo entumecido?
¿Quién servirá, por sabio, de consejo
Á la razon insana?
¿Quién dará al cuerpo desmayado y viejo
La juventud lozana?
Tú, Señor, que no premias en tu gloria
Á fieros campeones,
Como al fuerte que logra la victoria
De sus propias pasiones;
Cordero de Israel, del cielo encanto,
Simbólico maná,
Proclamenté los infelices: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!

IV.

Beati qui lugent, quia ipsi consolabuntur.
El Evangelio.

Mas ¿qué nueva visión el alma mía
Con inefable júbilo recrea?
Las bóvedas retumban de armonía,
Junto á las aras el incienso humea,
Prostérnase la turba humilde y pía,
Y un sacerdote solo allá campea,

Formando con el pan de eterna luz
El signo sacrosanto de la Cruz.

Súbito entonces de la excelsa altura
Do la nube de incienso penetró,
Junto á cada postrada criatura
El ángel de su guarda descendió;
Y extendiendo su blanca vestidura,
Las ateridas formas envolvió,
Como en la noche del invierno yerto
Cubre la pura nieve el tronco muerto.

Y áun los ángeles doblan la rodilla
Ante el Rey de los cielos soberano,
Y al par tienden al pobre, que se humilla
Cansado y débil, la siniestra mano,
Y con la diestra esparcen, donde brilla
El trono de la Cruz del Dios humano,
Sus lágrimas tornadas en diamantes,
Y sus penas en rosas odorantes.

Y áun más cercanos al Eterno miro
Espíritus celestes inclinados,
Guardando en urnas de inmortal zafiro
La razón de los míseros menguados,
Para que al dar el postrimer suspiro
Lleguen al Sumo Juez inmaculados,
Y una más clara luz torne á su mente,
Y entiendan la verdad allí patente.

Al verlo, mal de mi grado
Sentí mis miembros temblar,
Turbada y casi llorosa
Cubrí en el suelo la faz.
Y escuché dentro del pecho
Como una voz celestial,
Que me dijo: «Huye el asilo
»Que santifica el pesar;
»Ó vuelve, no con los dones
»Que ofrece el mundo procaz,
»Mas con el pecho encendido
»De ferviente caridad.
»Que el Dios que puso su cuna
»En miserable portal,
»Y en infamante suplicio
»Quiso su trono elevar,
»Si bien regó con su sangre
»El valle todo de Adán,
»Para los míseros guarda
»Lo mejor de su heredad.
»Vivir es labrar la tumba,
»Y padecer es sembrar:
»¡Dichoso quien coge el fruto
»Allende la eternidad!»
Dijo; y con el estampido
Que produce el vendabal,
Sentí cerrarse las puertas
De aquella triste ciudad.
Miré y con letras de fuego

Vi escrito sobre el umbral:
Bienhadados los que lloran,
Porque consuelo tendrán.

CONCLUSIÓN.

Yo también, justo Dios, espero un día,
Pues no soy á las lágrimas extraño,
En tu reino tener ciudadanía
Y no hallar en la tumba el desengaño.
Allí mi patria está, ya que en la mía
Tropel de ingratitud se alza en mi daño.
Ni sólo al cuerpo enfermo brindas calma,
Sino al que tiene traspasada el alma.

Enghien 8 de Junio de 1856.

ROMANCES HISTÓRICOS.

AMBAS Á DOS [74].

Á LA MEMORIA

DE DON JUAN NICASIO GALLEGO

ARCEDIANO MAYOR DE VALENCIA.

I.

LAS CAÑAS.

Arde en fiestas y alborozo
La ciudad reina del Turia,
Y sólo gime entre tanto
Aquel á quien se tributan.
Por entre blancos azahares,
Que el fresco ambiente perfuman,
Mil egregios caballeros
Corren parejas y justan.
Y tales brutos cabalgan,
Cubiertos de oro y espuma,
Que pone celos Valencia
Á las playas andaluzas.
Sobre un tordillo rodado,
El Comendador de Cúllar
Ostenta un mote que dice:
«Mi Dios, mis fueros, mi cuna.»

¡Qué bien su genio celoso
En la celeste montura
Muestra, y en el torbo ceño
El señor de Benejúzar!
Un fiero potro tordillo,
Porque su blasón reluzca
Como en las noches de Enero,
Sujeta el Conde de Luna;
Y con los trenques [75] de plata
Y de esmeralda las frutas,
Un bravo alazán aguija
Don Guillermo de Pertusa.
Mas á los viejos guerreros
Fué contraria la fortuna;
Que, como es mujer, al cabo
Á un nuevo galán adula.
Vicen Mercader se llama:
Apena el bozo le apunta;
Que para estrenar el casco
Cortó la guedeja rubia.
Lleva en su adarga de gules
Tres pesas de oro muy justas:
Y *Nis res li fall* [76] por mote
Explica nombre y alcurnia.
Y á fe que miente la letra;
Que en que le falta no hay duda
El corazón, pues lo ha dado
Á la heredera de Alcudia;
De tamaña gentileza,

Que se moviera disputa,
Si no tuviera una hermana,
Que Dios hiciera otra alguna.
Hijas son las dos doncellas
Del Comendador de Cúllar,
Hermosas como diamantes,
Y como diamantes duras.
Al verlas los campeones,
Á fuer de imparciales dudan
Á quién elegir de entrambas
Por reina de aquella lucha;
Y en la plaza de palacio
Entapizada tribuna
Levantan, y en ella un trono,
Que cubre dos sillas juntas.
Dividen el reino entonces
Que la belleza sojuzga,
Y subdividióse luégo
Su potestad absoluta
Tanto, que ya sus vasallos
Do quiera encuentran coyundas,
Hallando en sola Valencia
Mil reinas de la hermosura.

Al pasar el vencedor,
Tiende sus mantas la chusma,
Y de la naya vecina
Mil deidades le saludan.
Hasta el corcel orgulloso

Sacude el airón de plumas,
Y vuelve al sol, porque brillen,
Sus doradas herraduras;
Y el polvo que deja en zaga,
Como blanca niebla oculta
Del escuadrón envidioso
Las miradas taciturnas.

De hinojos está el mancebo
Donde su amante le juzga,
Y estas sentidas palabras
De trémula voz escucha:
«Vencísteis, el caballero.
»Dios os conceda su ayuda,
»Y como este lauro agora,
»Os dé mayores venturas:
»Vuestra es la prez y la gala...»
La voz se apaga y se anuda;
Mas con los ojos le dice:
«El alma también es tuya.»
Mil dulzainas y atabales
Do quiera entonces retumban,
Y los heraldos su nombre
Pregonan con voces rudas.
Francisco Primero en tanto
Cautivo de la hermosura,
Olvida que es cautiverio.
Áun el mirador que ocupa;
Y dice al ver aquel lauro,

Que ajenas sienes circunda:
«Diera por él las diademas
»De Milán y Francia juntas.»
Entónces, ¡ay! suspirando,
Con trémula mano busca
En su frente la corona
Y la espada en su cintura.
Un recuerdo de Pavía
Todo su semblante anubla,
Y al balcón vuelve la espalda
Por no descubrir su angustia.

II.

LA RELIQUIA.

Apenas hacia los montes
Declina el sol de la tarde,
Y el alto cenit adorna
Con caprichosos celajes,
El cautivo Rey de Francia
Del regio aposento sale,
Porque ver quiere á Valencia
Antes que á la corte marche.
Cubren con toldos la puente,
Porque del sol le resguarden,
Y en el suelo han deshojado
Limoneros y arrayanes,
Que de mil plantas al choque

Sueltan aromas süaves,
Embalsamando la brisa
Que el Turia lleva en su cauce.
El augusto prisionero
Va pensativo, aunque afable;
Que son en tierra extranjera
Los regocijos pesares.
Y aunque lleva en vez de guardas
Monteros que le acompañen,
Y caballeros le sirven,
Y le divierten juglares,
No olvida que está cautivo
Y que es su honor el alcaide,
Su palabra la cadena
Y toda España su carcel.
Con todo, viste brocados
Y trae al pecho collares;
Que si es humilde en las glorias,
Es altivo en los desmanes.
La presea es uno de ellos
Del Santo Miguel Arcángel,
Y el toisón de oro es el otro,
Guarnecido de diamantes.
Cien caballeros le cercan
De esclarecido linaje,
Que de las fiestas del dia
Acalorados departen.
Como una selva encantada
Mecen sus plumas al aire,

Y como grupos de estrellas
Resplandecen sus ropajes.
Vicén Mercader ufano,
Por hacer mayor alarde,
El laurel que ha conseguido
En vez de cintillo trae:
Y el Rey dice al repararlo,
Entre afligido y galante:
«Si yo tuviera mi espada,
»No lo ganara tan facil.»
El Virey, que está á su diestra,
Mira de soslayo al Bayle [77]
Y éste con saña fingida
Se vuelve á ver á los pajes;
Y corteses y advertidos
Para no desconsolarle,
Los toledanos aceros
Recatan en los gabanes [78].
Así el lucido cortejo
Cruza las estrechas calles [79],
Que abigarradas ostentan
Guirnaldas y cortinajes.
Turba crédula y doliente
Se aglomera por tocarle;
Porque diz que el Rey de Francia
Por casta cura los males [80].
¡Oh! cómo admiran las damas,
Cómo envidian los amantes
Del monarca caballero

El majestuoso donaire!
Y cuando alza el rostro pálido,
Y sus negros ojos abre,
De amor dulce y compasivo
Cuántos corazones laten! [81]
«Perdióle,» dicen, «su arrojo
»Y su traidor Condestable...
»Es infeliz... y es valiente...
»Y es muy galán, Dios le guarde.»

Llega por fin á la Iglesia,
Donde á recibirle salen
Hasta el cancel de la Almóina [82]
Prelado y Capitulares.
Por millones las bujías
Entre las bóvedas arden;
Doquiera el incienso humea,
Campanas y órganos tañen.
Y en tan confusa armonía,
Luceros por todas partes,
Rosas y oro por alfombras,
Y en torno nubes fragantes.
Parece que el Dios del cielo
Condolido de sus males,
En una mansión de gloria
Ha trasformado las naves.

Muy devoto está el Monarca,
De hinojos en los sitiales,

Bajo el ponderoso escudo
Del invicto Rey Don Jaime [83].
Y al mirar una custodia,
Que le han dejado delante,
Con espinas muy agudas
Y unas lises por remate,
Hace señal á los suyos
Que breve trecho se aparten,
Y así prorrumpe bañando
Con lágrimas el engarce [84]:
«Hé aquí donde, depuesto el regio manto,
»Prefirió á su diadema las espinas;
»Helas aquí bañadas con el llanto
»De mi abuelo San Luis.
»¡Ah, si cuando, doblada la rodilla,
»Las legabas al suelo valenciano,
»Previeras que los leones de Castilla
»Cortaran esa lis!
»Pero ¿qué son los reinos de este mundo
»Á quien eterno, omnipotente, rige
»El alto cielo, el báratro profundo
»Desde el trono de luz?
»¡Y el hombre á quien sus crímenes perdona,
»Le da en premio á su inmenso sacrificio
»Esta rama de espinas por corona,
»Y por solio una cruz!»

Álzase el Rey más sereno,
Y más consolado parte,

Porque es un bálsamo el lloro
Que se vierte en los altares;
Mas cuando el digno arzobispo,
Porque sus pecados lave,
El agua santa le ofrece
En los sagrados umbrales,
Entre las nubes de incienso
Dos bellezas celestiales
Aparecen: son las mismas,
Son las reinas del combate.
Francisco por obsequiarlas
Se quita veloz el guante,
Y busca las lindas manos
Dentro á la pila de jaspe;
Mas luego Doña María
Los ojos vuelve á otra parte,
Y de Mercader recibe
Un agua que al Rey abrase.
Más cortés ó menos fiera
La menor, Doña Violante,
Va á tocar la régia mano
Con una cruz de azabache.
El Rey la cabeza vuelve,
Y porque su acción no extrañen,
Hace una cruz con los dedos
Sobre su toisón de esmalte.
Los ciegos que hay en la plaza
Tan sólo por obsequiarle,
Cantan al son de sus tiples

De pífanos y atabales,
Con voces de vino tintas
Aquel antiguo romance:
«Mala la hubísteis, franceses,
»En esa de Roncesvalles.»

III.

EL SARAO.

Es una mansión brillante
Que el oro y la plata adornan,
Donde mil luces sustentan
Duros cristales de roca;
Donde al mirar los matices
De las moriscas alfombras,
Las mismas flores corridas
Ocultaran sus corolas.
Al son de las dulces flautas
Y de las marciales trompas,
Para el baile se apercibe
La juventud bulliciosa.
El Comendador de Cúllar
Bien haya, pues lo ocasiona
Y presta cielo en que brillen
Las valencianas auroras.
No empero con sus albores
El buen anciano se asombra;

Que tiene soles por hijas
Para eclipsarlas á todas.

De pronto en la sala de armas
Se ve resplandor de antorchas,
Y desde la puerta gritan:
«El Rey de Francia, señoras.»
El Comendador le sirve,
Y para aumentar la pompa,
Cinco de sus paniaguados
Se han agregado á la escolta.
Los canosos escuderos
Con libreas de oro y rojas,
Las cortinas de damasco
Con agrio crujir arrollan,
Mientras que los pajecillos,
Gente descreida y loca,
La llama de los blandones
Aproximan á las borlas.
¡Cuán ufano el caballero,
Como un joyero sus joyas,
Al huésped monarca ostenta
Sus cuadros y sus panoplias!

«En esas tablas,» le dice,
«Mi estirpe rica y devota
»Me legó de sus patronos
»La venerable memoria.
»Del Rey moro de Valencia,

»Mi abuelo, es esa marlota;
»Y esa cruz de un Padre Santo,
»Muy mi deudo por lo Borja.
»Del amante de Teruel,
»Que por lo Garcés me toca,
»Es aquel recio montante,
»Este espaldar y esa gola.
»De Ausias March, el gran poeta,
»Aquella ferrada corta,
»Esa de Rugier de Lauria,
»De Jaime Febrer esotra.
»Esas armas de Moncada,
»Más arriba de Cardona,
»De Belvís, de Fullalguer,
»De Carroz, de Rocamora...»
«Y añadid,» le dijo el Rey,
«Mis lises y mi cruz roja;
»Que también soy vuestro primo
»Por lo Beltrán de Tolosa.»

Y en esto se entra á la sala,
Y el razonamiento corta;
Que si estima los blasones,
Más le placen las hermosas.
Recorre pues el estrado,
Y con afable lisonja
Á todo galán admira
Y á toda bella enamora;
Que galante al par que docto,

Facil explicarse logra,
Ya en la lengua de Petrarca,
Ya en el provenzal idioma.

Salvillas de plata en tanto;
Pobladas con áureas copas,
Do quiera al concurso ofrecen
Hipocrás dulce y aloja,
Mientras las anchas bandejas
En sus filigranas moras
Sustentan los leves panes
Que vió en sus hornos Mallorca.
Pero á la señal del baile
Ya las cuadrillas se aprontan,
Dejando la cabecera
Que al Rey Francisco le toca.

Y delante á unos sitiales
Para buscar compañera
Dice: «La más hechicera
»No me cumple distinguir;
»Que habiendo en Valencia iguales
»Dos reinas de la hermosura,
»Todo pecho noble jura
»Á entrambas á dos servir.

»Yo ví en las verdes colinas
»Que el patrio Charenta riega,
»Beldades que en la refriega

»Me vencieron del amor.
»Vi las frescas transalpinas,
»Y las blancas alemanas,
»Y morenas sicilianas
»Con su garbo encantador.

»Yo vi en la Francia que lloro
»Mil bellezas muy donosas,
»Y las que entre nieve y rosas
»Produce el gélido Rhin.
»Y miré las trenzas de oro
»De las hijas de Bretaña,
»Y las que me envidia España
»Junto al navarro confín.

»Mas sólo en vuestros semblantes,
»Bellas hijas de Valencia,
»Mostró Dios su omnipotencia,
»Y juntar quiso á la vez,
»En vivos ojos radiantes
»Mirada lánguida y pura,
»Y entre nevada blancura
»Ardorosa morbidez.

»Venid, y en baile ligero
»Que yo estreche vuestra mano,
»Y mi cetro soberano
»Á vuestras plantas caerá.
»Cautivo tengo mi acero;
»Que lo he perdido en Pavía;

»Pero el alma, que aún es mia,
»Vuestra cautiva será.»

En un veneciano espejo,
Que dos dragones soportan,
Desde el extremo distante
Vicén Mercader lo nota.
Y lanzando una mirada
Que fiel el cristal redobla,
De la constante María
La voluntad aprisiona.
Mudo lenguaje de amantes
Que los profanos ignoran,
Y que bien claro le dice
Que de este modo responda:

«Guardad, el buen caballero,
»Guardad, el poeta Rey,
»Para dama más cumplida
»Vuestro amor y vuestra fe;
»Que á la que es honrada y pobre
»Escuchar no le está bien,
»Sin que empañen sus oidos,
»Vuestras palabras de miel.
»Bien sé que sois esforzado;
»Que sois galán, bien se ve;
»Sois monarca de un gran pueblo;
»Me hacéis en hablar merced;
»Bien sé que vuestros favores

»Codiciarán más de cien,
»Y áun ¿quién sabe si yo misma
»Los admitiera tal vez?
»Mas habré de desdeñarlos;
»Que sois sobrado cortés,
»Y yo mucho para dama
»Y poco para mujer.»

El Rey se vuelve confuso
Á Violante que á su vez
Le dice, encendido el rostro
Y con sonrisa cruel:

«Lo que mi hermana desecha
»No siempre he de recoger
»Siquiera con dos coronas
»Llevéis ornada la sien;
»Y aunque sé que sois monarca,
»Me basta que sois francés,
»Y no he de dar yo la mano
»Al contrario de mi Rey.
»Enjugad vuestros collares
»Y ese toisón componed,
»Señor; que de agua bendita
»Áun mojado lo tenéis:
»Y me acuerdo lo que hicísteis
»No ha mucho al pié del cancel;
»Para servicio muy poco,
»Y mucho para desdén.»

Francisco Primero entonces
De despecho se sonroja,
Y dice: «Siempre va junto
»El desdén con la derrota.»
El Comendador lo ha visto,
Y con dos miradas torvas
Llama á sus hijas aparte
En una repuesta alcoba;
Y sin mirar los curiosos
Que á la vidriera se agolpan,
De esta manera les dice
Con voz iracunda y ronca:

«¡Oh, bien hayan las doncellas
»De tanta prez y valía,
»Que porque las dicen bellas,
»Juzgan que la cortesía
»No tiene imperio sobre ellas!
»Vuestros desdenes noté,
»Y vuestro injusto rigor
»Mal de mi grado escuché;
»Y á fe de Comendador,
»Que de ello me avergoncé.
»Á grosera ingratitud
»No disculpa la belleza,
»El talento y juventud;
»Porque daña la aspereza
»Áun á la misma virtud.
»Belleza es dón otorgado;

»Mas la dulzura y agrado
»Es de las hermosas ley.
»Si no respetáis al Rey,
»Consolad al desgraciado.
»Porque no he sentido, no,
»Que un monarca despreciéis;
»Que de reyes vengo yo;
»Sólo que no reparéis
»Que es mi huésped, me enojó.
»¿A dónde va vuestro intento,
»Si sóis rosas peregrinas,
»Que brilláis por un momento,
»Y á todos claváis espinas,
»Y á ninguno dáis contento?
»¿Dónde hubísteis la crianza?;
»Que extraño la que tenéis.
»Nada á alegraros alcanza,
»Con nadie os place la danza...,
»Sino con quien vos sabéis...
»Pues de tanto remilgar
»Ya me he llegado á cansar,
»Y os prometo, vive Dios,
»Que agora habéis de bailar
»De este modo *ambas á dos.*»

Y arrancando del tocado
Las flores y las piochas,
Por el cabello las prende
Y hacia la sala se torna.

Mas tarde llega, por cierto;
Que fingiendo una congoja,
El Rey se volvió á Palacio,
Y ya por la esquina dobla.
Y es fama que también dijo
Al subir en su carroza:
«Mal hace quien por consuelo
»Á los placeres se arroja;
»Que es una mar el deleite;
»Y el columpio de sus olas
»Adormece al venturoso
»Y al desventurado ahoga.
»Quien sirve de horrible ejemplo,
»Guay que no sirva de mofa!;
»Que todo puede en el mundo
»Perderse, menos la honra.»

CONCLUSIÓN.

Hoy se ve esa aventura peregrina
En marmóreo blasón que el vulgo extraña;
Y tan sólo una lápida [85] mezquina
Alzó Valencia á la inmortal hazaña
Que costó un Rey á la nación vecina.
Sí, que en un tiempo nuestra pobre España
Vió sin asombro prisioneros Reyes [86]
Y á cuanto alumbra el sol impuso leyes.

ENRIQUE DE TRASTAMARA

EN BAÑERAS.—1367.

AL EXCMO. SR. D. ANGEL DE SAAVEDRA,
DUQUE DE RIVAS.

Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresión, orgullo.
EL MISMO.

Cenando está en Rocamora,
Alcázar del Langüedoc,
Enrique de Trastamara
Con muchos de su facción.
Allí están los dos Guzmanes,
Don Íñigo de Albornóz,
El Prior de Calatrava,
Tello y Alfonso Girón;
Catalanes y franceses
No faltan, y entre la flor
De aventureros, Claquín
Es el que lleva la voz.
Como que ha muy pocos dias
Que de Castilla volvió;
Cuenta, y no acaba, crueldades
Del Castellano Nerón.

«No hay,» dice, «para Don Pedro
»Seguros vida ni honor:
»Que es su ley el apetito
»Y es el deleite su Dios.
»No hay valladar á sus gustos,
»Ni barrera á su furor,
»Desque trata á la Padilla
»Y al Rey moro alanceó.
»Á Don Tello, á Don Fadrique,
»Y á la infelice Leonor,
»Ha seguido ya en la tumba
»Doña Blanca de Borbón.»
«¿Quién? La Reina? Por San Fiacre,»
Dijo el Sir de Vidalós,
Apurando al paso un cuenco
Del agrillo de Medoc.
«Por cada cabello suyo
»Que el tirano profanó,
»Me ha de pagar su cabeza
»Más de un leonés infanzón.»
«Cuide el furioso Rolando,»
Dijó Íñigo de Albornóz,
«Que no son todas merinas
»Las cabezas de León.
»Demás, que si ya no venga
»Desafuero tan atroz,
»Bien prueba Carlos de Francia
»Que es paciente más que Job.»—
—«No es tarde,» el francés responde.

—«Ya,» replica el español,
«Allá en la torre de Lóndres [87]
»Le ha quedado ocupación.»
No parara aquí el debate,
Si sentado entre los dos
El Prior de Calatrava
No'los trajera á razón.
Y volviéndose á Beltrán,
«¿Áun no se levantan hoy,»
Pregunta, «contra Don Pedro
»Ciudades y villas?—No;
»Que aunque palacios y claustros
»Atropella su pasión,
»Dice el pueblo: ¡Ancha Castilla!
»Á un Rey malo, otro peor.
»Pero en cambio los Prelados
»Lanzan ya su excomunión,
»Las órdenes se sublevan,
»Y los Ric-homes de pró
»En sus castillos aguardan
»Que se brinde la ocasión
»De sacudir la coyunda
»De ese tirano feroz.»
Y vuelto hacia don Enrique,
Que aún está callado:—«Y vos,»
Dice, «¿cuándo libertáis
»Á España de ese baldón?
»¿Cuándo entramos por la tierra
»Estos valientes y yo,

»Y allá en la bella Giralda
»Alzamos vuestro pendón?»
«Cuando el que en Nájera antaño
»Tus escuadras arrolló,»
Dijo Enrique, «no hallé en Francia
»Y en Navarra protección.»
—«Pues si hasta entonces se espera,
»Largo va el plazo, señor;
»Que yo á mi paso por Tarbes
»Encontré al Conde de Fox
»Y á muchos nobles Barones
»De Saintonge y Perigord,
»Que han ido á hacer al de Gales
»Homenaje y sumisión.» [88]
En esto llegó un trotero
Envuelto en polvo y sudor;
Que ha dejado en el rastrillo
Revetando su bridón.
Puso la rodilla en tierra,
Á Enrique una carta dió;
Y al leerla el Conde, se hizo
Gran silencio en derredor.
Conoció el Prior al paje
Por la librea y blasón,
Y en ajena miés de amores
Entrando astuto la hoz,
Quedito afirma que el pliego,
Cual Venus, madre de amor,
Viene saliendo del baño

Á hacer á todos lesión.
—«Porque está,» dice erudito,
«La bella Inés de Monfort
»En las Termas de *Balnaria*,
»Que el Gran César ilustró.» [89]
En esto al creciente impulso
De súbita convulsión,
Oscila el papel, á Enrique
El rostró se demudó,
Y fruncido el sobrecejo,
Y arrebatado el color,
Dijo, volcando al alzarse
Su sitial de encina y boj:
«Esto es ya sobrado insulto,
»Quien lo sufra es un felón!
»Españoles ó franceses,
»Cual nobles juzgadlo vos.
»Una dama, cuya honra
»Está más limpia que el sol,
»Huérfana, joven, hermosa,
»Que es el título mejor,
»Doliente además, procura
»En las ondas de Fulón [90]
»Á sus pálidas mejillas
»Tornar el fresco arrebol.
»Mas no bien á la ancha alberca
»Que el tibio raudal llenó
»Confía sus bellas formas,
»Se oye una impúdica voz;

»Y en mengua de la hidalguía,
»Y en agravio del pudor,
»Unas torpes barraganas
»Hacen súbita invasión.
»En vano cual blanco cisne
»De aquellas sierpes huyó;
»Que al estampar en las gradas
»De mármol su pié veloz,
»Como quebrados cristales
»Salta el agua en derredor,
»Haciendo eu su áureo cabello
»Nacarado tornasól.
»Al fin huye, pero ¿dónde,
»Si hasta su propia mansión
»Procaz tumulto insolente
»La litera persiguió?
»Á un mal fraile, que es allí
»De tal rebaño pastor,
»Dió la queja, y de él guiada
»Al Lugarteniente, un Lord,
»Que entre brindis al de Gales
»Riyendo le contestó...
»Aquí falta, caballeros,
»Á mi garganta valor;
»Y aunque es, no lo niego, letra
»De Doña Inés de Monfort,
»Se niegan á ver mis ojos
»La verdad del deshonor.»—
Alargó entonces la carta

Al viejo Alfonso Girón,
Que, lo demás reservado,
Estas palabras leyó:
—«Dijo el inglés que era viernes,
»Y que por esa razón,
»La manceba de un bastardo
»Con sus iguales se halló.» 91
Cuál agua helada vertida
En inflamado crisol
Causa súbito el estrago
De volcánica explosión,
Á esas fatales palabras
Rompe la sala en furor.
—«Muera!,» gritan: «esa ofensa
»Es de nación á nación.»
Todos se exaltan; alguno
Quiere atacar al de Fox,
Y no falta un albigense
Que jure que en el complot
Del baño entraron los frailes
Del Orden predicador,
Y quiere no dejar de ellos
Más que la torre en padrón.
Ya no quedaba en la mesa
Jarro, escudilla ni bol,
Cuando subido en su escaño
Beltrán, de este modo habló:
—«Si en la paz de Bretigny
»Echa Carlos el borrón

»De dar al Príncipe Negro
»Desde el Bidasoa al Lot,
»No le autoriza á que insulte
»Á nuestro jefe; y por Dios
»Que hemos de vengar su afrenta
»Antes de salir el sol.
»Entremos por los estados
»Del inglés; que en mi opinión,
»En esto no falto al Rey,
»Sino ayudo á mi señor.
»Ea!, de un golpe en España
»Acabemos la cuestión;
»Los ingleses por don Pedro,
»Y por don Enrique yo;
»Que si arde en fuego Castilla
»Y se ahoga en sangre León,
»Yo no les impongo Rey,
»Sino ayudo á mi señor.»
Todos aplauden, el hierro
En uno y otro farol
Esgrimen, y en las tinieblas
Y entre el vino y el hedor
De teas mal encendidas,
Semeja la aclamación
De Enrique la carcajada
Que da el precito Astharot.
Los Ric-homes españoles
Callaron; no por temor,
Mas porque torpes venganzas

Ahogó en su pecho la voz.
Patria mia; desde entonces
Palenque abierto al rencor
De la turbulenta Francia,
Y la sagaz Albïon,
¿Qué has hecho del oro y sangre
Que en cinco siglos corrió
Desde Nájera hasta Almansa,
De Trafalgar al Ferrol?
En tanto ya apercibido
En el coso el escuadrón,
—«¡Sus!,» dice Enrique, «á caballo:
»El que me ame, venga en pos.
»Cerremos con los ingleses,
»Su insulto venguemos. ¡Oh!
»No quede piedra con piedra
»En Bañeras de Bigor.
»Y, yo Rey, antes de un año
»Ni en Castilla ni en León,
»Libre de pagaros feudo
»Dejaré campo ni troj,
»Aunque por daros mercedes
»Me quede sin tierras yo,
»Y con sangre de mi hermano
»Haya de sellar el dón.»
Y así fué [92]; que áun ahora mismo
Cuando retumba el reloj
En la torre de Bañeras,
Retumba un triste clamor.

Áun del asaltado alcázar
Queda un negro torreón [93],
Y el resto del vaticinio
Junto á Montiel se cumplió [94].

Bañeras, 2 de Julio de 1852.

EL NACIMIENTO DE ENRIQUE IV

EN PAU.

AL EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE SAAVEDRA,
MARQUÉS DE AUÑÓN.

Dulce consuelo de la edad presente
Grato presagio de la edad futura.
EL MISMO.

ROMANCE HISTÓRICO [95].

Donde marca el Pirineo
Las aragonesas lindes,
Dilatando ya por Francia
Sus eternales raíces,
Un ancho valle se extiende,
Cuya sonrisa apacible
Recuerda la hermosa vega
Que ostenta Generalife.
El raudal que lo atraviesa,
Quebrados en brazos multiples,
Fecunda por el Oriente
Los bearneses jardines,
Cuyos feudales palacios

Por las colinas se engríen,
Alzando en torres de plata
Sus agujas de amatiste,
  Y en albicantes cascadas
Entre las marmóreas sirtes,
De Gelos y Juranzón
Riega los viñedos pingües;
  Y luégo en un sólo cauce
Al ocaso se dirige,
Por dar al parque de robles
Verde zócalo de mimbres;
  Ó por sujetarse al yugo
Que el recio puente le imprime
Junto al soberano alcázar
Que en la comarca preside.
  Éste asienta en la robusta
Escarpa su planta firme,
Y cuatro almenas coronan
La muralla qne lo ciñe.
  Una más recia se aparta,
Y entre todas se distingue,
Cual la torre de la Vela
Entre alminares cegríes.
  Noble coloso, que lleva
Dignamente el nombre insigne
Del Vizconde Gastón Febo,
Sol en verdad de su estirpe.
  Él, levantando ese alcázar,
Con un foso lo divide

De la ciudad, en su tiempo
Pobre, turbulenta y libre.
  Mas ya olvidados por dicha
Esos alardes hostiles,
El Monarca de Navarra
Nuevas fábricas erige.
  Los valladares y cavas
Vuelve en amenos pensiles;
Alza entre almena y almena
Salones y camarines
  Que su majestad ostenten,
Y la memoria disipen
Que áun en su mente á deshora
Alzan Pamplona y Olite.
  Torna en balcón la muralla,
Donde hortensias y alelíes
Cultiva su Margarita
Para los doctos festines;
  Y las jambas y artesones,
Reposteros y tapices
Trazados por el diseño
Del gran Leonardo de Vinci,
  Con las estancias del Luvre
Sin desventaja compiten;
Que si Francisco es bizarro,
Su cuñado por despique
  Tanta riqueza acumula
En cincelados pupitres,
En cofres de ébano y plata,

En copas de oro y rubíes,
Que no faltan maliciosos
Que por muy seguro afirmen
Que es para hacer un legado
Á la dama con quien vive.
Y áun cuentan que una cadena
De Benvenuto Celini,
Que siempre el Rey lleva al cuello,
Oculta entre dos esfinges
La llave del cofrecillo
Que, entre pevetes de almizcle,
Guarda el fatal testamento
Que la donación confirme.
Y no son voces que el vulgo
Adopta procaz ó finge;
La misma Princesa Juana
Anda recelosa y triste.
Más de una vez á su padre
El bello collar le pide,
Disfrazando sus recelos
Con antojos mujeriles.
Pregunta, y no le responden;
Acaricia y se le rien;
Y ella sigue recelosa,
Y el cofre sigue invisible.
Mas como una hermosa al cabo
Áun á los peñascos rinde,
Un dia, abriendo la caja,
El Rey de este modo dice:

«Cuando el fruto de tu vientre
»En mis brazos acaricie,
»Todo cuanto aquí se encierra
»Será tuyo, á fe de Enrique.
»Mas, cuenta con lo que digo,
»No me llores y me chilles,
»Y salga un rapaz al mundo
»Lloronzuelo y con Melindres [96].
»Así, pues, dame palabra
»Que cuando el dolor te aguije,
»Cantarás en bearnés
»Una canción á la Virgen:
»Y cuenta que al punto venga
»El buen Cotin á advertirme;
»Que al que ha de regir mi cetro
»Quiero al encuentro salirle.»

. . . . . .

No trece veces Apolo
Sus tardos caballos rige,
Que al influjo de Diciembre
Sacuden nevadas crines,
Y ya en el cenit Lucina
Su argénteo carro dirige,
Y esparce benigno influjo
Con su majestad sublime,
Cuando la Princesa Juana
Á la dueña que la asiste
Manda que á Cotin despida,
Y á su padre el Rey avise.

Este, saltando del lecho,
Apresurado se viste;
Pero no bien la Princesa
Desde su alcoba percibe
En el caracol torcido
Recrujir los borceguíes,
Cuando con voz quebrantada
No sé si canta ó si gime:
«Ayudadme en esta hora,
»De la Puente Santa Virgen.»
El Rey, al entrar, conoce
La canción, y ella prosigue:

«Virgen Santa de la Puente
»Ayudadme en esta hora.
»Mi Señora,
»Sed á mi ruego clemente.
»Rogad vos al Dios del Cielo
»Que tras mi dolor prolijo,
»Me dé un hijo
»Que calme pronto mi anhelo.
»Todo en el mundo os implora,
»Hasta en el monte eminente.
»Virgen del Puente,
»Ayudadme en esta hora.»

Sí la ayudó; que ya es madre,
Ya ve las formas sutiles
De un tierno infante, y su rostro

Bañan lágrimas felices.
Divino llanto, que adorna
De nuestra vida el origen,
Como el celeste rocío
Cuando la aurora sonríe.
El Rey y Cotin entonces
Entran con sendos cojines,
Con el áureo cofrecillo
Y el collar de las esfinges.
Y el Rey pone en la garganta,
Blanca cual de hermoso cisne,
De la Infanta la cadena,
Y de esta manera dice:
«Este tesoro es ya tuyo;
»Que á buen precio le adquiriste,
»Y esta joya es solo mia.
»¿Quien habrá que me la quite?»
Cubre al niño en su herreruelo,
Entusiasta lo bendice;
Y ansiando probar al punto
Sus instintos varoniles
Con la cáustica semilla,
Cuyo hedor y nombre viles
Á la gente cortesana
Escandaliza y aflige,
Y cuyo vigor y gusto
Ama el pueblo, le constriñe
Los tiernos menudos labios,
Donde deja que destilen

De su copa nïelada
Unas gotas carmesíes
Del néctar que se produce
De Juranzón en las vides;
Y cuando al rudo contacto
Ledo el Infante sonrie,
En los brazos lo levanta,
Hacia el balcón se dirige,
Al pueblo se lo presenta,
«Es bearnés crudo y firme,»
Exclama, y todos responden:
«¡Viva Enrique, viva Enrique!»
Vive, sí, vástago tierno,
Hoy acaso imperceptible
Como tu estado, que apenas
Va del Adur hasta el Nive.
Tiempo vendrá que ese tronco
Á los franceses delfines
Dé sombra, y el Rhin y el Sena
Su planta besen humildes.
Padre y vencedor del pueblo,
Que á un tiempo heredas y rindes
Serás, hasta que á deshora
Traidor puñal te asesine.
Y ¿qué dirás de ese pueblo,
Cuando, rompiendo los diques
De la lealtad, hunde el trono,
Corre de crimen en crimen,
Borra del celeste escudo

Las no marchitadas lises,
Y rasga el pendón sin tacha
Y en régia sangre lo tiñe?
¿Qué dirás, si ébrios de estrago,
No satisfechos los tigres,
Demandan para la hoguera
Áun la cuna en que naciste? [98]
¿Qué dirás, cuando tus nietos
La hospitalidad mendiguen
Proscritos, desheredados,
En extranjeros países?
Desheredados...; no empero
Del trono que dió Felipe
Á tus régios descendientes
En la patria de los Cides;
Que aunque ingratos algún dia
Su misma prosapia olviden,
De Isabel y Berenguela
Queriendo arrancar los timbres;
El pueblo salva sus leyes,
Alza su escudo, y felice
Tu nieta Isabel gobierna
Los españoles confines,
Desde el alto Pirineo
Hasta las playas muslimes
Y del mar de Magallanes
Á las columnas de Alcides.
Gócelo prósperos años
Y los Monarcas la envidien,

Caro Auñón, y en nuestra España
Mil generaciones miren
  La dicha que Dios concede
Á la nación que bendice:
Reyes justos y temidos,
Pueblos dichosos y libres.

27 de Junio de 1852.

LA TOMA DEL HÁBITO
DE CALATRAVA.

Á LA SEÑORITA DOÑA CARMEN DE AGUIRRE SOLARTE.

> Si fuísteis prometido á otra Orden antes que á esta, porque en tal caso no podéis ser recibido en nuestra Orden; y puesto que vos lo negásedes y encubriésedes, sabiéndose y demandándolo, os entregarán y darán.
>
> DEFINICIONES DE CALATRAVA.

Verdad es que mis mayores
Vistieron la cruz de Alfama,
Cuando con sangre compraron
Los verjeles de la Daya.
  Verdad es que desde entonces
Adornan sus rojas aspas,
Si no la casa en que vivo,
El sepulcro que me aguarda.
  Verdad es que son mis deudos
Los Borjas y los Zangladas,
Nobilísimos Maestres
De aquella milicia sacra;
  Y que cuando el Rey don Pedro
Con la hueste castellana

Quiso asaltar de Montesa
Las mal guaridas murallas,
Un soldado de mi sangre
Le forzó á volver la cara;
Y por cierto que corrieron
Jinetes de Calatrava.
Todo es verdad, y con todo
Te pido, Señor, la gracia,
Que esta insignia allí vencida,
Me des por timbre y por gala.
No porque yo á tus Maestres
Envidie la extirpe y fama,
Ni el valor de sus conquistas,
Ni el tesoro de sus arcas.
No los tengo por más nobles;
Que no ceden en prosapia
Á Girones y Pachecos
Los Cardonas y Moncadas.
Ni les envidio el denuedo;
Que, por San Jorge, aventajan
Valencia y Murcia rendidas
Á Córdoba y á Granada.
Y aunque sobre henchidas trojes
Encomiende Calatrava,
En los campos de Montesa
Crece la poma dorada,
El puro azahar se respira
Y, conquistados del Asia,
El fresco grano y la seda

Se alimentan en sus aguas.
No se temen ni se envidian
Estas Órdenes hermanas:
Entrambas son españolas,
Hijas del Cister son ambas.
Y si hoy te pido de hinojos
La cruz de las cuatro espadas,
Cubre el corazón con ella,
Y escucha en breve la causa.
Allá en el mar de Lepanto,
Siguiendo al caudillo de Austria
Vencedor ya, fuí vencido
De una cautiva cristiana,
Tan discreta como bella
Y tan bella como ingrata;
Que si recuerdan su nombre
Los pensiles de la Alhambra,
Al cabo es flor que entre el hielo
De la indómita Cantábria
Tuvo su origen, nacida
En la oscura Gran Bretaña;
Y que primero de abrirse
Al vivo sol de mi patria,
Del frio y túrbido Sena
Probó las mudables aguas.
El traje heleno vestía,
Porque en ella se juntaran
Toda la pompa de Oriente,
Todo el donaire de España.

En el bonete rosado
Con los recamos de plata,
Como naciente capullo
Que cubre en Abril la escarcha,
Larga borla descendía
Sobre su ebúrnea garganta,
Cual torrente cristalino
Sobre la nieve del Atlas;
Y de su pudor emblema,
Al diestro lado asomaba
Una rosa, medrosilla
De ver hermosura tanta;
Y dos trenzas se desploman
Sobre la nevada espalda
Negras, ¡ay! como mis celos,
Largas como mi esperanza.
Las telas de cachemira
Su esbelta cintura abarcan,
Como el rosal de Borneo
Ciñe la soberbia palma;
Y el albor de su vestido,
Y el rosado de su falda,
Y el velo como la nube
Que desciende á la montaña,
En medio de aquel estruendo
Me recuerdan, ¡ay! mi patria,
Cuando Dios rie á sus valles
Al despuntar la mañana.
¡La Fe, la Patria, el Amor!

Triple incendio que levanta
En mi corazón llagado
El rayo de su mirada.
Sí, porque es modesta y pura
Cual nuestra fe sacrosanta;
Penetrante, viva, ardiente,
Como el sol de nuestra España;
Mirada que amor inspira,
Que la voluntad quebranta,
Que es, para decirlo todo,
Vivo reflejo de su alma.
Un año habrá que la sirvo
Con tan pertinaz constancia,
Que al cabo, al cabo confiesa
Que debe estarme obligada.
Un dia, para probarlo,
Me mostró esa cruz de grana;
Menos roja que sus labios,
Y por su mano pintada.
Y áun recuerdo que me dijo:
«Buen caballero, tomadla
»Cual memoria de un afecto
»Que amor no inquieta ni mancha.
»Esta insignia que prefiero
»De las Órdenes hermanas,
»Es de vuestro afecto emblema
»Por lo noble y por lo santa.»
Por ende, yo te demando,
Buen Comendador, la gracia

Que la pongas en mi pecho,
Puesto que sabes la causa.
  Haz que me calcen la espuela
Y que me ciñan la espada,
Y que el hábito me vistan
Que habrá de ser mi mortaja.
  Y así latirá contento
Mi corazón, pues alcanza
El llevar hasta en la tumba
La memoria de mi amada.

21 de Febrero de 1849.

NOTA. La siguiente dedicatoria á la Reina Isabel, se escribió para el Romancero de la Guerra de Africa.

El deseo de que no se consignasen apreciaciones particulares de política internacional, en un libro inspirado por puro y unánime sentimiento patriótico, quizá más aún, el temor de estampar (siquiera con forma métrica) bajo el augusto nombre de la Reina, y en un libro impreso por el Gobierno, opiniones leales, sin duda, pero privadas al cabo; disuadieron al iniciador del Romancero de colocar su poesía al frente de la célebre y popular colección.

Á S. M. LA REINA

DEDICÁNDOLE EL ROMANCERO DE ÁFRICA.

ROMANCE.

Estos acentos, Señora,
Que lanza el patrio laud,
Ecos débiles acaso
Del sentimiento común,
  Que se extiende desde el Miño
Hasta las cumbres del Bruch,
Y del nevado Pirene
Hasta el confín andaluz,
  De mi pobre humilde mano
Acepta benigna tú:
Tú, que primera sentiste
Que era deber y virtud
  Llevar la enseña de Cristo
Al monte de Marabú,
Y dar venganza al ultrage,
Y dar á Ceuta quietud;
  Y como el francés al pueblo
De Barbarroja y Dragut
Escarmentar á los hijos
De Boabdil y de Aben-Hud.

¿Y tiene el galo por dicha
Mejor derecho que tú?
¿Ó habrá justicia en la espada
Y no justicia en la cruz?
Cuando dejando sus hielos
El águila de Moscú
Pretende labren su nido
En las playas de Estambul:
Cuando los buitres del Norte
Y el ave imperial de Hapsburg
Despedazan los rebaños
De Sobiezki y de Kosuth:
Cuando el dueño que avasalla
Desde Bayona á Cherbourg,
Ya contra el Rhin y los Alpes
Blande su antigua segur;
Y por un manjar contrario
Á Dios, eternal salud,
Compra la herencia paterna
Al saboyano Esaú:
Cuando pretende en el Tíber
El influjo de Cavour,
La cátedra de San Pedro
Tornar en silla curúl
Por universal sufragio,
(Falaz y tremendo albur
Donde siempre envidia el pueblo,
Donde siempre gana el club):
Cuando á la orilla del Ganges

El filántropo John Bull
Carga de humana metralla
El humanitario obús,
¡Oh santo celo! y consiente
Los paries en Mirzapur.
¡Oh libertad! y las urnas
Echa por tierra en Corfú;
Y abriendo con sus baupreses
El cerrado imperio azul,
Con ópio y con sangre enturbia
Las corrientes del Pey-hu;
Y cuando el yankey su hermano
Como desgajado alud
Se arrecia en Méjico y corre
Hacia el remoto Perú:
Cuando, en fin, en juego infando
Gana el avieso tahur,
Y la fuerza es el derecho,
Y el oro movil común;
Sólo á ti, ¡oh Reina!, se veda
Volver la vista hacia el Sur,
Y en daño tuyo se escribe
El fatídico *non plus*.
Bórrenlo tus bayonetas,
Y las sombras de Thagud
Disípense con la antorcha
De la evangélica luz.
Que si de Europa á las puertas
Se siente la esclavitud,

Á ti no te paga en feudo
Alcalifas de tisú;
  Ni regala á tus presidios
En señal de gratitud
Carnes de cebado toro,
Plumas de ráudo avestruz.
  Mengua al que lega la playa
Trono á un tiempo y ataud
Del mártir Rey Sebastián
Á los hijos de Maluc.
  Mengua á quien Tánger y Arcilla
Cede al Corán y al Talmud,
Y prefiere el agareno
Al Reino fiel de Jesús.
  Y honor á España que lleva
Desinteresada luz
De Tenerife á los Andes
Y de Méjico á Cebú.
  Que si el cuadrante divino
No marca el momento aún
En que el Atlas reverencie
El santo Lábaro astur,
  Basta que muestres al mundo
Cuya egoista inquietud
Demanda placeres y oro,
Al rebelado Querub,
  Que te dió la Providencia
Un pueblo, cuya virtud
Se levanta y lucha y vence,

Bajo el pendón de la cruz.
  Pueblo que sabe cobrando
Prodigiosa juventud,
La afrenta de Guadalete
Lavar en Guadaljelú.

Madrid 17 de Mayo de 1860.

Á MIS AMIGOS.

ROMANCE INVITATORIO PARA EL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

No hay más Dios que nuestro Dios.
Su ley sola es sacrosanta:
La verdad y la justicia
Sólo de su Sér dimanan.

Mundos, luceros y soles
Son escabel de su planta,
Y no digno; que ellos mueren,
Y es eterna su palabra.

Y ¿pensáis que al ciego acaso
Sus hechuras confiara?
¿Ó que las lanzó al vacío
Cual futil semilla y vana?

Él, que da asiento sublime
Á los cedros en la falda
Del Líbano, y en los valles
Mullido lecho á la grama;

Él, que al crinado león
Da su gruta solitaria,
Y al sacre el áspero nido
Sobre las cumbres del Atlas,

¿Dejaría por los tiempos
Vagar del hombre las razas,
Cual nube de insectos viles
Que el ciego huracán arrastra?

No; que á toda criatura
Su divino dedo marca
Su puesto, y de allí la guía
Al norte que le señala.

¿Qué quiso, cuando al ocaso
De Europa, del mar bañada,
Cual pérgamo misterioso,
Tendió la tierra de España?

¿Por qué le dió la armadura
De inaccesibles montañas,
Y yermos llanos do habita
Gente belígera y parca?

¿Para qué ciñó sus costas
Con puertos de donde zarpan
Magallanes y Colón,
Elcano y Roger de Lauria?

¿Para qué en verdes campiñas
Que riegan Duero y Guadiana
Lejos del mar, se criaron
Cortés, Pizarro y Grijalba?

No es ya un misterio. El león
De Clavijo y de las Navas,
Tras ocho siglos de lucha
Su reino incólume guarda:

Y el águila que en Moguer
Sus polluelos congregaba,
Alzó su vuelo á los Andes,
Y dió la cruz á Atahualpa.

¿Por qué tan lejos? ¿Acaso
El ojo avizor no alcanza
De las vegas andaluzas
Las moriscas atalayas?

De allí el rapaz agareno
Su vista sedienta clava
En los fecundos raudales
Que nacen en la Alpujarra;

De allí desvelado sueña
Los cármenes de Granada,
El oro de las iglesias,
El rostro de las cristianas.

Y en la pantanosa ria
Sus leves cárabos arma,
Y al inerme navegante,
Hambriento buitre, se lanza.

¡Ay del bajel que zozobra,
Ó en sus arenas encalla!
¡Ay del náufrago que pisa
Su arena inhospitalaria!

Que allí el robo es el derecho,
Los tratados asechanzas,
La belleza mercancía,
Y la vida misma carga.

¡Oh mengua! ¿Y hay en el mundo
Quien de libertades habla,
Y ante las puertas de Europa
Vegetan tribus esclavas?

De Europa, que las respeta
En su barbarie, y á extrañas
Empresas mueve sus haces
Y revuelve sus escuadras.

No tú, nación belicosa
De Recaredo y de Wamba,
Que el godo pendón llevaste
Á la costa tingitana.

Ni tú, progenie de Alfonso,
Que respirando las auras
Del Salado, con tus cruces
La Libia inculta amenazas.

Ni tú, hueste emprendedora
De Jaime y Pedro, que clavas
Una vez y otra en los Gelves
Las aragonesas barras.

Ni menos la que en los muros
De Orán y Túnez estampa
De Cisneros y de Carlos
Los jaqueles y las aspas.

Ni tú, nieta y heredera
De Isabel la de Granada,
Que su santo cetro riges
Y su voluntad acatas.

Ni, en fin, vosotros, hermanos,
Cuantos sentís en al alma
La voz de la providencia,
Que allende el estrecho os llama.

Sús, españoles, seguidla:
Uníos; levad las anclas;
Moved las tiendas: en ellas
Irá Dios. ¿Quién las contrasta?

Y vosotros, que heredásteis
La cítara de Quintana,
Dad al español guerrero
El tributo de la fama.

Decid con cuánta entereza,
Con cuán sublime constancia
Es soldado de su culto,
Noble martir de su patria.

Cuando del nubloso cielo
Se rompen las cataratas;
Cuando fieros huracanes
Sus breves tiendas arrancan;

Cuando en fétidas lagunas
Hunde la aterida planta;
Cuando diezma sus legiones
La horrenda fiebre del Asia;

Cuando el hambre... «No me importa,»
Dice, y combate; y con fausta
Armonía, sus trabajos
Como sus victorias canta.

Cantadlas también vosotros,
Hijos de Herrera; cantadlas;
Mas no en la ronca tirteida,
A españoles labios agria,

Sino en los patrios conceptos
Que vuestros padres usaban,
Y resisten á los siglos
Más que obeliscos y estatuas.

Sí; cuando el Cid atraviesa
Al Turia desde el Arlanza,
No fué de mármol y bronce
El padrón de sus hazañas;

No nos relató sus triunfos
De Tulio y Marón el habla:
Patrio romance tan sólo,
Que en los pueblos se propaga,

Fué memorial de su vida,
Crónica de sus campañas,
Ejecutoria á sus hijos,
Y monumento á su fama.

Así el vuestro: héroes, proezas
Podréis librar de la parca;
Y cuando pueblos y reyes
A su rudo golpe caigan,

Generaciones futuras
Cantarán vuestras estancias,
Si es que libre de rencores,
Vibra sus cuerdas el arpa.

Cantad: tregua á los partidos.
¡Una y mil veces mal haya
Quien pulsa lira de encono
Bajo el laurel de la patria!

ADVERTENCIA AL ROMANCE QUE SIGUE.

Cuando en el invierno de 1859 se trazó en la tertulia de mi casa el plan del Romancero de la guerra de Africa, todos pensaron que el romance en que se había de describir el levantamiento general de nuestras provincias; el unánime y á la vez vario concurso de todas las poblaciones y todas las razas que pueblan nuestra península, y sus generosas ofertas, y sus múltiples armamentos y apresto, correspondía necesariamente á aquel insigne poeta que por la bizarría de su estilo y por la verdad y viveza de sus descripciones, lleva á todos ventaja; y que además para la ocasión presente tenía el privilegio de haber sido á la vez testigo y cantor, héroe y cronista de otro análogo levantamiento, el de 1808.

El mismo Duque de Rivas (á quien, como puede inferirse me refiero), se persuadió de esto de tal manera, y con tanto entusiasmo se puso á la obra, que al dia siguiente me leyó ya los veinte y cuatro primeros versos del romance que á continuación insertamos; y áun tenía escrito un verso más, continuando el séptimo cuarteto de esta manera:

«Y de venganza y de guerra,
»Grito que llena el espacio

»Y que retumba en los cielos,
»Escucharéis aterrados
»Al saber que sobre el moro.....»
. . . . . .

Pero por desgracia, aquel gallardo ginete, que había escoltado en 1808 la espada de Francisco I, y aquel denodado oficial que había combatido en Ocaña en 1809 hasta recibir once heridas, había desaparecido, y el pobre anciano, acosado de mortales dolores, los piés hinchados, las manos doloridas y trabajado por el insomnio, no contaba con medio alguno para acompañar con la lira los movimientos de su alma, siempre patriótica, y de su corazón, siempre cariñoso.

Ocho dias se pasaron sin que adelantase el romance un verso más: en tanto yo le leía para animarle los que iban concluyendo otros poetas: él me dijo que había mudado de intención y áun me enseñó otros versos.

Pasóse otra semana y otra sin que progresase la composición ni cediese en su intento el poeta. Al cabo de tiempo me dijo, que la facilidad misma de los asonantes estorbaban su inspiración y que persuadido de ello había resuelto hacer un romance agudo en *é*.

Y no era en verdad la facilidad ni la dificultad de la rima la que podía detener el estro del más espontáneo y facil de nuestros versificadores; era el estado de su ánimo ó el de su salud la rémora principal de su inspiración. En aquellos dias había cobrado alguna fuerza; y su espíritu á la vez se había vigorizado y encendido con un acontecimiento digno en verdad de memoria, y que había sobreescitado grandemente el entusiasmo público. Los cañones y estandartes ganados en Africa por nuestro ejército habían sido recibidos triunfalmente en Madrid, y aquellas aclamaciones populares, y aquel espectáculo de unión y de gloria, habían vigorizado al antiguo cantor á despecho de la crudeza de la estación, que debía postrar al anciano y al enfermo. Así es que me leyó con un juvenil entusiasmo estos versos, que presumo sean los últimos que ha escrito en su vida:

«Santiago, guerra á los moros,
»Viva la reina Isabel,
»Mágicas voces que encienden
»A los hijos de la fé.»

Desde Cartagena á Vigo,
De Barcelona á Jerez,
Desde Irún á la Junquera,
De Málaga á Santander,
Y que borrando rencores
Y enconos de mala ley
Hacen del Imperio Hispano
Un sólo pueblo esta vez,
Y olvidando los partidos
Su peculiar interés
La honra de la patria solo
. . . . . .
. . . . . .
Ojalá el acuerdo sea
Eterno cual debe ser,
Y debamos á los moros
Tan alto y supremo bien.

Apagóse aquel último rayo de inspiración; y exacerbados los males, postraron para no levantarse más aquel estro siempre vigoroso, aquel ánimo siempre festivo. Cuando en mis diarias visitas leía las composiciones de nuestros compañeros, un tinte de melancolía anublaba su semblante, que nunca había expresado la envidia; cuando por prudencia no promovía yo semejante conversación, él me preguntaba melancólicamente si aún faltaban muchos que no hubieran cumplido su compromiso.

Un dia, en fin, le encontré sentado en su mesa de despacho en ademán más pensativo que de ordinario, el papel delante, pero la pluma fuera del tintero y no en la mano, como un instrumento que el cansancio ó la impotencia ha arrancado de ella.—«¿Qué romance nuevo has recibido hoy?» me preguntó.—El de la intimación á Tetuán, le dije.—¿De quién es?—De Rubí.—¡Ah, de Rubí! A Rubí, me dijo tristemente, dediqué yo aquellos versos á la vejez:

«Placeres, gloria, aplausos y contento,
»Miro en torno la ardiente juventud,
»Y la vejez disgusto, desaliento,
»Y la muerte; y despues el ataud.»

Y apartando de sí unas cuartillas de papel en que había comenzado á escribir, continuó

«No es ya esto para mí: cuando son hielo
»La sangre, el corazón, la fantasía,
»El fuego encantador de la poesía
»Se apaga, hielo tórnase tambien;
»Un alma sin vigor pierde su vuelo,
»Una cascada voz pierde su encanto,
»Y no producen conmoción ni llanto
»Versos tibios, que se oyen con desdén.
»Placeres, gloria, aplausos y contento
»Miro en torno la ardiente juventud;
»Y la vejez disgustos, desaliento,
»Y la muerte; y después el ataud.»

Confieso que me conmovió esta tristeza tan desusada en el Duque de Rivas, y en aquella ocasión tan natural y fundada. Procuré distraerle lo mejor que pude, pero mis esfuerzos fueron inútiles. Al cabo me dijo con melancolía y afabilidad indescriptibles: «Mira, Mariano, es imposible que yo haga versos con los males que tengo, con los temores que me asaltan; y sin embargo, el espíritu patriótico y belicoso de mis primeros años, siento que me conmueve; y no puedo tampoco renunciar al gusto y al honor de poner mi nombre donde mis amigos ponen el suyo.»—«Pues bien, te aguardaremos cuanto quieras.»—«Entonces el romance no saldrá nunca.»—«Pues no me ocurre arbitrio ni remedio.»—«A mí se me ofrece uno.»—«¿Cual?»—«Que tú hagas por mí, lo que Ventura hizo por D. Juan Nicasio.»—«¡Cómo hacer un romance disfrazándome con tu estilo y engalanándome con tu nombre?»—«Vamos, menos modestia, y manos á la obra.»—«No me atrevo.»—«No es más que un empréstito por poco tiempo.»—«Pero cuya hipoteca es la gloria de tu nombre.»—«¿Y si yo te lo mandara como legado de testamento?»—«¿Volvemos á ideas melancólicas? Dejemos eso, yo haré los versos.»—«Dios te lo pague, Mariano mio; toma esas cuartillas y aprovéchalas si quieres.»—«Queda con Dios, díselo á Enrique, y hasta dentro de pocos dias.» En efecto, algunos después y continuando la composición que él había comenzado con aquella imprecación

«Bárbaros, que no valientes
»Y más que todo insensatos,»

le leí el romance á que estos apuntes sirven de prólogo. Era uno de los dias en que su enfermedad se había exacerbado más. No po-

día moverse siquiera del sillón, y cuando acabé de leerle el romance, con el pasaje último que habla de su nieto, y con el cuarteto que decía

Y vosotros, mis amigos,
No miréis este presagio
Como delirio de enfermo,
Y cuento de veterano,

su rostro bañado en lágrimas se fijó en mí con una paternal y profunda mirada, que aún tengo clavada en la memoria, y alzó los dolientes brazos sin pronunciar palabra. Estrechéle en los míos, y me dijo: «Casi tengo escrúpulo de aplaudirte, porque me parece que me aplaudo á mí mismo: tanto te has identificado con mi estilo.» Esta afirmación suya, que es á la vez una definición y un elogio, debiera ir sola como prólogo á los versos que él honró con su firma.

Digo mal, hizo más todavía: al dia siguiente, y en presencia de su hijo, mi muy querido amigo, el Marqués de Auñón, digno heredero de su nombre y de su lira, quiso escribir de propio puño y bajo mi dictado el romance entero, no sin suprimir algunas cosas y modificar otras para darle aún más carácter. Por ejemplo, cuando en el romance se dice: Que los estados no se gobiernan solamente por cálculos de interés; después del cuarteto donde se pregunta

¿Y áun quién sabe si vivieran
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento
Y Mina junto á su establo?

Añadía yo. ¿Ni para qué á nuestra Reina
Sobre el pavés levantamos?
Era el viejo despotismo
A no dudar más barato.
Mas no; por sendas más rectas
Guía Dios á los humanos,
Auras más puras respira
El español entusiasmo.

El Duque suprimió estos versos porque decía con razón que diferían de su estilo, y que no había para qué recordar ó discutir la baratura ó carestía del antiguo régimen.

Luégo cuando se habla del auxilio que podía prestar el clero, decía yo:

Y embriagará los pechos
Con aquel vino increado
Que torna en gigante al niño
Y vuelve en héroe al anciano.

«Eso es, dijo, verdadero y místico, pero nadie lo creerá mio;» y levantó su pluma para no escribir lo que yo dictaba.

Hacia el final de la composición leía yo estos versos:

Mientras que mi nietezuelo
Hace corcel mi cayado,
Y diz que se va á la guerra
De moros y de cristianos.

El Duque, que al oirlo por primera vez, no pudo, como ya dije, contener las lágrimas, al oírmelo dictar ahora, dijo sonriéndose —«Alto ahí, yo no escribo ese segundo verso.»—«¿Por qué?»—«Porque mi nieto no sabe qué especie de animal es el *corcel*, y yo tengo ya demasiados años para meterme á pastor y vestir pellico y usar cayado,» y diciendo y haciendo escribió de esta otra manera:

«Mientras que mi nietezuelo
»*Hace mi bastón caballo*,
»Y dice que va á la guerra
»De moros y de cristianos.»

Finalmente donde yo concluía hablando con mis tertulianos. «Y vosotros mis amigos:» el noble procer, el antiguo coronel de Caballería, se dirige á más alta persona y dice: «Y tú, mi señora y Reina.»

Con estas y otras, muy pocas, semejantes modificaciones, apareció en el Romancero de la guerra de Africa la composición que aquí reproducimos.

Jamás, por tanto, he recibido elogio mayor que el que estos versos me han granjeado, habiéndolos suscrito el autor de *Don Alvaro* y habiéndolos juzgado unánimemente la prensa, ya en aquella ocasión, ya en los articulos cronológicos del Duque, como dignos de su preclaro numen. Y la verdad es, que yo mismo que los he escrito en borrador y en limpio una y mil veces, yo mismo dudo que sean

mios. Del Duque es el estilo, del Duque el pensamiento. Alma verdaderamente privilegiada que oprimida y atormentada por los años y las dolencias, no se podía hacer insensible á ciertos sentimientos nobles, y ponía con abnegación su firma bajo un pobre escrito ajeno solo para dar testimonio de patriotismo y de amistad.

Composición verdaderamente dichosa *destinada*, según escribe el hijo ilustre y heredero digno del Duque de Rivas, *á enlazar en la posteridad nuestros nombres, tan estrechamente como unió la amistad nuestros corazones.*

ROMANCERO

DE LA

GUERRA DE AFRICA.

Romance II.

Indignación de España.—Declaración de guerra.—Donativos.—Aprestos.

¡Bárbaros que no valientes,
Y más que todo, insensatos!
¿Qué infernal vértigo pudo
Á infortunio tal lanzaros?

¿Insultar la altiva enseña
Osásteis, desventurados,
Que pura y sin mancha brilla
Desde el oriente al ocaso;

La enseña, que triunfadora
De Covadonga hasta el Darro,
Os arrastró, como polvo
Que arrastra furioso el austro?

¿Pensáis que ya no la guardan
Descendientes de Pelayo,
Nietos de Cides y Alfonsos,
De Jaimes y de Fernandos?

Tornad á España los ojos,
Miserables; sí, tornadlos,
Y temblaréis, la tormenta
Que os amenaza mirando.

Y de guerra y de venganza,
Grito que llena el espacio,
Y que retumba en los cielos,
Escucharéis aterrados.

Lanzólo, como era justo,
El pueblo del Dos de Mayo
El primero, del ultraje
Herido como de un dardo;

Y en sus calles y paseos,
Casinos, plazas, teatros,
Iglesias y tribunales,
Oficinas, aulas, claustros,

Sólo se respira guerra,
Y vengar el desacato,
Aunque impedirlo procuren
Con sus encubiertos tratos

Los que ¡oh vergüenza! aún ocupan
De Gibraltar el peñasco,
Para envilecer á España
Con su innoble contrabando.

Los elegidos del pueblo,
Los próceres del Senado,
En pro del Gobierno acuden,
Tan patriotas como cautos.

«Saca en buen hora, le dicen,
Del taller y del arado
Millares de campeones
Que den al Africa espanto.

»No admitas sentencia ajena
Que nos tase el desagravio;
Que sólo es buen juez Castilla
Para el honor castellano.

»No pienses en la riqueza,
Ni en si está el tesoro exhausto,
Porque el más rico tesoro
Es el honor bien guardado.

»Pues si solo por guarismos
Se rigieran los estados,
Y solo á cuentas mirasen,
No hubieran salido acaso

»Pelayo de Covadonga,
Cristóbal Colón de Palos,
De Medellín y Trujillo
Hernán Cortés y Pizarro;

»Y áun quién sabe si vivieran
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento,
Y Mina junto á su establo.»

Tenga, y pronto, su castigo
El arrogante africano.
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

Por los eléctricos hilos,
En presto invisible lampo,
Corre do quier la centella
Del fuego guerrero y santo.

Los que del Táder y el Júcar
Sangran el caudal escaso;
Los que dejan en sus cauces
Al Duero y Guadiana intactos;

Los que así quieren sus fueros
Allá entre los montes vascos,
Y las belicosas gentes
Que el Ebro beben y el Tajo;

Y el astur noble y fornido,
Y el versátil valenciano,
Y el que en el Betis torea,
Y el que caza en el Moncayo;

Y el catalán industrioso,
Y el francote y leal navarro,
Y el balear y el gallego,
Y hasta el remoto cubano,

En son de guerra se agitan,
Gritando en pueblos y campos:
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

No estéril furia los mueve,
Ni llama de fuego fátuo,
No; que en aras de la patria
Hacen ricos holocaustos.

La que en el trono se sienta,
Y que lleva el nombre sacro
De aquella que con sus joyas
Humilló ignoto Océano,

También sus galas ofrece,
Y su vajilla y sus vasos:
Mejor que afrentas con oro,
Quiere victorias con barro.

Á su ejemplo los magnates
De sus rotos mayorazgos
Aún sacan nobles presentes,
Ya que no ricos, bizarros;

Y da el labrador su esquilmo,
El menestral su trabajo,
El ganadero sus reses,
Sus corceles y rebaños,

El fabricante sus telas,
El comerciante sus cambios,
Su inspiración el artista,
Sus soldadas el criado,

La hermosa el cendal piadoso
Que deshila con sus manos,
Y hasta el mendigo importuno
Da su miserable ochavo.

¿Y las madres?... ¡Pobres madres!
Pagan su tributo en llanto
Al despedir á sus hijos,
De su corazón pedazos.

¿Y qué dará en su pobreza
El ministro del Santuario,
Si hasta le falta el incienso
Que eleva al tres veces Santo?...

¿Qué dará?... la cruz de Cristo,
Talismán sublime y sacro,
Que fué salvador de Europa
En las Navas y el Salado.

Dará de Dios la palabra,
Que los rencores insanos
Que hoy nos dividen y enconan,
Deje del todo olvidados.

Dará la fe y la creencia,
Con que sin cesar lidiando,
Desde Asturias á Granada
Nuestro suelo restaurámos;

Con que Colón venturoso
Llegó á las tierras de ocaso;
Con que Cortés en Otumba,
Con que en los Andes Pizarro

El español estandarte
Con gloria inmortal plantaron:
La fe santa y la creencia
Triunfadoras en Lepanto;

La fe santa y la creencia
Que del moderno Alejandro
Contra aquel pilar del Ebro
Hombres estrelló y caballos.

¡Ah!... ¿Por qué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Que está en mi frente pesando;

Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?...

Pronto el corcel ensilliara,
Y con mi lanza y mi casco
Hendido de duros golpes
De otros dias y otros casos,

La extensa España corriera,
Su actitud noble admirando,
Y recorriera los pueblos,
Y bebiera su entusiasmo,

Allá están de Cataluña
Los ágiles voluntarios,
Ceñidos de sus cananas
Y con gorros de amaranto.

Esos de las rojas boinas
Son los tercios vascongados;
Fusiles llevan certeros
Que en su propio hogar forjaron.

Allí la árabe Giralda
Retiembla, viendo inflamado
Correr, cual lava del Etna,
El metal que engendra rayos.

Ya no hay distancia que baste
Á poner la hueste en salvo,
Que lleva espiral estría
Donde la vista el estrago,

Con granadas estallantes
Y cohetes inflamados,
Que á los aduares den fuego
Y á las cábilas espanto.

En Ferrol y Cartagena,
En Málaga y San Fernando,
Se alistan urcas, vapores,
Chalanas de desembarco,

Puentes, barracas y aprestos
Para establecer un campo,
Para atravesar los rios,
Para allanar un asalto.

Y retumban en los yunques
Los martillos; y el espacio
Llena el humo de la fragua,
Y las ruedas tuercen cabos;

Y actividad y faena
Y animación y cuidado
Reinan en los arsenales,
Sin momento de descanso;

Pues aunque la sombra venga
Y la noche avance el paso,
No cesa la batahola,
Y nadie deja el trabajo.

Pero no solo se piensa
En el apresto y embarco
De instrumentos de matanza,
Baldón del género humano;

Que también do quier se miran
En los muelles y mercados,
Y trasportarse á los buques
Que ya pólvora embarcaron,

El suculento tocino,
El durable bacalao,
Y en recuerdo de Castilla,
Indispensable el garbanzo;

Y las cecinas de cerdo
Y de buey cebón y manso,
Las unas de la Coruña,
Las otras de Candelario;

Y trigo, arroz y galleta
En pirámides de sacos,
Y la cebada y el heno
Que han de comer los caballos.

Próvida la madre patria,
Bendiciendo á sus soldados,
Les da entre caricias tiernas,
Como á sus hijos más caros,

Cruces, reliquias, vendaje,
Y azúcar sabroso y blanco,
Y café que los preserve
Del terrible mal indiano;

Y tiendas que los guarezcan
En aquel clima tan malo
De los turbiones de invierno,
Que el suelo torna en pantanos;

Y completos botiquines,
Artolas, camillas, carros,
Que trasportan al herido,
Y dan aliento á los sanos.

¡Al herido!... Yo tambien,
De Ocaña por los collados,
Con el licor de mis venas
Regué los laureles patrios:

Y hoy en carcel de dolores,
Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño;

Mientras que mi nietezuelo
Hace mi bastón caballo
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos.

Sí, mi bien, crece y confía
Ver más feliz, á mis años,
La dicha que yo no he visto
Y mis abuelos lograron:

Ver unida á nuestra patria
Por *Isabel* y *Santiago*,
Y el pendón de Zaragoza
En Fez y en Tanger clavado.

Y tú, mi señora y Reina,
No mires este presagio
Como delirio de enfermo,
Y cuento de veterano.

El Duque de Rivas.

Romance XII.

La escuadra acompaña al ejército.—Incendio.—Anuncios siniestros.—Tempestad.—Resolución del general Bustillo.—Pérdida de la Rosalía.—Dispersión de los otros buques.—Milagrosa salvación del Almirante.

Entre tanto hacia lo largo
De abierta insegura costa,
Á las huestes de Castilla
Sigue la próvida flota.

¡Oh! ¡cuánto al novel guerrero
Alienta el mirar sus cofas!
Que allí como en troj segura
El blanco pan atesora.

Y cuando ve en sus entenas
Grímpolas, jaldes y rojas,
Piensa descubrir las torres
De la patria porque llora.

Y cuando herido ó doliente
Su noble pecho se postra,
Vuela á las auras nativas
Con la pluma de sus lonas.

Ora surta, hacia el Oriente
Pone sus ancladas proras,
Aguardando al Almirante
Que de las Lagunas torna.

Es Bustillo: en el Lepanto,
Lento piróscafo, arbola
Su insignia, que ya en un tiempo
Se izó en auxilio de Roma.

El León, más marinero,
A su estribor se abarloa;
Y el Vulcano por babor
Ostenta sus batallolas.

Casi bebiendo las aguas
Que allí el Azmir desemboca,
La Rosalía y la Ceres
Y la Ventura se ancoran;

Y turba de cañoneras,
Como banda de gaviotas,
Del viejo Alerta y del Piles
Cercan las antiguas portas.

Un cable más á la mar
El Colón pone su roda;
Y emulando su pujanza
Se aferra el Vasco-Balboa.

En más fondo, por resguardo,
Sus dobles anclas arroja
El Isabel, y arrogante
Mece su gigante eslora.

Y la Blanca y la Princesa,
Caudales águilas, cortan
Con su velamen los vientos,
Con sus hélices las ondas.

¡Oh nombres, que ya mi pluma
Sabe escribir por sí sola,
Más de una vez repetidos
Por la envidia ó la lisonja!

¡Bien hayáis! De acerbos dias
¡Cuánto endulzáis la memoria,
Cuando á la orilla muslime
Leváis la cruz española!

Mas no las guerreras fustas
Siguen la demanda solas,
Que en la renaciente armada
Aún son por desdicha pocas:

Y las más, de las Antillas
Guardan la envidiada joya,
Ó del anamita impuro
El bárbaro imperio doman.

Así bateles que un dia
Llevaron frutos y estofas,
Ora en sus anchas varengas
Estivan fulmineas bombas.

¡Guay; qué resplandor rojizo
Despiden las portañolas
Del Barcino, y densa ahumada
Sus férreas jarcias entolda!

El Almirante lo ha visto,
Y virando su canoa
Hacia aquel bajel, les grita:
«¡Fuego en el Barcino! ¡Boga!

»Avante mis marineros!»
Llega, se atraca, lo aborda,
Trepa, y á su activo impulso,
Llena baldes, pica bombas;

Los flamígeros aprestos
Á nuevas quillas trasborda,
Y mal grado el Euronoto,
El hórrido incendio corta.

Ni descansa; sube al puente,
Que un tambor y otro soportan;
Y tendiendo al horizonte
Su mirada indagadora:

«No hay duda, dice, el infierno
Con todas armas se arroja
A combatir, y huracanes
Va á lanzar en nuestra contra.

»Mas vientos que en Trafalgar
Soplaron, como aquí soplan,
Si dan naufragio á la vida,
Dan salvamento á las honras.»

Y con esto en su falúa
Hacia el Lepanto retorna;
Y así, al compás de los remos,
Consigo mismo razona:

«Hed aquí las potestades
Que á horrenda lid nos provocan,
Fuego y aire, y mar y cielo
Contra una tablilla sola.

»Asedio mortal do quiera,
Fatiga que nunca afloja,
Resistencia sin coraje,
Lucha sin tregua y sin gloria.

»Quizás no lo sabe España;
Quizás la Reina lo ignora...
Dios lo sabe, y la conciencia;
Lo demás, ¿qué nos importa?»

En esto llegó á su insignia,
Y al rebasar por la popa,
Las angustias de su pecho
Hicieron eco en su boca.

«¡Alto! proeles, llegamos.
Mirad, Lepanto se nombra;
Dios nos protege hace siglos:
Lo demás, ¿qué nos importa?»

No mintieron las señales,
Que ya el cielo se encapota,
Ya rugen los huracanes,
Ya la lluvia se desploma.

Bustillo, izando á los topes
Las locuaces banderolas,
Marca á las regias fragatas
El rumbo á Puente Mayorga.

Y á las naos de transporte,
Y á la mal segura tropa,
De los bateles menudos
Volver á Ceuta las proras.

Así el justo que en la vida
El último riesgo toca,
Deja tomar á lo largo
Las grandezas y las pompas;

A medrosas criaturas
Cierra la tremenda alcoba,
Y con Dios y su conciencia
El último trance arrostra.

¡Horrendo trance! La noche
Extiende su negra sombra;
Tierra y cielo y mar confunde
La oscuridad pavorosa.

Ni ya del propio navío
Se ven las crujientes bordas;
Cada balance es un riesgo,
Cada bajel una roca.

El huracán entre tanto
Al Euro su empuje rola;
Garran las anclas: ¡ay, triste
La nave que toque en otra!

Entonces la capitana
Iza una luz generosa,
Que dice: «¡Hacerse á la mar!
Dejad que me pierda sola.»

Zarpan los buques; el silbo
De sus máquinas se acorda
Con el rechinar las vitas,
Y el reventar de las olas.

Mas ¡ay! No ganan avante,
Que ya como sueltas boyas,
Al propulsor no obedecen,
Y entre las corrientes flotan.

Al cabo la Rosalía,
Cual cierva al son de la trompa,
Busca salida; otro buque
Con el tajamar la choca:

Su costado mal herido
Vuelve á las rompientes olas:
La invaden, su fuego apagan,
Y en las arenas zozobra.

¡Ay triste! La mar rugiente
Verá al rayar de la aurora
Cadáveres esparcidos,
Jarcias y máquinas rotas.

Así en su negra espelunca
La ya saciada leona
Lame los áridos huesos
De la destrozada corza.

Ya solo el recio Lepanto
Aguanta el mar, cuando el Bóreas
Con rabia infernal le embiste,
Y el tesado cable troncha.

«¡Otra ancla!» Inútil esfuerzo;
Apenas larga las bozas,
El fondo muerde, y estalla,
Dejando el buque á la ronza.

Baquea así el Almirante,
Y entre los barcos maniobra,
En la mano la bocina,
El espíritu en la sonda:

Y ya el dormido combés
Las salobres aguas mojan,
Y el vaso, ya sin gobierno,
En las rompientes escora;

Cuando el Tarsis, mal su grado,
Viene sobre él; desarbola
Su bauprés; y el rudo choque
El inerte casco aproa.

«¡Timonel! grita Bustillo,
Este es el rumbo. ¡Orza, orza!
¡Arría por mano cables!
¡Fuerza máquinas!—¡Victoria!»

Se salvó; y áun diz que al alba,
Anclando en Puente Mayorga,
Dijo, al ver tanta avería
Y su propia nave rota:

«Mañana volveré al moro,
Aunque el infierno se oponga,
Que teniendo á Dios conmigo,
Lo demás poco me importa.»

EL MARQUÉS DE MOLINS.

APÉNDICE IV

AL ROMANCERO DE ÁFRICA.

Júbilo de España.

¿Oís? Cual rudo estampido
Saluda al naciente sol,
Himno que un pueblo en su gozo
Levanta al solio de Dios!

Docil el tiempo renueva
El eco de aquella voz
Que en las aguas de Lepanto
Al Trace fiero anegó.

Y más docil la centella,
Cruza el espacio veloz,

Y anuncia á la Europa el triunfo
Que ayer el África vió.

De Guadal-Jelú en la vega
Ruge el hispano león.
¿Dónde están los que dudaban
De su fuerza y su valor?

Pregúntenlo á los alarbes,
Que no á sus amigos, no;
Mas á sus corceles fían
La vida y la salvación.

Puertas y calles y plazas
Cruzan en mudo pavor,
Y á sus codiciosas tribus
Entregan la población.

Armas y carros y tiendas
Dejaron al triunfador,
Y trincheras, que de cuerpos
Primero el rayo colmó.

Ya en los altos alminares
De Tetuán brilla el pendón
Que en la torre de la Alhambra
Hace siglos tremoló.

¡Mal haya quien no salude
Su fulgente tornasol;

Quién pregunte cuya ha sido
La mano que lo clavó?

Prosperidad y más triunfos
Le dé el Dios de Sabaoth,
Con que extienda los confines
De Castilla y Aragón.

Id: lleváis en la bandera
De vuestra Reina el amor,
El nombre de vuestros padres,
Del cielo la bendición.

Venced, y decid á Europa
Que áun vive el pueblo español,
Que por su ley y su patria,
Por su Reina y por su Dios,

Aún late puro en su pecho
El brioso corazón,
Cuyo potente latido
En dos mundos se sintió.

Madrid 7 de Febrero de 1860.

ROMANCES DESCRIPTIVOS.

EN EL ALBUM DE ENRIQUETA.

¿Piensas acaso Enriqueta
Que es cosa hacedera y fácil
Trazar, mal grado de Apolo,
Un breve romance en *a i*?
¡Oh! si yo hablara el idioma
De Manzoni y de Leopardi,
De Dumas y Victor Hugo,
De Shakespeare y de Gárrick,
Dijera que tus encantos
No alcanza el pincel ni el lápiz,
Que viendo tus garzos ojos
No tuviera duda Paris,
Dijera que otra más linda
No se encuentra cuasi, cuasi,
Desde Méjico á Sumatra,
Desde Petersburgo á Cádiz.
Ó te pintara en la danza
Cual mariposa volátil,
Ó el fiero corcel domando
Bella como Erminia y ágil.

Mas no; que á tales primores
Es mi Musa torpe inhábil,
Y quien me ordena hacer versos
Me escancia en acerbo cáliz;
Me manda cruzar el ponto
En pobre barquilla y frágil
Sin brújula que me guie,
Sin vapor, remo, ni mástil.
Para mí el arte de Horacio,
De Hermosilla ó de Munárriz,
Son el lecho de Procusto
Cuando no el toro de Fálaris.
Renuncio pues á los cantos,
Copio un códice [99] que un hábil
Heraldo escribió, y las notas
Confío á Carmen y á Bachi.
Acepta sus doce cuadros
Por San Nicolás de Bary,
Que al cabo son de familia
Sino de Murillo y Van-Dick.
Y así por ti la fortuna
Clave su rueda versátil
Y dé bailes la Montijo
Y conciertos Lidia y Fánny,
Y que haya en todos sorbetes
Y emparedados ó sándwich,
Y para bailar contigo
Se despepiten los dandis,
Y que al son de la Traviata,

Ó de Nabuco ó de Hernani,
Maniobren diestros lanceros
Ora polacos ó yankees,
Y que este valle de lágrimas
Sea para ti un oasis,
Y que por él atravieses
Sin ser herida del aspid.

EL PASEO.

UNA MAÑANA DE NAVIDAD.

Á CARMEN.

REDONDILLAS.

Tan bella como la flor
Del alba á la luz temprana,
Te ví, hermosa, una mañana
En el templo del Señor.
Y dentro el pecho sentí
Tu voz que al Eterno sube,
Y como fragante nube
Llegar al cielo la ví
En alas de su oración,
¡Oh Dios! mi plegaria envío.
No desdeñéis por ser mío
El voto del corazón.
Años de grato vivir
Le conceda tu bondad,
Y que logre mi amistad
Verla dichosa, y morir.
¿Qué es el morir? No, Señor!

Fuera criminal locura
Perecer la criatura
Cuando nace el Criador.
Vivamos; y arredro penas
Hasta que vengan los Magos;
Que hay muchos dias aciagos
Y contadas Noche-Buenas.
Por eso Madrid juiciosa
En Navidad se engalana;
Que se precia de cristiana...
Y mucho más de golosa.
Cada provincia la adula
Con un opíparo dón;
Que es ya toda la nación
Tributaria de su gula.
El cielo mismo le envía,
Por combinación extraña,
El aire de la montaña
Con el sol de Andalucía.
Aire que en tu manto lidia
Por ver tu bella cintura,
Sol, cuya lumbre más pura
La de tus ojos envidia.
Mas dí: ¿qué busca impaciente
Tu penetrante mirada
Allá en la muestra elevada
De ese reloj [100] trasparente?
¿Qué nos importa saber
El momento en que vivimos?

Déjalo; que harto sentimos
Si es de dolor ó placer.
Y juro en Dios y en conciencia
Aquí á tu lado, señora,
Que está apuntando la hora
Más feliz de mi existencia.
Mas ¿qué destino fatal,
Reloj, qué furiosa mano
Ha quebrado tan temprano
Tu nacarado cristal?
Mas, ¡ay! tu fortuna ingrata
Harto mi pecho adivina;
Que la luz que te ilumina
Es la propia que te mata.
Antes humilde y oscuro
Inciertas horas corrías;
Más ignorado vivias,
Pero también más seguro.
Luégo por una mirada
Que vió tu primer albor,
Tanto ha crecido tu ardor,
Que te acercas á la nada.
Y en breve en eterno olvido,
Lejos del fuego que adoras,
Ya no contarás las horas
Quebrado y ennegrecido.
¿Qué vale tu elevación?
¿Qué vale el sagrado templo?
¡Ay! sirve al menos de ejemplo

Á algún ciego corazón,
Y sepa que cual tu esfera
Salta el cristal de la vida,
Cuando á su llama escondida
Se opone el hielo por fuera.
Romántica, según veo,
Se va tornando mi musa:
Esta vez su ardor excusa,
Y sigamos el paseo;
Que á riesgo de ver airado,
Carmen, tu rostro severo,
Pasar á tu lado quiero
La revista del mercado.
Severo dije: es verdad;
Ni se arrepiente mi lengua;
Que en la belleza no es mengua
La noble severidad.
No quita el negro al cabello,
Ni á los ojos la viveza,
Ni el donaire y gentileza
Á la cintura y al cuello.
¿Es por dicha menos linda,
Menos hechicera acaso,
En los cánticos del Tasso,
Porque es severa, Clorinda?
Ni pienses que es rapto aquel
De fantástica locura;
Que así son en la escritura
Judit, Débora y Raquel;

Y el inspirado color
Del divino Miguel Angel
Pintó severo al Arcángel
Junto al solio del Señor;
Y así el Apeles de Urbino
La alma beldad comprendía,
Y dió un semblante á María
Severo al par que divino;
Y, en fin, para entre los dos,
Si esto te causa inquietud,
Aunque es así la virtud,
Y es severo el mismo Dios,
El remedio es muy casero:
Haz que tu labio sonría,
Y no ha de haber, Carmen mía,
Semblante más placentero.
Mas no tengas de ello prisa
En calle tan bullanguera;
Que tanto atrevido hortera
No merece tu sonrisa.
Con esta insolente raza
Ten, señora, el labio parco;
Que á bien que ya por el arco
Vamos entrando en la Plaza.
¡Oh, qué cuadro tan parlero!
¡Qué sol, qué bulla, qué gloria!
Bien haya amén la memoria
Del buen Felipe tercero.
Su retrato colosal

El inmenso espacio mide,
Y parece que preside
En un bélico arsenal.
Á su pié en lanzas sujetas
Le dan adorno y decoro,
En vez de adargas del moro,
Las pintadas panderetas.
Vieras allí por memoria
De la antigua monarquía
Cuando el sol no se ponía
Á la castellana gloria,
Con la canela de Oriente
De Málaga el fruto opimo,
Y el arábigo racimo
Con la piña de Occidente.
Dejo la enumeración
De lo que allí se reune,
Porque me temo que ayune
El resto de la nación.
Hay más que en Extremadura
Embuchados y jamones,
Más naranjas y limones
Que en el Jucar y el Segura,
Más corderos que en Castilla,
Más mantequillas que en Soria,
Más jaleas que en Vitoria,
Más olivas que en Sevilla,
Más dulzura que en amar,
Más turrón que en pretender,

Melones que en Añover,
Y besugos que en el mar.
No entremos en los portales;
Que me dan lástima y miedo
De la indigesta Toledo
Las águilas imperiales,
Y tanto necio galán
Con más azúcar que seso;
Los unos de carne y hueso,
Los otros de mazapán.
Mas Toledo, ni Madrid,
Ni Córdoba, ni Valencia,
En la bizcochuna ciencia
Llegan á Valladolid.
Con chistes, á lo que infiero,
Está allí el huevo mezclado;
Fresco, dulce, sonrosado,
Y, sobre todo, ligero.
Pero hagamos cortesía
Á este amigo de Jijona,
Ya que no por su persona,
Por su noble mercancía.
¿Quién no venera el turrón?
¿Quién tributo no le paga,
Cuando es la dicha y la plaga
De nuestra heróica nación?
¡Mágico dulce, salud!
Á tu oculto magnetismo,
Ni resiste el patriotismo

Ni se esconde la virtud.
Sí, la virtud, que es hoy día
Cuanto miramos venal,
Y viene á ser cada cual
Mercader y mercancía.
Sacan á torpe mercado
El militar su valor,
Su palabra el orador,
Sus canas el magistrado.
Y áun (perdona que me aflija)
Yo he visto, Carmen, vender
El marido á su mujer,
Y el padre mismo á su hija.
¡Qué horror! ¿Dónde está la fama
Del español caballero?
¿Del que impuso al mundo entero
Su Dios, su Rey y su dama?
Hoy, muerta ya su piedad,
Sin más Dios que su codicia,
Comercia con la justicia,
Trafica con la lealtad.
Y ni gloria ni poder,
Satisface su ambición,
Y reclama un galardón
Por cumplir con su deber.
Antes por mero decoro
Lidiaban en el torneo;
Hoy pretenden un empleo
Áun en las astas del toro.

¿Te acuerdas, Carmen, la fiera
Terror del claro Jarama,
Que aquí escarba, ruge, brama,
Y parte en veloz carrera?
Aquí Romero [101] feliz
Revuelve el tordo bridón,
Y rompe el fragil arpón
En la sangrienta cerviz.
Y, al desplomarse á sus piés
Aquel mónstruo jarameño,
Se alza el pueblo madrileño,
Y aplaude el huésped francés.
Yo, cuando la suerte ví,
Dentro del absorto pecho
Un envidioso despecho
Por única vez sentí.
Y no envidié su valor,
Ni el aplauso popular;
Que no es mucho el pelear
En quien tiene pundonor.
Mas, ¡ay! que en la multitud
Algun corazón habría
Bello cual yo lo fingía,
Y yo envidié su inquietud.
Á este misterioso bien
Mi existencia he consagrado,
Y por él solo he luchado
En este sitio también.
Aquí en la noche tremenda [102]

También mi voz se escuchaba
Mientras en torno bramaba
La fratricida contienda.
No por ciego frenesí
En la lucha me ingería,
Más por decir algún día:
«He sido digno de tí.»
No pasemos adelante;
Que ya mi musa indiscreta
Se olvida de lo poeta
Y va á dar en lo galante.
Carmen, no tengas pesar;
Que es tan puro mi deseo...
Que... Es tarde, acabe el paseo
Y vámonos á almorzar.

Madrid 21 de Diciembre de 1848.

EL RACIMO DE DÁTILES.

Á CARMEN.

ROMANCE.

Sultana hermosa y gentil,
Honor y prez de mi patria;
La del cabello atezado,
La de la frente de plata.
Realidad de mis ensueños,
Porvenir de mi esperanza,
Ocasión de mi martirio,
Placer único del alma;
La que con aleves ojos
Y el dardo de su mirada
Tiene heridos más cegríes
Que Santiago y Calatrava.
La que el sentido embravece,
Y el corazón acobarda,
Y da suelta á los deseos
Y cautiverio á las almas:
Un llagado de tus tiros
La paz que perdió te manda,
Y en prendas de su cariño

Esos frutos de una palma,
Que cual tu cintura esbelta
Y cual su fe solitaria,
Presta su apacible sombra
Al umbral de mi cabaña.
Trajo quizá su semilla
Ardiente huracán de Arabia,
Y creció como mi afecto,
Combatida y olvidada.
Ni nunca el poder humano
Logró dirigir sus ramas;
Que es libre, como quien piensa,
Constante, como quien ama,
Sublime como el ingenio,
Verde como la esperanza,
Como la verdad severa,
Y cual tú misma gallarda.
Tal vez á su pié robusto
Humilde jazmín se enlaza;
Mas del cedro enaltecido
Con noble orgullo se aparta.
Y solo su amor concede
Á otra palmera lejana,
Sin que estorben sus caricias
Ni el tiempo ni la distancia;
Que apenas la primavera
Con flores el campo esmalta,
Férvidos besos la envía
Del cefirillo en las alas.

Y con dorados racimos
La erguida frente engalana,
Modelo de los ausentes,
Alto ejemplo de las almas.
Sobre su tronco flexible
Y sus ramos de esmeralda
Rugen en vano los vientos,
Los siglos pasan y pasan;
Que ella en medio del espacio
Mece las sonoras ramas,
Cual tus manos en el clave
Siguen la santa plegaria.
Y como tú á la lisonja,
Al trueno que la amenaza
Ensordece, y contra el rayo
Más altiva se levanta.
Salud, Reina del desierto,
Bella imagen de mi amada.
Bendita mil veces seas,
Bendito Alá que te guarda,
Por galardón al martirio,
Por tributo á las hazañas,
Por emblema á la pureza,
Por holocausto á las aras.
Él enseña tus labores,
Ó por consuelo ó por gala,
Al cautivo laborioso,
Á la inocente serrana.
Él niega tu noble tronco

Á las codiciosas arcas,
Á la nave aventurera
Y á las fratricidas lanzas.
  Él conserva tu cogollo,
Que, cual dorada guirnalda,
Lleva el fruto de topacios
Que yo rindo á mi Sultana.
  Recíbelo tú, señora,
En prenda de mi constancia;
Pero sufre que te diga
Que esa misteriosa planta
  Que el hombre nunca sujeta,
Que el cedro nunca aventaja,
Que el rayo nunca intimida...
Un breve hielo la mata.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

  ¡Ah! nunca, nunca se entibie
El fuego que nos abrasa;
Con él llegue nuestro afecto
Hasta el Sér de quien dimana;
  Hasta Dios, que da á tu frente,
Carmen, la sublime gracia
Que á la nieve en las alturas,
Que en el desierto á la palma.
  Admite benigna en tanto
El pobre fruto, que guarda,
También como tú severo,

El Angel de mi esperanza.
  Y las doradas almendras
De tu aliento perfumadas,
Que entre el coral de tus labios
Infunden celos al ambar,
  Vuélveme porque las siembre
De Rocamora en las granjas,
Donde serán algún dia
Emblema de mi constancia.
  Allí al par de nuestros hijos
Crecerán las tiernas plantas.
Y cuando luégo mi frente
Coronen las níveas canas,
  Gentil, lozano, frondoso,
Se alzará un bosque de palmas,
Que lleve á mis descendientes
El nombre de mi Sultana.

20 de Marzo de 1849.

RECUERDOS DE SALAMANCA [103].

Romange I.

EL HOSPEDAJE EN EL CAMPO.

Á la Excma. Sra. Condesa viuda del Montijo.

Dejemos los viejos muros
Que besa el plácido Tormes,
Y el Zurguén, á quien Meléndez
Consagró tiernas canciones.
Templos insignes, que alzaron
Al saber nuestros mayores,
De injusta y bárbara guerra
Son hoy escombros informes.
Huyamos de aquí, señora;
Que entre esos rudos montones
Áun se siente emponzoñado
El aliento de la corte.
Venid: si el hombre destruye
Esas gigantescas moles,
Que ayer levantó orgulloso
Para eternizar su nombre,
No quita el verde del prado

Ni el azul del horizonte,
Ni muda el arte sublime
De canoros ruiseñores;
  Ni el aroma del tomillo
Su infanda ciencia corrompe,
Ni el amor puro y leal
De campestres corazones.
  ¡Cuánto es verdad! ¡Cuánta dicha
En esta mansión se esconde!
¡Cuál la anuncia en sus paredes
Ese ordenado desorden!
  En dos cuadros adornados
De tomillo y ababoles,
Mal pintadas, bien queridas,
La Virgen Madre de amores,
  Y la Reina que del trono
De castillos y leones
Rayos de lealtad infunde
Á los pechos españoles,
  Presiden la estancia: en torno
Recias sillas, altos cofres,
Y tarimas que hacen blandas
Los desmotados vellones.
  Junto al antiguo escritorio
De marfil, ébano y bronce,
Bruñidas con el trabajo
Yacen las rejas enormes,
  El caramillo, consuelo
De los primeros amores,

Y junto al lecho nupcial
El Salvador de los hombres.
  Allí la cuna, y no lejos
Los amarillos blandones,
Que arderán cuando su dueño
Casi en el sepulcro toque.
  Á su luz verá tranquilo
De la eternidad el borde,
Dejando á sus netezuelos
Su bendición y su nombre.
  Entre las corvas estevas
Las aijadas y las hoces,
Pende el certero arcabuz,
Terror del vecino bosque,
  Y el torcido polvorín
Con tan pulidos recortes,
Que la misma filigrana
Envidiara sus primores.
  Vieras en él del novillo
Cuya es la materia innoble
De aquella labor, grabada
La imagen y el fiero porte;
  Entre un lazo indisoluble,
Dulce símbolo de amores,
De una sola flecha heridos
Dos ardientes corazones:
  Y el jabalí perseguido
Por los podencos veloces,
Y el halcón que se desploma

Herido del fiero golpe;
Y al cabo en feudal escudo
Los mal trazados blasones
De Fonsecas y Acevedos
Con la corona de Conde:
Cerrando, en fin, la espiral
De las moriscas labores,
El artífice discreto
Ha cincelado este mote:
«Por el dueño á quien yo sirva
»Y por la bella que adore,
»Ni hay fiesta que no celebre
»Ni peligro que no arrostre.»
Mas ya en la estancia vecina
Para ti el huésped compone
Manjar, como su cariño,
Sano, limpio, franco y pobre.
Da principio el áurea poma,
Que el apetito dispone,
Y de Valencia recuerda
Las encantadas regiones.
También en su ardiente playa
Ese blanco arroz se coge
Entre lagunas, que forma
La codicia de los hombres.
Por eso ven envidiosas
Sus zagalas los colores
Que en sus mejillas ostentan
Las serranas de estos montes.

¿Quién del hidalgo puchero
Podrá celebrar las dotes,
Si en él solo nos legaron
Su imagen los ricos-homes?
Tranquilo en su hogar, sencillo,
Sin séquito que le estorbe,
Sin especies extranjeras,
Que su inocencia inficionen;
Constante todos los dias
Cualquier desmayo socorre,
Y en la solemne ocasión,
Espléndido, rico y noble.
Luégo al jamón suculento,
Que el olfato r econoce,
Bueno es que salva le hagamos
Con esta copa de aloque.
El dorado corderillo,
Que ayer triscó por el bosque,
Se presenta por tributo
De los sencillos pastores.
Perdices en escabeche,
Perfumados salpicones,
Y de una brava novilla
Las manos en almodrote.
De tierna y fresca lechuga
Cogollos para los postres,
Y bizcochos que envidiaran
Valladolid y Monforte.
Más blanca, en fin, que la nieve

Que Bejar guarda en sus montes,
Fresca nata, pura leche,
Y requesón con arrope.
Terminada la comida,
Delante el huésped paróse,
Y de esta manera dijo
En mesuradas razones:
«Señora, vuestra grandeza
»Perdone esta cortedad
»Que le brinda mi pobreza,
»Y disculpe mi llaneza
»Con mi buena voluntad.
»Ni el oro en mi mesa brilla,
»Ni pulida filigrana;
»Que no es menester vajilla
»Habiendo paz, buena gana
»Y blanco pan de Castilla.
»Ni me cumple el alabar
«Estos manjares villanos:
«Diré que por vos honrar
«Los han hecho con sus manos
»Las más bellas del lugar.
»¿Cabe más ponderación?
»Aunque os dé tributo justo
»Cuanto hay noble en la nación,
»¿Goza entonces vuestro gusto
»Como agora el corazón?
»En vuestra heredad nací,
»La riego con mis sudores,

»Y mis hijos ven en mí
»Lo que yo en mi padre ví,
»El amor á mis señores.
»De estos ricachos de ahora
»No espero bien, sino daño;
»Que siempre temo, señora,
»Que me empobrezca en un año
»Quien se enriquece en un hora.
»Y arguyo de buena fe,
»Puesto que soy labrador,
»Y siempre un amo tendré,
»Que quien siempre dueño fué
»Sabrá ya serlo mejor.
»Vuestros mayores lanzaron
»Al moro allende la sierra
»Con sangre que derramaron:
»Justo es que cobren de tierra
»Que á tanta costa compraron.
»Esto tengo yo aprendido;
»mas me duele, vive Dios,
»Que á seis dueños he servido,
»Y á ninguno he conocido
»Como hoy os conozco á vos.
¿Qué hacen, señora, decid
»En el palacio del Rey,
»Que así olvidan á su grey?
»¿Hay, por ventura, en Madrid
»Corazones de esta ley?»

Calló: por su faz rugosa
Corrió una lágrima entonces,
Y en tu mano respetada
Sus labios trémulos pone.
No comprendí yo las frases
Que enternecida respondes;
Que cuando los ojos hablan,
Es el corazón quien oye.
Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así del heroe famoso
Enmohecido el estoque,
Yace montaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.
¿En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde,
Los heroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos

Y el tañer de los albogues,
Olvidó el son de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
Á sus propios labradores.
Su heróico ardor les infunde,
Y en su admiración recoge
Para servir á su patria
Brio nuevo y fuerza doble.
¡Mal haya, mal haya el dia
En que necias ambiciones
Cargaron á nuestros padres
De los áulicos honores!
¡Ay! no con llaves doradas,
Ni con ricos uniformes,
Su honor y fuerza compraron
Nuestros egregios varones.
No es una flor la nobleza,
Que en el pensil de la corte
Cede á cualquier airecillo,
Y al rayo del sol se esconde;
Mas arraigado en la tierra,
Añoso, copudo roble,
Que lanzas cria en sus ramas
Sacudidas por el Norte.
Hoy los Grandes, de costumbres
Extrañas imitadores,

Á su vez desconocidos
Del pueblo que desconocen,
  Atados al viejo yugo
Que los Reyes les imponen,
Sufren de envidiosa plebe
El nivelador azote.
  ¡Sus! despertad; que ya es hora.
Venid, y quizás entonces
Los que en palacio os desprecian,
En las cabañas os honren.
  Allí la envidia os persigue,
Aquí el amor os acoge;
Allí cual siervos os tratan,
Aquí os proclaman señores.
  Sí, que esos viejos castillos
No son infames padrones,
Ni los hicieron esclavos,
Ni los vendieron traidores.
  Ganados son por valientes,
Que aclamaron en sus torres
Religion santa en sus cruces,
Libertad en sus pendones.
  ¡Honor á ti que, adunando
En tu persona conformes
El encanto de tus prendas
Y la prez de tu renombre;
  Tan labradora en el campo,
Como dama en los salones,
Madre del colono humilde,

Modelo del alto prócer,
  ¡No hay arte que no comprendas,
No hay empresa que no logres,
Ni albedrío que no rindas
Ni voluntad que no dobles!
  Por eso cuando te ausentas,
Tras de tu caballo corren
Las zagalas, y con llanto
Arrojan al paso flores.
  «Bien vayas, noble señora,
»Donde como aquí te adoren;
»La Madre de Dios te guíe;
»Bendiga el cielo tu prole.»
  En tanto los montaraces
Por el collado trasponen,
Y tú, por cubrir tu llanto,
Alzas en fin el galope;
  Que es fuerza también que veas
Las almenas de otras torres,
Ántes que en los hondos valles
Tienda su manto la noche.

Romance II.

LA CABALGATA.

Á la Excma. Sra. Doña Eugenia de Guzmán.
Condesa de Teba 104.

En una hermosa floresta,
Donde con sombra perenne
Impenetrables encinas
Cubren la alfombra de césped;
Por gozar el aura pura
Y dar tregua á los corceles,
Paso á paso van llegando
Los cortesanos jinetes.
Al insólito bullicio
Dejan el pasto los bueyes,
Y de rama en rama vuela
El pintado martinete.
En vano, Eugenia, procuras,
Alcanzar sus giros breves,
Y suelta al corcel la brida,
El aire rápida hiendes:
Que él sigue tus movimientos;
Corres, huye; paras, vuelve;
Ora al cielo se levanta,

Ora á la grama desciende.
Del fiero arcabuz se burla
En los copudos almeces,
Y á su dulce compañera
Del crudo peligro advierte.
¡Ah! perdónalos, señora,
Por el amor que se tienen,
Y por salva de alegría
Lanza, lanza el rayo ardiente.
Tiempo vendrá, que empleado
Contra la cobarde liebre,
Los cazadores del bosque
Por su deidad te veneren;
Mas hora no, que cubierta
Con el leonado bonete
La cerviz, envuelto el rostro
En sus lambrequines verdes;
Al cinto la roja banda,
Y puesto al hombro el mosquete,
Audaz guerrero te juzgan
Y tu noble arrojo temen;
Y cuando acaso lascivo
El cefirillo insolente
Quiere librar de tu boca
Los purpurinos claveles,
Y muestra el áureo cabello
Sobre tu rostro de nieve,
Y del velo entre las nubes
Tus dos luceros celestes,

Los pastores y zagalas
En mil preguntas se pierden,
Y cuanto la vista ignora
El cuitado pecho siente.
«Dinos, gentíl criatura,
»Que así enamoras y vences,
»Que cuando el sentido encantas
»Llagas el alma; ¿quién eres?
»Cual tú, pintan las leyendas
»Á las *hijas de los Reyes*,
»Y cual tú, los campeones
»Que en Tierra Santa florecen.
»¿Ó eres más bien linda maga,
»Y ocultas bajo los pliegues
»Del manto encantada silla
»Que por los aires te lleve?»
Paras, y leda sonríes,
Y la amiga mano tiendes
Á la turba, que admirada
La verdad en fin comprende.
Sólo en el *reino de amor*
Ciña diadema tu frente.
Tus miradas son tus armas:
¿Quién las vió de mejor temple?
Son tus años juveniles
Tus encantados jaeces;
Ni ¿para qué más hechizos
Que no contar diez y nueve?
En tanto por la espesura,

Que vela el sol de Occidente,
Acuden los aldeanos
Á saludar á su huésped.
  Los festivos muchachuelos
Con listones diferentes
Mil trenzas abigarradas
En ligeras danzas tejen;
  Ó ya esgrimiendo los tirsos,
En vez de agudos floretes,
Recuerdan confusas zambras
De Cegríes y Gomeles,
  Mientras al son de atabales
Cantan discretos motetes,
Por daros la bienvenida
En sentidos parabienes.
  ¡Ay! tienen las dulces flautas
Un sonido tierno y flébil;
Que el espíritu recoge
Y el alma toda conmueve.
  Son cual la vaga memoria
De nuestra edad inocente,
Melancólica y süave
Entre mundanos placeres.
  Compara el fulgor del alba
Y del prado el fresco ambiente
Con la luz de los festines
Y el humo de los banquetes.
  Verás como grita el alma
Libre, feliz, elocuente:

¿Quién, oh campo, no te adora?
¿Quién, corte, no te aborrece?
  Mas ¿cuál murmullo se mezcla
Á los pintados rabeles?
Son de un cercano arroyuelo
Los cristales trasparentes.
  Quejoso de su destino,
Tan mal su grado desciende,
Que en cada flor de su orilla
El tardo paso detiene.
  Enamorado del valle,
«¡Feliz,» dice, «una y mil veces
»Quien nunca deja la sombra
»De los paternos laureles!
  »¡Feliz el raudal sonoro
»De la cristalina fuente
»Que en aquella piedra nace
»Y en estas arenas muere!
  »Yo, cuitado, no soy libre
»De pararme ó de volverme;
»Que en la creación mi cauce
»Inclinó el Omnipotente.»
  Arroyo, ¿quién en el mundo
Es árbitro de su suerte,
Si es el raudal de la vida
Tan inclinada pendiente,
  Que sin tregua en los dolores,
Sin descanso en los placeres,
Desde la cuna al sepulcro

Corre, corre, corre siempre,
Sin que nadie le consulte
Lo que mañana sucede,
Hasta que en el ponto inmenso
De la eternidad se pierde!
Así tú del claro Tormes
Te inclinas á la corriente,
Y luégo al Duero te arrojas,
Y luégo en el mar pereces.
Yo al menos sé que tus linfas
Corren al mar de Occidente.
¿Quién sabe al mar donde corre
Eugenia con paso alegre?
Mas ya el antiguo castillo
Por el ejido aparece
Ostentando entre celajes
Sus calados chapiteles.
En su abierta galería,
Que los pilares sostienen,
Deja su huella el arado
En vez del pesado ariete.
Las profundas anchas cavas
Son pastoriles albergues;
Nidos son las aspilleras
De palomas inocentes.
El ferrado alto rastrillo
Se torna humilde pesebre,
Y en la propia sala de armas
El tranquilo hogar se enciende.

Así quien joven un dia
Cortés, galán, impaciente,
Fué envidia de sus rivales
Y de sus bellas juguete,
Hoy, del tiempo aleccionado,
Cultiva doradas mieses,
Y de la edad que ha perdido
Avergonzado se duele.
¡Crudo efecto de los años!
¿Quién á tu impulso no cede,
Si su condición trastornas
Áun á las mismas paredes?
Mas ya la pálida luna
Por el firmamento asciende,
Y en los cansados mortales
Su letal influjo vierte.
Tiempo es que paren las danzas,
Tiempo es que los juegos cesen,
Y que á Morfeo brindemos
Con tibia espumosa leche.
Á su influjo en lecho blando,
Que la lealtad te previene,
Tú, que del pasado ries,
Bella Eugenia, duerme, duerme.
Que los sueños placenteros
Coronen tus puras *sienes*,
Y un porvenir te descubran
Tan *fausto* como el presente.
Sí; que á tu edad, bella niña,

Suspensa el alma, entre muelles
Esperanzas se columpia
Y entre ilusiones se mece.
  Así en el bosque nativo
El zagalillo se aduerme
Al columpio de las ramas,
Al murmullo de las fuentes.
  ¡Ay de aquel que desvelado
Por hondas penas aleves,
Sólo fía su reposo
Á los brazos de la muerte!

Tejado, 21 de Mayo de 1845.

Romance III.

La nube.

A Leocadia.

Deja, Leocadia, tu lecho;
Que ya en el Oriente luce
Del astro puro del dia
La generadora lumbre.
  Luzca tu rostro sin velo
  Como la aurora sin nube.
¡Oh cuán placentera el alba
En las bóvedas azules,
Mostrando su faz de rosas
Por el horizonte sube!
  Así al despertar, Leocadia,
Tus mejillas se traslucen
Entre los nevados plieges
De los mal rizados tules.
  Ven, hermosa. ¿Por qué tardas,
Y en la enojosa costumbre
Del cortesano atavío
Tan bellas horas consumes?
  ¿Qué vale filtrada esencia?
¿Qué vale dorado estuche,

Comparado con las ondas
Que en el verde prado surgen?
¿Qué es el cristal de Venecia,
Ni los aromas de Túnez,
Ni el marmóreo pavimento,
Ni la morisca techumbre,
Con el raudal que se escapa,
Con el aura que difunde
Del romero ya florido
El balsámico perfume?
Ven, que para ti se extiende
El pabellón de esa nube.
Ven; que en el bosque te espera
La pintada muchedumbre
De canoras avecillas,
Que por los aires discurre.
Ven, y de su amor aprende,
Y que ellas tu voz escuchen,
Y serás de Filomena
Alumna, modelo y numen.
Ya te aguarda entre las ramas
De los verdes acebuches,
Y el aljófar del rocío
Sobre las flores sacude.
Con ellas gentil guirnalda
Enlaza á tus negros bucles,
Tan fresca, que tus megillas
Ni la envidien ni la ofusquen.
Á la par de su rocío,

De su aroma y de su lustre,
¿Qué son las perlas de Conde
Ni los carbuncos de Duque?
Ni ¿qué ciencia puede darles
El tornasol de sus luces,
Cuando ya en el mundo reinen
Las frías nieblas de Octubre?
Goza del tiempo sereno,
Leocadia, antes que se anuble;
Goza el dia afortunado,
Que nunca dos veces luce.
Ven; pasemos el rastrojo
Á la sombra de la nube.
¿No escuchas los ojeadores
Que la colina circuyen,
Templando sus voces roncas
Con el jugo de las ubres?
Yo sé un puesto tan guardado
De espinos y almoradujes,
Que áun el mismo cefirillo
Dudo yo si lo descubre.
Quédate en él y apercibe
Tus armas; pero no dudes
Que es donde llegan tus ojos
El ardiente plomo inútil.
En vano impones silencio;
Que, ya que mi voz no sufres,
Diré tu nombre á los troncos
De los blancos abedules,

Que alzan sus erguidas copas
Hasta la entoldada nube.

Mas ya entre aquellos jarales
La liebre acosada bulle;
Llega al claro, pára, mira,
Y arranca de nuevo impune.
Impune no; que ya estallan
Dos certeros arcabuces;
Y de dos golpes herida
La cuitadilla sucumbe.
¡Infeliz! sólo en tu daño
El pérfido amor reune
El impulso de dos almas
Que quizá nunca se junten.
Así á la vez se derrumban
De las apeninas cumbres
Contra una pobre cabaña
Dos corpulentos aludes.

Así del valle y la sierra
Se juntan cárdenas nubes.

Su oscuridad pavorosa
Por la ancha bóveda cunde;
Ya crecen, ya se adelantan,
Del Ábrego al recio empuje,
Cual si á nosotros lanzase
Desde los montes astures
Su caliginoso aliento
El maldecido querube.
Más cerca el trueno se escucha,

El zagal próvido acude,
Y al silbo agudo llamadas
Las cabras ligeras huyen.
Una gota y otra gota
Desciende. Como palustre
Caña, el roble sacudido
Por los vendabales cruje;

Y tú en tanto en la floresta
Triscando miras la nube.

Las cataratas del cielo
Rompen; los prados se cubren
Con alvicante granizo
Como de mortaja lúgubre.
Nunca el relámpago brilla
Sin que ya el trueno retumbe
Y el rayo infeste los aires
Con su volcánico azufre.

Ven, Leocadia, bajo el olmo
Mientras que pasa la nube.

Los arroyos son torrentes,
No hay raudal que no se enturbie,
Ni encina que no se humille,
Ni valle que no se inunde.
¿Y tú cantas entre tanto
Que el Euro y Noto rugen,
Y al huracán te abandonas
Como al ponto fragil buque,

Ensayando leves danzas
Al ronco son de la nube!

Tardabas, cuando la Aurora
Te ofrecía sus perfumes,
Y hora al granizo te entregas
Que tu pura faz percute.
¡Necio orgullo de los hombres
Que la santa paz rehuye,
Y arrostrando la tormenta
De valeroso presume!
Yo en la aurora de la vida
Tambien esperanzas dulces
Como efímera guirnalda
En torno á mi frente puse.
Áun no del todo marchita,
Incauto mancebo impúber,
Pagué al mundanal orgullo
Fatigante servidumbre.
Yo también domé los fuegos
De corceles andaluces,
Y en el sanguinoso circo
Probé la suerte voluble;
Y mientras recia borrasca
Dentro de mi pecho tuve,
Cantaba en la corva lira
Con plácida mansedumbre.
Hoy ya rendido, anegado
En llanto, al sol de virtudes
Me vuelvo; porque mi rostro
Con su santa luz enjugue.
Leocadia, estas breves horas

Son de la vida resumen;
Para el placer nadie es cauto;
Para el dolor nadie inmune.
Se deslizan los instantes
Cual granizo que se funde,
Y al par la hermosura arrolla
Y la arrogancia destruye.
Despierta que no á los dias
Meses y años se acumulen,
Y eches menos estas horas
Que en ocio inerte consumes.
Goza del tiempo sereno,
Leocadia, antes que se anuble;
Goza el dia afortunado,
Que nunca dos veces luce.
Ya el iris de paz ostenta
Su nacarada vislumbre,
Y el sol tremola en los cielos
Sus estandartes de gules;
Y ya por el éter puro
Los tenues vapores huyen.
¿Quién sabe si mi memoria
Se disipe cual la *nube*!

EL LAGO DE ENGHIEN.

Á MI HIJO MARIANO.

O mon fils, âme heureuse
O lac de pureté
. . . . . .
. . . . . .
Lac que le ciel parfume
Le monde est une mer,
Son souffle est plein de brume,
Un peu de son écume
Rendrait ton flot amer.

V. HUGO.

Pues tú también, vida mía,
Me pides con tierno halago
Para ti una poesía,
Héla aquí; que darte en pago
Con ella el alma querría.
Y para que su impresión
Ni el tiempo ni los enojos
Borren de tu corazón,
Lo que ahora miran tus ojos
Te pintará mi canción.

¿Ves esa tranquila ría
Sin regolfo ni corriente,
Que en tu lenguaje inocente
Apellidas mar tambéin?
Yo lo estimo, vida mia,

Porque imita tu existencia,
Breve mar de la inocencia,
El bello lago de Enghién.

¡Cuán apacible, bien mio,
Ante tus plantas se extiende!
¡Cómo la vista comprende
Del uno al otro confín!
No hay en su fondo bajío,
No hay escollo en su ribera;
Que es su costa placentera
Un jardín y otro jardín.

Así festivo y contento
De un juego á otro juego en calma,
Se mece tu pensamiento,
Ni hay en el fondo de tu alma
Oculto remordimiento.

Le surcan en vez de armadas
Ánades de tal belleza,
Que retratan tu pureza
En su fulgente candor.
¡Cuál te siguen confiadas!
Dales el pan, mi Mariano,
Y será tu tierna mano
Instrumento del Señor.

De Dios, que da aroma al nardo,
Y da á las aves blancura,

Y presta inocencia pura
Á tu sonrisa infantil.
Por eso el cisne gallardo
Tras del pasto porque anhela
Traza la rizada estela
Desde el aislado pensil.

Así más puro alimento
Tu infantil curiosidad
Demanda á cada momento,
Y es quien te instruye instrumento
De Dios suprema verdad.

Allí en vez de fortaleza,
De muelles y torreones,
Cabañas y pabellones
Se ostentan en derredor.
Y al mirar la gentileza
De tu linda navecilla,
Otros niños de la orilla
Te mandan besos de amor.

Justo es, mi bien, que respondas,
Ya que hacen señal con malvas:
Devuélveles tú por salvas
Ramos de rosa y clavel.
Allí no tienen las ondas
Espuma, ni fuerza el noto,
Ni lleva aguja el piloto,
Ni tiene quilla el bajel.

Así mientras pobre niño
Navegues por dulces mares,
Donde quiera que arribares
Encontrará tu cariño
Los amigos á millares.

Gótica ojiva al ocaso
Domina la playa toda;
Pero es lujo de la moda,
No señal de esclavitud,
Y aunque gruesa almena acaso
Allende oculta el ramaje,
No es torre del homenaje,
Sino fuente de salud.

Piélago aquel siempre amigo
Que el aura riza y perfuma,
Golfo gentil que mi pluma
Quiere en vano retratar;
Mejor le pinto, si digo
Que eres tú niño hechicero,
El más digno marinero
De aquel encantado mar.

Boga, pues; tus años son
La nave, mar tu inocencia,
No ha menester el patrón,
Ni el lastre de la experiencia,
Ni el faro de la razón.

15 de Junio de 1856.

A BLANCA DE OSMA.

RECUERDOS DE UN BAILE DE NIÑOS.

Blanca, como nieve pura.
Rosa cual rosa hechicera,
¿Quién un dia me dijera
Que al celebrar tu hermosura
Con lágrimas escribiera?
¿Te acuerdas? ¡Ay! ¿tanto gozo
En una noche cabía?
¡Tantas danzas y armonía,
Tanto filial alborozo
Tanta materna alegría!
Yo vi tus paternos muros
Glorificados, radiantes;
Que allí mil angeles puros
Vagaban de mal seguros,
Libres, amados y amantes.
Y encanecidos varones
Desrugar los nobles ceños
Á nuevas generaciones,
Y no hay en Madrid blasones
Que allí no cuenten sus dueños.

Toda la prez y hermosura
Que hoy en la corte se alcanza.
Estaba allí en adunanza
Con lo que España futura
Columbra ya en esperanza.
Así el árbol que dió el moro
Al manso Guadalaviar,
Junta las toronjas de oro
Al prometido tesoro
De balsámico azahar.
Niños allí juguetones
Ligeros cual sus encajes,
Realzan sus perfecciones
Con bien estudiados trajes
De provincias y naciones.
Allí el ágil valenciano
Y la bella milanesa,
Y el andaluz y el britano,
Y la griega y la francesa,
Y el *gaucho* y el cortesano;
Mas una pareja había
Que ya nunca el alma mía
Podrá olvidarla después:
Una zagala de Hungría
Y un cazador escocés.
Ella en su rostro, en su porte,
Junta el fuego del Perú
Con la majestad del norte...
Deja que lisonjas corte,

Que aquella niña eres tú.
Tu compañero entre tanto
De áureos rizos, labios rojos...
Basta: no te cause enojos;
¡Ay! bien á través del llanto
Lo están mirando mis ojos.
Blanca: Dios que liberal
Quizás al romper el dia
Paga el cumplido jornal,
Llevó por diversa vía
Aquel grupo angelical
Él un angel á su cielo,
Hijo del alma, llamó;
Otro, que eres tú, en el suelo
A sus padres les dejó
Angel de gloria y consuelo.
Cumple ¡oh niña! tu misión;
Derrama por tu morada
La celeste inspiración
Que ya en tu noble mirada
Adivina el corazón.
Crece y paga con usura
El amor que en tí atesoran:
Felices, ¡ay! que hasta ignoran
Toda la santa locura
De la fe con que te adoran.
Blanca, rosa floreciente,
Guarda tu aroma inocente
Gozo de propios y extraños,

Aun cuando ceda tu frente
A la nieve de los años.
Y en la tarde de la vida
Fragante aunque desprendida
Del tallo que te crió,
Serás al capullo unida
Que á la aurora se cortó.
Y la madre de Piedad
Formará en su santa falda,
Con la tuya y su beldad,
La inmarcesible guirnalda
Que dura en la eternidad.

3 de Febrero 1858

Á LA CONDESA DE VILCHES.

CON MOTIVO DE HABER REPRESENTADO EL PROVERBIO DE OCTAVIO FEUILLIET «L'URNE» TRADUCIDO POR MÍ, Y LA COMEDIA «LA MOZA DE CÁNTARO» DE LOPE DE VEGA.

Tanto aplauso y tanto honor
Que vuestra amistad me ofrece
Sin duda no lo merece
Un mezquino *traductor*.
Lo conozco... y al autor
El triunfo remitiré...
¿Y los actores?... A fé
Que merecen las palmadas...
Solamente las miradas
En el alma guardaré.
Miradas cual rayos rojos
Del sol, que en tiempos mejores
Hacía crecer las flores
Donde quedan sólo abrojos.
Pero aún son niños mis ojos,
Y este gozo, aunque atrasado,
Es como flor del granado,
Que brota agria y encendida,
Cuando el campo de la vida
Está seco y agostado.

Campo es este *de elecciones*
En que entra Lope de Vega,
Donde la justicia niega
Y eligen los corazones.
Con todo, por mil razones
No hago protesta formal,
Que este triunfo electoral
Sé bien por conducto honrado,
Que tú, Amalia, lo has ganado
Con tu *influencia moral*.

Madrid 15 de Mayo de 1871.

Á LA CONDESA DE PEÑA-RAMIRO.

EN SU ALBUM.

Vas á ser madre: bondadoso el cielo
Á tus fervientes súplicas accede,
Y en un angel humano te concede
Paz en tu dicha, en tu dolor consuelo.
Quizá barón herede los despojos
Del caudillo español héroe del Norte;
Quizá belleza herede en nuestra corte
La viva lumbre de tus bellos ojos.
¿Mas quién puede leer en el oscuro
Libro del porvenir? ¿Quién atrevido
Puede aguzar del infantil vagido
El presagio veraz de lo futuro?
Hoy que no en sangre más en fango se hunde
El trono secular de Recaredo,
Hoy que al pueblo español embarga el miedo
Y la verdad con el error confunde...
Hoy que hospicios y alcázares y templos
El hombre sacrifica á sus placeres,
Mientras nos dan las débiles mujeres
De santa abnegación santos ejemplos...
¿Quién habla de mañana? Tú, Señora,

Puedes con todo tu materno anhelo
Sembrar en ese pecho ternezuelo
La semilla del bien generadora.
Planta la Fé... Ni temas que sucumba
Que en su místico germen va escondida
La flor de la esperanza acá en la vida
Fruta de eterno bien tras de la tumba.

Madrid Junio 1872.

REGALO DE UN ABANICO.

Ve en paz, pobre abanico, á la belleza
Que hoy bendice Himeneo,
No como alarde vano de riqueza
Ó cual nupcial trofeo:
Mas como prenda de veraz, constante
No alterado cariño
Que con su padre me juntó distante
Allá la edad de niño.
Ve en paz, pobre abanico, y la inconstancia
De la fortuna impía,
En tí nunca disipe la fragancia
Del aura de este dia.
Y cual aire que al germen de los bienes
Lleva á extrañas regiones
De tí, pobre abanico, á los vaivenes
Germinen ilusiones
Cual oruga que arrastra el raudo viento
Entre la broza impura,
El soplo de tu grato movimiento
Se lleve la tristura.
Sólo encubra tu ténue varillage

El pudor de sus ojos,
Y no sirva de velo tu paisage
Á lágrimas ni á enojos.
  Ni nunca la tenaz melancolía
Haga de su alma presa,
Ni seas tú su sola compañía
En solitaria mesa.
  Pobre abanico que mi mente acuerdas
Mi abandonada lira
Y sus saltadas polvorosas cuerdas
Que nadie nadie inspira.
  Modesta compañera de mis penas
De mi dolor testigo
Que se extremece al son de mis cadenas
Y que vive conmigo
  ¡Ay! ojalá que su postrer lamento
Mi mano te arrancara,
Y más bien que fiarlo al triste viento
Con sangre lo estampara.
  Mas no, tus pliegues que su dulce mano
Ó descorre ó sujeta,
No son sangriento cetro del tirano
Ni laud del poeta.
  Corre abanico, enjuga dulcemente
Las lágrimas amargas,
Baste y dale á tu dueño fresco ambiente
En noches harto largas.
  Quizá algún dia ternezuelo infante
Que en sus brazos retoce,

Con dura mano y celestial semblante
Tus varillas destroce.
  Entonces sí, que mi alma embebecida
Envidiará tu suerte,
Si el angel de himeneo te da vida
Y otro angel te da muerte.

Mayo de 1873.

ROMANCE

LEIDO EN UN CONVITE DADO POR EL MARQUÉS DE ALCAÑICES EL DIA DEL PRÍNCIPE ALFONSO, AUSENTE Y PROSCRITO Á LA SAZÓN.

No le nombréis; porque su nombre solo
Al bando triunfador atemoriza,
Y la marmórea escala de este alcázar
Podrémos ver de esbirros invadida.

No le mentéis; que ya su claro nombre
Harto los montes cántabros publican,
Cuando de Covadonga hasta Saldaña,
El *Católico*, el *Grande* lo apellidan.

No le nombréis: que Lutos y Lisboa
Son de otro *Casto* brazo las conquistas:
No le nombréis y os hablarán del *Magno*
Ahmen muriendo, y de Zamora el dia.

Callad: no es ocasión de hablar del *Noble*
Niño, también que con su madre Elvira,
Las Cortes de León por vez primera
Juntó alzando murallas derruidas.

Callad tal nombre, y la imperial Toledo
Aún tendrá su república morisca,
Ni el imperio español verá su aurora
De el alto Pirineo hasta Almería.

No le nombréis: los fieros Almohades
En códices preciosos lo consignan,
Y la Europa en las Navas de Tolosa
Salvada se confiesa y redimida.

Callad tal nombre y os dirán del *Sabio*
Los *libros del Saber* y las *Partidas*,
Los heroes en su *Crónica* pintados
Y la Madre de Dios en las *Cantigas*.

No recordéis tal nombre: lo pregonan
Los campos *del Salado* y de Algeciras;
Es de un niño, también que supo fuerte
Dar valor á las leyes de Castilla.

Disciplinar su hueste bien dotada
De nueva y formidable artillería,
Y de ingratos y astutos mesnaderos
Enfrenar la ambición y la codicia.

No pronunciéis en Aragón tal nombre,
Que acuerda á Zaragoza su conquista,
Y á cuya voz Provenza se conmueve,
Tiembla Palermo y Nápoles suspira.

¿Mas qué importa callar? dentro del pecho
Cada cual guarda su memoria viva,
Y de esa larga serie de virtudes
Que el trono hereditario simboliza,

Aparejando un ideal dechado
Que colme de su anhelo la medida,
Á otro joven proscrito (que no nombro)
Tributo de lealtad se lo adjudica.

Yo te saludo, vástago heredero
De la virtud y la grandeza antigua,
Inocente del mal que hoy nos aflige,
Dulce esperanza de mejores dias.

Heredero de santos y de Reyes
Tú su virtud y su valor imita,
Restaura aquí la fe de Recaredo
Sin opresión ni libertad mentida.

Padre de un pueblo noble y generoso
Que otros villanos á su antojo esquilman,
Devuélvele su paz, su confianza,
Su sangre y su caudal economiza.

Si eres hijo también, si eres hidalgo,
Piensa al cruzar el suelo de Castilla,
Que antes que tú dos Madres y dos Reinas
Cual tú llevaron la corona invicta.

Yo seguí un bando, y el mejor lo juzgo,
Pero te quiero Rey, no cabecilla,
Padre á todos, á nadie mesnadero
Rayo del sol que á todos ilumina.

Reprime al malo, recompensa al bueno,
La propiedad ampara y la familia,
Y sin mirar atrás, ama y perdona,
La lealtad premia y el error olvida.

23 Enero 1874.

Á MICAELA.

TRES CUALIDADES.—TRES FECHAS.

Ve, libro, no enriquecido
Sino envidiado, á la bella
Cuyas celestes miradas
En tus hojas se recrean.
Dí como has visto mi lira
Olvidada, descompuesta,
Quebrado el ebúrneo plectro,
Rotas las doradas cuerdas.
Sin eso; sin esta nieve,
Que sobre mi frente pesa
Y cubre el volcán del pecho
Con la mortaja del Etna,
¡Ah! No dudes que cantára
Y aquí en el album pusiera
La imagen de sus donaires
Como está en mi mente impresa.

Allá donde el mar del Norte
Bate con ondas soberbias
De la verde Normandía
Las escarpadas riberas.

En Dieppe á donde concurren
En bizarra competencia
Las bellas Ladies de Londres
Y de París las Sirenas,
Te ví vencerlas á todas
En majestad y en belleza:
Como á humillar á las flores
Nace del mar Citerea.
La palma del patrio suelo
Tu talle esbelto remeda,
Tu tez el nacar envidia,
Tus ojos el sol reflejan.
No el sol que pasa mezquino
Su breve curso entre nieblas,
Mas el sol que vibra fuego
Entre nardos y diamelas.
¿Qué es comparado á su lumbre
El fulgor de las estrellas?
Junto al clavel de tus labios,
¿Qué son corales y perlas?
Yo me sentí, no lo oculto,
Ufano con tu belleza;
Y dije: «Viva el modelo
De Murillo y de Ribera.»
Mas al punto aleve duda
En mi corazón penetra;
Que no hay rosa sin espinas
Ni hay satisfacción sin penas.
¿Esta hermosura, me dije,

Será como hermosa buena?
¿Con esos ojos que hieren,
Tendrá un corazón que sienta?

Dieppo Agosto 1868.

Pasaron dias y dias,
Y uno alumbró con funesta
Luz y con mortal influjo
Sobre mi pobre vivienda.
Mi Carmen agonizaba,
Y en torno á su lecho velan
Sin esperanza mis hijos,
El sacerdote sin tregua.
Todo es temor, todo llanto,
El amor, la fe, la ciencia
Desconfían, ya la muerte
Tiende sus alas siniestras.
Tú, empero, no desmayaste
Cual ángel de fortaleza,
Y la bondad de tu pecho
Irradia en tu faz serena.
¿Cómo olvidar que la aurora
Tras de aquella noche horrenda
Lucía, y dejando el lecho
Te presentaste en mi puerta?
Bien venida una y mil veces
Tú, que cual fúlgida estrella
Anuncias el nuevo dia

Y la esperanza despiertas.
Tú de la abrasada frente
El voraz incendio templas,
Tú del febril estravío
El vago delirio aquietas...
Entonces ví claramente
Que eras buena cuanto bella
Y que la beldad del rostro
La del corazón refleja.

29 Abril 1874.

Mas nunca se satisface
Quien sigue una pura idea;
Si una perfección descubre
Otra perfección anhela:
«Si es como la luz benigna,
Y como la aurora bella,
¿Será también, me decía,
Al par que hermosa hechicera?
¿Como las pintadas aves
Cantará su arpada lengua
Las maravillas del alba
Y el dulce amor de las selvas?
Y cuando así discurría
Mi confusa mente inquieta,
Llegaron á mis oidos
Los ecos de tus endechas.
¡Ingenio también! ¿Qué falta

A tu poder, Micaela,
Si al encanto de las gracias
Juntas el de las pimpleas?
¡Belleza, bondad, ingenio!
Bendita la Providencia
Que así tu sér perfecciona,
Que así sus obras completa.
Belleza, deidad del mundo:
Ingenio, que Dios dispensa:
Y bondad, mística escala
Que une el cielo con la tierra.
...La tierra... que ya dispone
A mí la mansión postrera;
Lecho que el placer no mancha
Ni la ingratitud acecha.
En él la ambición no arrulla,
Ni con el amor se sueña,
Ni el desengaño importuno
Siempre á deshora despierta.
Tú si algún dia pasares
Junto á mi pobre huesa
No de tu preclaro ingenio
Deshojes flores sobre ella.
Mas llama á tu linda Blanca
Hoy capullo de inocencia,
Entonces fruto y corona
De tu ingenio y tu belleza:
Que tu corazón hechiza,
Que tu espíritu embelesa,

Que tus triunfos continua,
Y tu hermosura compendia,
  Llámala y sobre mi fosa
Su cándida frente besa
Y dile en memoria mia
Una palabra siquiera.

13 Julio 1874.

TODOS HERMANOS.

  Vuela la infausta noticia
No vuela... que por el rayo
El pueblo feliz del Sena
Oye de Murcia el extrago.
  ¡Murcia inundada! De Lorca
Ya sumergidos los barrios;
Los vergeles de Orihuela
Bajo mortífero lago.
  Y en Guardamar el Segura
Arroja al Mediterráneo
De pueblos que ya no existen
Cadáveres y ganados.
  Una dama, una española,
Anuncia el tremendo caso,
Y á los nobles corazones
Tiende la piadosa mano.
  Todos la atienden y ayudan
Almacenes y teatros,
Tiendas, círculos y templos
Y Cámaras y Palacios.
  De la Francesa República
El supremo Magistrado,
Y el que bajo blusa humilde

Se presume soberano.
La que de Isabel y Juana
El regio trono ha ocupado,
Y los que el pan de sus hijos
Ganan quizás á pedazos.
Los que en púrpura romana
Ornan su cabello blanco,
Y los que con gorro frigio
Andan contentos y ufanos.
Los artistas, los banqueros,
Los Duques y los lacayos,
Monjas, damas, cortesanas,
Mariscales y soldados.
Todos quieren dar, que todos
Movidos del entusiasmo,
Sienten que no hay Pirineos
Entre dos pueblos hermanos.
Allá el egregio Lesseps
Emprendedor como sabio,
Que ayer juntara el mar Rojo
Con el piélago egypciano,
Llama á docta conferencia,
Demuestra facil y claro
Que es posible y que es glorioso
Unir los dos océanos.
Recuerda á Vasco Balboa,
Habla del tercero Carlos,
Y en pró de sus descendientes
Implora al concurso hidalgo.

¿Ni que diré de la prensa
Dispensadora de aplausos?
Bien que rota en mil partidos
Ardientes y encarnizados
Hasta sus propias querellas
Sacrifica en holocausto
De caridad; y proyecta
Encantadores milagros.
Todo lo explica elocuente
Un ministro del Santuario
Que en la Cátedra Sagrada
De aquesta manera ha hablado:
«Dios á todos, hijos mios,
»Nos hizo del mismo barro,
»En la forma diferentes,
»En lo quebradizo, hermanos.
»¿Qué es la forma y la belleza,
»Sino vestido prestado
»Que la ancianidad deslustra
»Y que acaban los gusanos?
»¿Qué es la gloria y la nobleza?
»Como la voz... ruido vago
»Que producido en el valle
»Ni áun se percibe en el alto.
»¿Y el oro? Caudal de arena
»Que da redito en cuidados,
»Quien más miserias socorre
»Sabe mejor emplearlo.
»Dad... no preguntéis á quién

»Así como desbordado
»El Segura iguala á todos,
»Al niño como al anciano,
»A la bella y al deforme,
»Al debil como al gallardo;
»Sea vuestro donativo,
»Ciego, impetuoso, bizarro.
»Bien entendéis el lenguaje
»Con que os lo piden... el llanto,
»Lengua que desde la cuna
«Todos los hombres hablamos.
»¿Quién se llama aquí extranjero?
»Ninguno. Yo lo proclamo;
»Todos de Dios somos hijos,
»Todos en dolor hermanos.

París, Noviembre 1879.

REGALO DE FLORES Y FRUTOS.

Esas flores y esos frutos
Que en nuestras playas de Oriente
Regó la dulce corriente
Del manso Guadalaviar
Son de cariño tributos
Nacido casi en la cuna,
Que buena ó mala fortuna
No ha conseguido mudar.
No vieron la regia orilla
Que el Tajo opulento baña,
Ni de la corte de España
El magnífico esplendor:
Mas del trono de Castilla
Tampoco la desventura,
Ni ha pisado planta impura
Su fructífero verdor.
Por eso yo de esas flores
Precio más el grato aroma,
Más la púrpura que asoma,
Entre las hojas tal vez,
Que no los regios favores
Que me ensalcen y confundan,
Ni los bordados que abundan

En las calles de Aranjuez.
Engalana, el noble pecho
Clavel de variada tinta,
Muy más que comprada cinta
El villano corazón.
Y el que de sí satisfecho
Alza erguida la cabeza,
Menos mira la riqueza
Que el santo orígen del dón.
Este aunque humilde, señora,
Admítelo por mi vida
Tú, mil veces ofendida
De altanera ingratitud.
Ojalá pruebes ahora
Que si hay rencor que te vende,
Hay amistad que se extiende
De la cuna al ataud.

EN EL ALBUM DE VIRGINIA,

Á QUIEN NO CONOCÍA

MÁS QUE POR LA FAMA DE SUS VIRTUDES.

Ese sol, rey de los astros,
Vida y ornato del orbe,
Virginia, no todos aman,
Porque no todos conocen.
Tal vez el ciego infelice,
Que jime en eterna noche,
Se finge para adorarlo
Quiméricas ilusiones.
La memoria de sus gustos
Su pecho ansioso recorre:
Ora al aroma de incienso,
Ora al aura de las flores,
Ora al zumbido del trueno,
Ora á los mágicos sones
De la inmensa catarata
Que se derrumba en los montes
Lo compara, allá en su mente
Juntando ideas discordes.
«¿Es la luz el armonía?
»¿Son aromas los colores?

»Ver ¿es tocar desde lejos?
»Ó dan los objetos voces
»Y está escondido en la vista
»Un eco que les responde?»
Dice; mas cuando los rayos
Bañan sus mustias facciones
de tibia luz, su ignorancia
Y su impotencia le absorben.
Siente el benéfico influjo
Que dentro sus venas corre,
Y bendice á Dios, que es solo
Oculto sol de los hombres.
Yo así, pues nunca te he visto,
No canto tus perfecciones:
Bella te presumo, y siento
De tu virtud los favores,
Consagrándola rendido
Tributo digno, aunque pobre,
En estos versos, que humildes
Ante tus plantas se ponen.

PARA EL ALBUM DE ROSAURA

EN QUE HABÍAN ESCRITO MUCHOS QUE LUÉGO EN LA GUERRA CIVIL FUERON ENEMIGOS.

Por necio quizá me tienes,
Rosaura, porque mi lengua,
Siendo tu donaire tanto,
Á celebrarlo no acierta.
Cuando tributo le rinden
Las cítaras halagüeñas,
Y los discretos pinceles
Digno homenaje le prestan,
Bien se puede llamar necio
Quien dentro el pecho no sienta
Codicia de los laureles
Que con tu mano dispensas.
Yo la sentí, arrebatado
Á su mágica influencia,
Quise escribir, y este libro
Heló mi sangre en las venas.
Mil veces ante mis ojos
Ví sus páginas abiertas,
Y otras mil veces el llanto
Borró, señora, las letras.

Pues bien; que con él se tracen!;
Que, puesto que eres discreta,
Quien con lágrimas escribe
Á tu corazón se acerca.
Lágrimas, perlas del alma!
Yo no trocara una de ellas
Por cien sonrisas falaces,
Por mil carcajadas necias.
También yo reí, señora,
Y en la frondosa ribera
Que el Tajo baña orgulloso
Dije alegres cantinelas.
Pasaron como sus ondas,
Y tornarán cuando aquellas
Desde el fiero mar de Atlante
Hacia Castilla se vuelvan.
Que entonces digno palenque
Fué de la noble contienda
El album de las hermosas,
Y fué premio su indulgencia.
Hoy en los campos de España
Ruge mortífera guerra,
Y el laurel que en ellos crece,
Con propia sangre se riega.
El músico enamorado,
Que, por ver tu gentileza,
En leves danzas un dia
Hizo resonar su avena,
Hoy en los Cántabros montes

Pesada lanza blandea,
Y el llanto de cien matronas
En cada golpe acrecienta.
El que rival de esa dicha
Dulces versos escribiera,
Por conseguir de tu mano
Pura y fragante violeta,
¡Hoy á su amigo iracundo
Busca en las filas opuestas,
Y del lauro ensangrentado
Envidia la recompensa.
¡Ay! el que diga canciones
En medio á tantas miserias,
Nerón será, que cantaba
Mirando á Roma en pavesas.
¿Lo ves? Al vate afligido
Ningun canto le consuela;
Que al pulsar trémulo el arpa,
Saltan gimiendo las cuerdas.

Silencio, pues, hasta el dia
Que tras la horrible tormenta,
Brille en el cielo sereno
Clara y pacífica estrella.
Entonces diré tus gracias,
Ya que adorarlas no pueda,
Y haré de amistad alarde,
Si amor me concede treguas.
Diré el hechizo divino

Que puso naturaleza
En tus palabras, que en vano
Encontrarán resistencia.
  Diré el sublime talento
Que en tus ojos centellea,
Y al ver tu nombre en mis versos
Me envidiarán los poetas.
  Mas deja, Rosaura, en tanto
Que se mitiguen mis penas,
Y el silencio cicatrice
Tantas heridas abiertas.

EN UN ALBUM.

QUINTILLAS.

  Si yo fuera trovador,
Si yo tuviera una lira,
Si ese genio creador
Que á los poetas inspira
Me hubiera dado el Señor;
  Si yo pudiera legar
En mis cantares seguros
Mil nombres que celebrar
Á pueblos que han de llegar
Allá en los siglos futuros;
  Tu gentileza cantara
Y tu donoso atractivo,
Y el mundo que me envidiara
Tu cantor me proclamara,
Puesto que no tu cautivo.
  Y así recompensa pura
Tuviera; que la memoria
En pos de la tumba oscura
Vale menos que la gloria
De celebrar tu hermosura.
  Por retratar lucharía

De tus ojos la viveza:
Que los anima, diría,
La luz que naturaleza
Dió al tostado Mediodía.
  Y de mi mente cansada
Fuera dulce galardón,
Más que la fama anhelada,
El verte honrar mi canción
Con halagüeña mirada.
  Y tranquilo y satisfecho
De poner mi nombre aquí,
No con necio frenesí,
Por imprimirlo en tu pecho
Diera la paz que perdí.
  Fama por fama tornar
Bien puedes al trovador;
Mas ¡guay si se atreve á amar!;
Porque en premio de su amor
El tuyo no le has de dar.

ROMANCES JOCOSOS.

LOS
INCONVENIENTES DE LA POESÍA.

Á FERNANDO.

ROMANCE BURLESCO.

¡Versos, Fernando! ¿Estás loco?
¿Tú versos? ¡Haya tal tema!
¿Versos, tú? ¡Por vida mía,
Que has perdido la cabeza!
Tú, que no eres maldiciente,
Pedante, ni mala lengua,
¿Quiéres pasar en el dia
Sin más ni más por poeta?
Mas ya, querido, lo entiendo;
La gloria acaso te ciega,
Y quieres cojer el lauro
Que el alto Pindo sustenta.
Pues escucha en confianza
Los trabajos que te esperan,
Y si, á pesar de ellos, sigues,
¡Bien!, allá te las avengas.
Pasarás tres malas noches

Chamuscándote las cejas,
Por componer, supongamos,
Media docena de endechas.
Concluíste: ¡lindamente!
Al momento las presentas,
Por ver si el público justo
Las aplaude ó las tolera.
Y luégo querrá copiarlas
Uno de esos que te cercan,
Parásitos por oficio,
Aduladores postemas.
Las añadirá al cuaderno
Donde junta la cosecha
De coplillas insolentes
Y de adivinajas necias,
En pésima ortografía,
En incomprensible letra,
Añadiendo mil erratas
Que ni tú dices, ni sueñas:
Las leerá á sus amigotes
Entre vasos de cerveza,
No sé si para elogiarlas
Ó si para escarnecerlas.
El uno grita riyendo:
«¡Qué necedad! ¡Qué simpleza!
»En donde está Victor Hugo,
»Callen todos los poetas.»
—«¡Pues ya se ve,»—clama el otro
Apurando la botella!

»Si Fernando sólo ha visto
»Á Garcilaso y á Herrera,
»¿Cómo ha de escribir?; ni ¿cómo
»Puede decir cosa buena?
»Si no concurre á los bailes,
«Ni va al café, ni corteja,
»Ni habla francés, ni murmura,
»Ni del gran Dumas se acuerda,
»Cuanto invente será rancio,
»Del tiempo de Don Fruela.»
—«Vaya, calla,» dice el otro,
«Calla por Dios, y no leas;»
Y luégo de un manotazo
Da con tus versos en tierra.
«Vale más aquello de.....»
Y se levanta y espeta
Con desapacible tono
Un retazo de tragedia.
Empero Don Bonifacio,
Que de crítico se precia,
Los guardará en el bolsillo;
Y no porque los entienda;
Mas por llevarlos de noche
Á casa de Doña Tecla,
Y dar en la tal tertulia
Pruebas de su inteligencia.
Y los llevó con efecto.
Fernando, por Dios paciencia,
Pues temo que no te baste

Toda la de Job entera.
Ya monta los anteojos,
Al candelero se acerca,
Ya saca el papel, ¡ay triste!,
Ya la lectura comienza.
No sabré contar, amigo,
Ni están sujetos á cuenta,
Los defectos que aparecen
En la salmodia funesta.
Ni acentuación, ni armonía,
Ni sentido, ni cadencia,
Ni aquello es verso, ni prosa,
Ni nada que lo parezca.
En tanto las señoritas
Con sus amantes la pelan;
Que del general silencio
Solícitos se aprovechan.
Don Cleofás mira los cuadros,
Don Cirilo se pasea,
Doña Patricia murmura
Y Doña Blanca bosteza,
Y el jugador Don Tiburcio
De tu inspiración reniega,
Porque un solo con estuches
Se lo dejaron en puesta.
Pero el lector furibundo
Sigue leyéndote á ciegas,
Aquí tropiezo, allá caigo,
Hasta rematar la fiesta.

Aunque ninguno ha escuchado
Tus malogradas endechas,
No juzgues tú que por eso
Te librarás de la felpa.
Como no muerdes á nadie,
Te criticarán las feas,
Y como no las adulas,
No agradarás á las bellas.
Otros mil inconvenientes
Las Musas consigo llevan,
Que yo los conozco tarde
Por mi malhadada estrella.
Tendrás que hacer mil versillos
Por Pascua y Carnestolendas,
Bríndis, charadas, enigmas,
Pésames y enhorabuenas.
Petra, la septuagenaria,
Con cuidado te encomienda
Que celebres sus natales,
Y que no la llames vieja.
Rita, que con su canticio
Á los ratones ahuyenta,
Pretende que la traduzcas
Un duo de la *Straniera*.
Ana, viuda cinco veces,
Se quiere casar la sexta,
Y reclama epitalamio
Como si fuese doncella.
De cuantas obras insulsas,

Ó maldicientes, ó necias,
En ese pueblo salieren,
Te colgarán la venera.
  Cuando tengas un amigo
Querrá, ¡locura funesta!
Que, aunque tú no la conozcas,
Celebres su Dulcinea.
  Á la tuya (si en el mundo
Hay quien ame á los poetas)
Aunque escribas más que Lope,
No la verás satisfecha.
  Versos cuando vaya al campo,
Versos querrá cuando vuelva,
Versos á los celos, versos
Á las dudas, á las quejas.
  Á su amorosa mirada,
Á su sonrisa halagüeña,
Al espléndido banquete,
Á la campestre merienda,
  Al llanto, al baile, á los baños,
Al desdén, á la terneza;
Versos si pare la gata,
Versos si el loro pelecha.
  Fernando, de tantos males
Saco yo por consecuencia;
Que dejes arrepentido
Esa temeraria empresa.
  Y, más cauto en adelante,
Evites á buena cuenta

Cual tentación de Patillas
El soplo de las Pimpleas;
  Y si de escribir el flujo
En algún caso te aprieta,
Te pongas á pendolista
Ó á traductor de novelas.

1830.

AL SEÑOR DON MANUEL BRETÓN

DE LOS HERREROS.

ROMANCE.

Ya, Bretón, que llega el tiempo
En que los soles de Junio
Atestan de cortesanos
Las góndolas y faluchos;
Nube de insectos que extiende
Con su instinto vagabundo
De la corruptora corte
El pestilencial influjo;
Porque, cual dijiste antaño,
Es tan versátil el gusto,
Que nadie está bien hoy dia
Allí en donde Dios le puso 105.
Habré yo, mal que me pese,
De seguir también el rumbo,
No sin rendir á tu esposa
Antes de amistad el culto.
De amistad...; gloria no puede
Brindar el canto importuno
Á la que al moderno Lope
Da con su cariño impulso.

La diré cual es mi afecto
Sencillo constante y puro,
Desque la ví en los altares
Uncida contigo al yugo...
Pero no; que estoy de prisa
Cerrando cofres y bultos,
Y á propósito de uncidos,
Lo están al coche los mulos.
Adios; que pasan la lista.
En mi nicho me encapullo,
Mientras arriba en la vaca
Se aperciben los trabucos.
Ya el zagal con mano airada
Restaña el látigo agudo.
¡Adios, Bretón, agur, corte!...
¡Ea, Norma..., arre, Nabuco!...
Mas si *me voy de Madrid* [106]
Y de las *Marcelas* [107] huyo,
No han de veranear conmigo
Don Esteban, Don Abundio [108],
Ni Macaria, ni Balbino [109].
Ni áun el célebre Don Frutos [110];
Que en los lugares pequeños
Ó me embrutezco, ó me aburro;
Y aunque viajando de noche
No ganamos para sustos [111],
Del primer tirón me planto
De Zaragoza en los muros.
¡Salud, ciudad invencible,

Á quien da el Ebro tributo,
Acatando de María
El templo de marmol duro,
Y salve á ti, Virgen Santa,
De España norte y escudo,
Numen de Reyes y pueblos,
Libertadora del mundo!
Tú del buen Iñigo Arista
Armastes el pecho rudo;
Tú inspirastes á Lanuza,
Y obra fué del brazo tuyo
Que aquel tirano arrogante,
Que ferrea cadena impuso
Desde el Nilo al Berezina
Y desde el Tajo al Danubio,
Tropezando en los escombros
De Numancia y de Sagunto,
Viera en tu Pilar deshecho
El coloso de su orgullo.
Entonces cabe tus aras
Pobre soldado [112] y oscuro
El que hoy reina en nuestra escena
La tímida huella puso,
Y bien que en su noble pecho
Hirviera el estro fecundo,
Ni osó de la corva lira
Pulsar los dulces preludios.
Mas no estará el ancho Coso
De otra heróica sangre enjuto,

Cuando ese tímido joven
Será ya gigante adulto.
  En fulgores de su ingenio
Sabrá convertir el humo,
Y entre las teas civiles
Resplandecerán sus triunfos.
  Su genio, festivo siempre,
También llorará, y es justo;
Que no hay penas en el pecho
Cuando en el rostro no hay luto [113].
  Sí, Bretón; y aunque tiranos
Te aprisionen de consuno
El arte, el metro, la rima,
Tú quiebras jovial sus nudos;
  Bien como allá en el Moncayo
Torrente caudal, robusto,
Cuanto más áspera margen
Le sale á estorbar el curso,
  Más potente se derrumba,
Más adorna los arbustos
Con diamantes que atestiguan
De sus cascadas el lujo.
  Mas ya que de agua se trata,
Sigo mi viaje, y al uso,
El canal de Pignatelli
En plácida noche subo.
  Luégo en los valles navarros
Veré los dorados surcos
Y de *Pascual* y *Fermina* [114]

El apacible tugurio.
  Y cuando el león su guedeja
Tienda en las mieses de Julio,
Allá en las cántabras playas
Contaré los haces rubios,
  Ó bogando mansamente
Por el dormido Neptuno
Oiré de tu *Batelera* [115]
Los sazonados discursos.
  Luégo en el ancho entrepuente
Del igneo bajel trisulco,
De Pelayo y Jovellanos
Estaré en la patria surto.
  ¡Salud, astures montañas,
De la libertad refugio,
Ya contra el déspota alarbe,
Ya contra el privado iluso!
  ¡Plegue al cielo que el tesoro,
Grato á Vulcano y á Pluto,
Que vuestros antros encierran
Lleve en sus alas Mercurio!
  En tanto veré á *Toribio* [116]
Que sin *andarse en repulgos*,
Tiene ya con su *Lorenza*
De Pelayos un diluvio.
  Y adios; que del Santo Apóstol
Quiero adorar el sepulcro,
Y dar á los ferrolenses
De mi gratitud tributo.

Allí su callosa diestra
Me ofrece el obrero adusto,
Porque de sudor bañado
Dar pan á sus hijos pudo [117].
Calafates, y aun marinos,
Hallar por allí presumo,
Mejores que los que aquende
Siguen del favor el rumbo.
Acá se están al socaire
Los que antes himnos y duos
Me cantaban. «Sin tu esfuerzo
»Criaran los diques juncos,»
Decian: «No es ser Ministro
»Sinónimo de ser buzo:
»Por ti, nuestros arsenales
»Miran ya seis buques juntos.
»Por ti, vuelve nuestra enseña
»A los mares de Acapulco [118];
»Sin ti, los heroes de Cuba
»Aún estuvieran inultos;
»Y quizás fuera la Habana
»Tan de España como el Cuzco,
»Y López diera á los Yankis
»Sus ingenios y sus puros [119];
»Que, á no temer los piratas
»De tus bajeles el tufo,
»Chuparan como langostas
»De la dulce caña el jugo.
»El Dato rapaz viniera

»A hacer á Manila insultos [120];
»Que los pancos no se apresan
»Con canoas de bejuco;
»Y aun el Vicario de Cristo
»Pidiera en vano recursos
»Al pabellón que en Lepanto
»Libró á la Europa del turco.» [121]
Así hablaban, y añadían
Que Colbert, Cromwell y Julio,
Alberoni, y Ensenada,
Y Patiño y otros muchos,
Bien que en la náutica legos
Dieron á la armada impulso,
Tornando en cetro del orbe
El tridente de Neptuno.
Pues bien, los que así pensaban
Hora esquivan mi saludo,
Y me tachan de profano
Y llaman mi celo absurdo,
Probando, Bretón amigo,
Lo que ya probó *Don Rufo*,
Que por mar como por tierra
Todo es farsa en este mundo [122].
Mas no por eso presumas
Que mis errores disculpo.
Falible soy, y en mí mismo
Llevo mi *enemigo oculto* [123].
Pero si en cualquiera parte
Con sus arrebatos lucho,

Y ni á sus tiros me escondo,
Ni de sus combates huyo;
Porque él y tus personajes
Y los calores de Julio
Donde haya humana flaqueza
Los he de encontrar de juro;
Digo que vuelvo á mi casa,
Aunque sin pasar por Burgos;
Que allí está *Don Celedonio* [124],
Y á su hospedaje renuncio.
En posta *Á Madrid me vuelvo* [125],
Á abrazar á mis tertulios,
Y á descifrar á tu esposa
Este romanzón difuso.

Junio de 1852.

AGUINALDO POÉTICO.

REDONDILLAS.

Pues amarga la verdad,
Quede para el Viernes Santo;
Dulces mentiras en tanto
Requiere la Navidad.
Y en paga, voto á Reinaldos
De tu queso del Cebrero,
Unos versos darte quiero
Flor y nata de aguinaldos.
Mas para dar mejor traza
Á mi ofrenda de ese modo,
Paréceme que ante todo
Reconozcamos la plaza.
Ello, hay aprestos guerreros
Por todos los callejones;
Por éste los salchichones,
Por esotro los morteros;
Y por dar á los reales
Del enemigo cuidado,
En Santa Cruz avanzado
Un centenar de atabales.
Y en fin, entre municiones

Que la España nos envía,
El batallón de pavía
Y los galos por legiones.
Mas paso á las golosinas;
Que no ha de amar tu hermosura
Á quien venga con pavura
Y se trate con gallinas.
Allí hay tortas de Morón
Y bizcochos de Monforte,
Y, cual favores de corte,
Vanas roscas de Aragón.
Y duro calabazate,
Y tiernos panes de boda...
Mas ya pasaron de moda
Los frailes y el chocolate.
En cas de un moro rehacio
Que aguarda á ver el Mesías,
Vi entre lindas chucherías
Dátiles como el topacio,
Secos higos de Corfú,
Leves pasas de Corinto,
Y de clavo y terebinto
Aromático alajú.
Mas, por vida de mi abuelo,
¡Mal año para Mahoma!
¿No me convida á que coma
Laura tocino del cielo?
La boca se me hace miel;
Mas dí: ¿no parece mal

Juntar mi afecto leal
Con manjares del infiel?
Buen provecho hagan al moro
Sus datiles tunecíes;
Que granadas de rubíes
Yo tengo, y naranjas de oro,
Y arregladas con primor
Que envidiará la colmena,
Uvas como la azucena
De trasparente color;
Tarros de miel hasta el tope,
Y otra en el albo panal,
Y cual nítido cristal
Nueva conserva de arrope;
Leche de blancura tanta
De las Navas del Marqués,
Que sin mentir digo que es
Comparable á tu garganta.
No temas la indigestión;
Que hay apio allí ternezuelo,
Y cual témpanos de hielo
Claros gajos de acitrón.
Mas no me atrevo en rigor
A mandarte dulce alguno;
Que harto moscón importuno
Te zumba ya en derredor.
Demás que si dadivoso
En dulces me despilfarro,
Temo pasar de bizarro

Y dar en empalagoso.
Ni te han de hacer más gentíl
Todas las frutas de España,
Todo el azucar de caña,
Todo el oro del Brasíl.
Darte piñas del Perú
Y rosas fuera gran lujo;
Mas Diciembre no produjo
Rosa alguna sinó tú.
Para templar el acibar
De tus desdenes, señora,
Pretendí ofrecerte ahora
Unos tarrillos de almibar;
Pero dije cuando ví
Tus rizos, ¡linda ocurrencia!
No aderezan en Valencia
Cabellos de angel así.
Ni te brindo la granada
De la ribera del Júcar,
Al vigor de rojo azucar
Por mil partes desgajada;
Que si á risa te provoca
El ver mi pobre tributo,
Tendrá vergüenza mi fruto
De competir con tu boca.
Que no te alabo confieso
Tus ojos que el alma hieren;
Que en Pascua sólo se quieren
Buenos ojos en el queso.

Y no comparo su luz
Con astros del firmamento,
Porque hay tanto nacimiento
Desastrado en Santa Cruz,
Que temo que á mis halagos
Sobrado credito den,
Y los cuelguen en Belén
Sobre los tres Reyes Magos;
Pero en cambio en redondillas
Te mandaré miel hiblea,
Que hace papel de jalea,
Y sorianas mantequillas;
Y más gordo que un capón,
(Perdona que así lo alabe)
Un ave fénix, que es ave
Con que se hace colación.
Y áun la acompañe tal vez
Puro néctar de aretusa;
Que no se alegra mi musa
Con el rancio de Jerez;
Y para darte un galán
Que no pierda luégo el seso,
Uno á Toledo ex-profeso
Encargué de mazapán.
Colmando en fin mi agasajo
Van, por nueces y avellanas,
Coplas que por casquivanas
Te servirán de cascajo,
Y un melífluo corazón

Que de ser firme blasona,
Porque de encargo en Jijona
Me lo han hecho de turrón.
Que si amarga la verdad,
Quede para Viernes Santo;
Vengan mentiras en tanto
Por dulces de Navidad.

Madrid 24 de Diciembre de 1840.

A LA SEÑORA.....

QUE ME MANDÓ DE REGALO UN PERRILLO DE BRONCE PARA SUJETAR MIS PAPELES.

Recibí, señora mia,
Por regalo vuestro un can,
No quise decir un perro
Porque no os parezca mal.
¿Tan ciego juzgais mi amor,
Que ya en santa caridad
Le dais de limosna un gozque
Que le ayude á mendigar?
Es cierto que le cegaron
Los rayos de esa beldad,
Digno castigo, aunque largo,
Para crímen tan fugaz.
De entonces anda en tinieblas,
Pero atinado, pues da
Más palos que resbalones
Y más risa que pesar.
Ajustó al viejo escarmiento
Por lazarillo el rapaz,
Y, calle del Desengaño,
Se desgañita á cantar.
Pues si á mi amor no le sirve,

¿Qué hará ese pobre animal
En cas de un poeta andante
Sin ganados ni heredad?
Tal vez viste en Helicona
Un alígero alazán,
Paciendo grama y claveles
En su ribera feraz;
Pero no verás podencos
Abrevarse en su cristal,
Porque el mirto y los laureles
No dan *suprême de volaille.*
Su solo esquilmo son versos,
Fruto entre pasa y agráz,
De algún ratón erudito
Apetitoso manjar.
El ratón es para el gato
Soberbio ojeo cerval,
Y el gato para el poeta
Hojaldre de Navidad.
No se envanezca el prosista;
Que si él es hijo de Adán,
Comerá mal que le pese,
Gato por liebre y áun más.
Diz que la raza canina
Desde el Edén terrenal
Comunicó á los poetas
Hambre y rabia contumaz;
Y como, andando los tiempos,
Los ven en el muladar

Del mundo buscar los trapos
De la pobre humanidad,
Con que fabrican papeles
Que estima el vulgo mordaz,
Como traperos de vicios
Los persigue en ronco ahullar.
Mas pues vos queréis, señora,
Que haga yo con todos paz,
Venga en buen hora el legado
De esa perruna hermandad.
Venga el lebrel, aunque tenga
Las entrañas de metal,
Que yo le estimo y le quiero
Porque *bien quiero á Beltrán.*
Mas decid cómo se llama;
Que no lo reza el collar,
Ni responde á nombre alguno,
Y aunque le cuadre el de leal.
El dar nombres de personas
Fuera gentil impiedad,
Y yo sé que de él se precia
Más de un rendido galán.
Decidme á más qué he de darle
Para comer y cenar;
Que avezado á vuestros dulces,
Se hará de bronce á mi pan.
Él no podrá hincar el diente
Á Terencio y Juvenal,
Y darme yo propio á perros

Fuera suicida crueldad.
Y aunque bien pudiera echarle,
Como cordilla letal,
Juramentos y esperanzas
Que se van maniendo ya;
Sospecho que es perro viejo,
Que no hay tus, tus, y quizás
Me diga: «Con ese hueso
»A otro cachorro, arre allá!»
Me pedís que lo conserve
Por su gran fidelidad:
Lo de perro y lo de fiel
No sé como conciliar.
Perro llaman en mi tierra
Al que adora el Alcorán;
Lo fidelísimo dicen
Sólo al Rey de Portugal.
Para guardar vuestras cartas
Decís que me servirá.
¿Son del Averno, que buscan
Un cerbero por guardián?
Bien entiendo que recatan
Más de un tormento infernal,
Un áspid en cada letra,
En cada línea un dogal.
Cubiertas de eterno hielo
Nutren eterno volcán;
Hijas son de la mentira,
Madres de llanto y pesar.

Decís que amais este llanto
Porque á mí me place; ya!...
«Pero en cojera de perro...»
Concluidme vos el refrán,
Pues yo concluyo el romance;
Que á la luna no hay ladrar,
Y porque quien mucho ladra
No muerde mucho. Además,
Tener perro es tener asma,
Ser perro, ser musulmán,
Dar un perro es villanía
Y darse á perros crueldad.
Otro cante perrerías;
Que no me quiero aperrear,
Ni á ser perro de hortelano
Me inclina mi voluntad.
No os remito afecto alguno
Por tenerlo catarral
En la cama en que os escribo.
Hoy once. Agur y mandad.

LAS CHARADAS EN ACCIÓN.

REDONDILLAS.

¿Preguntas, Justina amada,
En fé de que eres curiosa,
Qué prodigio ó quisicosa
Viene á ser una charada:
Item; porque mi razón
Más se aturda y se complique,
Quiéres también que te explique
Las charadas en acción?
Es ella una voz formada
Con su sentido cabal:
Yo conozco algún mortal
Que no puede ser charada.
Amén de eso, pésia al diablo!
Hecho trozos y partido,
Ha de hacer también sentido
El maldecido vocablo.
Que ello ha de ser de manera
Que tengan, y este es el arte,
Un sentido cada parte
Y otro la palabra entera.

De modo que, bien mirada
Su condición desigual,
Conozco alguna mortal
Que es una pura charada.
Un ejemplo te pondré
Para que me entiendas luégo,
Porque el amor y este juego
Requieren muy buena fé.
Mi primera el arte empieza
Y el abecedario funda,
Y se encuentra mi segunda
En todo pan con corteza.
No hay, pues, para qué te diga
Mi charada de otro modo,
Viniendo tú á ser mi todo
Con dulce nombre de *a-miga*.
Pues ya que hemos definido
Tan bien el punto á mi ver,
Que mejor lo ha de entender
Que el sabio, el agradecido,
Sabrás, mi bella Justina,
Que el juego á más se propone
Con un bando que propone
Y otro bando que adivina.
Y la razón es muy llana:
Así se guarda el secreto,
Y se goza por completo
La libertad cortesana.
Y áun su reflexión moral

Se puede de ello inferir;
Que en el mundo hace reir
Por su turno cada cual.
Y aunque mezclados y errantes
Anden siervos y señores,
Todos son espectadores
Á su vez y comediantes.
Pues, sus! al arma, partidos!
Cada cual mire á su juego.
Por mi parte, me segrego,
Del bando de los maridos;
Que yo descifro mejor
Los arcanos de las bellas,
Cuando en cambio pueden ellas
Descifrar el de mi amor.
No te enfades: tu galán
Á ninguna habla al oido,
Hasta que está convenido
El bien concertado plan.
Hecha entre ellas la elección,
Y la charada propuesta,
Es lo mejor de la fiesta
El llevarla á ejecución;
Que es al cabo un entremés
Cada parte del vocablo,
Y hacen un vivo retablo
Del todo junto después.
Mas ¿quién lo puede aceptar?
¿Quién su sentido penetra,

Si hacen por sola una letra
La cena de Baltasar?
  Por una sílaba un dia
Se armó un juego de pelota,
Y por yo no sé cuál nota.
Se tocó una sinfonía.
  Así la jarana dura
Enterita una velada,
Y se saca á la colada
La fábula y la escritura.
  Mas como no están á mano
Ni la púrpura sidonia,
Ni el oro de Babilonia,
Ni el ancho circo romano,
  Es de ver la sarracina,
El rebato y confusión
Que hay del guarnés al salón,
Del *boudoir* á la cocina.
  Frenos, cortinas, felpudos,
Chales, vasos, cintas, velas,
Puñales, blondas, espuelas,
Pucheros, cascos, escudos,
  Todo sirve de trofeo;
No hay en la casa rincón
Que en esta fiera invasión
Se liberte del saqueo.
  Y junta ya buena dosis
De ropaje y de embolismo,
Ni Dante, ni Ovidio mismo

Sueña tal metamorfósis
  Vieras de Otelo la furia
Con puñal albacetano,
Con *paletó* á Coriolano,
Y con rizos á Veturia.
  Subido en un velador,
Que no se estremece al peso,
Un cupidillo travieso
Nos está incitando amor.
  Entre lindos bucles de oro
Luce la ebúrnea garganta,
Y como incienso á su planta
Sube abrasado un *te adoro*;
  Y aunque su gracia y su sal
Le puede servir de arpón,
Lleva por dardo un bastón
De teniente general.
  ¿Que es ver de Venus ciprina
El mirar ardiente y bello?
Bajo del nevado cuello...
Mal haya la muselina!
  Ni del brazo albo y desnudo
Pasará mi descripción;
Que una nube de crespón
La cubre hasta el pié menudo.
  Por mi fé, que de las aguas
La alegre diosa hechicera
No se sabe que trujera
Calcetas, ligas y enaguas;

Y áun así la áurica poma
Del frigio pastor requiere,
Y Paris cede; que infiere
Lo demás por lo que asoma.
Quede lo profano aquí;
Que la Biblia entra en la sala,
Y con varas de Bengala
El fulgor del Sinaí.
¡Si vieras al fiero Amán,
Que á nadie humilla su frente,
Llevar del diestro á un paciente
Entre jaco y sacristan!...
¡No es bueno que en vez de enojos
Su sonrisa considero!
¡Por vida del Rey Asuero,
Que me enamoran sus ojos!
¿Qué mucho, si es Isabel,
Que los bigotes del persa
Se ha tiznado ¡haya pervesa!
Sobre el labio de clavel?
¿Hay abuso más notorio?
Mas no te asustes, espera;
Que ni en paz dejan siquiera
Las almas del purgatorio.
Allí entre llamas respira
Una sin duda endiosada,
Aunque enciende su mirada
Un infierno en quien la mira.
En el mundano confín

Nunca estampaste tu huella;
Que eres sin duda, alma bella,
El alma de un serafín.
Por eso sin funeral,
Misa, responso ó novena,
Yo sé que saldrás de pena
Por todo este Carnaval.
Mas dí, ¿tu razón entiende
Lo que de aquí se colige?
¿Cómo, si quien lo dirige
Dudo yo si lo comprende?
Pero hay bullas, confusiones,
Tinieblas, zambra, chillidos,
Purgatorio de maridos,
Y gloria de corazones;
Y de esto sólo se trata;
Todo lo demás es menos,
Todos los juegos son buenos
Para rendir á una ingrata.
Esto se alaba por sí,
No es menester alaballo;
Solo una falta le hallo;
El que tú no estés allí.
Confieso que más sencillo
Este juego en ocasiones,
Renueva las creaciones
De Velazquez y Murillo;
Que otras puede la amistad
Compensar á la riqueza,

Como suple la belleza
Áun á la misma verdad;
  Que hermanadas la pintura,
La historia y la poesía,
Dan vuelo á la fantasía,
Y más brillo á la hermosura;
  Y en estas veces contadas
La tal diversión alabo;
Mas vienen á ser al cabo
Excepción de las charadas.
  Trapos, gestos, confusión,
Poca luz, mucha cortina;
Esto es en suma, Justina,
Una charada en acción.

Madrid Enero de 1842.

ROMANCE EN «UI.»

ESTUDIOS DE ASONANCIAS.

  ¿Ves aquel hombre tan tieso,
Tan pomposo y tan inútil,
Que se prensa la cintura
Y se da barniz al cutis?
  Blasona de millonario
Y lo mantiene Gertrudis,
La da de *espíritu fuerte*
Y lleva cien Lignum Crucis.
  Guante azul, gran sortijón
De metal dudoso inductil,
Chalecos mirovolantes,
Bota de charol *in puris*.
  No hay quien le conozca á él
Y él trata á tuti li mundi,
Representa á Pedro el Grande
Y es solo Petrus *in cunctis*.
  Toma el té con las pollitas
De edad inexperta y nubil:
Y cena la holla podrida
De la vieja Cunegundis.

En la Castellana fijo
Pasa las soirées muy útil;
Solo en echando un escote
Hace reverencia y mutis.
Pues este sér tan vistoso,
Tan desocupado y futil,
Es lo que en lengua moderna
Ha dado en llamarse *cursi*.

1860.

ESTUDIO DE ASONANTES EN «OI.»

ROMANCE.

Un romance corto
Me manda hacer Clori,
Item mas lo quiere
De asonante en oi.
Pardiez que entre el pueblo
Que rigió Alberoni,
De tal desinencia
Es corta la dosis.
Y bien que al presente
Mi numen más dócil
Se preste á los cantos
Sin sórdido móvil.
La lengua de Herrera
Es fiera é indócil,
Y no ha de domarse
A coces ni á trompis.
Si en cambio me diera
Su idioma Manzoni,
Monti su coturno,
Su acento Ristori;
Con solo plurales
Llenara mi croquis,
Sin pedir su lira
Á Safo y Sesostris.

Pero, ¡ay! que mal grado
De mi corambobis,
Tengo poco fondo
Tras de tanto frontis.
Y así me contento,
Salvando meliori,
Con poner en verso
Y en letra de tortis,
Que ya que no tengo
Los cofres de Rothschild,
Las flores de Chipre,
Las palmas de Lodi,
Te daré el cariño
De Venus á Adonis,
De Páris á Elena,
De Céfalo á Pocris.
No hay por qué te asustes
Ni me riñas, Flori,
Que así Dios me libre
De mal torti coli,
Como no me ha dado
Corazón tan fósil,
Ni pecho vestido
De pórfido y onix.
Por ende he de amarte
Desiderio amoris
Hasta que me canten
Tristes gori goris.

1860.

INVITACIÓN

Á LA CUARTA NAVIDAD.

ROMANCE.

Es un hecho consumado,
Por no decir uso antiguo,
El juntarse los zagales,
Por no decir los amigos,
En mi choza, donde ensartan
Sonetos y pastelillos,
Ya con la forzada rima,
Ya con el brebaje chino.
Otro sí; cuando la Iglesia
Celebra sagrados himnos
La paz en Belen comprada
Hace diez y nueve siglos,
Nosotros movemos guerra
Al ave tierna del Indo,
Y cánticos entonamos
Al turrón alicantino;
Y en el calor del combate
No aterra al guerrero invicto

Del prisionero Champagne
El espumante estallido.
Tres años ha..... Pero callen
Esos recuerdos impíos,
Que no han dejado en la mente
Ni en el corazón residuos.
Allá donde el Tibre acata
El alcázar de Quirino,
Y en la cátedra de Pedro
Se sienta el noveno Pío,
Cansado llegué; que es largo
Todo extranjero camino:
Y pasmado (¿á quién no pasma
Aquel eterno prodigio?)
Postréme luégo al supremo
Pastor de la grey de Cristo,
Que al ver el llanto en mis ojos
De esta manera me dijo:
«Seas, hijo, bien llegado,
»Y con penas bien venido.
»Si los hombres te hacen guerra,
»La paz del Señor contigo.
»Tu dolor, que bien conozco,
»En Roma hallará su alivio,
»Aquí donde es gozo el llanto
»Y donde es triunfo el martirio.
»Goza en paz, y cuando vuelvas
»Al caro suelo nativo,
»Y al casto hogar y á los brazos

»De tu madre y de tus hijos,
»No busques al Rey de Reyes
»En alcázares altivos;
»Que, como á la cruz aspira,
»En un pesebre ha nacido:
»Ni le persigas trepando
»Por entre peñas y riscos
»Que, teniendo fé, tú propio
»Le adorarás en tu egido:
»Como en Belén, en tu casa
»Te dará paz, hijo mio,
»Si no envuelto entre pañales,
»Oculto en el pan y el vino.
»Misterio cual el de entonces
»Claro al ánimo sencillo,
»Arduo al sabio y al soberbio
»De todo punto escondido.
»Adórale tú, y alcanza
»Que tus preclaros amigos,
»De los frutos de su ingenio
»Le paguen tributo digno.
»Incienso es la poesía;
»Su aroma fragante y pío
»Acepta Dios en el cielo
»Y yo en la tierra bendigo.»
Dócil, pues, á su mandato,
Y ufano del beneficio,
Zagal, para mi pesebre
(Sin malicia) te convido:

Ven, pues, ó con instrumento
Que promueva el regocijo,
Ó ya con alguna ofrenda
Que presentar al Dios niño:
Ni te importe que el tributo
Peque de humilde y mezquino;
Que Dios abate los cedros
Y se place entre tomillos.
¿Quién sabe si de esas flores
Algun ramillete lindo
Será próvido refugio
De la miseria y del frío?
¿Quién sabe si de la prensa
El admirable prestigio
Multiplicará los dones
Que acepte el recién nacido,
Y lo que es hoy pasatiempo
De cuatro ingenios festivos
Será consuelo mañana
De mil pobres huerfanillos?
Ea, pues, mano á la lira,
Buen estro y mejor colmillo,
Y venid calle del Prado,
Víspera del veinte y cinco.

Madrid 1856.

Á LA EXCMA. SEÑORA

CONDESA VIUDA DEL MONTIJO.

Á NOMBRE

DE UNAS SEÑORITAS QUE LEYERON EL SIGUIENTE

ROMANCE.

Aquí nos tienes, condesa,
En comisión ó embajada,
Por otras discretas pollas
Tan bellas como gallardas;
Amables, pues que te imitan,
Y que son al par bizarras,
Lo prueban los corazones
Que han rendido en cien batallas.
Pues todas, pese á sus brios,
Vienen á rendirte parias,
Y de noble bizarría
Te proclaman soberana.
¿Qué fuera Madrid, señora,
Frío como el Guadarrama,
Con estos vientos que corren
Si tu hogar no lo abrigara?

¿Qué fuera el pueblo del Oso
Con barros, nieblas, escarchas,
Córtes, política y crisis
Que infunden nieve á las almas?
Tú has creado un grato ambiente
Donde florecen las plantas
Que de hermosura y donaire
Produce fecunda España.
Allí al suave perfume
Que lleva el soplo del aura,
Los sentidos se embebecen
Y el corazón se embriaga.
Por eso luégo á deshora
En las tinieblas opacas,
Cada cual recuerda en sueños
Los salones de tu casa.
Y su festivo teatro,
Y aquella mágica Alhambra,
Y ve tu dulce sonrisa
Juntarse á sus esperanzas.
Por eso los que tornemos
Á ver la esbelta giralda,
Que entre rosas y azahares
El Bétis undoso baña,
Llevamos de tus favores
Recuerdo fijo en el alma,
Y también el noble orgullo
De tenerte por paisana.
En tanto las que suscriben

Y otras muchas, que no callan,
Te presentan su tributo,
Que siendo suyo es de gracias.
Admítelo tú benigna,
Y si acaso por ser tantas
Te fatigan ó parecen
A tu modestia sobradas,
Alguna al soberbio Sena
Envuelto en suspiros manda,
A la perla del Genil,
Que ocupa el trono de Francia.
Que nuestras gracias admita,
Dile, pues dispensa tantas,
Y que ha lucido la suya
Hasta en los mares del Asia.
Gracia sí: no la olvidamos,
Porque en tus maternas salas
Aún el crepúsculo dura
De la luz con que brillaba.
De su benéfico influjo
Tierna madre, edades largas
Goces, y en la de tus nietos
Mires tu dicha colmada,
En tanto que este romance
Humilde tributo paga
Á tu generoso pecho
De gratitud y alabanza.

1869.

AL EXCMO. SEÑOR

CONDE DE PUÑONROSTRO,

QUE EN EL INVIERNO DE 1872 TUVO LA BONDAD DE ENSEÑAR Á VARIAS DAMAS EL MINUÉ QUE SE BAILÓ EL 10 DE FEBRERO EN CASA DE LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE BAILÉN, Y QUE DESPUÉS LAS VISITÓ DEJÁNDOLES ESCRITA ESTA TARJETA.

«*Conde Puñonrostro*

B. L. P. de la Marquesa de..... y la suplica le perdone cualquiera cosa que, aunque involuntariamente, pueda haberle incomodado durante los ensayos.»

CONTESTACIÓN.

Recibimos, señor Conde,
Vuestra tarjeta anteayer,
Y escrito allí lindamente
Vuestro recado cortés.
Bien demuestra Vuecelencia
Con su atento proceder,
Que es maestro en la hidalguía,
Tanto como en el minué.
Perdón nos demanda á todas;

Señor Conde, no hay de qué,
Que no es falta su paciencia,
Ni es delito su interés.
¿Perdón? Cuando por Vuecencia
Vuelve á reinar la mujer,
Y torna el tiempo de antaño
Serio y galante á la vez.
Tiempo en que al tocar un guante
Se sentía el hombre arder
Y al aire de un abanico
Paraba tímido el pié.
Hoy le damos mano y brazo
Y áun la cintura también,
Sin que el hombre sacrifique
Ni un cigarro ni un *piqué*.
No: que va después del baile
Al club, dejando tras él
Un vestido hecho girones
Y algún corazón tal vez.
Así tras del *cotillón*
Cualquiera dijera que es
Triste campo de batalla
El sitio de la *soirée*.
Allí yacen trenzas, rizos,
Despojos de la altivez,
Y allá una cruz que fué premio
De temerario doncel.
Bandas, arcos y banderas
Y flores sin rosicler

Y bombas que ya estallaron
Hiriendo... Dios sabe á quién,
Y en el alma la tristeza
Y en el corazón la hiel,
Y en el cuerpo la fatiga
Y en la memoria el desdén...
¡Cuánto es mejor, que en la casa
Donde recuerda el pincel
Entre mármoles y bronces
La victoria de Bailén,
Recordemos las victorias
Que contra el sexo cruel
Lograron nuestros abuelos,
Venciéndole en el minué!
Vuecelencia, señor Conde,
Nuestro caudillo ha de ser,
Y á su táctica severa
No hay valedera esquivez.
Mozart nos dará el impulso:
¡Y qué será entonces ver
Formar el cuadro por vernos
Masas de encaje y *glacé*,
Y apiñarse en las entradas,
Y escalar los canapés,
Y rendirse prisioneros
Corazones cien á cien...
Cierto que no cuenta ucencia
La antigüedad del pas pié,
Que el ejército de Vestris

No ha sido el vuestro, Javier;
Que otro baile os enseñaron
Córdova y Carondelet,
Cuando allá en Mendigorría
Luchábais por Isabel.
Mas como de esos milagros
Puede hacer quien quiere bien,
Y aquí enseñará á bailar
Quien allí aprendió á vencer;
Mas como todo trabajo
Merece su justa prez,
Al maestro y al amigo
En pago es bien se le dé
Libranza de gratitud,
Capital cuyo interés
Aquí la amistad abona
Y allá premie Dios. Amén.
Hoy miércoles de Ceniza,
Madrid catorce del mes
De Febrero, año bisiesto
De setenta y dos; después
De tres comedias caseras
Bailes como ciento y diez,
Máscaras, cenas, mazurkas,
Duelos, lluvias y minués.
La Lasala, Filomena,
La Molins, La Martorel,
La Romana, la de Ofalia,
La Baena, La Bailén.

EN UN ALBUM.

CONJETURAS SOBRE SU DUEÑO.

Por conocerte mejor,
Niña, el númen se desvela:
Que uno te llama *gacela*,
Y otro *Arcángel del Señor*.
Este retrato ¿es el tuyo?
¿Es el de *Elisa* tu nombre?
No lo sé; pues no te asombre
Si de esta manera arguyo.
Aún las gacelas devoran
Penas, Elisa, en el suelo;
Pero no tienen consuelo,
Elisa, porque no lloran.
Y si en su amor no se engríen
Las celestes criaturas,
Ni trasmiten sus venturas,
Es, Elisa, que no rien.
Solo á nosotros, Elisa,
Concede el tres veces santo,
Para los males el llanto,
Para los bienes la risa.

Por eso concluyo, en fin,
Que te aguardan en la vida,
Penas de gacela herida
Y gozos de querubín.

11 de Febrero de 1860.

Á LA

SEÑORITA MURCIANA DOÑA A. S.

EN CUYA CASA ESTUVE REFUGIADO EN 1854,
Y QUE IBA Á DAR SU MANO AL NOBLE PERUANO
CONDE DE T. P.

ROMANCE.

¿Por qué graciosa niña,
Por qué obstinada quieres
Que grabe en este libro
Mis rudos caractéres?
¡Ah! si de mi pasado
Bellos cuadros pudiesen
En caprichosas tintas
Recordar mis pinceles!
Si á lo menos mis ojos
Vieran paz al presente,
Del porvenir cubrieran
Las lágrimas que vierten;
Yo te cantara, Antonia,
Amiga ayer clemente,
Hoy fortunada esposa,
Mañana madre alegre.
Mas ¡ay! sólo recuerdo
De ayer... cuando clemente
Me dió tu hogar asilo
Contra la alzada plebe.

Hoy... sólo en torno mio
Tengo para ofrecerte
Del hijo malogrado
Los lúgubres juguetes.
De mañana... no sabe
Quién ni esperanza tiene.
El porvenir es tuyo...
Jóven, te pertenece.
Gózalo, y en el libro
Do tus amigos cuentes,
Escribiré mi nombre
Con afecto indeleble;
Mas no aquí, que si el genio
Á tu ventura debe
Rendir tributo, el mio
Por triste desmerece.
Festivos trovadores
De Segura y del Bétis,
Á quienes grato adula
El coro de las nueve,
Cantadla, y sus virtudes
En vuestros himnos lleguen
Del pobre Manzanares
Al Rimae esplendente,
De la templada vega
Do su cuna se mece,
Al clima del esposo
Que dichas le previene.

1858.

DOLORAS, LETRILLAS

Y POEMAS LIGEROS.

IMPROVISACIÓN

EN UN BANQUETE PATRIÓTICO DADO EN PARÍS
EN CELEBRIDAD DEL CONVENIO DE VERGARA.

Seis años hemos llorado,
Seis, de guerra fratricida:
¡Ay! cuánta sangre vertida!
¡Cuánto valor malogrado!
Que en otro tiempo mejor
España, sin tanta mengua,
Llevó su Dios y su lengua
Desde el Polo al Ecuador.
Sí; porque estaban en él
Unidos los castellanos;
Porque eran todos hermanos,
Súbditos de otra Isabel.
Mas si con furor violento,
Por saciar codicia extraña,
Pueblan los hijos de España
Uno y otro campamento;
Cuando el clarín llamará
Á fratricida pelea,
Habrá quien vencido sea,
Pero quien triunfe no habrá.

No; que da menguado honor
Laurel que regado ha sido
Con la sangre del vencido,
Y el llanto del vencedor;
Y los dias que vendrán,
De gloria dichos acaso,
Aun ántes que en el ocaso,
En el olvido caerán.
Que en la civil disensión
No pertenece la gloria
Al dia de la victoria,
Sino al dia de la unión.
Vedlo en fin amanecer
En los campos de Vergara,
Y á su ansiada lumbre clara
Alzad himnos de placer.
Las altas copas llenad;
Cual la espuma del licor
Desvanézcase el rencor
Y quede dulce hermandad;
Y al grito que en la nación
Por todas partes resuena,
Responda un eco en el Sena:
«España, Isabel, Unión!»

París 23 de Setiembre de 1839.

DOLORA [126].

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1851.

Á MI AMIGO D. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
Á la mañana formada
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna;
El viejo hácia nuestra cuna,
Y el niño hácia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos
Como presente importuno
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace!

ADIOS Á LA JUVENTUD.

DOLORA.

Á MI AMIGO D. EUGENIO OCHOA.

Bella, cual rosa temprana,
Pura, cual luna de Enero,
Radiante, como lucero
Que precede á la mañana,
Fugaz, rápida, lozana,
Cual la corza en el otero,
Cuanto más pararte quiero,
Más vuelas rauda y liviana.
Bella Hurí, te ofrezco en don
Oro, alegría y salud:
Pára; templa mi aflicción.
¿Eres quizá la virtud?
—No tal.—¿Eres mi ilusión?
—Adios: soy tu juventud.

1851.

LA ROCHE QUI PLEURE

EN FONTAINEBLEAU.

Á MI AMIGO EL CONDE DE GUENDULAIN.

DOLORA.

Pobre roca, el cielo impío
Niega á tu gélida frente
Claro espejo trasparente
Y alto penacho sombrío;
No puedes mandar un rio
Como tributario al mar;
Mas ¡ay! aún puede envidiar
Tu mezquina condición
Quien, de roca el corazón,
Ni logra el bien de llorar.

LA PALMA DE MI JARDÍN.

DOLORA.

Yo tuve una hermosa palma
Cuyos racimos dorados
Daban placeres colmados
No al paladar, sino al alma.
Viéndola crecer en calma
Mi juvenil fantasía
Pensó que también crecía.
Y á la mujer que adoré
En tributo consagré
Dátiles y poesía.

Mas ¡ay! los años corrieron,
Trájela, necio, á la corte,
Y aquí los vientos del Norte
Con escarchas la cubrieron.
También mis canas vinieron,
Y bien que las palmas duran,
Los racimos me aseguran
Por ásperos y perversos,
Que ni dátiles ni versos
Bajo las nieves maduran.

Enero, 1871.

UNA PERRILLA

FELICITA Á SU AMO EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS ENVIÁNDOLE SU RETRATO.

DOLORA.

Muchos años de ventura
Quiero para tí, amo mio,
Y en prenda de ello te envío
Retrato de mi figura.
Acredita esa pintura
Una verdad capital;
Que en el siglo liberal
Y en España, aunque te asombre,
El hidrófobo es el hombre,
Y el perro solo es leal.

Enero, 1871.

EN EL ALBUM DE ANA.

El fruto darte quisiera
De las experiencias mias,
Ana, teme cuando rias,
Y cuando llores espera.

LOS MILAGROS.

DOLORA.

No hay maravilla mayor
Que lograr, sino me engaño,
Sin sacrificio el amor
Y sin pena el desengaño.

EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MERCEDES.

Vuelas ¡oh Reina! al celestial seguro
De tu angélico ser; y á nuestras quejas
Y al caro esposo y á la patria dejas
Llanto presente y porvenir oscuro.

París, Julio 1878.

HIMNO SAGRADO

Á MI RESPETADO MAESTRO DON ALBERTO LISTA.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

Desciende del cielo
De amor inflamado,
En pan trasformado,
Al gran Sinaí;
Y cúbrese el suelo
De gozo sincero
Al ver al cordero
Que inmola Leví.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

No fué su morada,
No fué pasajera,

Ni huyóse ligera,
Ni toda ascendió;
Que en pan trasformada
Su bella figura,
Su amor, su dulzura,
Con ella nos dió.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

La sangre preciosa,
La fuente de vida,
No toda extinguida
Dejó la crueldad.
Gustad cuán sabrosa
Se muestra en el vino,
Y al nectar divino
Los labios llegad.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

1832

LA CAMELIA BLANCA.

Á MI CONDISCÍPULO ESPRONCEDA.

LETRILLA.

Pobre camelia extranjera
Que en tu dorada clausura
Te quejas de la hermosura
Que te tiene prisionera.
¿Dónde fuera
Tu capullo nacarado,
Si se viese abandonado
De los tiempos al rigor?
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

Quizás te tiene envidiosa
El aroma del clavel,
Y el aura que en el vergel
Respira libre la rosa;
Mas dichosa
Piensas que adorna el cercado
El acre flor del granado
Con su encendido color.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

Esa rosa purpurina,
Que envidia el fúlgido sol,
Bajo su claro arrebol
Encubre pérfida espina;
Tan vecina
La torpe oruga se sienta,
Que el puro caliz afrenta
Con su diente roedor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

De tu vástago lozano
Y tus hojas de esmeralda,
Como de bella guirnalda
Cuida solícita mano;
Mas temprano
Te brinda la primavera
De tu linda jardinera
El aliento seductor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

Ella es cual tú delicada,
Quizá cual tú caprichosa,
Más que tú blanca y donosa,
Y como tú desgraciada;
La cuitada,
Cuando en verte se recrea,
También como tú desea
La libertad y el amor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

¡Guay, que en torno con espanto
El Euro y Noto se agitan,
Y á su soplo se marchitan
El laurel y el amaranto!
Tú entre tanto
Que vuelve el tiempo sereno,
Goza del mórbido seno
El envidiado calor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

Mas quédate, flor, allí;
No pruebes, por compasión,
De mi herido corazón
El convulso frenesí.
¡Ay de mí!
Aunque su tormento callo,
Te lanzarán de tu tallo
Sus latidos de dolor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

Y entonces marchita y sola
Tu noble frente se humilla,
Tu tez se torna amarilla,
Y bárbaro pié viola
Tu corola.
¡Pobre camelia extranjera!
Más vale ser prisionera
Que no víctima de amor.
¡Pobre flor! ¡Pobre flor!

LA FLOR DEL GRANADO.

Á MI AMIGO CAMPOAMOR.

LETRILLA.

Roja flor, ven á mi pecho,
Pues nuestra suerte es igual;
Vivir entre las espinas,
Morir en la soledad.

Cuando ya el campo agostado
El fuego del sol refleja,
Y el trillo en las parvas deja
El labrador fatigado;
Allá el silvestre granado
Su encendida rosa cría,
Como la pasión tardía
De nuestra madura edad,
Crecida entre las espinas,
Nutrida en la soledad.

No mece su pobre rama
Del aura el aliento frío,
Ni el aljófar del rocío
Su puro manto recama;
Mas el Ábrego, que brama
Desde las playas remotas,

Y las abrasadas gotas
Que anuncia la tempestad,
Silbando entre las espinas,
Rugiendo en la soledad.

Así en vez de alegre canto
Lanzo yo ronco suspiro,
Y pasar los años miro
De mi juventud en tanto:
Y tal vez escaso llanto
Mi seco labio devora,
Que cual agua abrasadora
Arrojada del volcán,
Torna en carbón las espinas
Y el verjel en soledad.

Á tu púrpura preciosa
Nadie le paga tributo;
Que anuncias amargo fruto
Y la estación rigorosa,
Y aunque esperas ambiciosa
Coronar tu pensamiento,
Ágria fruta de escarmiento
De tu caliz brotará,
Entre espinas engendrada
Y crecida en soledad.

Seco polvo y blanquecino
Te sirve ya de mortaja,
Cuando el huracán desgaja

Tu capullo purpurino;
Y si al raudo torbellino
Te entrega la dura suerte,
Ni una sola flor tu muerte
Compasiva llorará.
Morir te cumple entre espinas
Cual viviste en soledad.

Y es fama que virtud tanta
Concederte al cielo plugo,
Que de tu raíz al jugo
La fiera ténia se espanta:
Por eso bajo tu planta
Abrirán tu sepultura,
Y de tu antigua verdura
Ni memoria quedará.
¡Pobre flor! Muere olvidada
Cual viviste en soledad.

¡Pobre flor! Si yo pudiera,
En el album de una hermosa
Como en tumba suntüosa
Tus pétalos extendiera
Y este epitafio pusiera:
«Así yacen las mezquinas
»Pasiones de tarda edad,
»Que cual flores purpurinas
»Crecen entre las espinas,
»Mueren en la soledad.»

Á LAURA.

LETRILLA.

No apagues arrepentida
El fuego, apenas naciente,
Que prendieron en tu mente
Las pimpleas y el amor;
Que será, Laura querida,
Como tu semblante bello
El prodigioso destello
De tu genio creador.

Así cuando nacarada
Nace la risueña aurora
Y las montañas colora
De topacio y rosicler,
No le niega avergonzada
Un rayo de luz al mundo,
Ni se torna al mar profundo
En pos del amanecer.

Vendrá el día venturoso
En que tu lira templada,

Que ora pulsas sonrojada,
Los bates celebrarán:
  Los escucharé gozoso,
Y por dulce simpatía,
En las cuerdas de la mía
Sus cantares sonarán.

¡Ay! desgraciado el amante
Que no cede á blanda lira,
Ni enagenado suspira
Al eco de una canción;
  Que no gozará un instante
De balsámica tristeza,
Ni amansará la fiereza
De su indómita pasión.

  Y cuando en aleve olvido
El amor de hora trocares,
Sólo mis crudos pesares
Tus versos endulzarán.
  En ellos veré esculpido
Tu olvidado juramento,
Y tiernas aquel momento
Mis lágrimas correrán.

EL INCENDIO [127].

Á LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE ALBA
CONDESA DEL MONTIJO.

LETRILLA.

¡Fuego! yo ví en mi diestra
Prenderse viva llama,
Y en torno se derrama
Flamígero licor.
  Y al súbito reflejo
De nube blanquecina
La estancia se ilumina
Con pálido fulgor.

¡Oh cuán tremenda lucha,
Cuántos esfuerzos vanos
Por rasgar en mis manos
La abrasadora piel!
  Así quizá destroza
Sus miembros el precito,
Huyendo del delito
La memoria cruel.

¡Guay, bella, que esa llama
No respeta la tuya!
¡Ay! guarda, no destruya
Tu porvenir de amor:
Bien poco sacrifica
Á la voraz hoguera,
Quien como yo, no espera
Ni gozo ni dolor.

Quien peregrino y solo
Vaga con rumbo incierto,
Cual faro ve del puerto
La llama sepulcral.
Por eso yo su lumbre
Miré con alegría;
Porque en su luz veía
El término á mi mal.

¡Feliz, si en vez de tumba
Que el marmol eterniza
Un poco de ceniza
Os recuerda mi fin!;
Como, tras larga noche,
Leve pavesa queda
De la antorcha que leda
Iluminó el festín.

Y una lágrima entonces
Como en memoria brilla

En la triste mejilla
De pálida beldad.
Y dice: «Fuí dichosa
»Cuando lució esa estrella;
»Paróme muy más bella,
»Su leve claridad.»

Callas, y en las tinieblas
Sonríe tu semblante,
Como la faz radiante
Del puro querubín;
Y corres, luchas, vences,
Y el incendio sofocas
En las plegadas tocas
Del indio cachemir.

Y cubren á tu ejemplo
Mil manos nacaradas
Mis manos abrasadas,
De cándido algodón.
Así tal vez la risa
Hipócrita reboza
La llaga que destroza
Ardiendo el corazón.

¡Cuán bello en vuestros ojos
Santo valor destella!
En vosotros ¡cuán bella
Parece la virtud!

Mas si apagáis piadosas,
La llama primitiva,
Otra encendéis más viva
De eterna gratitud.

¡Ojalá que su influjo
Conozcan las hermosas,
Cuyas manos piadosas
Destejen el cendal!
Que más vive su lumbre
Que la que el cielo ostenta;
Que el alma la alimenta,
Y el alma es inmortal.

AL REGRESO DE CARMEN

Á MADRID.

RECITADA POR SU HIJO JOSÉ VENTURA.

LETRILLA.

Dulce madre mia
Bien venida seas
Á tu pobre casa
Desde estrañas tierras.
Ni el Támesis cría
Ni el Mossa ni el Sena,
Los verdes laureles
Que adornan sus puertas.
En torno á su tronco
Mis hermanas juegan,
Y santas lecciones
Repasan las siestas.
Fernando en sus frutos
Tiene balas hechas
Y en sus ramos halla
Corcel y escopeta.
En su erguida copa
Las aves se albergan
Que oyó tu Alfonsito
Por la vez primera.

¿Dime, Madre mía,
En remotas selvas
Cuál arbol has visto
Que más hondo prenda?
Sinó simboliza
Ni triunfos ni guerras,
Amor y respeto,
Y júbilo ostenta.
Al fondo del pecho
Sus raíces llegan,
Y en verde esperanza
Al cielo se eleva.
Pues no, que las flores,
Tan puras y frescas
Como nuestras almas
Que su aroma entregan.
Y todos te dicen
Bien vengas, bien vengas,
No dejes tu casa
Por patria extranjera,
Que si allá te admiran
Acá te veneran;
Si allí eres señora,
Aquí eres la Reina...
Y aún más... que eres Madre
Nadie á tí primera...
Sino aquella Madre
Que en los cielos reina.

1867.

Á LA CONDESA DE MANSILLA

JOVEN SEGOVIANA.

EL ALCÁZAR Y EL ACUEDUCTO.

COPLAS.

Algo bueno y algo bello
Pretendes, niña donosa
Que ponga aquí,
Yo que nunca á mi cabello
Laureles en verso ó prosa
Me ceñí.

Si algo bello has de mirar
Cambia al punto este papel
En espejo.
Si algo bueno has de guardar
Déjame que escriba en él
Un consejo.

Sabe que son, Paula mía,
El caudal y la nobleza
Y la beldad,

Como el alcázar un día
Fiado en su fortaleza
Y majestad.

Tallado el cornisamento,
Dorados friso y capilla
Y artesones;
Una chispa, un raudo viento,
Y una y otra maravilla
Son carbones.

Miran sin poder alzarlos
Los príncipes y guerreros
Sus escombros;
Y mudos al contemplarlos,
Los pobres y los pecheros
Se alzan de hombros.

«Su torre del Homenaje»
Dicen, sus fuertes almenas
Y honda caba,
Nunca nos brindó hospedaje,
Y áun á veces nuestras penas
Aumentaba.

En tanto áun el valle agobia
De esbelto cauce romano
El pedestal,
Y á la sedienta Segovia,

Lleva benéfico y sano
Su raudal.

En él no incendio provoca
Antigua talla que el arte
Cubre de oro,
Mas tallado en firme roca,
Á todo un pueblo reparte
Su tesoro.

Diz que lo alzó, y es mentira,
Con sus artes el demonio
Muy prolijo;
Mas hoy, cada cual lo mira
Como el santo patrimonio
De sus hijos.

Pasan siglos y naciones,
Y el acueducto y su fama
Siempre dura,
Y él da á cien generaciones
La linfa del Guadarrama
Fresca y pura.

Así tú con piedra viva
De virtud labra el cimiento
De tu bien,
Y del pobre compasiva,
Dulce raudal de contento
Sé también.

Y adios, Paula, sé dichosa,
Goza en los maternos brazos
De solaz,
Hasta que amante y virtuosa,
Otros sacrosantos lazos
Formes en paz.

Segovia 21 Agosto 1853.

Á LADY EMILIA VILLERS

HOY LADY RUSSELL.

SEGUIDILLAS.

Entre prosa que acuerda
La patria mia
Perdona estos reglones
De poesía.
Yo te afianzo,
Que el cantar de las musas
No siempre es falso.

En prosa me dijeron
Que en Inglaterra
Eran tristes las damas
Como la tierra.
Hoy en tí veo,
Que tienen en sus ojos
Mi alegre cielo.

Dijéronme que el oro
Que lleva el Tajo,
Solo aquí se ganaba
Con el trabajo.

Y agora miro
Que tus rizadas trenzas
Son de oro fino.

Dime si tu buen padre
Trajo de España
Tu nombre de Teresa
Que llena el alma.
Si tu sonrisa
La trajo de los valles
De Andalucía.

Si trajo para adorno
De la garganta
El ampo de la nieve
Del Guadarrama:
Si rosas puras
Trajo para tus labios
Del bello Turia.

Del Turia que recuerda
Mis verdes años...
Por eso sus cantares
Repite el labio.
Ya pues lo dejo
Y un consejo te envío
Como recuerdo.

No fies en belleza
Ni en noble cuna,

Flores que entre maleza
Da la fortuna;
Pasan los años
Y quedan solo espinas
Y desengaños.

Tu gracejo, que encanta,
Bella Emilina,
Es de más noble planta
Fruta divina.
Es, no lo dudes,
El fruto sazonado
De tus virtudes...

Londres 1866.

PRÓLOGO Á LA MANCHEGA.

Esta que tú has vestido
Pobre manchega,
Á tus plantas, mi Carmen,
Tímida llega.
Es el indicio
Que no hay amor ni gloria
Sin sacrificio.

No busques en mis libros
Ciencia ni ingenio,
De mi remota infancia
Solo es recuerdo.
Eterno vive
En mi pecho archivado
Plácido y triste.

Yo me dormí al estruendo
De sus galeras,
Y merendé en sus viñas,
Cacé en sus dehesas.
Aún en sus toñas
Paladeo el azúcar
De mis memorias.

No preguntes el nombre
Del calatravo
Mas mira la apostura
De tu Fernando.
Dios le conceda
No en la sangre, en el alma,
Pura nobleza.

La madre de mi madre
Me dió la pauta
Para pintar al vivo
La santa hidalga.
Aún la recuerdo
Llorada y bendecida
De todo un pueblo.

Yo de su santa muerte
Llevaba el luto
Cuando ella desde el cielo
Me hizo ser tuyo.
Desde las nubes
Ella á mi amor preside,
Y á tus virtudes.

¿No recuerdas, bien mio,
La condesita?
¡De edificio gallardo
Mísera ruina!
Madre del alma,

Como el alma no es vieja
Joven amabas.

Para hacer en mi cuadro
La Mostillera
Tú has sido mi modelo
Callada y buena:
Amas mi pompa
Como guarda entre espinas
Su olor la rosa.

Pues así, Carmen mia,
Son las manchegas,
Hacendosas, viriles,
Nobles, modestas.
Cual tela echada
Sin pegadizo lustre,
Pero sin fallas.

Que si da cuando nueva
Lazo modesto,
Nunca la torna inútil
La acción del tiempo.
Y aún hecha añicos
Á su dueño conforta
Con grato abrigo.

La que es de noble alcurnia,
La que hace ligas,

La que vende mostillo,
La condesica,
Todas pretenden
Que cuanto más se inmolan
Tanto más quieren.

Por eso este librico
De la Manchega
Á tus plantas, mi Carmen,
Ufano llega
Por leve indicio
De que no hay amor nunca
Sin sacrificio.

13 Junio 1874.

Á GENOVEVA

MARQUESA DE MARTORELL.

REGALO DE DULCES.

Una moda nos vino
De allá de Londres,
Regalar por los santos
Ramos y flores.
Duran un dia,
Y en llegando la noche
Ya están marchitas.

Otras cosas mandaban
Nuestros abuelos;
En muchos azafates
Dulces y versos;
Y en sendos vidrios,
Conservas delicadas
Y almíbar fino.

Por hoy, niña del alma,
Aunque yo quiera,
El invierno y la musa
Se me revelan.

Mi pobre huerto
Está como mi numen,
Helado y seco.

¿Ni cuál jazmín nevado,
Ni cuál camelia,
Compite con tu frente
Mi Genoveva?
Las clavellinas,
Al carmín de tus labios
Tienen envidia.

Trascienden como el nardo
Tus trenzas rubias,
Tus megillas colora
La rosa pura,
La violeta
Remeda tu mirada
Viva y modesta.

Atrás queden los ramos,
Atrás las flores,
No pasen los umbrales
De tus balcones:
Paso al cariño
Que el hielo de los años
No ve marchito.

Por eso el noble anciano
Que en tu hogar manda,

La flor de tus virtudes
Cual joven ama:
Flor misteriosa,
Que recibe del cielo
Su santo aroma.

Y por eso tu madre
Quiere esas flores,
Y las ama el Toledo
Que te dá nombre.
Los hijos tuyos
De ese místico ramo
Son los capullos.

Gózalo largos años
Mi dulce amiga,
Hasta que el amor sientas
Que agora inspiras;
Y tus biznietos
Te den los dias y años
Con estos versos.

Así Dios con el nombre
De Genoveva,
El poder de tu Santa
Te concediera...
Que allá en su siglo,
Siendo una pastorcilla
Dios la bendijo.

Y donde tú naciste,
Junto á Lutecia,
Do corre entre tizones
El turbio Sena,
Logró el portento
De librar á su patria
Del extranjero.

Mas volviendo á los usos
De mis abuelos,
Te mando en ese vidrio
Dulces y versos.
Dulces... que amargan;
Versos con que traduzco
Votos del alma.

3 de Enero 1872.

Á LA

SRA. MARQUESA VIUDA DE S. A.

QUE ME PIDIÓ UNOS VERSOS PARA UN ALBUM QUE DEDICABA Á LA MEMORIA DE DOS HIJAS SUYAS.

Al amor y al abrigo
De tus dos soles,
Viste en árbol frondoso
Crecer dos flores;
Y tú esperabas
Coger luégo por frutos
Cariño y gracia.

Mas ¡ay!, los huracanes
Soplan airados,
Y las flores al punto
Se deshojaron:
Y á sus vigores
Volaron con sus hojas
Tus ilusiones...

Mas no, que de esas flores
El santo aroma,

Desde la tierra al cielo
Facil remonta...
Y allí te esperan
Dos ángeles, María,
Que por tí velan.

Madrid, Mayo 1881.

EL RÁBANO POR LAS HOJAS.

A MI AMIGO DON VENTURA DE LA VEGA,
CONSILIARIO DEL LICEO.

LETRILLA IMPROVISADA [128].

¡Cuántos gozos y congojas,
Cuánto deleite y pesar
Trajo quien trajo el tomar
El rábano por las hojas.

Porque una bella en el Prado
Te mira por coqueteo,
Andas luégo muy soplado
Presumiendo un devaneo,
Y dices que tu deseo
Sin remedio ha de escuchar;
Ó que si nó, la sonrojas.
Mira, Favio; eso es tomar
El rábano por las hojas.

Si porque admite Belisa
Clavel de rojo color
Con apacible sonrisa,

Juzgas tú que arde de amor,
Y porque luégo mejor
Usa el de color de miel
Te afliges y te acongojas;
Ella tomará el clavel,
Tú *el rábano por las hojas.*

Tras de una farsa maldita
La turba de aduladores
»*El autor!*» se desgañita;
«Que salga de bastidores!»
Y él viene entre dos actores
Á recibir la ovación
Digna de Lope y de Rojas.
Sí; porque toma el simplón
El rábano por las hojas.

Vega [129], si en lluviosa noche,
Porque está mala la niña,
Ó por no gastar en coche
(Que de todo hay en la viña),
Ó porque el papá no riña
Dejamos de ir al Liceo,
Y tú te afoscas y enojas;
Mira que tomas, lo veo,
El rábano por las hojas!

Si porque me pone en lista
Entre autores la *Gaceta*,

Ó la *Española Revista*,
Ó porque hago una cuarteta.
Ya me tengo por poeta
Y sabio de tomo y lomo,
Y no envidio á los Riojas;
¡Ay! es sin duda que tomo
El rábano por las hojas.

Porque saca de esa arquilla
El bueno de Colomer [130]
El tema de esta letrilla,
Pienso yo que la he de hacer;
Y aun la intenté componer
Con coplas de pié quebrado,
Que en mí tal vez fueron cojas.
¡Vaya! sin duda he tomado
El rábano por las hojas.

Mas dejad en su ilusión,
Hermosas, á cada cuál;
Dejad que coja un botón
De ese místico rosal,
Que harto cubren por mi mal
Espinas, llantos, dolores
Bajo sus corolas rojas.
Tome yo por vos las flores
Y *el rábano por las hojas.*

1841.

LA LLUVIA.

Á MI AMIGO DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LETRILLA.

Que llueve Dios para todos
Hasta los ciegos lo ven;
Pero verdad es también
Que llueve de varios modos 131.

Cuando allá en la primavera
Del cefirillo en las alas
Viene á embellecer las galas
De la esmaltada pradera;
Y entre flores carmesíes
Sus bellas gotas radiantes
Semejan ricos diamantes
En piochas de rubíes,
Es la lluvia encantadora
Para el feliz amador,
Que adorna con esa flor
El pecho de la que adora;
Pero también, según creo,
Será una plaga tremenda
Si le moja la merienda

Y si le encharca el paseo;
Luégo veo
Que, *aunque llueve para todos,*
Llueve Dios por varios modos.

Cuando en el cálido estío
Viene á abrevar el ganado
Será al pastor sofocado
Como bíblico rocío;
Y la molinera inquieta,
Que ve con frente molina
No dar un polvo de harina
La desecada rodeta,
Aguarda algún chaparrón
En cuanto asoma una nube,
Y mira el rio que sube
Cual celeste bendición.
En cambio el pobre labriego
Que ve malograr su trilla,
Teme cada nubecilla
Como una manga de fuego;
Conque luégo,
Aunque llueve para todos,
Llueve Dios por varios modos.

Llega el otoño, y deshecho
En gozo ese labrador,
Ve la lluvia con amor
Que va esponjando el barbecho;

Y del buen año seguro
Por las bien granadas nueces,
Ya tan claras ve sus creces
Cuanto el nublo más oscuro.
Ni importa ese opaco cielo
Á quien al par de su bella
Trasiega de la botella
Las primicias del majuelo;
Pero al que en vieja morada
Ve las goteras llorar,
Pardiez que le da pesar
La lluvia que al otro agrada.
Ahí es nada!
Que *aunque llueve para todos,*
Llueve Dios por varios modos.

Y en invierno!... Allá á las nueve
Despierto en lecho mullido
Y sólo por el rüido
Me doy á entender que llueve.
¡Cuanto el ánimo recrea
Corriendo por el cristal
Ese celeste raudal...
Visto de la chimenea!
Y, en fin, entrada la noche,
Arrostrando canalones
En los blandos almohadones
Del ultramontano coche,
Llego hasta aquí... cuando veo

Una infeliz desvalida
Tender la mano aterida
En el umbral del Liceo.
¡Ay! yo creo
Que le habéis mostrado todos
Que llueve Dios de mil modos.

ALICANTE.

Á DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

LETRILLA.

Sépades, señor Bretón,
Que de Poniente á Levante
Es sin disputa Alicante
La millor terra del món [132].

Mientras que á vos embozado
Por las mañanas de Enero
Á la orilla del brasero
Os da un dolor de costado,
Yo me voy desabrochado
Desde el Muelle al Malecón;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Sólo en pasas, por estrenas,
Gastáis vos un Potosí,
Mientras abundan aquí
Racimos como azucenas,
Y venden por dos seisenas [133]

El porrat [134] de San Antón;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Vos ponderáis la dulzura
De las hijas de la villa:
Buen provecho su mantilla
Os haga y su empopadura;
Que si yo busco ternura,
Le clavo el diente al turrón;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Su donaire no descreo,
Mas niego su primacía;
Y áun os juro por Talía
Que si viérais lo que veo
Desde este sitio en que leo [135],
Que mudarais de opinión;
Que es sin disputa Alicante
La mellor terra del món.

Ni es mucho, ni yo lo dudo,
Que la gente cortesana
Tenga la lengua liviana
Y el entendimiento agudo;
Pero aquí áun el sordo-mudo [136],
Despunta por socarrón;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Mientras vos sudáis lo tinto
Empotrado en la luneta,
Yo al compás de la retreta,
Bajo el verde terebinto,
Estoy oyendo el requinto
Sin ver tanto farolón!
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

¡Vos en remojo, y no es cuento,
En una sartén de estaño,
Mientras tengo el mar por baño
Y por toldo el firmamento,
Y áun á veces represento
La fábula de Acteón!...
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

¡Bailes! ¡Vayan noramala!
¿Qué es el ver en una hora
Al son de dulzaina mora
Juntarse tanta zagala,
Y tornar un barrio sala,
Y danzar [137] en procesión?
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Espectáculo gentil
Vuestro circo representa,

Y es su diversión cruenta
Digna de plebe servil:
Aquí de plaza y toril
Hace cualquier callejón [138];
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

¿Llega el pez vivito aún
Á Madrid desde Bilbao?
Denme arroz con bacalao
Y ancha torta con atún,
Y del aloque [139] común
Añadan medio porrón;
¡Y nieguen que es Alicante
La millor terra del món!

¿No véis en el breve espacio
Que el mar cierra y las montañas [140],
En vez de humildes cabañas
Tanto soberbio palacio?
¿Y de perlas y topacio
Las uvas de promisión?
Pues negad que es Alicante
La millor terra del món.

Junto al nopal de Occidente
Se alza la palma lozana,
Y en la estación más temprana
Ni áun el almendro imprudente

De dar su flor se arrepiente
Al soplo del Aquilón;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Nunca el mar á esta ribera
Niega su plácida brisa,
Ni su apacible sonrisa
Esconde la primavera;
Un naufragio pareciera
Fabulosa tradición;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Mas como en fin la marea
Dentro del puerto importuna,
Aún recuerdo la tribuna
Y la pública Asamblea;
Pero disipa esta idea
Un trago de fondellon [141];
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del món.

Hoy que, mísero trofeo
De robustos aquilones,
Miro tornarse en baldones
Los ensueños del deseo,
Hallo aquí en nuestro Liceo,
Fraternal consolación.

Salud, salud, Alicante,
Mi puerto de salvación!

Salud! Si arreciado zumba
El vendabal enemigo,
Tú me darás un abrigo
Junto á la paterna tumba;
Y al menos cuando sucumba
En la común disensión,
Reposarán mis cenizas
Donde está mi corazón.

Y sabed, en fin, Bretón,
Que hasta el postrimer instante
Será para mí Alicante
La millor terra del món.

Liceo de Alicante, 14 de Abril de 1841.

A NICOLÁS...

JOVEN CIEGO.

DÉCIMAS.

Dieu est toujours présent
Et jamais visible.
JULES SIMON, Le Devoir.

Pasaba por Siloé
Jesús hijo de María,
Y un ciego detrás decía
«Jesús compadeceme.»
—¿Qué quieres?—Ver.—¿Tienes fé?
Y el Señor la compasiva
Boca mueve, y con saliva
Y tierra, formando lodo,
Unge su vista de modo
Que doblada luz reciba.

Otra vez por Jericó
El Nazareno pasaba
Y un ciego que lo aguardaba
Pararle á gritos logró.
—¿Qué quieres?—¡Ver, respondió!

—Pues mira.—Y en un momento,
La tierra y el firmamento
Á sus ojos se mostraron
Y sus labios no callaron
Nunca de agradecimiento.

Causa del milagro fué,
Segun la Eterna Verdad,
No la suma potestad
Mas la fuerza de la fé!
No se lavó en Siloé
El ciego de Jericó.
Mas con los ojos aún no
Al buen Nazareno ha visto
Cuando al hombre Dios, á Cristo
Dentro de su alma miró.

Así busca, Nicolás,
El tipo de la belleza
En la divinal grandeza
Que allá en tu mente hallarás.
Y no te importe además
Si el mundo que está á tus piés
Diviniza el interés,
Ó engañado ó corrompido,
Que él no vé con el sentido
Lo que tú con tu alma ves.

¿Qué vale el azul del cielo,
Ni los montes con su bruma,

Ni el mar con su blanca espuma,
Ni con sus flores el suelo?
Si ellos no son el modelo
Que el alma por sí adivina,
Luz que perpétua ilumina,
Fe que muda la montaña,
Verdad que jamás engaña,
Y amor que nunca termina.

Elorrio, dia de Santiago, 1872.

EN EL ÁLBUM DE GENOVEVA.

Yo ví tu dulce semblante
Que afrenta la primavera,
Y tu sonrisa hechicera
Que envidia el céfiro amante.
Y dentro el pecho anhelante
Sentí una vaga inquietud
De locura y de virtud,
De dolor penoso y grato.....
Y dije... Eres el retrato
De mi *antigua juventud?*

Mas luégo tu voz oí,
Y en tu peregrino acento
Tu ya maduro talento,
Y tu juicio descubrí.
Tanto su fuerza sentí
Que avasallada la mente,
Dije: «No es sueño que miente,
No es juvenil ilusión,
Que es soberana razón
Arbitra de lo presente.

Luégo ví con cual desvelo
Tu pecho al mísero ampara,
Cual eres del tiempo avara,
Y pródiga de consuelo.
Quise entonces en el cielo
Tu destino descubrir,
Y al cabo llegué á inferir
Que más que presente don,
Es tu hermoso corazón
Anuncio del porvenir.

Así con razón segura
Y á la vez antigua y nueva,
Digo que eres, Genoveva,
Providencial criatura;
Que juntando en su hermosura
La profecía y la historia,
Es de lo *antiguo* memoria
Y del *presente* ornamento,
Y fianza y fundamento
De otro *porvenir* de gloria.

A LA EMPERATRIZ EUGENIA.

Junte el fruto de tu afán,
Señora, en celeste unión
El *poder* de Napoleón
Y la *virtud* de Guzmán.
Compararlos no es desmán,
Ni decirlo es gratitud,
Verlo con gloria y salud
Te conceda el sumo Sér
De quien dimana el *poder*
Y á quien guía la virtud.

1856, Abril

DÉCIMA.

PARA ESCRIBIR EN UNA ESCUELA DE PRIMERAS LETRAS JUNTO Á BILBAO.

Tenemos delante el mar;
Que hay un nuevo mundo es cierto;
Mas nadie llegará á puerto
Sin aguja de marear.
Sin timón solo el zarpar
Fuera temeraria acción:
Así en la navegación
De la vida acuerdaté,
Que es la brújula la fé
Y el catecismo el timón.

Elorrio, 25 Julio 1872.

LAMENTOS DE UN POETASTRO.

Á LARRA.

DÉCIMAS ESDRÚJULAS.

Reniego del signo acérrimo
Que la manía frenética
Me inspiró de la poética
En este siglo misérrimo.
En él lo bueno y pulquérrimo
Es anómalo y ridículo;
En él quien tierno versículo
Forja con gala retórica,
Si no manduca en teórica,
No llenará su ventrículo.

En tiempo menos mecánico
Agradó la hiel satírica,
Y una dulce trova lírica
Amor encendió volcánico.
Las bellas del suelo hispánico
Huyen ya del vate erótico,
Ó como género exótico
Miran sus versos impávidas;

Porque solo buscan ávidas
Algún aderezo gótico.

Ó si ternezas irónicas
Le lanza alguna en el diálogo,
Por añadirle al catálogo
De sus víctimas platónicas,
Con risas luégo sardónicas
En concilio poco ascético,
Dejando el aire patético,
Le corta una buena túnica,
Y diz que es ella la única
Que le da numen poético.

¿Qué presta quedarse inválido
Por calentarse el encéfalo,
Si cualquier rico bucéfalo
Come mejor y más cálido?
Que cuando el invierno escuálido
Tiende su mortaja frígida,
El ricacho, Santa Brígida!
Calienta el repleto esófago,
Mientras próximo al sarcófago
Te pone la suerte rígida.

Mejor que aplausos versátiles
De estúpida gente atónica,
Aprovecha tener mónita
Para manejar los dátiles [142];

Pasan las glorias volátiles,
Ya literaria, ya bélica;
Y en esta esfera infracélica
No se abriga ningún músculo
Con el manto del crepúsculo
Ni con el fuego de Angélica.

Desde hoy, pues, mi musa incrédula
Se resuelve por lo sólido;
Aunque declarado estólido
Sea por pública cédula.
Quiero, en fin, nutrir la médula
Con método babilónico;
Que es mejor vivir diatónico,
Pletórico y apoplético,
Que morirse de poético
En siglo tan macarrónico.

EL VELONERO.

CANCIÓN ANDALUZA.

I.

Soy andaluz de Lusena;
Pues bien lo dice el bombacho;
Que las modas de gabacho
No pasan Sierra Morena.
¡Qué tierra tan buena!
Botín cordobés,
Y en el marceyés
Broche de latón.
Tin-tin-tilón.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velón?

II.

Todito el mundo he rodao
Con obra de caliá,
Y su mucha utiliá
En toas partes he probao.
Lo mismo es pesao
Aquí que en Madril

Tener mi candil,
Cuando otros... Chitón!
Tin-tin-tilón.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velón?

III.

En toas partes mi tintero
Escribe güenas falorias,
Y alumbran mis palmatorias
Farzas en el mundo entero:
Si está en candelero
No me importa quién,
Le dicen amén
En toica nación...
Tin-tin-tilón.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velón?

IV.

Con mi velón noche y dia
Se ve muy bien todo el año,
Que es el mundo un desengaño
Y el amor una manía...
Compren á porfía,
Porque no ven más
Con la luz del gas
París y Londón.

Tin-tin-tilón.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velón?

CONCLUSIÓN.

Yo me vuelvo á mi Lusena,
Á comprar con lo ganao
Un jaco tordo rodao
Y la sal de una morena,
Que m'haga la cena
Con premiso el cura.
¡Juy! que es la ventura
De mi corazón,
Tin-tin-tilón,
Que con un soplito
Me apague el candil,
Tin-tin- tilón;
Que de una mirada
Encienda un velón.

EL ANDALUZ EN PARÍS.

Á MI AMIGO D. TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ.

CANCIÓN.

I.

Esta es la Jauja increible,
Este es el París de Francia,
Donde nada hay imposible
Como se tenga abundancia
De *monis*.
Se hacen sin mucho trabajo
Estudios particulares,
Cruzando arriba y abajo
Sólo por los olivares
De París.

II.

Con mi gallarda persona
He dado al punto flechazo
Á más de una señorona,
Que se me coje del brazo
San fason;

Mas sin meterse en hondura,
Desde luégo se adivina
Que su garbo y hermosura
Es no más que *crinolina*
Du coton.

III.

Antes de entrar al teatro
Le pasan á osté revista
Tres señorones ó cuatro,
Y luégo una vieja lista,
S'il vu plé,
Me empaqueta en un embudo,
Que aquí le dicen bañera,
Donde veo... ¡Ay, lo que sudo!
Y el drama que yo quisiera
No se ve.

IV.

Pues en la iglesia (no es risa)
Se paga por la luneta:
Que áun aquí cuesta la misa
Desportillar la peseta.
Ransé vu;
Que allí viene un personaje
Que ni á Dios quita el sombrero;
Y con perdón del plumaje,
Es no más que el pertiguero
El tal *Monsú*,

V.

Los *restoranes* se sabe
Que son cafeses de España;
Mas dan por limon jarabe,
Y en vez de una buena caña,
Chacolí.
Con piñones hacen leche,
Hacen café con almortas,
Y porque toó s'aproveche,
Hacen con el gato... tortas.
Bien mersí!

CONCLUSIÓN.

¡Ay, Jerez! por tu belleza
Ansiosa el alma suspira;
Que si allí hay menos grandeza,
Tampoco hay tanta mentira.
Si se halla todo en París
Con *monís*
El que busca la verdá
Comprán pá.

LA MAJA.

CANCIÓN PUESTA EN MÚSICA.

I.

Caminito de la Andalucía
Me dijo un gitano
Que si le quería:
Yo le dije prontito que no,
Para los gitanos no me peino yo.
Yo me peino para Chiclaneros
Que matan los toros
Con mucho primor;
Yo me peino para los toreros
Y banderilleros
De Puerta del Sol.

II.

Tengo asiento en la contrabarrera
Y guardo á mi chulo
La capa y montera,
Y si salta algún bicho, ¡Jesús!
Nadica me asusto, que está un andaluz,
Le echa el trapo con gracia y sin prisa

Cual tercio yo mesma
Mi velo de tul;
Se lo lleva, y á mi con sonrisa
Me da la divisa
De plata y azul.

III.

Terminada con bien la corría
Me ofrece calesa
Pintada y lucía,
Yo le digo prontito que sí,
Y luzco mi moña con su calesin.
Y aún preguntas, chabal, si te quiero!
Bien sabes endino
Que muero por tí,
Que me peino para el Chiclanero
Que es el real torero
Que tiene Madrí.

CANCIÓN PARA MÚSICA.

Deja, niña, que te mire
Porque te quiero mirar,
Deja que por tí suspire
Porque quiero suspirar.

Me preguntas por qué muero
Cuando tú lo sabes bien,
Porque enciende mi brasero
El soplo de tú desdén.

Si les das aire á las llamas
Se tienen de consumir,
Si me miras y no me amas
Por fuerza habré de morir.

SONETOS.

Á ELVIRA.

Dudo si estoy ó no de Elvira ausente
Pues, si bien nos separa España entera,
Nunca su bella imágen hechicera
Vieron mis tiernos ojos más presente.
Dudo si este recuerdo de mi mente
Agrava ó templa mi desdicha fiera;
Dudo si es mi pasión vana quimera,
Y dudo si me ria ó me atormente.
Dudo si amante ó avasallado escribo,
Si es justo mi temor, ó si es discreto;
Dudo que dudo, dudo en fin que vivo.
Y áun que en averiguarlo no me meto,
Dudo que he de tener algún motivo
Para dudar que es bueno mi soneto.

1831.

A UNA SEÑORA

QUE ME REGALÓ UNA PLUMA DE ORO.

No se remonta el águila altanera,
Señora, hasta el etéreo firmamento
Con plumas de oro: en la región del viento
Lástre fatal su pesadumbre fuera.
El metal, que á tu rubia cabellera
Envidioso prestara su ornamento,
Mal de mi acalorado pensamiento
Podrá seguir la rápida carrera.
Así, pues, á quien busca en ágria espuma
Ó en las hondas cavernas su renombre
Con codicioso afán, dale esa pluma:
Dame una á mí sin gavilanes de oro,
Mas con hechizo tal, que al ver tu nombre,
Escriba por sí misma «yo te adoro.»

París, 1839.

Á LAURA,

PIDIENDO LIMOSNA PARA LAS RELIGIOSAS
DESATENDIDAS POR EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO.

Yo ví, Laura, tu imagen peregrina
Sobre raudo bridón tajar el viento,
Y vió en tí mi entusiasta pensamiento
Del cantor de Salém vaga heroina.
Luégo admiré tu voz, tu purpurina
Mejilla, tu preclaro entendimiento,
Y en él me recordaba el escarmiento
Circe gentil ó seductora Alcina.
Mas hoy, que á mendigar míseros dones
Desde el umbral sagrado tu hechicera
Mano tiendes á duros corazones,
Bendigo tu beldad cual medianera
Entre el ciego furor de las pasiones
Y la santa virtud, pobre y austera.

1841.

ISABEL PRIMERA Y CRISTINA [113].

La Primera Isabel trueca en rodelas
Esas galas que envidian las matronas;
En recios cables y manchadas lonas
Sus brinquiños, joyeles y escarcelas.
Hienden la virgen mar sus rotas velas,
Y al arribar de las opuestas zonas,
Reportan á Castilla más coronas
Que surgieron del puerto carabelas.
Tú, que armaste, Cristina, los guerreros
Por tu mano también, ¡cuánta más gloria
Mereces á los siglos venideros!
Que no es tanto en los fastos de la historia
Quien su yugo llevó de polo á polo,
Como quien hace libre á un pueblo solo.

EN UN ALBUM

DE S. M. LA REINA RECIEN DECLARADA MAYOR DE EDAD Á LOS 14 AÑOS.

Recuerdan dos Alfonsos de Castilla
Las Navas y el Salado á los infieles;
Fernando y Jaime dan á sus corceles
Las flores de Valencia y de Sevilla.
Lanza Isabel á la africana orilla
El pueblo de Cegríes y Gomeles,
Y en dos mundos recoge los laureles
Mano que no blandió marcial cuchilla.
Hoy al solio de un pueblo levantada,
Tierna Princesa, sin temor asciende;
Que si el cetro no es como pesada
Segur, ni azote que á la patria ofende,
Basta á regirlo mano delicada,
Y la mano de Dios, que al Rey defiende.

EL GAVE [144] DE ORTHÉZ

EN BEÁRNE.

Este, que se abre entre peñascos franca
Senda, es el Gave que á Pirene deja,
Y corre á Orthéz á recordar la queja
De la vendida Reina Doña Blanca [145].
Á su orilla en el túmulo se arranca
Iracundo Cienfuegos [146] la guedeja,
Y echa menos el Tormes, que refleja
Los muros de la docta Salamanca.
Inexorable rio, tu bravura
Lleva al Adur y al piélago á porfía
El délfico laurel, la rosa pura.
Así el saber y la belleza envía
Víctimas á la propia sepultura
En su torrente audaz la tiranía.

Pau, 1852.

Á UNA SEÑORA

DE SOBRADO SEVERO ASPECTO.

Bella como la flor que Mayo cría,
Como del alba el fúlgido lucero,
Cual nueva luna de nevado Enero,
Cual limpia aurora de sereno dia.
Deja, Laura, que plácido sonría
Á los tuyos el labio linsonjero,
Y ostente en tu semblante plancentero
Del puro corazón pura alegría.
Tal vez como la lluvia del estío
La juventud es bella cuando gime;
Mas no abrevies el curso de los años,
Que obra es del tiempo el ademan sombrío.
Él la arruga en la frente nos imprime,
Cual sella el corazón con desengaños.

1848.

MI DESTINO.

Campo estéril, mortífera laguna
Me vió nacer, y la yermada arena
Présago iluminaba de mi pena
Fúnebre rayo de sangrienta luna.
Trueno de muerte me arrulló en la cuna,
Cuando Castilla, al sacudir la ajena,
Forjaba ya la bárbara cadena
Que dió al Corso tirano la fortuna.
Mi primer tierno involuntario llanto
Unióse al llanto de la patria mia,
Y mis ojos lloraron su quebranto.
De entonces miran en la luz del dia
Lúgubre antorcha de dolor y espanto,
Y amo á mi patria, y lloro su agonía.

1842.

EL DISIMULO.

Yo callaré, señora, mi tormento,
Pues tú lo quieres y la suerte mia,
Como suele ocultar nube sombría
El rayo aterrador del firmamento.
También con ondas que desriza el viento
Y con terso cristal la mar bravía
Sabe cubrir tal vez la roca impía,
De míseros pilotos escarmiento.
Esta pasión así, que me maltrata,
Tan velada ha de estar, que la descreas
Tú misma, y áun te burles de mi suerte;
Hasta que llegue el dia, hermosa ingrata,
Que el rayo escuches y el naufragio veas,
Y te arranque una lágrima mi muerte.

1847.

Á CRISTO CRUCIFICADO.

¿Adónde está, Señor, tu poderío?
¿Ese brazo, que el mundo ha fabricado,
De clavo ignominioso traspasado
Pende cruento del madero impío?
¿Tanto alcanza el ingrato desvarío
Del hombre, que á tu lívido costado
El hierro vibra impune y obcecado?
¿No eres ya Rey de Reyes, Jesús mio?
Pues lanza, en fin, tu cólera, y segura
Fulmine el rayo que al malvado aterra,
Y caiga la soberbia criatura.
Mas no; que lejos de nefanda guerra
Das en la cruz de amor y de dulzura
Lección á los Monarcas de la tierra.

1847.

Á UN CRUCIFIJO

DE QUIEN HAY LA PIADOSA TRADICIÓN DE QUE HABLÓ Á SAN FRANCISCO DE BORJA.

Señor, oye mi voz! Yace rendida
Cual tronco inerte en el dorado lecho
La dulce amiga, cuyo noble pecho
De fiera ingratitud sufre la herida.
¿Qué le valió los años de su vida
Mejores arrastrar so el áureo techo,
Si de tanta lealtad siente á despecho
La paz del alma y la salud perdida?
Hoy que hácia tí, Señor, vuelve los ojos,
Báñalos tú de penitente llanto;
Cese tanta orfandad, tantos enojos;
Y como diste á su ascendiente Santo
Voces divinas de tus labios rojos,
Vuelve la voz á la que amamos tanto.

Á MADEMOISELLE RACHEL,

CÉLEBRE ACTRIZ, RESTAURADORA DEL TEATRO CLÁSICO FRANCÉS EN OCASIÓN DE RECITAR ALGUNAS ESCENAS EN UNA TERTULIA ESPAÑOLA

SONETO IMPROVISADO.

Á tu inspirada voz, bella sirena,
Que atormenta á la vez y encanta el alma,
Torna á brotar la envejecida palma
Que á Corneille y á Racine negara el Sena.
Vuela París á la olvidada escena,
Y al perder, escuchándote, su calma,
El lauro que adornó la sien de Talma
Ciñe á tu frente de esperanzas llena.
Hoy que te admiran los que en otra cuna
Saludaron la luz del firmamento,
No te sea mi cántiga importuna.
Oye á lo menos mi extranjero acento;
Ya que cual tú no alcanzo la fortuna
De inspirarte con él mi sentimiento.

París, 1838.

SÓCRATES [147].

Verdad que á otra verdad contradijera,
No fuera la verdad, y es cosa clara,
Que la verdad verdad acreditara
Á su rival osada de quimera;
Si el mundo empero en su moral carrera,
Siguiera á la aparente cierto errara;
Á la evidente es fuerza que adorara,
Ó entre una y otra inerte pereciera.
El orbe en la unidad de su hermosura
No puede ser efecto de las dos,
Una es su causa: el Sér cuya es la hechura.
Multiplicad cuanto os agrade á vos,
Ídolos ó mentiras de escultura,
Yo creo una verdad, y adoro un Dios.

AL

COLEGIAL DEL THERESIANUM.

No canses, regio alumno, tu memoria
Con la lección que á España esteriliza,
Locura cantonal que pulveriza
Arsenales, palacios, templos, gloria.
Vuelve los ojos á la patria historia
Que tu nombre de Alfonso simboliza,
Y de ese mar de sangre y de ceniza,
Surja purificada tu victoria.
Pío, clemente, valeroso, justo,
Como aquel que áun al nombre desconoce
De los partidos y el rencor injusto.
Renazca España en tí y el pueblo goce
Un siglo del poder Santo y robusto
Del Rey reparador Alfonso Doce.

LA PRIMER LÁGRIMA.

EL PRIMER BESO.—LA PRIMER SONRISA.

Hoy se cumplen dos años, vida mia,
Que diste al mundo tu primer vagido,
Y por tu pobre madre recibido
Fuiste á la vez con pena y alegría.
Con pena, porque présaga veía
Los combates del mundo fementido;
Con gozo, porque el pecho enardecido
Un baluarte de amor te prevenía.
Casi tocando al linde de la muerte
Besó tu primer lágrima; y por eso
Solo quiso vivir por no perderte.
Hoy que eres su esperanza y su embeleso,
Sonrie, pobre niño, y de esta suerte
Pagarás con usura el primer beso.

LESBIA Y SU AMANTE.

Salud, salud, belleza peregrina,
Que enfrenas el corcel rival del viento,
¡Como te presta gala y ornamento
En tu pecho esa rosa purpurina!
No sé si oculta ponzoñosa espina,
Ni de ello se acobarda el pensamiento;
Sé que el color envidia y el aliento
De aquella de carmín boca divina...
Yo te adoro... y las fuentes rumorosas
Que á tu mágica voz ceden la palma
Me dicen en cadencias misteriosas...
Goza, incauto doncel, goza esa calma
Que antes que tornen á brotar las rosas,
Has de sentir emponzoñada el alma.

AMOR MISTERIOSO.

Como el sabio que alzó su pensamiento
Á estudiar los prodigios de natura,
Si mira incauto al Sol, en noche oscura
Espía el temerario atrevimiento.
Como el santo que vió solo un momento
El vuelo de celeste criatura,
Tierno la adora y para siempre dura
En su pecho el recuerdo del portento.
Y el astro sigue su perpétuo giro;
Y el angel torna á su divino coro;
Y el hombre absorto los recuerda y ciego
Yo así que el sol de tu belleza admiro,
Que tu virtud angelical adoro,
¡Ay! ni á entenderla ni á olvidarlas llego.

Á MATILDE ARGENTINA.

SONETO CON LOS CONSONANTES DE ARGUIJO.

Tú en la vasta región que desde el *Polo*
Antártico á los Andes se *dilata*,
Fuíste ornamento del nativo *Plata*
Esbelta cual los cisnes del *Pactolo*.
Bella Matilde, cuyo acento *solo*,
Las voluntades esclaviza y *ata*,
¿Por qué escuchas las súplicas *ingrata*
Que elevan en tu prez hijos de *Apolo*?
¿Por qué volver al Sena *impetuoso*,
Que invade ya con tórrida *corriente*
De dos mundos los pueblos *malseguros*?
Torna, torna á Madrid; que si *famoso*
No alza ya el Manzanares la ancha *frente*,
Mayor fe guarda en sus humildes *muros*.

1864.

OFRENDA EN BELÉN.

Zagales que en el mundo sin egido
Dejáis cual sueltas cabras las pasiones,
Apacentarse en verdes ilusiones
Do el antiguo dragón mora escondido,
Sabed la *buena nueva*, ya es nacido
El Pastor que esperaban las naciones,
Y aguarda, pobre niño, vuestros dones,
En un establo de Belén dormido.
Bajad al llano, abandonad la sierra,
Ni el mezquinillo dón juzguéis infame,
Que él sólo á los soberbios mueve guerra,
Y un sorbo de agua pagará á quien le ame,
Mejor que los monarcas de la tierra,
La sangre que por ellos se derrame.

1857.

Á DOS LINDAS SEÑORITAS

PERUANAS.

Si noble sed de libertad innata
Robó á mi España la feraz llanura,
En donde apaga el sol su lumbre pura
Y engendra montes de luciente plata,
¿Por qué á lo menos la fortuna ingrata
No compensó ese daño con usura
Con la gracia sin par, con la frescura
De esos capullos que Madrid acata?
¡Ay! que los llevan y envidiando quedo
Las que el Sena verá *rosas* fragantes...
¿Mas para qué viajar, si cuando ledo
Pueda el labio formar votos constantes,
Juraréis por la cruz de Recaredo
Y en la armoniosa lengua de Cervántes?

SONETO INVITATORIO

CON CONSONANTES FORZADOS.

Hermanos queridísimos, *salud:*
Es antigua costumbre *inmemorial*
En las noches de Pascua y *Carnaval*
Probar la gastronómica *virtud.*
Yo no sé si el Korán ó si el *Talmud*
Tratan de esta función y su *ritual;*
Pero al nacer el Niño en el *Portal,*
Hay pavos y chicharras y *laud.*
Y yo, cumpliendo con el rito *aquel,*
Os convido á una pobre *colación*
Al son de la zambomba y del *rabel;*
Mas porque no haya bulla y *confusión,*
Escriba aquí su nombre todo *fiel,*
Y Dios os colme á todos de *turrón.*

Diciembre de 1851.

GLOSA

CONTESTANDO Á TODOS POR EL ORDEN EN QUE HAN LLEGADO Á MÍ SUS CARTAS.

Ya que otorgáis á mis festivos dones,
Tan propicia acogida y lisonjera,
Hoy que honráis mi mansión, claros varones,
Bien vengáis. Perdonad si las canciones
No sé decir de Calderón y Herrera;
En cambio grita santa gratitud:
Hermanos queridísimos, salud.

Salud primero á tí. Propicio el cielo,
Te otorga en nuestra edad impía y villana
Dar, cantor de Don Álvaro y de Anielo,
Doble culto á la Musa castellana;
Probando así que en el nativo suelo
De Frias y Moncada y Santillana,
Unir el estro y el blasón ducal
Es antigua costumbre inmemorial.

Y tú, á quien amo desde el sacro tálamo [148],
Cuando era yo no más que un pobre drope,

Perdona que sin brújula ni escálamo
Te quiera yo seguir con agua al tope;
Yo que no sé trazar *currente cálamo*
Cual tú la octava que envidiara Lope,
Ni lleno como tú nuestro corral,
En las noches de pascua y carnaval.

Y no envidio tu gracia y tu magín,
Por temer de las turbas el favor,
Mas por cantar en báquico festín.
Si no, que diga el celebrado autor
De Alfredo [149], aunque del foro paladín,
¡Si no es, pésia su ciencia! muy mejor
Que aspirar á la patria ingratitud,
Probar la gastronómica virtud.

Sí, mejor es, mejor, caro Ventura,
Cabe el hogar, junto á mi esposa bella,
La memoria evocar de la edad pura
En que nació nuestra amistad [150] y en ella
Mezclar de tus cantares la dulzura,
Donde el dogma de Lista fiel destella:
Código que me roba esta quietud,
Yo no sé si es Korán ó si es Talmud.

Sólo sé que si á Enéas y á Pelayo,
La gloria envidio de amarguras llena,
Más envidio al cantor del Dos de Mayo
La cana frente y la virgílea avena

Pero, ¡voto á las nieves del Moncayo!
Que estando ya en Diciembre y Noche-Buena,
Mis versos anacrónicos muy mal
Tratan de esta función y su ritual.

Pues ¡ea! hagamos ya la peripecia,
Y venga el bandolín ó la guitarra,
Aunque pese al cantor del Rey de Grecia,
Que incestuoso sus párpados desgarra;
Que no conjuro yo contra Venecia [151],
Ni me alzo en la recóndita Alpujarra,
Por no turbar la gresca en Carnaval,
Ni cuando nace el Niño en el Portal.

Y por eso Amador tiene razón:
Suene ya el piano á falta de clarín,
Comience la inocente confusión,
Armemos una aquí de San Quintín,
Que esta noche la bulla es devoción;
Y áun apuesto que en este camarín
Si hay de cisnes canora multitud,
Hay pavos y chicharras con laud.

¿En dónde me metí? *¡corpo di Baco!*
Que temo el atascarme en este punto:
¡Pues qué! ¿Saben sacar todos el jaco
Como Quevedo el vivo y el difunto?
¿Ó es, Joaquin, el ritual de Horacio Flaco
Como sorberse el chocolate en junto? [152]

Sigan otros romántico tropel,
Y yo cumpliendo con el rito aquél.

Que no hay génio ni hay mar que á los ribazos
De las reglas no humille bravas olas:
Testigos son los que en fraternos lazos
Unen las nobles artes españolas.
Vendrá tiempo en que digan: «Los Madrazos.»
Como los Moratines y Argensolas...
—Pero en tanto, señores, con perdón,
Os convido á mi pobre colación.

En ella, amigo Gil, verás la pasta
Que da renombre á la inmortal Jijona,
Mas doce arrobas no; que á eso no basta
La gula ni caudal de mi persona;
Ni alcanzan mil á contentar la casta
Turronera que asedia tu poltrona.
Máxime cuando nace otra Isabel
Al son de la zambomba y del rabel.

¡Isabel! ¡Gloria á tí desde la cruz
Que corona la Alhambra, hasta el Darien!
No hay porvenir al mundo sin la luz
Del Rey de Reyes que nació en Belen.
Otra igualdad, Patricio, es un chapuz;
Confunda Dios el socialismo, amen!
Y no porque aborreza yo á Prudón,
Mas porque no haya bulla y confusión.

Por no verla, prefiero en la pasmosa
Redoma descansar de aquel pobrete,
Que celebra Hartzenbusch... Pero mi glosa
Llega al fin, y áun me faltan más de siete.
Tengan paciencia, aguarden á la prosa
Rosel, Cervino, Auñon, Baralt, Cañete,
Landa, Ochoa, Ferrer... Ya no hay papel.
Escriba aquí su nombre todo fiel.

Ni he de callar, aunque á la postre sea
(Y andar en postres y nadar en caldo
Es hazaña más bien de la Mosquea),
Al cantor de Clorinda y de Reinaldo [153],
Y á Fermin de la Puente Apecechea,
Que firma en verso: así por aguinaldo,
Bien que ausentes, les doy mi bendición,
Y Apolo colme á todos de turrón.

23 Diciembre 1851.

EL BELÉN [154].

Dulce periódico
Moral civilizador,
Divino y humanitario
De placer y de aflicción.
Docena y media de siglos,
Y áun más hace que empezó
En Nazaret de Judea
Á media noche y con sol.
Solo la verdad sustenta
Aunque tiende á la pasión,
Toda autoridad sostiene
Y hace al mundo guerra atroz.
Es suscritor todo aquel,
Que en Adan prevaricó,
Y durará tanto cuanto
Duren las obras de Dios.
Puso un tesoro de sangre
Por fianza el fundador:
Precio de los abonados,
Fé, Esperanza y Religión.
Una vez en cada un año

Aquí traducen su voz,
En idioma en que escribieron
Mena, Quevedo y León.
Pastores son y zagales,
Del sacro Pindo español,
Los que toman á su cargo
Ogaño la redacción.
Está impreso en buen caracter
Breviario y más que entre dos,
Consta de tantas columnas
Como amigos tengo yo.
Tiene tres caras (no es mucho
Para lo que es moda hoy),
Y una plana reservada
¡Oh dicha! al pavo y turrón.
La primer cara la ocupa
La amistad, sino el amor;
Segunda, la poesía,
Tercera, la devoción.
La cuarta está reservada,
Á los anuncios en voz,
Que estampa la compañía
Del filósofo Cenón.
La amistad sirve de imprenta,
Y dichoso el editor,
Si ve sonrisa en los labios
Y afecto en el corazón.
¿Queréis su lema? Pues dice:
«Gloria en los cielos á Dios,

»Y en la tierra paz al hombre
»Que tenga buena intención.»

Noche del veinticuatro,
Al veinte y cinco,
De Diciembre: jolgorio
Número quinto,
Jueves al viernes,
Año mil ocho cientos
Cincuenta y siete.
Dos reales son el precio
De este diario;
Si no gustas de coplas
Ténlo por caro;
Pero son bienes
Que en el cielo devengan,
Los intereses.
No es mucho que se venda
Por que el Dios niño,
Que hoy nace Rey de Reyes
Será vendido;
Pero su importe
Ha de enjugar el llanto
De muchos pobres.

Diciembre 1857.

NOTAS.

1 Está sacado de un libro en pergamino, titulado *Descripción del arbol de Togores* del Archivo de la casa de Roca de Togores, de Orihuela.

2 Dióse el combate á Orihuela un jueves, á 30 de Mayo de 1365. Zurita, *Anales*, libro IX, capítulo LXI, pág. 340.

3 Arietes..... et estos son de muchas maneras, así como castiellos de madera, et gatas, et bozones..... Ley XXIV, título XXIII, Partida II.

4 Antiquísima iglesia parroquial de Orihuela, erigida en honor de Santas Justa y Rufina, á causa de haber Alonso X ganado la ciudad á los moros en el dia de aquellas Santas mártires.

5 Orihuela, una de las poblaciones confinantes del reino de Valencia, cercana al de Murcia, del cual en varias ocasiones formó parte, está asentada en la falda de un monte de marmol negro, sobre el cual había un castillo que pasaba por ser de los más fuertes de Europa: de él se desprendían las murallas de la población, por la parte que hoy es la parroquia de Santiago, desde donde, hasta la puerta del Salvador (que hoy es catedral), la guardaba el rio Segura, sobre el cual había, como al presente, varias presas.

6 Los celos que hubo siempre entre los dos Pedros de Aragón y de Castilla, tomaron ocasión de guerra por algunos leves insultos cometidos en el mar junto á Peñiscola, y por el mútuo resentimiento de que cada uno de los dos Reyes amparase al hermano del otro. Véase Mariana, *Historia*, libro XVII, capítulo I.; Zurita, *Anales*, libro IX; Abarca, *Rey Don Pedro IV el Ceremonioso*, capítulo IX.

7 Entre otros Legados que el Papa envió para apaciguar á los Reyes, merece notable recuerdo el Cardenal Guido de Boloña, sobre cuya misión puede consultarse Zurita, libro IX, capítulo XXXIII y siguiente; Mariana, libro XVII, capítulo II.

8 Hoy radican en la casa de Pinohermoso las casas de Togores, Rosell, Rocamora, y los mayorazgos de la Daya y otros á que hace referencia este canto. ¿Será reprensible el haberlo hecho, sólo porque es cosa propia? Pero si no estuvo en nuestra mano nacer, el cantar las hazañas de nuestros mayores vendrá á ser como el retratarlos para quien es pintor, ó el curarlos para quien es médico.

9 E murió y estonce un caballero del Rey de Aragón, muy bueno, que tenía el dicho castillo de Orihuela (que era uno de los más fermosos y fuertes del mundo), que llamaban D. Juan Martinez de Eslava, que era rico hombre. Ayala, *Año 16 del Rey Don Pedro*; capítulo II, año 1365.

10 El Rey D. Pedro padeció en el año ánterior una terrible tormenta junto á Murviedro. Zurita, libro IX, folio 333.

11 Debió ser hija de Fernan Perez Portocarrero, que fué Embajador del Rey de Castilla para concertar las amistades entre este Monarca y sus hermanos, el Rey de Aragón y los suyos. Véase Mariana, libro XVI, capítulo XIII, año 1347.

12 *Lucentum*, que muchas veces se ha dicho ocupar el sitio de la nueva Alicante, se ha pensado también que correspondía á lo que hoy es Guardamar.

13 Las Dayas, la Vieja y la Nueva, son dos heredamientos ó pueblos situados en la parte baja de la Huerta de Orihuela: pertenecieron antes ambos á los Masquefas, y hoy la Vieja es del Conde de Pinohermoso, y la Nueva del Marqués de Dos Aguas, siendo aquella una propiedad y éste un pueblo.

14 E tengan palomas adiestradas para llevar pliegos. Resúmen histórico del arma de Ingenieros, publicado en el *Memorial de Ingenieros*. Madrid, Marzo 1846, número 30, página 32.

15 Sabido es el gusto que en los siglos medios había por la caza de halcones: el neblí era uno de los más usados; poníasele un bozo para que no matase á su presa.

16 Molins, pueblecito al Oeste de Orihuela, y á la margen derecha del rio Segura, que pertenece á la familia de Rocamora.

La Condesa de Villaleal, poseedora de estos mayorazgos y del antiquísimo Señorío de dicha villa, me lo cedió; y sobre él se fundó el título de Castilla con que me honró S. M.

17 Julian Togores, número tres del árbol de esta familia, hijo de Felipe Togores, segun se colige de la carta que en el año de 1354, y por motivo de la muerte del mismo Felipe, escribió el Concejo de Orihuela al Rey de Aragón. Consta dicha carta en el folio 68

de las notas de aquel año, y dice: *Phelip Togores, que finá hair dichous, fou depositat en el Espital de San Salvador, et non fou soterrat ab ofici divinal* (había entonces entredicho) *de que á tot lo Consell se lo segui gran mengua.* Acompañó Julian al Infante Don Fernando á Albarracín: lo acredita la carta de éste, *datis en Aspe á nueve de Agosto de* 1357.

18 Bonanza, heredamiento próximo á Orihuela por la parte de Murcia.

19 Mandó Gisbert de Barberá labrar una manta que en la historia del Rey se llama *Mantel* y también se decía gata, y es la que en la milicia romana se llamó *testudo*. Zurita, *Anales de Aragón*, libro III, capítulo V, página 129.

20 Otra pieza que se llamaba *manganel turquesco*, y era la artillería con que se batian y arrasaban los muros en aquellos tiempos. Zurita en el lugar citado.

21 En siete dias del mes de Junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el Rey D. Pedro tenía cercada, Alonso de Guzmán, etc. Mariana, libro X, capítulo VII.

Don Alonso Perez de Guzmán, tercero de este nombre y tercer señor de San Lucar, Las Almadravas, etc. Rico hombre de Castilla que nació en Sevilla en miércoles 30 de Octubre de 1339 y murió peleando en Orihuela el jueves 30 de Mayo de 1365, sin dejar sucesión de Doña Leonor Enriquez, su mujer. Descendencia genealógica de la Excma. Casa de Medinasidonia. M. J. núm. 96 del M. de la Torrecilla.

22 Heredamiento de Orihuela. Esta hazaña de cortar el puente del azarbe (ó canal de aguas de desahogo), consta en las citadas notas del archivo de la ciudad.

23 Lanza ó dardo pequeño arrojadizo. Juan de Mena, *Laberinto*, Orden de Marte.

24 Sabido es el medio de comunicación que los antiguos tenían por ahumadas que hacían en distintos parajes, y de diversa densidad y color, según lo que querían decir, y el combustible que empleaban: en cuanto á los toques de caracol, aún se usan en aquellos países en caso de ruptura de presas, de inundaciones, de incendios ó de otra cualquier causa de rebato.

25 Llámanse así en el país los que con palas limpian los cauces y abren las acequias: gente fornida y apta para todo trabajo de guerra.

26 Hostales vale tanto como posadas: aún hoy conserva este

nombre un barrio de Orihuela, que por el lado izquierdo del rio se extiende á la parte de Molins.

27 Las lombardas se principiaron á usar en 1342 en el sitio de Algeciras.

28 Y mandó llevar de Huesca una máquina que llamaban fonebol para combatir el castillo, y tiraba quinientas piedras de noche y mil de dia. Zurita, *Anales*, libro II, capítulo LXXIV, página 110.

29 La imágen de Nuestra Señora de Monserrate, que es la patrona de Orihuela, lleva un ramo en la mano, el cual es tradición que calma las tempestades y contiene las avenidas.

30 ¡Miserable suerte de España, dar alimento con la sangre de sus guerras civiles á la antigua rivalidad de Francia é Inglaterra! Desde esta época en que vino el Príncipe de Gales, apellidado el Príncipe Negro, á socorrer con los de Lancáster á su deudo D. Pedro de Castilla, contribuyendo á la victoria de Nájera; y el Condestable de Francia Dugesclin á vengar con las *Grandes Compañías* la ofensa hecha por el Rey á su esposa Doña Blanca de Borbón, como lo consiguió en el fratricidio de Montiel, no ha habido guerra alguna en España á que no hayan dado calor aquellas dos naciones.

31 Este es aquel Men Rodriguez de Sanabria, fiel y constante amigo del Rey D. Pedro de Castilla hasta el mismo dia de su trágica muerte.

32 Máquinas de guerra para arrojar piedras.

33 Y un dia se trabó una muy recia escaramuza entre las gentes de la ciudad y las compañías de caballeros de D. Fernando de Castro. Zurita, libro IX, capítulo LIV, folio 330.

34 Pueblecito que entonces era alquería de la Huerta de Orihuela, y luégo perteneció al Cabildo.

35 Don Fernando Alvarez de Toledo, que era capitán de los escuderos de la Guardia del Rey de Castilla. Zurita, libro IX, capítulo LIV, folio 330. Este es el mismo que aquí aparece.

36 «*Caballero, subid si os atrevéis*» dijo Julian Togores.—«*Sí subiré* (respondió Guzmán) *si el Rey mi Señor me lo manda*, etc.» Véase el libro titulado ROSETA ILUSTRADA, escrito por Fr. Cayetanode Mallorca, capítulo I, Discurso III, folio 83, impreso en Mallorca por Miguel Cerdá en 1746.

37 Esta leyenda está sacada de un Códice que existe en el Archivo de la Casa de Roca en Orihuela, es de letra del siglo XVI.

No hay en estos romances personaje alguno, ni hecho, ni epiteto empleado, que no esté documental é históricamente probado.

38 1484-1488 Tarazona, Valencia, Orihuela. A estas Cortes de Tarazona asistieron los valencianos. Fueron prorogadas el 1.º de Mayo para Valencia para los de este Reino el 13 de Junio siguiente y concluyeron en Orihuela en 1488.

Los fueros de estas Cortes han sido impresos con este título: «Turs nons fets per lo Christianis, e molt alt Seynor Rei Don Ferrando, Rei de Castella, de Arago et de Valencia, etc., en las Corts generals celeb er finid en la Ciutat d'Oriola als regni coles de la Ciutat et regne de Val a 31 de Julio ans de la N de Nostre Seynor del J. C. MCCCCLXXXVIII.»

Colección de Cortes de los antiguos reinos de España, por la Academia de la Historia.

39 «Y todos los caballeros y prelados e síndicos y procuradores de las ciudades y villas de aquel reino de Valencia, vista la utilidad comun que á todos se seguía, las obedecieron (las leyes) y juraron solemnemente en aquella ciudad de Orihuela de las guardar.»

Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, parte 3.ª, cap. 108.

40 D. Felipe Togores y Guillers es el del presente párrafo (el 10 del Códice) el cual, como dicen las notas del archivo de Orihuela, fué *jurado* por el testamento de Generosos en el año de 1320.

41 «Los Togores, dice el labrador, no se niegan á los lances devotos.» En efecto, en 1377 á 15 de Febrero, consta la traslación del convento de la Merced, desde el sitio en que estaba al que hoy ocupa, cedido por D. Pedro Roca, hermano mayor del D. Juan, de que habla este romance.

42 Por fuero, estaban exceptuados de pagar tributos los recien casados, en el primer año de su matrimonio.

43 Fué, pues, Juan Roca Baile, general de Orihuela, como su padre y abuelo, y este fué el que acuchilló á unos caballeros Soleres que fueron á pedirle justicia, los cuales hicieron queja al Rey. Por lo cual le quitaron aquel oficio y le dieron otro, que si no es mejor, iguala, que fué el de Justicia criminal perpétua de la ciudad, cuyo privilegio le dió el Rey en el Real de Granada; y por bien de paz, casó Juan Roca con Isabel Soler, hija ó hermana de sus contrarios.

Historia M. S. del apellido. Nota 66.

44 Berenguer Togores y Osorio, tercer hijo de D. José Togores y Guillers, (párrafo 10 del Códice) el cual D. Berenguer no menos cargos y dignidades tuvo que su hermano (D. Julian, el que venció á Guzmán), siendo vasallo del Infante D. Fernando cuando

Orihuela era suya, aposentaba en su casa para honrarle más, también su mujer Doña María, haciendo de ella palacio. Llegó á ser muy privado suyo y de su Consejo de Guerra y Estado, como se colige de las notas del archivo: también fué alcaide del castillo de Elda.

Historia M. S. de la casa de Roca, párrafo 27.

45 D. Fernando, hijo de D. Alonso IV de Aragón y de Doña Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI, perseguido por su hermano el Rey de Aragón, D. Pedro el del puñal, y luégo por su primo hermano, D. Pedro el Cruel de Castilla, pasó varias veces y residió en Orihuela que le era propia.

La Fuente, Historia general, parte 2.ª, libro 3.º, cap. XIV y siguiente.

46 Ceti, especie de tela usada en aquella época. En la relación de las fiestas que se celebraron en Alcalá en obsequio de los Embajadores de Borgoña, se dice así: «En la sala, en la postrimera grada de la subida del estrado, estaba fecha una silla real muy bien guarnecida de paño de brocado reio e allí estaba su Señoría (Doña Isabel) asentada, vestida de un brial de brocado carmesí verdugado de verde y una ropa de ceti larga con un gran collar de valages (rubíes).

Clemencin, 327.

47 D. Guillen de Rocafull, uno de los principales Caballeros de aquellos tiempos, cuarto dueño del Señorío de Albatera.

48 Jaime Togores, cuarto señor de Jacarilla, casó con Doña Brianda Roca y Rocafull, prima hermana del señor de Albatera. Este Jaime, por una célebre acción con unos moros que desembarcoron á hacer cautivos, fué el primero que cambió el antiguo grifo de las armas de Togores (que aún llevan los de Mallorca), por la media luna que usan los de Orihuela. Jaime Togores y Brianda Roca fueron los padres de D. Jaime Roca de Togores, que por ser el tercero de sus hermanos y el mejorado por su madre, antepuso el apellido de ésta y lo unió al de Togores, y este Jaime Roca de Togores es el marido de Doña Leonor Soler.

Historia M. S. del apellido Roca, párrafo 52 y 127.

49 Entre las muchas señoras que fueron á visitar á la Reina, fué la mujer de Jaime, llamada Doña Leonor Soler de Senramon la que agradó tanto á la Reina por su hermosura y particulares gracias, que como dicen las notas, «la tocó y destocó» muchas veces, haciéndola el tocado al uso de Corte y como ella lo llevaba, y despues le dió el vestido que llevaba, que era de terciopelo azul.

Códice, párrafo 127.

No extrañará esta afabilidad quien haya recorrido en las Memorias de la época, las muchísimas pruebas que á cada paso daba. En Vizcaya y en Guipúzcoa, dice Clemencin, se vestía y tocaba á uso del país, pidiendo alguna vez, para ello, á las señoras sus joyas y adornos, que despues volvía mejorados. Así, de joven, se atrajo á las provincias del Norte, y haciendo análogas finezas, ya entrada en años, se cautivó las del Mediodía.

50 Dos haciendas de la familia Roca.

51 Alejo Raul, Magadino, es decir, Generalísimo del palacio y del Imperio griego, asesinado á traición de un flechazo por los alanos, fué el antecesor de semejante cargo de Roger de Flor, que siguió la misma suerte.

Moncada, libro 1.º, cap. 13.

52 Magadino ó Maxaduque, Gran Almirante.

El dia siguiente después de la llegada de Berenguer de Entenja, asistiendo toda la nobleza de la Corte, así extranjeros como naturales, Roger de Flor, habida licencia de Andrónico, se quitó el bonete, insignia de su dignidad de Magadino, y juntamente con el sello, bastón y estandarte de su oficio, le entregó á Berenguer.

Moncada, expedición de catalanes y aragoneses, libro 1.º, capítulo 20.

53 Y Juan, hijo de Jaime Roca, prestó á la ciudad, para el recibimiento de los Reyes Católicos, 10.000 pesos y 2.000 cahices de harina.

Montesinos, *Historia de Orihuela*. Nota 66 del Códice.

54 Por el testamento hecho en Orihuela ante Pedro Fernandez, notario, año 1492, dejó por heredera á su hermana Brianda, madre de D. Jaime Roca.

55 Siendo yo Ministro de Marina en 1853, fuí á visitar los arsenales, en donde me recibieron con las demostraciones que refiero, y áun otras mucho más entusiastas.

56 La noche del 17 de Julio de 1854, en que quemaron las casas del Conde de San Luis y de otros Ministros, de funcionarios públicos y personas particulares. Habiendo venido los incendiarios á la mia, que sin embargo respetaron, mi mujer puso en salvo, en medio de la natural alarma, los papeles pertenecientes á nuestras reuniones literarias, mis cuadernos de versos y todos los manuscritos del Duque de Frias.

57 El invierno de 1854 á 55 lo pasé en Roma, en donde fueron más gratos los recuerdos de los solaces literarios á que aquí se alude.

58 En el arco de Tito, sobre la Vía Sacra, está esculpido el candelabro de Jerusalem, que trajo dicho Emperador como trofeo cuando volvió triunfante de la conquista de aquella ciudad.

59 Está en el Palazzo Spada.

60 San Pedro en el Vaticano.

61 Las catacumbas eran el sitio donde en tiempo de la persecución de los Emperadores se escondían los cristianos para celebrar su culto, hasta que algunas piadosas matronas romanas dedicaron oratorios en sus casas particulares.

62 Las basílicas, que fueron erigidas para *bolsas* ó *reales* casas de contratación, se consagraron al culto católico en tiempo de Constantino.

63 Aunque lo regular es manejar el escoplo con la mano izquierda, tal vez se atasca de modo que obliga á sacarlo con la derecha.

64 Sabido es que á veces las damas de las sociedades de caridad, organizan una especie de mercados ó bazares, en que venden ó rifan públicamente objetos regalados y labores hechas por ellas mismas, y algunas prendas dadas por la Reina y los Príncipes; y todo en auxilio de los desgraciados, no sin grave afán y molestia.

65 Alude á la protección que S. M. dispensaba á la sazón á varios literatos y poetas, como Quintana, Gallego, Navarrete y otros.

66 El teatro de la plaza de Oriente.

67 Es una circunstancia notable que S. A. lejos de asustarse con el ruido de las descargas (cosa muy natural en la tierna edad de un año), no hiciese la menor demostración de sobresalto; antes bien llorase al apartarla del balcón en que estaba, manifestando así cuán grato le era espectáculo tan imponente.

68 El Duque de Villahermosa, D. José Azlor, fué Embajador ordinario en Portugal, y extraordinario cerca del Rey Cristianísimo Cárlos X.

69 El Conde-Duque de Luna es por la casa de Villahermosa descendiente de los Reyes de Aragón; así como por su madre Doña María del Carmen Fernández de Córdova y Pacheco, es nieto del Maestre Pacheco y del Alcaide Pacheco, ambos héroes de Granada.

70 El hijo del autor lleva la casa de D. Jorge Juan, el sabio español que midió el grado del Meridiano; y el Marqués del Viso desciende de D. Alvaro de Bazán, el heroe de Lepanto.

71 Lema de la casa de Gondomar.

72 Luis XIV, fundador del Hospicio de la Salpétriére.

73 Fué dia de *Corpus-Christi* el 22 de Mayo.

74 En la casa que en la Plaza del Mercado de Valencia posee el Conde de Casal, se ven unas armas que tienen por tenantes dos doncellas, cuyas cabelleras, cogidas por una sola mano, envuelven el yelmo del escudo, y encima lleva en letras góticas este lema: *Ammas á dos*. La tradicional explicación de dichas armas es el asunto de esta novela.

75 Podaderas: éstas y unas peras son el blasón de los Pertusas.

76 «Nada le falta,» lema que con los marcos constituye el blasón de la casa de Mercader.

77 Representante del Rey y administrador de su patrimonio en la Corona de Aragón.

78 La nobleza española estaba animada de los mismos sentimientos (de simpatía), y cuatro de los principales de ella se ofrecieron en rehenes (*hotages*) para procurar la libertad al prisionero Rey. El mismo Virey de Valencia salió para interceder en este sentido con el Emperador. Colección de documentos inéditos de la Historia de Francia, publicados por el Ministerio de Instrucción pública, *Captivité de Francois I, Introduction, página XXXVI.*

79 El concurso fué tal durante la permanencia del prisionero en Valencia en Junio de 1525, que Francisco I hubo de concertar para evitarlo una pequeña excursión de placer á un pueblo inmediato, como, entre otros detalles, refiere una carta escrita en Valencia á 28 del mismo mes á la Duquesa de Angouléme, é inserta en la Colección de documentos inéditos arriba dichos, donde dice: «*Ce jourd' (le Roy) s'en part de ceste ville pour aller á quatre lieux d'ycy, bién de plesyr, et pour esloigner la presse de ceste ville.*»

80 Cuantas veces el Rey se presentaba en público, un gran número de enfermos de lamparones (*écrouelles*) le eran presentados para que los tocase, con gran esperanza de ser curados. *Lettres des Ambassadeurs Francais.* pág. 253.

81 La persona del Rey seducía todos los ánimos, y cuantos le veían se interesaban en su libertad y en la paz. (*Ibiden.*)

82 Llámase así la puerta meridional de la catedral de Valencia, y la voz *almoina* viene del árabe ó de *elemosina*, por ser allí donde se repartían en lo antiguo las *limosnas*.

83 Se conserva en el altar mayor de la catedral de Valencia.

84 Un ramo de espinas de la Corona del Salvador, traida á París desde Tierra Santa, y que entre otras magníficas reliquias que conserva el tesoro de Valencia, fué donado por San Luis, Rey de Francia, á D. Jaime I de Aragón.

85 Esta lápida, de poco más de un pié cuadrado, existía en la casa que hace esquina á la calle de Caballeros y plaza de la Seo de Valencia, y fué de allí arrancada por los amotinados de 1840. Decía textualmente:

SÆVA UNIONIS—RABIE SEDATA—SUB CAROLO
ET—GALLIS AFLICTIS—EORUM-QUE REGE CAPTO—H.
SAL MDXXIIII—HIERO PEREZ
A CLEMENTIS INS — TAURABAT.

86 Sabido es que en Pavía cayeron prisioneros dos Reyes, el de Francia y el de Navarra.

87 Juan *el Bueno*, de Francia, hecho prisionero por el Príncipe Negro en la batalla de Maupertius ó Poitiers, fué conducido primero á Burdeos, y luégo á Londres, donde el Rey de Inglaterra lo hizo encerrar en la Torre, hasta que se firmó el tratado de Brétigny.

88 En virtud del tratado de Brétigny, el Bigorre fué entregado por el senescal Barón de Bazilhac al Príncipe Negro, el cual vino á Tarbes con su mujer, con el Conde de Armagnac y el Vizconde d'Abret, y recibió allí el homenaje de Gastón Febo, conde de Foix, y de muchos Barones del Poitou, la Saintonge, l'Agenois, le Périgord, etc., que, á su pesar, hubieron de cumplir el vergonzoso tratado de 8 de Mayo de 1360.

89 Aún se llama *Campo de Cesar* un sitio junto al lugar de *Juillan*, antes Vicus Julianus. En Cauteretz existe un baño de construcción romana, ó sea *piscina embovedada*, antes alumbrada por dos claraboyas ovaladas. Contínuamente se hallan en Bañeras (antes Balnaria) inscripciones votivas de los romanos; he aquí una: *Marti-Invicto-Caio-Minicius-Potitus-V.SLM.*

90 Llámase así una de las fuentes termales de Bañeras de Bigor.

91 En la Provenza y en Borgoña les estaba (á los judíos) prohibida la entrada en los baños públicos, excepto el viernes, dia de Venus, en que estaban abiertos para las prostitutas y los bufones ó juglares (*baladins*).

Michaud, *Histoire des Croisades*. Tomo II, page 598.

92 La lucha entre D. Pedro, Rey de Castilla, y Enrique, Conde de Trastamara, su hermano natural, llamaba á la sazón á España multitud de caballeros ingleses y franceses, que corrían á alistarse los unos bajo las banderas del Príncipe Negro, defensor de D. Pedro, los otros bajo las del valeroso Beltrán Du Guesclin, que sostenía la pretensión de Enrique. Esta lucha acabó felizmente por librar á Francia de los destrozos de las escuadras ó mesnadas (*grandes compagnies*) que pasaron á España: el Bigor había tenido mucho que sufrir con sus depredaciones, á pesar de los grandes esfuerzos hechos para rechazarlas. Vencido el de Trastamara en la batalla de Nájera, en donde cayó Du Glesclin prisionero, tuvo aquel que buscar un asilo en los Estados de su aliado el Rey de Francia: Cárlos V le dió el castillo de Rocamora (*Roquemaure*) en Langüedoc para que residiese. En él, ardiendo Enrique en deseos de vengarse del descalabro que le habían causado las armas del Príncipe Negro, reune algunos restos de las tales escuadras y hace con buen éxito en los dominios del inglés diversas excursiones: cae de repente sobre el Bigor, llega de improviso delante de Bañeras, quema el convento de los Dominicos, escala la plaza durante la noche, y se hace dueño de ella; la población fué saqueada y pasados á cuchillo los habitantes. La Princesa de Gales, Regente de los dominios de su marido, durante su ausencia, se quejó al Rey de Francia, el cual prohibió á D. Enrique pasar adelante en sus excursiones. El Príncipe castellano dejó á Bañeras el año siguiente para probar de nuevo la fortuna de la guerra contra su hermano: el éxito coronó su esperanza. Enrique llegó al trono de Castilla. *Davezac de Macaye, Ensayos históricos sobre Bigor.*

93 La torre del reloj, existente hoy, es el único resto del antiguo convento de (*Jacobins*) Dominicos, siendo aún del tiempo de Enrique. Aún existe hoy un torreón y parte del antiguo castillo del tiempo de este Romance: está situado en la rue du boulevard Montolivet, esquina á la place de Venise.

94 En aquella memorable llanura fué asesinado el Rey D. Pedro por su hermano, ayudando á éste, como es sabido, el condestable francés Beltrán Claquin.

95 Véase la obra *Le Chateau de Pau*, del distinguido jurisconsulto y erudito Mr. Bascle de Lagréze.

96 *Pleureux* ni *réchigné*, dice la Crónica contemporánea.

97 He aquí la canción textual:

Nousté Dame deü cap d'eü poun
Adjudat-me á d'aqueste ore;
Prégats aü Diü deü ceü
Que'm boulhe bié deliura leü;
Qué mon frut qué orte dehore;
D'ü maynat que'm hassie lou doun;
Tout dinqu'aü haüt deüs monts l'implore:
Nousté Dame deü cap d'eü poun
Adjudat-me á d'aqueste ore.

98 Durante la dominación de la Convención francesa, algunos terroristas, bajo pretexto de destruir los recuerdos de la tiranía, declararon una guerra bárbara á los monumentos históricos de Francia. Era de temer que la cuna de Enrique IV, formada por una concha ó caparazón de tortuga, llegase á ser su presa. Mr. de Beauregard poseía á la sazón en Pau un gabinete de historia natural; en él había una concha de tortuga muy semejante á la que se conservaba en el Castillo. Imaginó, pues, sustituir la una á la otra. El conserje Lamaignére tuvo el valor de hacerse cómplice en este piadoso fraude, que se realizó en la noche del 30 de Abril de 1793. A la mañana siguiente los jacobinos quemaban públicamente un pedazo de carey vulgar, creyendo reducir á cenizas las reliquias de un Rey.

Mr. Bascle de Lagréze. *Le Chateau de Pau.*

99 Se refiere á la leyenda de Isabel la Cotólica en Orihuela.

100 El Buen Suceso, cuya muestra de cristal, alumbrada interiormente por la luz del gas, había saltado á impulso de las heladas.

101 D. N. Romero, que como caballero en plaza quebró rejoncillo en la Plaza Mayor de Madrid en las fiestas reales que se hicieron cuando las bodas de Isabel II y la infanta: verificólo con general aplauso, mereciendo además que los Duques de Aumale y de Montpensier le hicieran un regalo.

102 En la asonada de la noche del 26 de Marzo de 1848, siendo yo Ministro de Marina, llevé dos compañías á la Plaza Mayor para arrojar á los revoltosos que la ocupaban.

103 Los hechos á que este romance se refiere, así como los dos siguientes, se verificaron en una expedición que para visitar sus posesiones hicieron la Condesa viuda de Montijo y su hija la Condesa de Teba, en que yo las acompañé.

104 Hoy Emperatriz de los franceses. Más de un extraño presentimiento de tan elevado destino se puede hallar en este romance, impreso ya en 1845.

105 Versos de una epístola de Bretón contra la manía de viajar.

106 Comedia de Bretón.

107 *La Marcela.*

108 Personajes de *A Madrid me vuelvo.*

109 *Medidas extraordinarias.*

110 De *El pelo de la Dehesa*: todas comedias de Bretón.

111 Comedia de Bretón.

112 Sucesos biográficos de Bretón.

113 De la comedia *Muérete y verás.*

114 Personajes de *Pascual y Carranza.*

115 *La Batelera de Pasajes*, comedia de Bretón.

116 *El qué dirán y el qué se me da á mí*, comedia de Bretón.

117 Alude á las muchas construcciones de buques, obras hidráulicas y establecimiento de fábricas emprendidas durante su ministerio.

118 Alude al viaje alrededor del mundo hecho por la fragata *Ferrolana.*

119 La expedición contra Cuba de D. Narciso Lopez, combatida con buques que, á despecho de muchos, mandó construir el autor.

120 La batalla de Balanguingui y otras semejantes, ganadas en las Filipinas, merced al aumento de nuestra escuadra en aquellos mares.

121 La expedición á Italia en defensa de Pio IX, llevada á cabo sin auxilio de buques extraños.

122 Comedia de Bretón.

123 Idem.

124 Personaje de la comedia de Bretón *Una noche en Burgos ó la Hospitalidad.*

125 Comedia de Bretón.

126 En todas las ediciones he llamado Madrigal esta composición, pero muchos y respetables críticos y coleccionistas la han calificado de *Dolora*, con lo cual se demuestra que se pueden hacer doloras sin saberlo.

127 Dirigiendo yo unas charadas en acción en una tertulia, el 18 de Enero de 1845, por un descuido se me inflamó en las manos una barra de fósforo, y de la repentina combustión que produjo hu-

biera sido víctima, si la persona á quien estos versos se dirigen no se hubiera precipitado á mí y ahogado las llamas, envolviendo, áun á despecho mio, mis brazos en un chal con que estaba ceñido.

128 En las sesiones semanales del Liceo se sacaban á la suerte temas para composiciones ligeras, que se hacían en un breve espacio, y leidas y juzgadas por un tribunal de damas, obtenía de ellas el autor premiado un ramo de flores. En este caso estuvo la presente composición.

129 Presidente de la sección dramática del Liceo.

130 Secretario del Liceo.

131 Tema dado en el Liceo para un romance ó letrilla.

132 Adagio alicantino.

133 Moneda de tres cuartos, ya recogida.

134 En Valencia pequeña feria.

135 La Sociedad del Liceo alicantino.

136 Un infeliz sordo-mudo, conocidísimo en aquella ciudad por su industrioso modo de vivir, y casi por su gracia en explicarse.

137 Las danzas populares, en que toman parte centenares de parejas como en fila.

138 Los toros que corren por las calles atados de una maroma.

139 Clase de vino áspero y tinto.

140 La huerta de Alicante, célebre por el cultivo de la uva y por la magnificencia de sus casas de campo.

141 Vino generoso y dulce.

142 Dedos en lenguaje picaresco.

143 Leido en el Teatro del Príncipe en una función á beneficio del armamento de 100.000 hombres decretado en 1836, en el cual la Reina Cristina equipó á sus expensas el Regimiento á que se dió el nombre de *Cazadores de la Reina Gobernadora*.

144 Gave, nombre vasco ó bearnés que se dá á las ramblas, torrentes y arroyos.

145 Hermana del Príncipe de Viana, entregada por su ambicioso padre Juan II de Aragón á su hermana Doña Leonor, Vizcondesa del Bearne, que la envenenó en Orthéz.

146 Cienfuegos murió en Orthéz, á donde fué llevado en rehenes.

147 Habla Sócrates.

148 El autor de estas octavas fué padrino de boda del señor Breton de los Herreros.

149 Drama del Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco.

150 D. Ventura de la Vega y el autor se educaron juntos en el

colegio de San Mateo de esta corte, en donde era profesor Lista.

151 En el drama del Sr. Martinez de la Rosa, titulado *La conjuración de Venecia* se supone la escena en Carnaval, y en el *Aben Humeya* en Noche-Buena.

152 D. Joaquin Roca de Togores, hermano del autor, recuerdo en el soneto á que aquí se contesta, una broma en su juventud en que se tomó siete jícaras de chocolate.

153 Habla con el Marqués de la Pezuela, traductor de *La Jerusalen libertada*.

154 Hice estos versos para el encabezamiento del periódico *El Belén*.

ÍNDICE.

Páginas

Prólogo escrito para la primera edición.. 5

LEYENDAS.

Cerco de Orihuela.. 45
Isabel la Católica en Orihuela. 73

EPÍSTOLAS.

Recuerdos del expatriado. 117
Al Excmo. Sr. Marqués de Molins. 125
A las Damas de Honor y Mérito. 135

ODAS.

A la Reina Doña María Cristina. 143
Al Excmo. Sr. D. Marcelino Aragón Azlor. 151
A Concha, en sus dias.. 157

FANTASÍAS.

El insomnio. 161
Los ensueños. 167
El Corpus en la Salpetrière 177

ROMANCES HISTÓRICOS.

Ambas á dos.. 195
Enrique de Trastamará, en Bañeras. 215
El nacimiento de Enrique IV, en Pau. 225
La toma del hábito de Calatrava.. 235
A S. M. la Reina dedicándole el Romancero de Africa.. . . 241
A mis amigos. Romance invitatorio, para el Romancero. . 247

Páginas

Romance II del Romancero de Africa. 261
Romance XII del Romancero de Africa.. 273
Apéndice IV al Romancero de Africa. 282

ROMANCES DESCRIPTIVOS.

En el album de Enriqueta. 287
El paseo. Una mañana de Navidad. 291
El racimo de dátiles. 301
Recuerdos de Salamanca.. 307
El lago de Anghien. 335
A Blanca de Osma. Recuerdos de un baile de niños. . . 339
A la Condesa de Vilches.. 343
A la Condesa de Peña-Ramiro, en su album. 345
Regalo de un abanico.. 347
Romance leido en un convite dado por el Marqués de Alcañices. 351
A Micaela.. 355
Todos hermanos. 361
Regalo de flores y frutas.. 365
En el album de Virginia. 367
Para el album de Rosaura. 369
En un album. 373

ROMANCES JOCOSOS.

Los inconvenientes de la poesía. 377
Al Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros.. 385
Aguinaldo poético. 393
A la Señora.... 399
Las charadas en acción. 405
Romance en *ui*. 413
Estudio de asonantes en *oi*. 415
Invitación á la cuarta Navidad.. 417
A la Excma. Sra. Condesa viuda del Montijo.. 421
Al Excmo. Sr. Conde de Puñonrostro dándole las gracias por haber enseñado el minué. 425
En un album. Conjeturas sobre su dueño. 429
A la señorita murciana Doña A. S. 431

DOLORAS, LETRILLAS Y POEMAS LIGEROS.

Páginas

Improvisación en un banquete.. 435
El 31 de Diciembre de 1851.. 437
Adios á la juventud. 438
La Roche qui pleure en Fontainebleau. 439
La palma de mi jardín.. 440
Una perrilla felicita á su amo. 441
En el album de Ana. 441
Los milagros. 442
En la muerte de la Reina Mercedes. 442
Himno sagrado.. 443
La camelia blanca 445
La flor del granado. 448
A Laura. 451
El incendio. 453
Al regreso de Carmen á Madrid. 457
A la Condesa de Mansilla. 459
A lady Emilia Villiers. 463
Prólogo á la manchega. 467
A Genoveva, Marquesa de Martorell.. 471
A la Sra. Marquesa viuda de S. A.. 475
El rábano por las hojas. 477
La lluvia. 481
Alicante. 485
A Nicolás..... joven ciego. 491
En el album de Genoveva. 495
A la Emperatriz Eugenia. 497
Décima para escribir en una escuela de primeras letras. . 498
Lamentos de un poetastro. 499
El velonero. 503
El andaluz en París. 507
La maja. 511
Canción para música. 513

SONETOS.

A Elvira. 517
A una señora que me regaló una pluma de oro. 518

Páginas

A Laura. 519
Isabel I y Cristina. 520
En un album de S. M. la Reina Isabel. 521
El gave de Orthéz en Beárne. 522
A una señora de sobrado y severo aspecto. 523
Mi destino. 524
El disimulo. 525
A Cristo crucificado. 526
A un crucifijo. 527
A Mlle. Rackel. 528
Sócrates. 529
Al colegial del Theresianum. 530
La primer lágrima. 531
A Lesbia y su amante 532
Amor misterioso. 533
A Matilde Argentina. 534
Ofrenda en Belén. 535
A dos lindas señoritas peruanas. 536
Soneto invitatorio con consonantes forzados. 537
Glosa. 539
El Belén. 545

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD